

# HABLANDO EN COBRE

## II







Concurso de relato corto  
***“HABLANDO EN COBRE II”***

*\*"El contenido de la presente obra no está basado en hechos, datos o personas necesariamente reales. La Fundación Atlantic Copper no es responsable de la coincidencia, exactitud o existencia de los mismos, ni se identifica con los comentarios u opiniones vertidas por los autores".*

*Este libro de relatos se publica en febrero de 2013*

**Edita:**

Fundación Atlantic Copper.

Domicilio social:

Avda. Francisco Montenegro s/n,  
21001 Huelva (España).

**Autores de los Relatos:**

**Primer premio:**

*Ángela Millán Fernández*

**Accésit:**

Elena Alonso Frayle

**Finalistas:**

Jorge Mendrano Rupérez

Andrés Fco. Martín Domínguez

Juan Carlos Pérez López

Juan Miguel Gutiérrez de la Solana Sánchez

Rocio García-Izquierdo Teretí

Elena María Coronado

Leticia Sánchez Ruíz

Yemila Saleh Fraile

Gabriel Noguera Martín

Gardeña Estefanía Hurtado Mejía

Javier Serra Vallespir

Alfredo Villaverde Gil

María R. Gómez Iglesias

José Ángel Corral Suárez

Jesús Hernández Yañez

Federico Martín Caballero

Fernando Martínez López

**Relatos seleccionados por el jurado de la segunda edición de Hablando en Cobre, constituido por:**

*Anabel Morillo, directora general de la Fundación Focus Abengoa; Juan Román, gerente de la Fundación Cobre Las Cruces; Javier Chaparro, director del diario Huelva Información; Agustín Samaniego, director del diario El Periódico de Huelva y de Canal Huelva Noticias; José Luis Ruiz, presidente de la Asociación Latitudes 21; Carmen Ruiz de Zuazu, directora de Tesorería y Seguros de Atlantic Copper; Manuela Ramírez, directora de Estudios Corporativos y Relaciones Institucionales de Atlantic Copper; y Jesús Contreras, presidente de la Fundación*

**Diseño y Maquetación:**

Madrigal Imagen y Creatividad, S.L.

**Ilustraciones:**

Manuel Madrigal Quiles y Guillermo Madrigal Arenilla

**Imprime:**

EDEN Artes Gráficas

ISBN: Depósito Legal: SE-7818-2010





## *II Edición de Hablando en Cobre*

En 2010, un año después de iniciar su andadura, la Fundación Atlantic Copper decidió emprender un singular viaje, entonces arriesgado, con el objetivo de acercar la actividad que desempeña su empresa fundadora a la sociedad y que ésta pudiera conocer de primera mano el papel que juega el cobre en todo cuanto nos rodea. Un metal que, por muchas razones, es fundamental para nuestra calidad de vida.

Para comenzar este recorrido, ligado a la conmemoración del 40 aniversario de las instalaciones de Atlantic Copper en Huelva, nos aliamos con ese maravilloso arte llamado Literatura. Así nació el certamen literario de la Fundación, al que bautizamos como **Hablando en Cobre**, pues esa era su finalidad, que todo el que quisiera pudiera conversar sobre el cobre a través de la fórmula del relato corto.

En aquel entonces aún no podíamos prever el éxito de la convocatoria, pero esa primera edición de **Hablando en Cobre** superó con creces todas nuestras expectativas. Pensábamos que no era nada sencillo que la gente se lanzara a escribir un texto en el que el cobre debía estar presente, bien como elemento conductor o como actor secundario. Sin embargo, la sorpresa llegó en forma de 144 relatos, procedentes de numerosos puntos de la geografía española, pero también de otros países, como Turquía, Francia o Tailandia.

La continuidad del concurso no solo estaba garantizada por el número de obras recibidas, sino, sobre todo, por la calidad de los textos, lo que nos animó a editar un libro con los mejores trabajos, para poder hacer partícipes a otras personas del valor literario de aquellas pequeñas piezas, nacidas del cobre. Ese fue el primer volumen de esta colección y acordamos que repetiríamos la experiencia cada dos años.

La publicación que hoy tiene entre sus manos supone la confirmación de que nuestra decisión fue acertada, puesto que la participación en la segunda edición del certamen, celebrada en 2012, ha duplicado incluso a la anterior. Las obras recibidas abordan temas y géneros literarios muy variados, tratados desde diversas perspectivas, en los que el cobre se erige a veces como personaje principal de la trama y, en otras ocasiones, aparece de un modo puramente testimonial. Las bases del concurso establecen un único premio principal, pero el talento puesto de manifiesto en una segunda obra nos llevó también a la concesión de un accésit remunerado.

De nuevo, la segunda edición de **Hablando en Cobre** ha traspasado las fronteras españolas, pues hemos recibido algunas obras de Estados Unidos, Gran Bretaña o Alemania, consagrándose así el carácter internacional del certamen.

Aprovecho estas líneas para felicitar a todos los participantes, por los excelentes trabajos que nos han presentado y por haber permitido que nos adentremos en sus obras, que con tanto esfuerzo e ilusión nos hicieron llegar. Asimismo, les invito a probar suerte de nuevo cuando convoquemos la tercera edición del concurso.

La Fundación Atlantic Copper, que ya cuenta con más de cuatro años de actividad, ha centrado una parte de sus actuaciones en la familiarización de la sociedad con el cobre, presente en la mayoría de las acciones cotidianas del hombre. Además de **Hablando en Cobre**, ha puesto en marcha otras iniciativas para lograr este mismo objetivo, entre las que destaca el Concurso **enCuadre**, un certamen de fotografía temática nacido en 2011, cuyo nombre conjuga una de las reglas básicas de la composición fotográfica con el símbolo químico del cobre, Cu.

Un importante volumen de participación corroboró la buena acogida de la primera convocatoria, pues recibimos unas 200 fotografías, de variada procedencia a nivel nacional e internacional, cuyos autores supieron transmitir en sus creaciones la importancia de un metal esencial para la vida. Las obras poseían una enorme riqueza de contenidos, además de una admirable calidad estética y artística, lo que nos alentó a mostrarlas en una gran exposición abierta al público en el Hotel París de Huelva en enero de 2012.

Dada la amplia aceptación de ambos certámenes, **Hablando en Cobre** y **enCuadre**, la Fundación los convocará anualmente y de manera alterna, de modo que en 2013 le tocará el turno al concurso fotográfico y, en 2014, al literario.

De momento esperamos que la lectura de los mejores relatos participantes en la segunda edición de Hablando en Cobre sea tan fructífera para usted como lo ha sido para quiénes tanta dedicación y cariño hemos puesto en la edición de este libro.

Un cordial saludo.

**Jesús Contreras**

*Presidente de la Fundación Atlantic Copper*

Huelva, febrero de 2013

***PRIMER PREMIO***



**EN EL AMOR Y EN LA GUERRA**

*Ángela Millán Fernández*

Alberto Pérez Ruiz, patólogo forense, encargado de la investigación y de la previa operación de recuperación del cadáver aparecido en la mina de cobre durante las obras de reacondicionamiento, era perfectamente consciente de que le había caído encima un buen marrón. Se sentía como una marioneta bailando al son de muchos titiriteros y estaba hartó, más que hartó, hartísimo. Estaba claro que allí lo más importante era que aquello se solucionara lo antes posible para seguir adelante con las obras y tanto la empresa como la Dirección General de Memoria Democrática no hacían más que presionarle para que determinara cuanto antes que allí no había ninguna fosa, que aquel cadáver no era más que un pobre diablo que yacía allí por casualidad y cuya sepultura no merecía mayor atención que la que ya había tenido. Cómo si él pudiera decidir algo como eso. La historia era la historia y él no podía cambiarla. Si encontraba indicios de que allí había una fosa las obras deberían seguir paralizadas hasta que se realizaran los trabajos necesarios para sacar del olvido a quien hiciera falta.

Hasta ahora sólo los esfuerzos de las asociaciones de memoria histórica y los medios de comunicación habían conseguido que la compañía, avalada por la Junta de Andalucía, no siguiera adelante con los trabajos de reacondicionamiento. Pero el tiempo jugaba en contra, pronto los medios se olvidarían de aquel cadáver sin nombre y sin historia y él no podría hacer nada por evitarlo. Lo entendía. La mina, abandonada durante muchos años, se había convertido con el auge del cobre de nuevo en un filón, en un potencial motor de riqueza que podría acabar con la lacra del paro y la pobreza en aquella región polvorienta y castigada. Así que no sólo la Junta y la empresa lo presionaban, cientos de habitantes desesperados por un trabajo rezaban por que aquel muerto dejara de molestar de una santa vez. *"La pela es la pela"*, se dijo, *"y desde luego importa más que la verdad o que la historia de un solo hombre"*.

Hasta el momento la verdad es que tenía poco, por no decir casi nada; un esqueleto de sexo masculino que antes de convertirse en muerto había sido un joven sano de veintipocos, de altura y complexión normales para la época, muerto de un par de balazos o de un golpe en la cabeza, hallado en el fondo de la mina, al que había sido empujado o arrastrado, sin nada que hablara de su origen o su orientación política. Pero aún así Alberto Pérez Ruiz estaba seguro de que se trataba de una víctima de la Guerra Civil. Las balas encontradas junto al cadáver, propias de las pistolas utilizadas por los nacionales, el peine con la marca y la fecha de fabricación, 1934, las botas militares del 42 que aún calzaba el esqueleto, los botones de un pantalón y de una camisa militar, los restos de tela y los restos de papel y cartón eran pistas que le hablaban de guerra y de represalias, de olvidos forzados y de familias llenas de desaparecidos. No había aparecido la pistola así que todo apuntaba a una ejecución, pero nada le permitía saber quién era aquel hombre y por qué sus huesos habían aparecido en el fondo de la mina. Tan sólo una pista, una esperanza, una pieza de cobre atada a una cadenita, con un nombre y una fecha: *"Isabel Flores. Enero 1935"*.

Había costado dar con ella, los registros de la iglesia y el ayuntamiento la convertían en vecina del pueblo, nacida en 1918, pero los papeles se acababan allí y agotada la tinta había tenido que recurrir a la memoria, frágil, de una población que había echa-

do paletadas de olvido sobre todo lo que concerniese a la guerra y a los posteriores años de miedo y represalias. Eran pocos los que quedaban vivos y sus memorias aún estaban plagadas de temores, mezcladas con historias inventadas, rumores y medias verdades. Pero poco a poco fue tirando del hilo y reconstruyendo la imagen de una familia, los Flores, diezmada durante la guerra, exterminada por roja y por revolucionaria, desde el padre, acribillado junto a sus hermanos en la plaza del ayuntamiento, hasta la madre y dos de las tres hijas, asesinadas poco más tarde por seguir alimentando la llama de la República y hablando de derechos y de venganza. Sólo quedó con vida la hija pequeña, Isabel, al parecer una muchacha que despertaba silbidos de admiración cuando atravesaba la plaza para ir a por leche y que se quedó perdida cuando le mataron a la familia y al novio, dejándola además de sola llena de odio. Al parecer Isabel huyó a Francia con un muchacho, superviviente de la columna de Río Tinto, pero eso ya eran dimes y diretes puesto que Isabel nunca se había puesto en contacto con nadie del pueblo y la última vez que se la vio cuentan que fue en la plaza, mirando la pared llena de agujeros, abrazando una pequeña maleta de cartón.

Con esfuerzo y con la colaboración del *“Institute Français pour la Verité”*, donde tenía un colega, acabó encontrando la pista de Isabel Flores, ahora Isabelle, milagrosamente viva y lúcida, en un pequeño pueblo de Normandía. La anciana le sorprendió desde el primer día, desde el momento en el que descolgó el teléfono y escuchó sin extrañeza el relato enrevesado de un esqueleto misterioso y de un colgante de cobre con su nombre grabado. Le sorprendió su voz firme, con un ligero acento francés adquirido a punta de años de exilio, y su negativa a contarle nada por teléfono, su determinación a la hora de cruzar casi dos países para ir al encuentro de un muerto y una montaña de recuerdos.

Ahora esa mujer estaba frente a él, arrugada y encogida como sólo una anciana de más de noventa años puede estarlo, pero serena y lúcida.

*“Siéntese Isabelle por favor”, “Isabel si no le importa, déjeme mi nombre francés en la frontera y no imagine el placer que da volverse a llamar como le pusieron a una sus padres”. “Isabel entonces”, contestó el patólogo, y sonrió mientras le tendía a la anciana el colgante de cobre en una bolsita. Sólo un ligero temblor delató la emoción que sintió al recuperarlo después de tantos años, y al tocarlo, aunque sólo fuese a través del plástico.*

*“Esto es mío; me lo regaló Antonio en la navidad de 1935, por reyes, envuelto en un papelito azul brillante que vaya a saber usted de dónde había sacado porque dinero, lo que se dice dinero, el pobre no tenía mucho, voluntad sí, a montones, y ganas de tener muchos hijos, para que continuaran la estirpe, decía, pobrecito, cuando él no tenía familia, no como yo, que tenía la familia completa, y era una familia sólida, con las raíces bien ancladas en la tierra y en la mina, orgullosos de ser mineros, y no unos mineros cualquiera, sino miembros del movimiento obrero, que luchaban sin resignarse a que la compañía fuese propietaria, además de las tierras, de la hacienda, del suelo, del subsuelo, de sus vidas y las de sus familias. Mi padre estaba contento con la República ¿sabe? Todavía no se había decepcionado y decía que España iba a ser pio-*

*nera en derechos y libertades, que por fin estábamos en camino. Realmente se creía lo que decía porque a pesar de ser minero mi padre leía y sabía de lo que hablaba. Leía el periódico en la plaza del pueblo y en las mesas del café de Raimundo para que todo el mundo se enterara de lo que estaba pasando en el mundo, no podemos luchar siendo ignorantes, decía, el conocimiento es lo que nos sacará de pobres. Yo creo que por eso lo mataron de los primeros a puros balazos a la puerta del ayuntamiento que había ido a defender. Quedó hecho un colador y mi madre y yo dejamos un reguero de sangre cuando lo arrastramos hasta casa.*

*Pero en fin, eso fue después, porque en enero de 1935, cuando Antonio me dio el colgante de cobre con mi nombre, todavía no sabíamos ni sospechábamos nada de eso y mi padre estaba vivo y coleando, tanto que nos hacía la vida imposible porque no le gustaba nada el muchacho, pobre, con lo bueno que era. Decía que era un pan sin sal y un minero de pega. Lo cierto es que a Antonio no le gustaba la mina y soñaba con irse lejos, con ser artista, artesano o bombero pero a mí tampoco me gustaba y soñaba con irme con él, así que me importaba un pepino lo que opinara mi padre. Pero a Antonio no, él quería hacer las cosas bien y por eso se las dio de valiente cuando se formó la columna y decidieron salir a Sevilla a defender la República y la democracia, para impresionar a mi padre. Esto fue en julio del 36, un año y pico más tarde de que me diera el colgante y me dijera que se quería casar conmigo y quererme para siempre. Si yo hubiera sabido que iba a haber una guerra me hubiera casado con él en ese momento, pero no lo sabía, y lo único que hice fue darle un besito, en la mejilla no se crea, y decirle que sí, que me casaría con él, que yo también lo amaba. Se puso tan contento que me hizo reír a carcajadas.*

*Yo tenía muchos pretendientes y andaba tonteando con unos y con otros desde pequeña, pero sobre todo con Alfonso y Antonio, que eran muy amigos, casi como hermanos, pues se habían criado puerta con puerta y tenían la misma edad y los mismos gustos pues los dos se enamoraron de mí y anduvieron coqueteándome y rondándome desde los 12 años. Yo los quería mucho a los dos pero me enamoré de Antonio mucho antes de que me diera el colgante pues era listo y diferente, y soñaba con países lejanos y casas con jardín como en las películas americanas. Cuando nos comprometimos Alfonso se dio un disgusto pero lo acabó entendiendo y dándonos un abrazo a cada uno, que seáis felices, nos dijo, y allí se quedó la cosa. El colgante me lo hizo Antonio con un trozo de cobre de la mina, me dijo que estábamos unidos a él como lo estaba el pueblo, y que generaciones y generaciones de mineros lo habían extraído desde los tiempos de los fenicios, así de duradero será nuestro amor, y yo claro, me rendí y le dije que sí. El nombre y la fecha lo grabó él mismo, como era la primera vez que batía el cobre no le quedó muy bonito pero dijo que ya aprendería y que en el futuro sería un artista, y seguiría viviendo del cobre, pero no ya sacándolo de la mina, sino convirtiéndolo en colgantes y jarrones, bandejas y adornos para la gente rica. El mundo se rendirá a nuestros pies Isabel, ya lo verás, y yo, tonta de mí, me lo creía.*

*Nuestro mundo se volvió del revés en julio del 36, pero eso usted ya lo sabe, que lo pone bien clarito en los libros de historia. Lo que quizás no sabe porque usted no es*

*de por aquí, es que el director general de la guardia civil de Huelva ordenó que se enviasen a Sevilla a mineros valientes cargados de dinamita para sofocar el intento de golpe de estado, y digo intento porque entonces todavía era eso, un intento, aunque más tarde se convirtiera en realidad. Pero eso aún no lo sabíamos y a los mineros del pueblo, los que eran más de izquierdas y militantes de partidos y sindicatos, les faltó tiempo para ponerse en camino, convencidos como estaban de que aquella sublevación se quedaría en agua de borrajas, aplastada por el peso de la libertad y de la democracia. Mi padre y otros líderes sindicales no marcharon con la columna desde el principio sino que se fueron a otros pueblos a buscar más voluntarios y más explosivos para que se fueran uniendo conforme avanzaban. Quedaron en encontrarse más tarde, cuando a la columna ya se hubiesen unido los guardias civiles que habían enviado desde Huelva a La Palma del Condado.*

*Los hombres salieron del pueblo hacia el punto de encuentro la noche del 18 de julio. Antes de ponerse en marcha, mi padre, que era hombre de pocas efusiones, nos dio un beso a cada una en la mejilla, incluyendo a mi madre, y salió por la puerta. Esa fue la última vez que pude tocarle, la siguiente vez que lo vi fue frente a la pared del ayuntamiento, mientras una lluvia de balas le caía encima.*

*Antonio vino a despedirse un poco más tarde, cuando todavía la casa olía al tabaco de mi padre y no nos habíamos limpiado los surcos de las lágrimas de las mejillas. Me agarró de las manos y me dijo que me quería, más que a nada, más que a su propia vida, y que aunque estaba convencido de que todo saldría bien, si no salía, si por casualidad una bala nos arrancaba de cuajo los sueños, entonces Alfonso me cuidaría. No temas, me dijo, si yo falto Alfonso no faltará, se casará contigo en mi lugar y te protegerá si yo no puedo hacerlo, me lo ha jurado, por su honra, por su familia. A mí no me salían las palabras, no quería que se fuera pero no podía impedirselo, igual que ni siquiera intenté detener a mi padre. Lo que sí hice fue darle un beso, pero un beso de verdad, de esos que había visto en las películas, de esos en los que una se deja el alma, y aún conseguí susurrarle te quiero al oído, y deslizarle en el bolsillo el colgante de cobre que me había regalado, este que ahora tengo en la mano, para que le trajera suerte. Se marchó y ese fue el primer y último beso que le di, tonta de mí, porque si hubiese sabido lo que iba a pasar después me lo hubiera comido a besos, sin dejar nada, ni un sólo rincón, ni un sólo hueso.*

*Partieron de madrugada, con tres camiones que les había dado la compañía a instancias de la comandancia, un par de coches requisados a dos señoritos del pueblo y la moto del Tomás, sin más armas que un puñado de fusiles y unos kilos de dinamita. Salieron con el ánimo levantado, a ellos se iban uniendo por el camino otros valientes hasta que formaron una columna de más de 200 hombres que avanzaba para encontrarse en La Palma del Condado con 120 guardias civiles enviados por la comandancia de Huelva y seguir, reforzados, rumbo a Sevilla. Lo demás, señor, es historia, historia trágica de esta tierra. Seguramente usted ya la sepa, que se nota que es un hombre instruido y además probablemente se haya leído los libros que hablan de esto antes de venir a charlar conmigo, pero se lo cuento, que total tampoco importa*

*que hable un poco de más después de tantos años de silencio ¿no? Pues resultó que estos hombres fueron engañados y traicionados por el comandante de la Guardia Civil, el comandante Haro, que decidió cambiar de bando y unirse a los fascistas sublevados en lugar de luchar contra ellos. Así que cuando la columna llegó a La Palma del Condado no había ningún guardia civil dispuesto a unirse pues los traidores se habían adelantado en el camino hacia Sevilla. Lo que no sabían mis pobres mineros era que esos traidores les esperaban en la Pañoleta con la intención de tenderles una emboscada y asesinarlos, cosa que hicieron sin que les temblara la mano según nos contaron después algunos testigos de aquel barrio que se tiñó de sangre.*

*Pillada por sorpresa poco pudo hacer la columna que además apenas cargaba fusiles ni armas de fuego, sólo pudieron parapetarse tras los vehículos ante la lluvia de balas que les cayó encima, con tan mala suerte que una de esas balas hizo explotar la dinamita y la explosión, unida a las balas, acabó de golpe con la vida de más de veinticinco mineros, dejando a muchos irreconocibles de lo quemados y destrozados que acabaron. A los supervivientes, sin que nos diera tiempo a saber quiénes eran, se les formó el 29 de agosto un consejo de guerra que los condenó a muerte, acabando así con la vida de muchos hombres de un solo plumazo.*

*Al pueblo nos iban llegando noticias de la desgracia de la Pañoleta, y aunque quedaba poco espacio para la esperanza todavía pensábamos que cualquier día nuestros hombres aparecerían, huidos y escondidos, pero vivos. Con la Lola nos sentábamos a esperar a la vera del camino de las huertas, ella a su hermano y yo a Antonio, y allí se nos pasaban las horas sin que llegara nadie. Era tanta mi ansiedad que casi me da un infarto la noche que desde detrás de la paja del corral se me apareció la figura de un soldado. Me eché a correr sin dudarle un segundo pero me paré de golpe cuando le vi la cara porque aquel fantasma no era Antonio sino Alfonso, con los ojos llenos de lágrimas y una barba de varios días. Me miró a los ojos, me agarró la mano y en ella puso el colgante que usted ve sin una palabra. Y no hizo falta que hablara pues con eso comprendí que Antonio no volvería y que no quedaba espacio para la esperanza.*

*Cái al suelo y allí me quedé mientras Alfonso me decía con voz ronca que cumpliría con su promesa, que me sacaría de allí como fuera, que huiríamos hacia Francia, que nos casaríamos y olvidaríamos todo aquello. Pero yo no podía contestarle, la voz se me había escapado del cuerpo, se lo juro, y ante mi silencio me dijo que no me preocupara, que llorara el tiempo que hiciera falta, que él me esperaría, escondido en la sierra, y que pasadas seis semanas nos encontraríamos en la mina donde él se haría con un coche para escapar al norte, que no dijese nada a nadie, que hiciese como si nada, como si él también hubiese muerto, porque los fascistas estaban cerca y había que tener cuidado y darse prisa. Se marchó y yo me quedé sola, y lloré tanto, tanto, tanto y durante tanto rato que no me quedaron lágrimas y no pude llorar después, nunca más, ni siquiera cuando al cabo de un par de semanas los fascistas mataron a mi padre por rojo, y a los dos días a mi madre y a mis hermanas, dejándome sola con un puñado de fantasmas.*

*No era yo entonces ¿sabe?, me había convertido en una sombra que vagaba por las calles del pueblo, esperando a que también la matasen, hasta que unos días antes*



*de cumplirse el plazo decidí irme con Alfonso, escapar y dejar atrás el pueblo y toda su sangre. Esa noche me hice la maleta, una de cartón que tenía mi padre. Metí en ella dos mudas, el vestido de novia de mi madre, algunas fotos y unas cuantas pesetas que tenía ahorradas mi padre, el pobre, escondidas debajo de un colchón.*

*Cuando llegó la noche señalada me marché sin ni siquiera cerrar tras de mí la puerta de la que hasta entonces había sido mi casa. Me detuve un momento en la plaza para mirar los agujeros de las balas que se habían llevado la vida de mi padre; 37 agujeros había, todavía me acuerdo. Llegué a la mina, pasé por debajo de la cadena de la puerta y me senté en una piedra a esperar a que anoheciera. No había nadie, no quedaban mineros y la compañía, inglesa, se había retirado prudentemente hasta ver de qué lado soplaban los vientos. Al cabo de un rato, no sé cuánto porque perdí la cuenta de los minutos y las horas, me tocaron en la espalda y al volverme vi a Alfonso, vestido con una camisa militar, un pantalón que parecía nuevo y un par de botas militares. Estaba afeitado y peinado y llevaba a la espalda un petate nuevito lleno hasta reventar.*

*La verdad es que me debió sorprender verlo de semejante guisa cuando se suponía que llevaba varias semanas escondido en el bosque, pero estaba tan aturdida que simplemente me levanté y agarré mi maleta, dispuesta a seguirla hasta donde fuera. Él me miró con cariño, sonrió, y me agarró la cara para obligarme a mirarle a los ojos, tan oscuros que mareaban, no te preocupes Isabel, yo cuidaré de ti, te lo prometo, y ahora espérame aquí que voy a agarrar algún vehículo de los que están por ahí abandonados a ver si puedo arrancarlo para marcharnos de aquí. Se marchó dejándome allí con mi maleta, su petate y mi aturdimiento, pero yo no sé qué me pasó en aquel momento que de repente fue como si se me apareciera el espíritu santo e hiciera la luz en mi cabeza atontada con tanto muerto.*

*De repente empecé a preguntarme cómo podía ser que vistiera aquellas ropas tan limpias y planchadas, cómo podía ser que nadie lo hubiera descubierto si allí no había quedado ni zarapito para contarlo, cómo podía ser que supiera dónde encontrar un coche con las llaves puestas, cómo podía estar tan seguro de poder atravesar las líneas fascistas con un coche robado, cómo, cómo, cómo... Y tantas preguntas me hicieron abrir el petate y rebuscar hasta acabar descubriendo una carpetita de cartón llena de papeles que abrí con las manos temblando. Dentro encontré un salvoconducto firmado por el mismísimo Queipo de Llanos, traidor y asesino fascista, en el que ordenaba dejar el paso franco a Alfonso González y a su mujer Isabel Flores, en su camino desde el sur de España hasta la frontera francesa. No entendía nada, cómo podía tener Alfonso ese salvoconducto y aquella pistola, y aquel dinero... La respuesta la encontré en una carta que adjuntaba el salvoconducto en la que el comandante Haro explicaba a Queipo de Llanos la inestimable ayuda prestada por el minero Alfonso González, imprescindible para el desmantelamiento de la llamada columna de Río Tinto y, por tanto, para el triunfo del levantamiento en Sevilla, y le solicitaba emitiera el dichoso salvoconducto, y le ofreciera, durante el tiempo que hiciese falta, alojamiento, comida y ayuda económica, y que, a cambio, igual que había suministrado valiosa información*

para la neutralización de la columna, seguiría suministrando información sobre elementos subversivos contrarios al movimiento, republicanos, masones y sindicalistas, para que las fuerzas revolucionaras pudieran atajar cualquier movimiento de oposición que pudiera surgir, arriba España.

*Me quedé de piedra, congelada, aniquilada, incapaz de asumir lo que había leído, incapaz de creer que Alfonso me hubiese mentido y hubiese sido capaz de traicionar a sus amigos y a sus vecinos a cambio de un salvoconducto, un puñado de pesetas y el título de héroe fascista. Tan absorta estaba que no me di cuenta de que Alfonso había regresado y me miraba en silencio sujetar la carta y el salvoconducto con manos temblorosas. Lo hice por ti Isabel, lo hice por amor. No tenía ninguna oportunidad contigo mientras Antonio siguiese vivo, Isabel, me dijo, y yo no podía, no puedo, vivir sin ti, además nos hubieran matado a todos de todas formas y te hubieses quedado sola, ¿no te das cuenta? Lo que hice fue lo mejor para ti, lo mejor para los dos...*

*Y siguió hablando y hablando, pero yo no seguía escuchando, ya no lo oía, sólo oía la voz de Antonio, y su risa, y lo imaginé tendido en el suelo, acribillado, quemado, acabado, e imaginé a Alfonso, ese Alfonso que había creído su amigo, su hermano, agachándose para arrancarle del cuello el colgante de cobre con mi nombre, porque sabía que sin él, sin esa prueba, yo no creería nunca su muerte, y lo hubiese esperado días y años, sin acceder a escaparme con él, ni a Francia ni a ningún sitio. Y mientras imaginaba, sin darme cuenta, me agaché y agarré la pistola y apunté a Alfonso que siguió hablando hasta que vio el arma en mi mano, y el odio en mis ojos, y entonces calló de golpe y yo, sin pensarlo, disparé, y disparé no una, sino dos veces, para asegurarme de que estuviera muerto, y después lo agarré de los pies y lo arrastré hacia el borde de la mina, y sin más lo empujé terraplén abajo, sin derramar ni una lágrima, y ¿sabe?, sólo me arrepiento de no haberle preguntado antes de matarlo si él era el culpable de la ejecución de mi padre y mis hermanas para haberle metido otros dos tiros, o cien, o los que hubiera podido. Después, agarré el petate, el salvoconducto, monté en el coche y me marché.*

*Cómo llegué a Francia, señor, es otra historia para la que no tenemos tiempo, pero usted ya tiene la historia de su muerto misterioso así que puede darse por satisfecho. No ponga esa cara señor que ya sé que tiene mil preguntas, se lo veo en los ojos, pero sepa que no voy a contestarle ninguna, esta es mi historia y así tiene que creerla. Convéznase de que allí en la mina no hay más muertos que éste, dígaselo a quien haga falta y hagan con el cuerpo lo que a ustedes les parezca, no me importa, pero cuando acaben, se lo ruego, envíeme usted a mi casa de Normandía este colgante para que me entierren con él al cuello porque ahora sí que me puedo morir tranquila”.*

Así terminó el relato de Doña Isabel Flores y no consiguió el patólogo forense Don Alberto Pérez Ruiz sacarle ni una sola palabra más. El asunto del muerto de la mina se olvidó a los pocos días, cuando los diarios dejaron de encontrarle atractivo a un asunto tan viejo. Sólo a Don Alberto Pérez Ruiz siguió dando guerra el muerto de la mina ya que sabía que algo fallaba en aquella historia pues no se explicaba cómo Isabel, tan

menuda, había sido capaz de arrastrar sola el cadáver hasta la mina, conducir un vehículo sin haber conducido nunca, atravesar una España en guerra e instalarse en Francia sin más ayuda que un salvoconducto emitido a nombre de dos personas. Y además, resultaba que el muerto sí tenía dos tiros en la cabeza, pero las marcas en el hueso le hacían suponer que se habían hecho desde arriba, y juraría, por su honra profesional, que la causa de la muerte no fueron los tiros sino un golpe dado con un objeto contundente en la base del cráneo, detrás de la cabeza. Pero claro, nadie quiso escucharle porque los euros pesaban más que los viejos huesos y la historia de Isabel cerraba el asunto con paz para todos, sin que aparecieran más muertos en la mina y sin que nadie pusiera el grito en el cielo por haber desenterrado a su abuelo o a su bisabuelo.

Total que tuvo que conformarse. A los tres años, cuando ya se había olvidado casi del asunto, la Dirección General de Memoria Democrática le envió por correo certificado el colgante de cobre que había solicitado y que, pasado un tiempo prudencial a la espera de otras reclamaciones, le remitían para que se lo hiciera llegar a su legítima propietaria. Lo empaquetó con cuidado y lo envió a la dirección de Normandía que había guardado en un cajón, junto a sus papeles y a las preguntas sin respuesta del caso. A las tres semanas recibió una carta con remite de Francia; una carta con su dirección escrita a mano, con letra picuda y temblorosa:

“Les Andelys, 24 de abril de 2010.

Estimado señor Pérez.

Muchas gracias por hacerle llegar a mi esposa el colgante con su nombre. Era muy importante para ella y estoy convencido de que esperó a tenerlo de nuevo entre las manos para morirse tranquila pues falleció de muerte natural a los dos días de recibir su misiva. Le ruego disculpe si le cuesta entender mi letra pero los años no perdonan y a fecha de hoy cuento ya con la nada desdeñable edad de 98 años.

El motivo de mi carta, aparte de agradecerle el haber cumplido con la promesa que le hizo a mi esposa, es contarle la verdad en relación a su muerto de la mina, Alfonso, pues muerta Isabel ya no me quedan motivos para seguir guardando secretos. En realidad, estoy convencido de que a nadie, después de tantos años, le interesa ya lo que tengo que contarle. Por lo que sé en nuestro país se han echado paletadas de olvido sobre los muertos pero creo yo que éstos también tienen derecho a que se les haga justicia, sean del bando que sean, y por cabrones o hijos de puta que fuesen en vida. Además, si es cierto que existe un más allá, un paraíso, un reino de los justos, o cómo quiera usted llamarlo, mejor será llegar con la conciencia tranquila y sin fantasmas en la maleta.

No me gustaría, sin embargo, que usted se hiciera una idea equivocada de Isabel, tachando a la pobre de embustera. Debe usted intentar ponerse en su lugar y comprender cómo fueron aquellos años, cómo, sin darnos cuenta, dejamos de tener claro dónde estaba la barrera que separaba lo correcto de lo incorrecto, el bien del mal o lo justo de lo injusto. Además, lo que Isabel le contó aquella tarde no fue puramente una mentira, pues la mayor parte de su relato era cierto, y, si omitió algunos detalles

y cambió algunas cosas, no fue con ánimo de engañarle, sino con el loable fin de protegerme.

Supongo que a estas alturas de la carta ya se habrá dado cuenta de quién soy yo y, sí, puedo asegurarle que no soy ningún fantasma sino que simplemente tuve suerte, mucha suerte, tanta que a punto estuve de comenzar a creer en milagros divinos cuando la mañana del 19 de julio, muy temprano, cuando la columna andaba cerca de Camas, tropecé con una piedra y caí rodando varios metros por un terraplén rompiéndome la pierna izquierda, un par de costillas y magullándome enterito. Lo que al principio me pareció una desgracia se convirtió poco después en un regalo, pues al dejarme mis compañeros al cuidado de una anciana del pueblo entre mofa y regodeo, me salvaron la vida. Al enterarme, horas después, de la masacre que los fascistas habían perpetrado en el barrio de la Pañoleta, a sólo unos kilómetros de dónde yo me encontraba, decidí quedarme escondido en el pajar de la anciana en lugar de emprender el regreso al pueblo pues, con la pierna y las costillas rotas no hubiera llegado muy lejos y en seguida me hubieran prendido y condenado a muerte.

Total que allí me quedé bien escondido durante muchos días y muchas noches, hasta que me sentí lo suficientemente recuperado como para echarme al monte y volver a casa. Pero la pierna me dolía todavía, de hecho debió de curármese bastante mal pues desde entonces ando medio cojo, y no tuve más remedio que arriesgarme a andar por los caminos, avanzando con mil ojos, incluyendo en el cogote, de tal manera que me arrojaba de cabeza a los matorrales de las veredas nada más intuir el motor de un coche o la polvareda levantada por los pasos de los hombres. Cuando andaba ya cerca de Nerva, desde mi escondrijo detrás de unos árboles, vi pasar un coche con la bandera roja y amarilla que usaban los sublevados fascistas y que se detuvo poco antes de la entrada del pueblo.

Aquello me llamó mucho la atención así que arrastrándome por los matorrales me acerqué todo lo que pude y me asomé para poder ver el coche y lo que andaban haciendo sus ocupantes. Primero vi a un par de hombres vestidos de uniforme que al moverse dejaron a la vista a otro vestido de paisano, con un petate verde al hombro. Imagínese cuál fue mi sorpresa cuando reconocí en aquel hombre a Alfonso, mi amigo, mi hermano, al que yo daba por muerto o por prisionero, al que había perdido la pista al caerme por el terraplén ya que él, por ser más ducho en el manejo de las armas de fuego, andaba en la parte avanzada de la columna, al cuidado de uno de los camiones.

El primer impulso que tuve fue salir corriendo para darle un abrazo pero menos mal que me contuve a tiempo porque aquellos dos tipos me hubieran descerrajado un tiro sin dudarle un segundo, además, me quedé congelado en el sitio cuando vi a Alfonso hacer el saludo fascista y cuadrarse, como uno más, frente a los uniformados. Apenas podía creerlo pero de repente encajaron todas las piezas; el cómo habían sido capaces los traidores fascistas de saber por dónde iba a pasar la columna cuando se había decidido dar un rodeo, el por qué Alfonso me había pedido que le prestara el colgante de Isabel para que le protegiera en la vanguardia de la columna, su interés en

que me uniera a la marcha, su insistencia en que anduviéramos en lugares distintos de la misma, yo bien en medio para que no me perdiera... Si hubiera tenido una pistola o un fusil le juro que le hubiera pegado un tiro allí mismo, pero no tenía y lo único que pude hacer fue seguirle cuando echó a andar por la vereda del camino, adentrándose en el monte poquito antes de llegar a nuestro pueblo.

Al llegar a una clariana dejó el petate en el suelo, sacó una bolsa y de ella un hatajo de ropas tan sucias que incluso podía olerlas desde donde me encontraba, agazapado a unos cuantos metros de aquel traidor. Se desvistió, dobló cuidadosamente la camisa y los pantalones, los guardó en la bolsa y escondió ésta bajo unas ramas secas. Finalizada esta tarea de ocultación se puso la ropa sucia, se alborotó el pelo y se frotó las manos, el cuello, la cara y los cabellos con un puñado de tierra y ramitas. De esa guisa se sentó en una piedra y espero fumando un cigarro tras otro a que fuese noche cerrada, momento en el que echó a andar hacia el pueblo, conmigo detrás como una sombra. Y como una sombra fui testigo de cómo se presentaba ante Isabel en su propio patio, de cómo le entregaba el colgante, de cómo ella caía de rodillas y de cómo lloraba todas las lágrimas del mundo por mi muerte. Cuando Alfonso se fue, dejándola sola, sollozando con la cabeza entre las manos, hice mi entrada y le puedo jurar que me costó trabajo convencerla de que no era un fantasma pero que, cuando lo logré, tuvimos la noche de amor más intensa que jamás persona alguna pudo soñar. Después, juntos, trazamos un plan que a punto estuvo de irse al traste con la muerte de su familia, de tan destrozada que quedó la pobre, pero que finalmente nos terminó llevando a Francia y a Alfonso al agujero de la mina en el que lo encontraron más de setenta años después.

A la hora en la que Isabel se dirigió a su cita con Alfonso yo ya llevaba un buen rato escondido en la mina, dispuesto a darle a aquel traidor lo que se merecía, pero no sin antes hacerle confesar todos sus pecados, muerto de miedo, ante un ser venido del más allá. Iluso de mí, pensé que se asustaría al verme y que me pediría perdón de rodillas, antes de atarlo, amordazarlo y robarle todo lo que tenía. Pero aquel maldito no sólo no se asustó cuando me vio salir de mi escondite, como un fantasma dispuesto a llevarlo al otro mundo, sino que con enorme sangre fría sacó un revólver y me apuntó a la cabeza diciéndome *"Eres difícil de matar amigo, la segunda vez haré las cosas yo mismo"*. Recuerdo perfectamente sus palabras, igual que recuerdo la aparición de Isabel, a pesar de que me había jurado que esperaría en el bosque a que fuera a buscarla, armada con una enorme rama con la que asestó a Alfonso un golpe con todas sus fuerzas. Tan fuerte le dio que aquel traidor ni siquiera pudo articular palabra mientras se le escapaba la vida, tan sólo mirar a Isabel con sorpresa mientras moría tendido en el suelo de la mina que tantas veces habíamos pisado.

Pensando en la posibilidad de que lo encontraran agarré la pistola y le pegué dos tiros en la cabeza, de ese modo pensarían que su muerte había sido una ejecución más en aquella marea de asesinatos sin sentido. Después cogimos el petate, el coche y nos marchamos de allí sin mirar atrás, yo convertido en Alfonso González e Isabel convertida en la esposa de un reconocido héroe de la sublevación. Una vez en Francia no

nos fue muy difícil empezar una nueva vida y borrar todos los puentes que nos unían a la antigua; nos cambiamos el nombre, buscamos un pequeño pueblo lluvioso y, con esfuerzo, me convertí en un artesano del cobre cuyas piezas se vendieron, primero en la zona, luego en el país y más tarde, mucho más tarde, a nivel internacional. Tuvimos hijos a los que nunca contamos esta historia, y nietos que tampoco nunca la sabrán, fuimos todo lo felices que nuestros fantasmas nos permitieron y puedo jurarle que nunca, en ningún momento, nos arrepentimos de lo que habíamos hecho.

Sólo hay una parte de la historia que Isabel nunca supo. Ahora se la cuento porque no quiero seguir cargando a los muertos con culpas que no son suyas, no sea que luego quieran vengarse. Alfonso podía ser un cabrón traidor, y un asesino, pero no hizo que mataran al padre de Isabel, ni a su madre ni a sus hermanas. Fui yo quien les delató, y volvería a hacerlo ya que, si no hubieran muerto, Isabel nunca hubiese huido conmigo y eso nos hubiera acabado llevando a la muerte e implicando el fin de todos nuestros sueños. Espero que usted no me juzgue a la ligera señor Pérez, de todas maneras en el amor y en la guerra, ya se sabe, todo vale.

Atentamente.

Antonio Maldonado”



## *ACCÉSIT*



## **AQUÍ VIVIÓ**

*Elena Alonso Frayle*

Si hace algunos años me hubieran preguntado por mi definición de la Historia, yo, como profesional, habría respondido con alguna de las fórmulas habituales que aprendimos en la facultad o con un innovador replanteamiento más o menos ingenioso, pero anclado en los mismos principios que el ser humano ha aceptado como incuestionables durante siglos y que pueden resumirse en dos frases: el pasado muerto es irrecuperable y el tiempo transcurre de una manera lineal. Sin embargo, tras lo que viví o creí vivir en Weimar, ya no estoy tan seguro de cuál sería mi respuesta. Pero comencemos desde el principio.

Llegué a la ciudad alemana de Weimar en mitad del invierno, por eso, cuando bajé del taxi que me trasladó desde la estación hasta el edificio donde había alquilado un apartamento amueblado, mis zapatos —mis sobrios zapatos ibéricos, tan poco adecuados para los rigores del invierno centroeuropeo— se hundieron sin remedio bajo unos cuantos centímetros de nieve. Y, naturalmente, fui incapaz de ver lo que había debajo. Aún debieron pasar varias semanas para que el deshielo sacara a la luz esas pequeñas y reveladoras losetas de latón insertadas en el pavimento, cuya existencia, aquella mañana, yo ignoraba por completo. El taxi se alejó y yo miré a mi alrededor. Toda la calle ofrecía el mismo aspecto: las aceras cubiertas por una nieve que, a esa hora temprana, aún ofrecía un aura immaculada, virginal. Un cielo húmedo y blancuzco, como de leche de almendras, se hinchaba sobre la ciudad; soplabla una afilada brisa que me hizo levantar las solapas de la cazadora y frotarme con brío las manos desnudas. Respiré hondo y mi aliento tibio produjo una densa nubecilla de vapor. Vigorizado por el frío, alcé la cabeza para contemplar el lugar en el que iba a vivir los siguientes meses. Se trataba de un edificio antiguo de cuatro plantas, construido en piedra caliza y adornado con elegantes molduras de estuco.

La fachada parecía haber sido renovada en fechas recientes: la piedra tenía un color claro y homogéneo y los marcos de las ventanas se veían sólidos, funcionales. Con todo, el edificio devolvía esa embriagadora impresión de antigüedad, un turbador aire de época —y qué frívolamente, sólo ahora lo comprendo, nos dejamos seducir por estos términos— que me había cautivado en las fotografías del buscador inmobiliario, cuando, todavía en mi domicilio de Madrid, organizaba en un tiempo récord mi próxima estancia en Alemania. Aún no terminaba de comprender muy bien de dónde había surgido esa súbita decisión de trasladarme a Weimar. Probablemente tenía que ver con Silvana, con su manera de salir de mi vida —la mitad del armario vacío y una nota plagada de reproches sobre la formica de la cocina—, de un día para otro, sin anuncios ni preámbulos ni más advertencia que ese lamento con el que a menudo zanjaba lo que hasta entonces no se me habría ocurrido calificar como discusiones: «Esteban, tú vives en otro mundo». Eso me decía Silvana, que yo vivía como en una especie de vida paralela, y creo que no se refería a que estuviera demasiado absorto en mis investigaciones para la tesis, sino que aludía más bien a esa fascinación que he experimentado siempre, desde niño, por la Historia.

Silvana, como detalló en esa nota implacable que me dejó en la encimera de la cocina, se había cansado de convivir con un tipo secuestrado por ese desmedido inte-

rés en explorar lo que ya aconteció, un tipo siempre en otra parte, acechando el violento latido del pasado en los rincones de los castillos y palacios que me empeño en visitar durante las vacaciones, en los objetos triviales que exponen los museos, en las cajas repletas de recuerdos olvidados en el altillo de un desván; un tipo más preocupado por conjeturar vidas pasadas que por cimentar mi propia vida, me recriminaba Silvana, la que se suponía que compartía con ella desde hacía un año, desde que tomamos la decisión de que se trasladara a mi hogar con todos sus bártulos. Ocupando esa mitad de un armario que ahora se había quedado deshabitada, cuajada de perchas huérfanas, dibujando un hueco en el centro mismo de mi soledad.

Eso es lo que me echó en cara Silvana, y me temo que tenía razón. Porque el día de su partida, en lugar de llamarla, de buscarla en casa de alguna amiga, de pedirle explicaciones o suplicarle; en lugar de enfurecerme o de emborracharme despacio, lo que hice para encontrar sosiego fue abrir la vitrina donde atesoro mi colección de cartas antiguas, de esas que venden los traperos en los mercadillos y que me gusta adquirir de vez en cuando. Me calcé con parsimonia mis gafas de leer y pasé toda la noche despierto, inmerso en los pasajes escritos por personas desconocidas, dirigidos a otras personas igualmente desconocidas, descifrando caligrafías intrincadas, siguiendo el débil rastro de la tinta empalidecida por el transcurso sigiloso de las décadas, a veces de los siglos, percibiendo en el aroma lóbrego que despedían las hojas una presencia viva, de algo que se resistía a desaparecer para siempre, habitando acaso en un recodo desconocido de la realidad. Y al internarme en los parajes de esas otras vidas yo conseguía escabullirme de la mía, y eludir el abismo negro que se abría en mi armario y las sábanas frías que ya no caldeaba el cuerpo de Silvana. El murmullo de las voces muertas que me arropaban desde aquellas cartas reseca y quebradizas fue suficiente para espantar aquella noche y las que siguieron el fantasma de su ausencia.

Después puede decirse que una cosa llevó a la otra. Finalmente acusé el hastío, ya desprovisto de aristas hirientes, de dormir, noche tras noche, abrazado a mi pedazo de soledad en aquella cama demasiado fría; la oferta de intercambio académico con una universidad alemana aterrizó en la pantalla de mi ordenador una mañana como otra cualquiera y la elección de Weimar fue más azarosa que meditada, tal vez porque el nombre de esa ciudad acababa de revolotear casualmente ante mis ojos, asociado a no sé qué festival de música barroca que anunciaba una de las numerosas gacetas culturales a las que estoy suscrito. Así de imprevisibles e inciertos son los ardidés de que se vale el destino para guiarnos en sus rondas.

De manera que apenas dos meses después de la partida de Silvana me hallaba ante aquel edificio del centro de Weimar, con un par de bolsas de lona que contenían todo mi equipaje, en el que temí no haber incluido suficientes prendas de abrigo para hacer frente a esa nieve que cercaba la ciudad. Un empleado de la inmobiliaria me franqueó el paso cuando llamé al timbre, me entregó las llaves de la vivienda y me detalló, con sucinta celeridad germánica, el elenco de informaciones básicas: llaves de luz y agua, calentador del gas, teléfonos de emergencias, calendario de recogidas de basuras y poco más. Se despidió antes de que pudiera formularle algunas preguntas que ya me quema-

ban en los labios, relativas, claro está, a la historia del edificio. Así que, en cuanto se hubo marchado, me dediqué a explorar por mi cuenta. Descendí los peldaños de la elegante escalera en forma de tirabuzón, admiré las volutas que remataban el pasamanos y los motivos art déco taraceados en la madera de las puertas. En el descansillo de mi planta, la última, había visto varias puertas de contrachapado pintadas de gris, que ofrecían un aspecto muy diferente, mucho menos distinguido, que el de los portones de doble hoja que custodiaban las viviendas de las otras plantas, según iba comprobando en mi descenso.

Supuse que ahí arriba se habrían levantado tabiques para reorganizar las superficies y que la distribución de mi apartamento de dos habitaciones ya poco tendría que ver con el plano original de lo que en su día debió de ser un piso de espacios amplios y diáfanos, con largos pasillos y estancias señoriales, típico de esa burguesía de fin de siècle que había sido responsable de su construcción. Llegué abajo y pasé revista al vestíbulo de suelo ajedrezado y al patio, en el que, junto a los contenedores de la basura, se alzaba impenetrable un castaño deshojado, posiblemente centenario, a juzgar por su envergadura, bajo el que picoteaban tranquilos algunos grajos. A duras penas acallé el pensamiento —me temo que muy poco original— de preguntarme por todo lo que aquel árbol habría presenciado, todas las historias que, a lo largo de las décadas, se habrían desarrollado al otro lado de las ventanas que velaban sus ramas.

Lamenté no haber podido obtener más datos sobre el edificio del empleado de la inmobiliaria; ahora no me quedaba más remedio que entregarme a la conjetura. En realidad, eso era lo que más me gustaba: dejar a un lado el rigor histórico y dedicarme a fantasear sobre la textura de las vidas cuyas huellas aún nos es dado reconocer. A veces pensaba que mi verdadera vocación, más que la Historia, era la de traducir los hechos históricos en ficciones. O a la inversa. Parfraseando a Raymond Carr: yo entendía la Historia como un ensayo de comprensión imaginativa del pasado. Hoy, mientras escribo estas líneas, ya ni siquiera estoy demasiado seguro de ello. Hoy pienso que el tiempo no es lineal, ni siquiera circular; es más bien como un laberinto sin centro al que llegar, por lo que es inútil empeñarse en el rastreo de un hilo conductor que nos conduzca al pasado. Lo que ocurrió está en alguna parte a un lado u otro de las paredes que conforman los pasadizos del laberinto y, con frecuencia, lo que separa los distintos caminos que uno decide emprender en busca del pasado es tan frágil y endeble como la frontera entre la realidad y la ficción.

Pero aquel día aún me animaba el impulso por recuperar esa especie de recuerdo tenue que dejan las personas antes de marcharse para siempre en los objetos que les rodearon. Ahora yo me había convertido en el afortunado inquilino de un lugar cargado de historias. A pesar de que mi vivienda ya no se correspondiera con el plano original, los artesonados del techo y la chimenea con repisa de mármol en una esquina de lo que era mi salita delataban que ese mismo entarimado sobre el que ahora resonaban mis pasos tal vez formó parte, en su día, del salón principal del piso. A través de la ventana, que daba a la calle, se filtraba una luz lechosa, como de pintura flamenca. Aparté los visillos y contemplé el panorama del exterior: niños con mochilas escolares, un cartero

abriéndose paso con su bicicleta a través de la nieve, transeúntes bien abrigados caminando con cuidado de no resbalar, una camioneta de reparto deteniéndose con suavidad en la acera de enfrente, una peluquería y una farmacia, algunos coches deslizándose despacio sobre el asfalto mojado, en el que la nieve había sido retirada. Había algo adormecedor en la estampa que se sucedía al otro lado del doble cristal, tan hermético que aislaba los sonidos que llegaban de fuera, suscitando en el espectador —en mí— esa sensación de ingravidez, de irrealidad que provocan las películas mudas. La calefacción difundía un olor peculiar, como a vapor, y en el aire de la habitación flotaba una especie de neblina. Noté los párpados arenosos y por primera vez acusé el cansancio del largo viaje en el tren nocturno que me había llevado hasta allí. Me sobresaltó el timbre de la puerta, esparciendo un eco intempestivo en la quietud de la vivienda.

Al abrir, la vi de pie, frente a mí, sonriéndome con timidez. Tras ella, en el rellano, una de las puertas se hallaba entreabierta, y supuse que se trataba de la suya. Tenía ante mí a mi nueva vecina, eso pensé, y si repasó sus primeras palabras, me doy cuenta de que, en realidad, Reichel nunca se presentó como tal. Era una mujer esbelta, con un rostro ovalado de madona, de rasgos despejados y ojos de un verde pálido, cristalino. Emanaba de ella un incierto aire de fragilidad, de desamparo. Tal vez se debía a su piel, blanquísima, o tal vez a que llevaba puesto un batín de terciopelo granate por el que asomaban unas clavículas delicadas; de un moño, que acaso la víspera había sido recogido con esmero, se descolgaban algunas hebras rebeldes que dibujaban una deliciosa curva en torno a su cuello. Pensé que acababa de levantarse y que venía a pedirme un favor. Pero más que nada pensé que era una mujer muy guapa, una de esas mujeres que uno nunca se cansaría de mirar.

—Buenos días —saludó con voz enronquecida—. Me llamo Reichel Denkemann; creo que acaba usted de instalarse en el edificio y quería darle la bienvenida.

A pesar de que hablo y leo el alemán con fluidez, tardé un par de segundos en reaccionar. Me di cuenta de la lamentable impresión que debía causar, ahí plantado como un pasmarote, sin responder a su saludo ni invitarla a entrar.

—Gracias —acerté a decir finalmente, tratando de mostrarme amistoso—, yo me llamo Esteban, Esteban Aroque.

Le tendí una mano que ella estrechó sin demasiada energía. Me aparté del dintel e hice un gesto como animándola a pasar a mi casa, aunque no estaba muy seguro de que aquello fuera lo correcto. Era demasiado consciente de la turbadora intimidad que se desprendía de su batín, de las clavículas apenas adivinadas, del desenfado de ese peinado sin apuntalar. Pero ella aceptó sin titubeos, sin siquiera molestarse en cerrar la puerta de su propia casa, en entrar a buscar una llave, qué sé yo.

—Solo un momento —dijo.

Pasamos a la sala; sobre la alfombra, mi equipaje sin deshacer otorgaba una sensación de provisionalidad al encuentro. Reichel caminaba sin hacer ruido, como si se deslizara unas pulgadas por encima del suelo. Yo aún tenía puestos mis zapatos; ella, me fijé, estaba descalza, lo que contribuyó a aumentar mi desasosiego.

—Perdone que no pueda ofrecerle nada para beber —dije tratándola también de usted, adoptando esa solemnidad tan alemana, que a un español le resulta ampulosa y hasta anticuada—. Acabo de llegar y aún ni siquiera he echado un vistazo al frigorífico.

Ella levantó la palma, como acallando mi inquietud. No me miraba. Tenía los ojos muy abiertos y no se esforzaba en disimular que contemplaba mi salón como si no quisiera perder detalle de lo que veía, deteniéndose en todos los objetos: la alfombra persa, el robusto butacón de cuero, el escritorio junto a la ventana; también se fijó en la chimenea de mármol y en la mampostería del techo que a mí me habían llamado la atención nada más llegar. De pronto se me ocurrió que a lo mejor esa mujer sabría decirme algo sobre la historia del edificio.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí? —le pregunté para romper el hielo.

Ella finalmente se volvió hacia mí, pero parecía distraída, como si aún estuviera más pendiente de observar el espacio a su alrededor que de prestar atención a la conversación. Parpadeó varias veces y, ya más dueña de sí misma, sonrió. Al hacerlo, se le formó una muy tenue telaraña de arrugas bajo los ojos. Pensé que quizá fuera mayor de lo que me había parecido a simple vista. Pero seguía pareciéndome bellísima.

—Mi familia estuvo vinculada a este edificio desde el principio —dijo a modo de respuesta—. Esta misma habitación, sin ir más lejos, era el gabinete de trabajo de mi abuelo. Era médico, oculista. Aquí recibía a los pacientes. Bueno, en realidad la habitación era mucho más grande, lo que pasa es que ahora todo está cambiado.

Señaló la pared, como si quisiera indicar una extensión oculta que se alzaba más allá del muro que separaba nuestras viviendas.

—Sí —comenté—, es lo que había imaginado, que aquí arriba habrían reorganizado el espacio para sacar apartamentos más pequeños. Pero lo que me maravilla es que su familia tenga que ver con el pasado del edificio. Estoy seguro de que tiene usted innumerables historias que relatar, y le aseguro que voy a estar encantado de que nos veamos a menudo para charlar sobre ello.

Reichel me sostuvo la mirada un instante y luego se ajustó las solapas del batín sobre el escote, como si de pronto se sintiera vulnerable por llevar tan poca ropa encima. Comprendí que acababa de aparecer ante ella como un penoso donjuán que atrapa la ocasión al vuelo para rondar a su vecina. Traté de remediarlo, aun sabiendo que con lo que iba a decir me exponía a que pasara a considerarme algo peor: un tipo enajenado. Tal vez lo fuera de verdad, tal vez mi obsesión por el pasado me hubiera convertido en un desequilibrado, como me reprochaba Silvana; en cualquier caso, me arriesgué a presentarme con todo mi trastorno a cuestas ante aquella mujer.

—¿Puedo confesarle algo?

Reichel me miró sin delatar sorpresa. Incluyó la cabeza como invitándome a hablar.

—Soy historiador y me dedico a la historia, pero mi interés por el pasado no es puramente profesional. A veces... a veces me da la sensación de que tengo, no sé, una especie de radar para captar las señales que emiten los objetos que sobreviven a sus dueños, que hay algo en ellos que pugna por revelarse y que debo permanecer atento para descifrarlo. Siento como si los muertos nos exigieran que no los olvidemos, que



contemos al mundo que alguna vez existieron. Y que es mi misión el hacerlo, aunque en ocasiones, lo admito, creo que me dejó llevar por la fantasía: imagino episodios descabellados a partir de las pocas líneas de una carta que aterriza en mis manos o hilvano fabulosas e improbables peripecias para el dueño de un violín que dormita en la trastienda de algún anticuario de pueblo. A veces pienso que a lo mejor equivoqué mi vocación y debería haberme dedicado a la literatura, en lugar de a la historia.

Terminé mi largo parlamento y escruté los ojos de Reichel en busca de una reacción. Seguramente pondría alguna disculpa y se marcharía de inmediato a su casa. Cerraría la puerta y procuraría no volver a coincidir en el rellano con semejante chala-do. Nunca pude imaginar lo que vendría a continuación.

—Yo también siento eso, herr Aroque —dijo ella entonces—, yo también siento que el alma de los muertos se recluye en los espacios que habitaron, en los objetos inanimados que les acompañaron en vida. Siempre lo he sentido, pero ahora lo sé. Una mera invocación de la memoria no es suficiente para que regrese el tiempo pasado, pero estoy convencida de que este puede resucitar gracias a la sensación espontánea que evoca un aroma, una melodía inspirada o el tacto de algún objeto inerte. En esas ocasiones el pasado... cómo decirlo: se materializa ante nosotros. O mejor dicho, deja de ser pasado. Se convierte en lo que normalmente llamamos presente, sin saber qué estamos designando en realidad bajo tan escurridizo concepto.

Apenas podía dar crédito a lo que oía de labios de aquella enigmática mujer. Sus palabras reproducían con asombrosa exactitud todo lo que yo llevaba una vida entera intuyendo. Y lo proclamaba con convicción y naturalidad, sin reproches ni acusaciones. O bien me tomaba el pelo o bien aquella mujer era mi alma gemela.

—Quiero contarle lo que ocurrió aquí, en este mismo edificio que tanto parece interesarle —continuó Reichel—, pero le hago una advertencia: todo lo que voy a narrarle es absolutamente real y me temo que en mis palabras, por desgracia, no habrá un solo resquicio para los añadidos de la ficción.

Y en cuanto Reichel comenzó su relato, la habitación se inundó de pasado, como una vaharada fantasmagórica. Me habló de ese abuelo oftalmólogo, un hombre aún joven cuando se estableció en el edificio, en el que vivió durante décadas; había formado una familia, tenía una profesión que le apasionaba y una posición acomodada en la sociedad. Su vida discurría con normalidad, con discreta y satisfactoria normalidad: su familia, su consultorio, su hogar. Y de un día para otro, esa normalidad le fue arrebatada. Primero fueron algunos vecinos fingiendo no verlo en la escalera o negándole el saludo cuando se lo encontraban en el portal. Después los pacientes, que dejaban de venir al consultorio, sin explicaciones ni despedidas. Como si fuera diluyéndose, como si hubiera empezado a ausentarse de la realidad, igual que un fantasma.

Más tarde llegó la obligación de salir a la calle llevando bien visible esa estrella negra impresa sobre un rectángulo amarillo; su esencia individual se disolvía tras un brazalete estigmatizante, un infamante pedazo de tela. Así sobrevivió durante meses, encerrado en su hogar, sin apenas atreverse a salir a la calle, recibiendo a los cada vez más escasos pacientes, medio oculto, atisbando tras las cortinas de esa misma ventana

la crueldad de un siglo que había dejado de sentir como suyo. Hasta que una noche, unos hombres uniformados lo escoltaron a empellones cuando, por última vez, descendió por la escalera del edificio, percibiendo la curiosidad furtiva de los vecinos agazapados tras las mirillas. Era ya un hombre disminuido, quien, con pasos mansos y menudos, se vio obligado a atravesar las baldosas cuadradas del vestíbulo para ponerse en camino hacia esa otra geometría de perversas figuras, en forma de barracones, reflectores y torres de vigilancia. Y al abandonar las paredes de lo que había sido su hogar y salir a la oscuridad de la calle, le estremeció el presentimiento de que no iba a regresar.

—No lo hizo —dijo Reichel, y en su voz vibró un eco de aflicción—. Como tantos otros, no regresó a su casa. Y los pocos que lo hicieron volvieron flacos y descarnados, como espectros. Como si en lugar de supervivientes del infierno se hubieran convertido en fantasmas ambulantes. Fantasmas de sí mismos.

Un silencio grávido cayó sobre la habitación. Yo no me atreví a decir nada, consternado por lo que acababa de escuchar. Reichel me miraba con aire extático, de nuevo parecía ausente, como si el recuento de las viejas historias la hubiera trasladado a otro lugar. Antes de que yo pudiera reaccionar, me tendió una mano para despedirse.

—Gracias por su interés, herr Aroque, espero no haberlo aburrido demasiado.

Negué con la cabeza y la acompañé hasta la puerta. Ni siquiera se me ocurrió afianzar una próxima cita; confiaba en que el azar nos regalaría oportunidades en forma de encuentros casuales en la escalera. Solo sabía que deseaba volver a verla.

Y sin embargo, no ocurrió. Nunca volví a ver a Reichel. Al principio traté de acallar mi creciente ansiedad diciéndome que tarde o temprano terminaríamos por coincidir: en el portal a mi regreso del trabajo en la facultad, en el descansillo buscando las llaves o en el patio a la hora de sacar la basura. Era lo lógico. Aún ignoraba que lo último que podía explicar la visita de Reichel aquella mañana de mi llegada a Weimar era precisamente la lógica. Las semanas fueron pasando, el frío remitía en las calles y la capa de nieve que cubría las aceras fue adelgazando hasta casi desaparecer. Un día me armé de valor y llamé al timbre de la puerta que siempre había considerado la de su casa. Me abrió un hombre que me dijo que vivía solo y no supo darme razón de ninguna Reichel Denkemann. Los otros vecinos de la última planta tampoco la conocían ni a nadie que atendiera a su descripción. Todos ellos, como yo, ocupaban apartamentos pequeños por un breve periodo de unos pocos meses y no fueron capaces de proporcionarme ninguna otra información. Solo una señora, que había llegado al edificio en otoño, me dijo que el nombre le sonaba de algo, aunque no podía recordar de qué.

Me sentí incapaz de desentrañar el misterio de aquella desaparición. Reichel se había desvanecido y, evocando el cansancio del viaje, el sopor de la calefacción y la atmósfera aletargada que habían precedido a su aparición, llegué a considerar si no habría sido todo el producto de un sueño. Pero me atormentaba el magnetismo que aquella mujer todavía seguía ejerciendo sobre mí; aun a través de la brumosa distancia que nos separaba —el insalvable abismo que aleja los sueños de la realidad—, no lograba desprenderme de una imagen: la del dibujo exacto de sus clavículas bajo el terciopelo granate.

Contra todo pronóstico, y cuando ya había abandonado la esperanza del ansiado reencuentro, volví a toparme con Reichel de manera inesperada. Era una mañana luminosa y el aire traía ya remotos efluvios de la primavera que alguna vez terminaría por llegar. Ese día daba clase en la facultad a las once, por eso, cuando salí al exterior, el sol iluminaba de lleno toda la acera en la que, por fin, ya no quedaba ningún vestigio de la nieve invernal. Y me di cuenta de que, sobre el oscuro pavimento, destacaban aquí y allá, a lo largo de toda la calle, sutiles marcas metálicas. Me pregunté qué podría ser aquello, en lo que hasta ahora no había reparado debido a la nieve. A la puerta de mi edificio, varias de esas marcas, perfectamente alineadas, brillaban al sol como monedas recién acuñadas. Me acerqué, intrigado, y me acuclillé para observarlas de cerca. Se trataba de pequeños cuadrados, apenas del tamaño de un puño, elaborados en lo que me pareció latón. Había cuatro, uno junto a otro, y cada uno tenía unas líneas cinceladas sobre la superficie. Saqué las gafas para poder leer lo que decía la inscripción y, cuando lo hice, un estremecimiento de incredulidad me sacudió como un latigazo. Sentí —cómo explicarlo—, sentí un vacío vertiginoso estallando en el estómago. La irrealdad precipitándose sobre mis hombros. Porque en una de las placas estaba escrito el nombre de Reichel. *Aquí vivió Reichel Denkelmann (1916-1944). Deportada a Auschwitz en marzo de 1943. Asesinada en diciembre de 1944.*

Al principio fue eso: la incredulidad, la incomprensión. Después, muchos días después, cuando a duras penas recobré la cordura, pude ir acomodando las piezas. Supe que aquellas losetas de latón llevaban el nombre de *Stolpersteine*. Algo así como las piedras en las que tropieza el pie, para encontrarse con la memoria. Se hallaban diseminadas no solo por la ciudad, sino por toda Alemania e incluso en el extranjero, y se colocaban a la entrada de los edificios donde hubieran habitado las víctimas del nazismo antes de emprender el camino de la deportación, el confinamiento, la muerte. Se trataba de no conceder ninguna coartada al olvido; uno podía pasar de largo o bien permitir el tropiezo: detenerse a leer los nombres y así devolverles la vida. Devolverles la vida. Eso decía el folleto explicativo que me facilitaron en la oficina municipal. Algún funcionario habría recurrido a la poco sofisticada metáfora sin sospechar su alcance.

Tras las escuetas palabras esculpidas sobre el latón vibraba una historia, millones de historias, una por cada nombre labrado en tantas calles de Europa. Reichel me había hablado de su abuelo, y yo, tonto de mí, ni siquiera me detuve a realizar un sencillo cómputo de fechas. Era prácticamente imposible que la nieta de un hombre que murió en Auschwitz pudiera tener el aspecto de Reichel. Por los nombres de las placas deduje que, junto con el abuelo oftalmólogo, allí habían vivido su hijo, su nuera y también su nieta, Reichel. Y que no fue solo él, el abuelo, quien aquella noche cruzó por última vez el vestíbulo ajedrezado, sino que le acompañaron los otros tres miembros de la familia. Y ninguno de ellos volvió. Al menos no como supervivientes.

Sin embargo, me costaba rendirme al espejismo de lo inexplicable. Barajé múltiples posibilidades que me mantuvieran en los límites de la sensatez: podía tratarse de una descendiente de la familia que llevaba el mismo nombre y luchaba contra el olvido de sus antepasados mediante esas visitas intempestivas; pensé también en una

impostora, en alguna vecina aburrida o incluso sopesé la idea de una mujer con la razón perturbada que rondaba el barrio buscando quién sabe qué. ¿En bata, descalza? No, las explicaciones terminaban por ser más absurdas que la incontrovertible presencia del pasado encarnándose en mi casa, una mañana de invierno. Como siempre había soñado. Las losetas de latón a la entrada de todos esos edificios formaban el mapa de una geografía trágica; señalaban, con su brillo cerúleo, aquellos lugares donde el pasado seguía palpitando con fuerza. Con tanta fuerza que me había arrastrado hacia él; de alguna impenetrable manera, el pasado se había inmiscuido en mi presente y me había encadenado al recuerdo de una mujer que no conseguía apartar de mi pensamiento. Y a la que nunca iba a volver a ver.

La primavera se estableció en Weimar y, con ella, llegó el final de mi estancia en la ciudad. En todos esos meses no había conseguido desterrar el recuerdo de Reichel, ni tampoco la esperanza de que el milagro se volviera a repetir. Por las noches, en el silencio de la habitación, esperaba expectante que ocurriera algo. Que sonara el timbre de la puerta o que crepitara la madera del suelo anunciando el eco fugitivo de sus pasos. Necesitaba volver a verla, como fuera. El sobresalto de esa visita que nunca llegó me mantuvo en un estado de tensión permanente. Y ahora, pasado tanto tiempo, recorro a mis nervios desquiciados para tratar de explicarme lo que ocurrió. Porque no vi a Reichel nunca más, no, pero juro que creí asomarme a un instante de su presente.

Ocurrió sin avisos ni transición: mi salón se oscureció de repente una luminosa mañana de abril, como si un pájaro descomunal hubiera extendido sus alas en el cielo. Me asomé a la ventana y vi las aceras mojadas por una lluvia inexplicable, un negocio de bebidas y una tienda de confección ocupaban el lugar de la peluquería y la farmacia; oí el siseo de las bicicletas en la calle y los pasos apresurados de hombres con sombrero de fieltro y muchachas con faldas por debajo de las rodillas. Algunos de ellos caminaban encorvados y pegados a la pared, como si desearan pasar inadvertidos. En el brazo llevaban un brazaletes de color amarillo. A pesar de la distancia, se adivinaba el trazo de una estrella de seis puntas. Sentí cómo se me aceleraban los latidos en las sienes: supe que ella estaba allí y que sólo tenía que bajar a la calle y salir a buscarla.

Pero no lo hice. No bajé. Me limité a esperar agazapado tras las cortinas, contemplando el panorama con la misma sensación de extrañamiento que la que habría sentido el abuelo de Reichel. Parpadeé, y un fino haz de polvo tembló tras la ventana; la visión o lo que quiera que fuera aquello que sucedía al otro lado del vidrio se desvaneció. La peluquería y la farmacia regresaron a su lugar y el doble cristal hermético volvía a aislar todos los sonidos que venían de fuera. Mi tranquilizadora y apacible normalidad, el pedazo de historia al que yo pertenecía. Respiré con alivio, pero en ese instante vislumbré mi futuro: todo lo que me quedaba de vida deshaciéndose en la imposibilidad de un reencuentro con Reichel, disolviéndose en un marchito puñado de tiempo.

Durante todos estos años he tratado de convencerme de que lo sucedido en Weimar fue una ilusión, el absurdo delirio alucinado de un tipo acostumbrado a vivir en las afueras de la realidad, fabulando historias que no acontecieron ni acontecerán jamás.

Eso me digo para acallar la angustia que desde entonces no me ha abandonado. Recuerdo con nitidez el momento en que salí del edificio para siempre, de camino a la estación. En la calle, me detuve ante las *Stolpersteine*, quise rendir tributo a la misteriosa densidad de las frases cinceladas sobre el latón, y leí, por última vez, el nombre de Reichel. Al hacerlo, comprendí cuál era la extensión de mi soledad: la angustia de estar, a diferencia de ella, vivo. Y con todo, me dije que esa angustia debía de ser infinitamente más llevadera que la angustia de estar para siempre muerto. Devolverles la vida, había escrito un funcionario municipal. Y yo no sé si fue eso lo que ocurrió con Reichel, que le devolví la vida, o si, por el contrario, no habré sido yo quien la haya condenado a habitar definitivamente en el más oscuro y desamparado olvido, cuando, con un indolente parpadeo, creí espantar la crueldad de un siglo que, en alguna parte, se resiste a desaparecer y nunca acaba.

## ***RELATOS FINALISTAS***



## **DENTRO DE UN RATO**

*Jorge Mendrano Rupérez*

Emma tenía 74 años. Había trabajado en aquel museo desde que se licenció como paleontóloga 50 años atrás. El mismo día en que se jubiló, había guardado en el desván sus tarjetas de visita de *Directora del Museo de Ciencias Naturales* escritas en fuente Book Antiqua. Apenas aguantó una semana sin volver a entrar al edificio. Dentro de aquellas paredes encontraba todo lo que le pedía a la vida, al menos desde que se había quedado viuda. Así que se brindó a colaborar desinteresadamente con la institución. Y para asegurarse que la respuesta fuera afirmativa, tuvo la brillante idea de ofrecerse para poner orden en el *maremagnum* de objetos en que se había convertido el almacén de "su" Museo con el paso de los años. En realidad, la idea no tenía nada de original, porque era uno de los objetivos que se había ido marcando cada inicio de año desde que accedió a la dirección del centro, pero que siempre había quedado postergado por falta de recursos.

Así, cada tarde se acercaba paseando desde su casa con destino al sótano del Museo. Su llegada solía coincidir con la algarabía de la salida de los grupos escolares que finalizaban su visita, lo que llenaba todas las dependencias de un silencio acogedor. En la agradable soledad del subterráneo, cada día le pasaban volando las horas que dedicaba a recuperar las piezas amontonadas en las estanterías, limpiarlas de polvo, clasificarlas con su correspondiente tarjetita identificativa y escribir una nueva línea en el inventario. Y cada día, cuando se aproximaba la hora de la cena, se dirigía al angosto cuarto de baño ubicado al final del pasillo para adecentar un poco su aspecto ante el espejo. Se limpiaba la suciedad de las manos, se recolocaba con el coiletero el cabello plateado y se enorgullecía de aquella peculiaridad distintiva de su familia que había ido pasando de generación en generación desde que ella tuviera constancia: su ojo izquierdo era verde-azulado y el derecho de color miel.

Aquella tarde había estado lloviendo insistentemente, lo que aún hacía más agradable su estancia en el Museo ya vacío. Estaba sacando un pesado cajón lleno de fósiles cuando vio que al fondo, encajada contra la pared, había una cajita de madera. No sin dificultad, consiguió alcanzarla con la punta de los dedos y liberarla de aquel escondrijo. Tras hacer un espacio en la mesa, la depositó bajo la luz del flexo y la abrió con expectación. Dentro había un paquetito envuelto con varias hojas amarillentas de un ejemplar de *La Gazette de France* con fecha de 1815. Fue retirándolas con cuidado hasta dejar al descubierto un objeto que, nada más verlo, ya le pareció extraordinario: una figura de cobre de un volumen algo mayor que el de una nuez aplanada que representaba con gran fidelidad el cuerpo de un mamut lanudo. El brillo rojizo que desprendía bajo la débil luz de la bombilla era casi hipnótico y la mantuvo abstraída durante un largo rato. Finalmente su atención se dirigió a la parte delantera de la pieza, donde llevaba engastado un único colmillo tallado en marfil, el tamaño del cual era imponente comparado con las dimensiones del cuerpo.

La estatuilla estaba enhebrada en una sencilla tira de cuero unida en sus extremos por un nudo. Contempló largo rato la belleza del colgante hasta que no pudo resistirse a la tentación de colocárselo alrededor del cuello. De repente se dio cuenta de que ya eran más de las nueve y se apresuró para no hacer enfadar al bedel, que debía estar en la entrada esperando ansioso su salida para poder cerrar las puertas y marcharse a casa

a cenar con su familia. Con paso ligero, recorrió las vacías salas de exposición del Museo, llenas tan solo de las piezas en exhibición, escuchando el eco de sus tacones. Al llegar a la amplia sala de entrada vislumbró en el otro extremo la impaciente sombra del conserje a través de la puerta que daba a la calle. Pero cuando pasaba bajo la cúpula se paró en seco al percibir en el pecho el golpeteo del colgante. Se sacó la correa por la cabeza y miró a su alrededor buscando a toda prisa un lugar donde esconderlo para no tener que perder tiempo en explicaciones innecesarias. Y su vista recayó sobre la pieza estrella del Museo: un mamut lanudo a tamaño natural colocado en el centro de un diorama de 5 metros de largo por 5 de ancho.

Hacía ya 15 años, una expedición organizada por iniciativa suya había explorado el antiguo cauce de un río en el norte de Siberia. Buscaban algún hueso de mamut, pero encontraron el premio gordo: un ejemplar hembra que probablemente había muerto arrastrada por una crecida del río y que se había conservado sepultada en tan buen estado que, cuando llegó al Museo, no dudó ni un instante en disecarla y colocarla en el lugar más visible del edificio, bajo la claraboya de la cúpula de acceso. Se quitó los zapatos, pasó por debajo del cordón que aislaba el diorama, subió con cuidado hasta el mamut y dejó la figurita de cobre y marfil escondida bajo el denso pelaje que colgaba entre las dos patas delanteras para que quedara lo más oculta posible. Al día siguiente, pensó, cuando se quedara sola en el edificio, volvería a recogerla, se la llevaría de vuelta al almacén del sótano y la clasificaría. Salió rápidamente musitando una excusa ante el bedel que le devolvió una sonrisa de cariñoso reproche.

Yves tenía 21 años. Aquella era su primera campaña con el ejército del gran Napoleón Bonaparte. Y no era una campaña cualquiera. Unos días antes había participado en la Batalla de las Pirámides con una gran victoria ante los mamelucos. Ahora se dirigía con un pequeño destacamento hacia Alejandría y habían acampado en las afueras de la ciudad. La luna llena derramaba claridad sobre el desierto, lo que hacía más llevadero el segundo turno de guardia que le había correspondido en el sorteo. Se alejó unos metros de las tiendas de campaña para tomarse un momento de descanso y se sentó sobre un fragmento de una columna de piedra que sobresalía tres palmos de la arena y que debía haber sido parte de alguna antigua construcción ahora desaparecida. Era la primera vez que había abandonado la tranquilidad del pueblecito junto al lago donde había nacido, y aún no se había recuperado del todo del impacto que había sentido al contemplar de cerca aquellas enormes pirámides.

Mientras reflexionaba sobre el frenético cambio que había sufrido su vida, removió distraídamente la arena con su bota izquierda hasta que notó que había algo enterrado a pocos centímetros de profundidad. Apartó la capa de arena superficial y extrajo sin dificultad un saquito de cuero cerrado con un basto cordel que se deshizo entre sus dedos en cuanto estiró de un extremo. Con cuidado, sacó el contenido y quedó impresionado por la belleza de la estatuilla que colgaba de un cordón. La luz de la luna acariciaba con suavidad las formas de aquel mamut de cobre devolviendo unos brillos casi irreales y destacando la majestuosidad del único colmillo de marfil que

lucía. Tras contemplarlo un rato con la boca abierta, instintivamente se lo colocó alrededor del cuello y lo ocultó bajo la camisola del uniforme.

Sabía que no sobreviviría a sus heridas. Aún no entendía cómo habían podido perder aquella batalla. Después de haber obtenido victorias por toda Europa y África había llegado al convencimiento de que, mientras estuviera bajo las órdenes de Napoleón, aquel ejército era invencible. Pero algo no había ido bien aquel caluroso día de finales de primavera junto a Waterloo. Tendido en la camilla, buscó entre los jirones de su camisa el mamut que colgaba de su cuello desde hacía 17 años. Haciendo un último esfuerzo se lo sacó por la cabeza y lo apretó en su puño. Oyó una voz, aunque no pudo entender qué decía. Giró lentamente su cabeza y reconoció la cara del médico de campaña. Para él fueron sus últimas palabras: "Por favor, lleve esto a algún sitio donde lo cuiden como es debido". Al caer su mano sin vida, el colgante rebotó contra el suelo.

Cayo tenía 55 años. Su carrera militar había sido brillante y presumía con orgullo de haber llegado a centurión, rango que, en aquellos días, era impensable que pudiera alcanzar alguien nacido fuera de Roma. Pero la suerte le había abandonado en los últimos tiempos. Su legión, la *V Alaudae*, había quedado bajo el mando de Marco Antonio y todos sabían que la derrota era inminente. El ejército de Octaviano estaba ya a pocas millas de Alejandría y el final era cuestión de días, o quizá de horas. Así que tomó la decisión. No quería que su amuleto cayera en manos de alguien que le acabara de clavar una espada en el vientre, por lo que aprovechó que aquella tarde estaban patrullando por los alrededores de la ciudad para alejarse un momento del grupo de hombres bajo su mando. Encontró un pequeño templete solitario y lo enterró en la arena al pie de una de las columnas metido dentro de un saquito. El colgante del mamut de un solo colmillo había sido su compañía inseparable desde que su madre lo había colgado de su cuello cuando aún era un crío. Tenía la sensación de que aquella figurita transmitía una especie de fuerza que le había guiado en cada una de las decisiones importantes de su vida. Pero más que en ninguna otra, le había impulsado a esconderla en aquel lugar del desierto. Cubrió el agujero con otra capa más de arena y echó un vistazo en derredor para comprobar que nadie le había visto. Se sacudió el polvo de las manos y volvió junto a su grupo de legionarios.

Jong tenía 42 años. Nunca había dormido bajo el techo de un edificio. Desde que tenía uso de razón, su vida había estado ligada a aquel carromato heredado de su padre donde guardaba todas sus pertenencias y sus mercancías. Se dedicaba a comerciar con pieles y utensilios de cobre y siempre se había movido sin destino fijo. El día anterior le habían comentado que cerca de aquel poblado había un asentamiento de nómadas galos. Como siempre había hecho buenos tratos con ellos, no dudó en atravesar aquellos bosques espesos al paso más rápido al que podían tirar del carro sus dos viejos jamelgos. Ya era casi mediodía cuando divisó que por detrás de aquella colina se elevaba una columna de humo negro que no presagiaba nada bueno. Sopesó durante un instante la posibilidad de dar media vuelta, pero algo en su pecho le empujó a



seguir adelante. Un hombre solitario de su edad ya no tenía muchas cosas que temer. Cuando giró la curva del camino, el espectáculo que descubrió fue dantesco. Había cadáveres por todas partes y el fuego devoraba con ansia las chozas de madera y caña. El saqueo había sido concienzudo, porque no quedaba ni rastro de algo que tuviera el más mínimo valor. Poco podía hacer allí, así que decidió seguir adelante. Arreó a los caballos que reaccionaron con lentitud y, cuando ya dejaba a sus espaldas todo aquel caos, una niña que no tendría más de 6 años salió de su escondite entre unos matojos y se plantó en medio del camino. Estaba cubierta de pies a cabeza por hollín y barro, y era fácil adivinar que ya no tenía familia. En su mirada se mezclaban a partes iguales la tristeza, la rabia y una súplica impregnada de orgullo. La subió al carromato y reemprendió la marcha mientras su cabeza empezó a darle vueltas a qué demonios iba a hacer con aquella cría.

Lo que tenía muy claro era que con él no se podía quedar. Su forma de vida era absolutamente incompatible con una chiquilla de aquella edad. Además, a él ya no le quedaban muchos años por delante y no le parecía justo dejarla abandonada por segunda vez en cualquier rincón perdido del mundo. Atardecía tres días más tarde cuando llegó a un poblado rodeado por una consistente empalizada. Se adentró hasta la posada donde le indicaron una casa en la que vivía un matrimonio que hacía pocos meses había perdido a su única hija. Aceptaron de inmediato y sin condiciones. Aún así, para tranquilizar algo más su conciencia, les regaló un par de ollas y un precioso cucharón de cobre con el mango labrado que había conseguido en un remoto país. Salía ya por la puerta cuando un impulso repentino hizo que diera media vuelta. Se quitó el colgante con el mamut y lo colocó, a través de la cabecita, en el cuello de la niña.

Lo había conseguido como pago de una piel de zorro que había vendido en una tribu de hunos muchos años atrás, miles de leguas al oriente de allí, cuando viajaba por los caminos de lo que algunos comerciantes denominaban la ruta de la seda. Recordaba bien lo extraña que había sido la negociación. El huno ofreció la estatuilla a cambio de cinco pieles de zorro. Su contraoferta fue que sólo por una. Los dos sabían que el trato acabaría en tres, pero para su sorpresa, el hombre cogió la piel y le dio la figura sin más discusión. Después, utilizando una mezcla de señas y palabras, le explicó que la había encontrado en una cueva recóndita más allá de las llanuras heladas del norte. El mamut, a excepción del gran colmillo de marfil engastado, era del color verdoso característico que, como él bien conocía, adquiría el cobre cuando se dejaba largo tiempo expuesto a las inclemencias meteorológicas. También sabía por experiencia que esa capa verdosa sería muy fina y que, después de pulirla y sin demasiada dificultad, dejaría a la vista de nuevo el brillo rojizo del metal original. De hecho, en su interior estaba convencido de que el cobre tenía una especie de vida propia y que generaba esa coraza para protegerse de las agresiones externas. Una vez que tuvo aquel amuleto en sus manos, supo que jamás lo utilizaría como mercancía en venta y siempre lo había llevado colgado sobre el pecho, en contacto con su piel, cerca del corazón.

Pero en aquel momento tuvo la certeza de que ella tenía que quedarse con aquella estatuilla de un solo colmillo. Sin decir nada más, salió de la vivienda,

subió al pescante de su carroza y continuó con su vida como si nada de aquello hubiera pasado.

Ehud tenía 57 años. Su compañera estaba al borde del agotamiento. Llevaban todo la mañana intentando despistar a la manada de depredadores que los perseguía sin tregua. En ningún momento los habían visto, pero sabían que estaban allí, notaban su presencia a poca distancia detrás de ellos. Llegaron al cauce de un río no muy profundo. Se detuvieron un momento para coger resuello y decidir qué hacer. La ribera opuesta era tan abrupta y escarpada que era imposible continuar por allí. Manteniéndose en silencio para no dar pistas sobre su posición, él le dijo:

—Avanza por el río corriente abajo. Yo iré corriente arriba. Así los despistaremos.

Ella no le oyó porque él no había hablado. Pero entendió perfectamente su mensaje. Desde el día en que se habían conocido, se dieron cuenta de que lo único que tenían que hacer para transmitirse pensamientos el uno al otro era mirarse a los ojos. Así, ella contestó:

—No quiero que nos separemos.

—Confía en mí. Tú no puedes más. Yo atraeré su atención para que puedas escapar.

—No...

—Venga. Dentro de un rato volveremos a estar juntos.

Ella no tenía fuerzas para seguir discutiendo. Acarició el espeso pelo de su cabeza y se adentró en el agua corriente abajo. Él hizo lo mismo corriente arriba, haciendo el máximo posible de ruido al chapotear.

Tork tenía 17 años. La noche anterior, en la ceremonia de la cueva, su padre, el jefe de su clan, le había hecho entrega de la Lanza Blanca, junto a la gran hoguera, para que todos pudieran verlo. El portador de la Lanza Blanca lideraba el grupo de cazadores. También era el encargado de utilizarla para asestar el golpe de gracia al animal que serviría de alimento al resto del clan. La expedición abandonó el calor de la cueva antes del amanecer. Su padre no les acompañó esta vez para que no hubiera dudas sobre que, por primera vez en su vida, era su hijo el que llevaba la Lanza Blanca y el que estaba al mando. Pocas horas después detectaron un rastro y algo más tarde descubrieron su objetivo. Los nervios le oprimieron la boca del estómago cuando, agachado tras una roca, pudo ver fugazmente aquel magnífico ejemplar. Era un mamut macho enorme y le llamó la atención que sólo tuviera un colmillo. Hacía cuatro inviernos que no cazaban un mamut lanudo.

Los ancianos contaban historias de tiempos antiguos en que los mamuts se movían por las llanuras en grupos de cientos de individuos. Eso ya no era así. Ahora, las pocas veces que los divisaban, se trataba de ejemplares solitarios. Por tanto, la suerte les había acompañado, porque habían localizado una pareja. Sin tomar riesgos, los fueron siguiendo manteniendo una distancia prudencial en espera de encontrar un terreno favorable para el ataque. Cuando los dos animales llegaron al río ocurrió algo sorprendente: la hembra tocó con su trompa la frente del macho, se adentró en el cauce y continuó corriente abajo, pero el macho cambió de dirección y avanzó corriente arri-

ba. Tenía que tomar una decisión rápida, porque no eran suficientes para dividirse en dos grupos. Y su instinto no dejó lugar a dudas: su objetivo era el macho.

Cuando extrajo la Lanza Blanca del cadáver, Tork no podía ni imaginar que nunca más vería otro mamut lanudo, porque había acabado con la vida del penúltimo que quedaba sobre el planeta. Pero eso él no lo sabría jamás. En aquel momento, en su cabeza resonaban las palabras que le había dirigido su padre la noche anterior:

—Cuando cazas un animal, ten presente que acabas con su cuerpo, pero debes respetar su espíritu, su voluntad y hacerla tuya.

Como portador de la Lanza Blanca y líder del grupo, le correspondía ser el primero en elegir su recompensa. Él ya lo tenía decidido desde que había visto al macho. Un trozo del colmillo. Pero eso sería más tarde. En ese momento, lo más importante era darse prisa en alejarse de allí. La tormenta se acercaba amenazadora y no podían permanecer en el cauce del río mucho más tiempo, porque la crecida no tardaría en arrastrarlo todo a su paso.

Tardó unos cuantos meses en acabar el molde que reproducía al mamut. Se había esforzado mucho para que el parecido fuera el máximo posible a como él lo recordaba. Había dudado hasta el último momento sobre si utilizar aquella nueva mezcla de cobre y estaño de la que le había hablado la primavera anterior aquel viajero procedente del este, y a la que había denominado "bronce". Ciertamente la nueva aleación parecía más resistente, pero finalmente y tras varias pruebas, la belleza del brillo del cobre puro le convenció de reservar el bronce para otro tipo de objetos más "cotidianos". Vertió con cuidado el cobre fundido en el interior tal como le había enseñado a hacer el viejo chamán, esperó unos instantes e introdujo en el agujero del molde de barro cocido el colmillo de marfil del mamut que había tallado previamente. Cuando acabó de separar la figurita de los trozos de arcilla pudo comprobar que las dos piezas se habían fijado perfectamente. Después de pulirla con meticulosidad, utilizó una tira de cuero del propio animal para colgárselo del cuello. Sintió una sacudida en su interior cuando el mamut de metal golpeó en su pecho. Algo indefinible en el ambiente susurró que en aquel momento se forjaba su destino. Se acercó a la charca de aguas cristalinas y contempló su reflejo. El colgante se balanceaba como si tuviera vida propia. Y como le pasaba a su padre y al padre de su padre, la imagen que se ondulaba en la superficie del agua le mostró una vez más que su ojo izquierdo era verde-azulado y el derecho de color miel.

Emma tenía 75 años. De hecho, los tenía desde hacía unas horas, porque aquel día era su cumpleaños. Para ella eso no suponía ninguna diferencia con el día anterior, por lo que se dirigió al Museo como cada tarde. Cuando encendió el flexo, vio una cajita de madera y unas hojas arrugadas de un periódico francés esparcidas sobre su mesa de trabajo. Durante un instante le pareció que algo importante se abría paso por su memoria. Pero fue sólo un instante y la sensación desapareció. Recogió los papeles y la cajita, los depositó en la papelería y empezó a sacar fósiles del cajón que había quedado depositado sobre la mesa la noche anterior. Desde entonces, bajo la claraboya de la cúpula apenas había pasado un rato. También habían pasado casi 7.000 años.

# **TRES MILÍMETROS**

*Andrés Fco. Martín Domínguez*

Después de cincuenta años sin novedad, algo había empezado a cambiar, casi imperceptiblemente, con lentitud geológica.

—Sabíamos que algún día podía pasar —le había dicho el médico. Estaba comparando las radiografías de años pasados con las últimas, al trasluz del cristal iluminado, interpretando las sombras grisáceas de las placas, calibrando cuidadosamente las distancias. Parecía un explorador tratando de orientarse en un viejo mapa descolorido.

—¿Está seguro?

El médico había asentido con la cabeza. Era parco en palabras y las pocas que pronunciaba se cernían en el aire con la solemnidad de una sentencia irrefutable. Ramón no insistió. No le interesaban los detalles técnicos, ni esas explicaciones científicas que solo sirven para disimular la crudeza del futuro inmediato. Aturdido, intentaba digerir aquella única frase desmenuzándola sílaba a sílaba para que no cayera de golpe sobre sus espaldas abatidas.

—Y ahora, ¿qué?

La pregunta brotó sola, por inercia, exigida por las circunstancias, ajena a su voluntad. No es que le angustiara la posible respuesta pero estaba seguro de que, una vez formulada, ya no habría marcha atrás y su vida, que llevaba unos años plácidamente detenida, empezaría a ir más deprisa: algo que un viejo no puede permitirse.

El médico se tomó su tiempo para contestar, como si, comprendiendo la zozobra de Ramón, le regalara unos pocos larguísimos segundos de tregua. Pero al fin, apartando la vista de los cuadros luminosos, encendió todas las luces de la consulta, se sentó a su mesa, se aclaró la garganta y, con una media sonrisa que pretendía suavizar el mensaje, anunció:

—Habrá que operar. De lo contrario, los daños en el corazón serían irreversibles.

Y ahí sí, el médico se explayó, súbitamente poseído por un ataque de cordialidad, se remitió con añoranza al largo pasado común de revisiones —“hemos envejecido juntos, Ramón, aunque usted es mayor que yo”—, se permitió incluso encomiar humorísticamente lo insólito del caso, lo tranquilizó con referencias a la extremada precisión de la moderna práctica quirúrgica —“nada que ver con la carnicería a ciegas de aquellos tiempos”—, y, en definitiva, le dio garantías de que estaría en las mejores manos —“el equipo de cirujanos que se hará cargo de usted es puntero a nivel internacional”—.

Pero el cerebro de Ramón fue incapaz de procesar ni una sola palabra de aquella larga y compasiva alocución. Su mutismo enfurruñado, su desabrida actitud presagiaban una de aquellas temporadas de anulación, “tiempo muerto”, las llamaba él, en las que los días parecían encallar, uno tras otro, en un inacabable fondo arenoso.

—¡Qué hija de puta!— murmuraba en silencio Ramón mientras bajaba las escaleras de la clínica. Y repitió aquella maldición muchas veces los días siguientes, tantas que llegó a preocuparse de su salud mental. Todos sus pensamientos, que deberían haber sido elevados y trascendentes, nobles y generosos, para responder a la imagen que tenía de sí mismo, acababan devorados por esa pobre expresión de su rabia. Y lo peor era que cuando, alarmado por la obstinada reverberación de aquellas palabras, intentaba sustituirlas por otras, el resultado era desazonador: plegarias y quejas pensa-

das con babosa retórica adolescente, con el inútil despecho de quien acaba de descubrir la infidelidad de una mujer a la que no puede dejar de perdonar.

Ramón no tenía miedo, no al menos esa clase de miedo que emana de un peligro reconocible. Era, más bien, una bullente inquietud desperdigada por todo su cuerpo, un hormigueo exacerbado aferrado a sus nervios, la réplica pavorosa de una conmoción antigua que ahora procuraba, en vano, encontrar suelo firme donde asentarse. Gastaba mucha energía diciéndose a sí mismo que no era para tanto, que en otras mucho peores se había visto, que tenía que estar feliz porque iba a librarse de una pesada carga. Pero los resultados de su ardua tarea de sugestión eran escasos, frágiles, caducos.

Nunca había querido que Rosalía fuera con él a las revisiones. Las primeras veces, cuando aún llevaban poco tiempo juntos y ella insistía en acompañarlo, declinaba amablemente su ofrecimiento:

—No tiene importancia. Es cosa de rutina. Siempre he ido solo y si ahora vinieras conmigo sería como doblegarme, admitir mi debilidad y reconocer que tengo algo grave. Y eso me traería mala suerte.

Con el tiempo, ella dejó de preocuparse y a veces hasta se le olvidaba preguntarle, a la vuelta, cómo habían ido las cosas. Prefería pensar que Ramón era uno de esos hipocondriacos convencidos de que la enfermedad desaparece si no se habla de ella, si uno es capaz de vivir como si no existiera.

Los días que mediaron entre el diagnóstico y la operación, Ramón buscó con ahínco la soledad de los hombres marcados, de los que saben con certeza que nadie podrá acompañarlos allá donde deben ir. La soledad del soldado a punto de entrar en batalla, la soledad del novicio que va a profesar en una orden rigurosa. Buscaba tanto la soledad, con una fiera animal tan obstinada, que Rosalía, a pesar de haber transitado hábilmente por sus abruptos cambios de humor durante más de treinta años, no sabía por dónde atacar aquel muro que los separaba como si no se hubieran conocido nunca y nunca más sus miradas fueran a enlazarse en el aire. Todas sus tentativas de aproximación fueron despachadas de malas maneras. Cuanto más se esforzaba por cumplir sus obligaciones de compañera abnegada, mayor iba siendo el desapego.

Ni siquiera cuando Rosalía le tomó la mano, en la camilla, camino del quirófano, fue capaz Ramón de abandonarse, de romper a hablar o a llorar, de decirle una amable frase de despedida y agradecimiento. Lo deseaba con toda su alma, lo intentó con todas sus fuerzas, le dolía su impotencia. Estaba siendo cruel con ella, pero no podía evitarlo: su garganta estaba secuestrada por un rencor absurdo. Sólo consiguió articular una frase ronca e imperativa que aumentó la irritación contra sí mismo:

—No la tiréis.

Y ahora estaba allí, sobre la mesilla de una habitación de hospital, en el estuche con forro de terciopelo rojo, reemplazando la sortija que él le había regalado para celebrar sus bodas de plata. No brillaba, era oscura y parecía contagiada por la textura gelatinosa de los tejidos de la carne de un viejo. La veía entre sueños gaseosos, como a un animalillo inerte, recién nacido, en los breves intervalos de lucidez que la niebla de la anestesia le concedía. La operación había sido un éxito y la reanimación paulatina, el

regreso a la conciencia, le estaba resultando más fácil de lo imaginado: un vaivén placentero entre el ser y el no ser, la recíproca añoranza que la vida y la muerte, la vigilia y el sueño sienten al ser derrocados por el adversario. No le hubiera importado quedarse atrapado en esa dulce lucha de contrarios que parecían dispuestos a ofrecerle lo mejor de sus delicias para seducirlo.

Rosalía apenas se apartaba de su lado, silenciosa, vigilante, tirando de él sin violencia para traerlo de vuelta. Había adornado la mesilla con un búcaro de cristal de cuya boca sobresalían tres narcisos y era muy cuidadosa con los ruidos, con el ajetreo desconsiderado de las enfermeras más veteranas, con los bruscos cambios de luz de los primeros días de primavera, bulliciosos más allá de la ventana.

En los escasos ratos en que se quedaba a solas, cuando ya había retomado por completo —un poco a regañadientes— el control de su cuerpo, Ramón giraba la cabeza despacio para mirarla, alargaba la mano como si fuera a tocarla y luego la retiraba, asustadizo. Hablaba con ella, musitaba frases recién rescatadas de un delirio lúcido y tenebroso, envueltas en las imágenes deshilachadas que su memoria le suministraba.

—Es como si te hubieran quitado una muela —le había dicho Rosalía cuando él se quejaba de que notaba un hueco, un vacío.

Pero no era lo mismo, de ninguna manera. Ella no podría comprenderlo nunca, por más que lo quisiera, por más que se esforzara. Durante cincuenta años, aquel pedazo de metal había anidado en su pecho como un ave de presa tras perforar su piel y sus tejidos, deteniéndose milagrosamente —no le gustaba nada esta palabra pero no encontraba otra mejor— a tres milímetros del corazón, tan cercana, tan amenazadora, que ningún cirujano se atrevió entonces a extraérsela porque el riesgo de la intervención era demasiado alto. Quieta, como dormida, había gobernado tiránicamente su existencia, desde su trono vegetal de venas y arterias.

No, no le gustaba creer que aquello hubiera sido un milagro facilitado por la casualidad: el vaso de aluminio que tenía en ese momento en la mano y con el que se disponía a beber agua en la fuente de un pueblo en ruinas había amortiguado el impacto. Ni milagro, ni casualidad. Aquella invasora era su verdadero destino. Muchas veces, a lo largo de los años, llegó a creer que la bala la llevaba en el cerebro, en el lugar exacto donde nacen los pensamientos que percuten en nuestros silencios. La bala era su pensamiento más duro, el que nunca se desvanecía, el que nunca le fallaba.

¿Por qué tenía que haberse empezado a mover ahora, cuando ya veía el fin cerca? Muchos compañeros que ya no estaban en el mundo quisieron ser enterrados de uniforme, engalanados con sus condecoraciones de viejos combatientes.

—No quiero uniforme, ni cruces, ni medallas —le había comentado a Rosalía una tarde, en que logró vencer su natural repugnancia a hablar de sus últimas voluntades—. La única condecoración que estimo la llevo aquí dentro, hundida en mi carne.

No le fue fácil ser joven así, con tantas preocupaciones de inválido. Temía los giros bruscos, los sobresaltos, los abrazos apasionados, cualquier mínima sacudida que provocara el avance del proyectil. Pero se acostumbró. Se acostumbró a andar como pisando púas, a acompasar sus movimientos para no despertarla, a vivir de puntillas.



Aquella amenaza metálica apuntándole directamente al corazón le hizo desarrollar una delicadeza especial que las mujeres apreciaban mucho. Se sentía un elegido: la vida y la muerte se habían enamorado al mismo tiempo de él y era capaz de disfrutar de cada soplo de aire en sus pulmones como de un regalo repetido, inagotable, siempre distinto. Cuando se miraba en algún espejo de cuerpo entero creía descubrir un halo indefinible, legendario, envolviéndolo.

Alguna vez, ingrato, llegó a olvidarse de aquella presencia oculta; pero entonces el pitido del detector de metales en un aeropuerto, o una punzada íntima de frío en el pecho un día de invierno, o un roce sutilmente doloroso en las telas del corazón cuando el pecho se le ensanchaba de amor por Rosalía, le devolvían a la memoria la imagen ahusada —una mancha oscura en las radiografías, con el perfil de un supositorio— de la intrusa que estaba empezando a ser carne de su carne.

La convalecencia fue breve. Las heridas cicatrizaban, los cortes se suturaban con fuerza, todo su pecho se cerró sobre el pequeño vacío con avidez, como un puño indignado, como una flor carnívora. Pero Ramón sentía que la herida se había cerrado en falso y se dispuso a elaborar su duelo. Apenas salía al campo, sordo a los gañidos zalameros de la perra, que no se acostumbraba a esos paseos sobrios, higiénicos, obligatorios que le ofrecía Rosalía. Con frecuencia las cuatro paredes de la habitación perdían consistencia, se diluían y el territorio equívoco de los recuerdos se abría ante sus ojos.

Había limpiado la bala con algodón mágico hasta sacarle brillo. No quería que la lámina de latón que recubría el alma de plomo de la bala se tiñera con el verde del cardenillo. Consultaba en viejos manuales militares y en los últimos estudios sobre el armamento usado en la guerra. Con frecuencia subía al desván, abría la arqueta de madera y hundía sus manos en un abigarrado caos de reliquias: ropa militar, cartas, fotografías, recortes de periódicos que ensalzaban su heroísmo, medallas y otros objetos privilegiados que habían sobrevivido a las periódicas sacas anuales destinadas a librarse de trastos inservibles, de recuerdos que iban convirtiéndose en desechos insignificantes y molestos.

Una mañana, después de muchos días de inútil negación, hubo de rendirse a una evidencia desoladora que no era sino la temida confirmación de una sospecha que había tratado de acallar durante todos aquellos años: aquella bala era idéntica a las que él guardaba en el cargador de su vieja pistola reglamentaria. No cabía ninguna duda que el disparo había procedido del arma de un compañero.

La versión oficial hablaba de una herida producida en combate. Él siempre había sabido que existía una parte de exageración en la manera como fueron relatados los hechos de aquella lejana mañana, con la guerra ya a punto de acabar, en un pueblo abandonado, sin ningún interés estratégico, rodeado por una confusa tropa de soldados extenuados, entre los que era difícil distinguir a los de un bando y los de otro, igualados por el polvo, el hambre, el brusco desinterés por la propia dignidad. Deambulaban entre los escombros de una guerra con el odio agotado, con la conciencia de que la derrota no distinguía tampoco los uniformes. "Una bala perdida, una bala sin maldad, una bala

sin gloria, fatigada, absurda; una bala sin verdadero odio ha estado a punto de matarme”, había pensado al caer herido, un segundo antes de perder la consciencia, mientras el agua que estaba a punto de beber se confundía en un reguero con los primeros hilillos de su sangre vertida.

El descubrimiento de la mezquina verdad le obligaba a negar todo su pasado, a salpicarlo de manchas horribles, a prescindir de un heroísmo postizo, otorgado por los demás, que él había, finalmente, aceptado como auténtico. “La bala nunca debió entrar en mi pecho. La bala nunca debió salir de mi pecho”. Apresado en el vuelo oscilante de esas dos frases paralelas, cortantes como guadañas hambrientas, trataba de encontrar respuesta a preguntas que no quería hacerse. Era demasiado tarde para inventarse una vida auténtica.

Por la claraboya del desván la luz empezaba a declinar.

—Cariño, tienes que bajar a tomar tu medicina. Se te va a enfriar el té.

Ramón oyó aquellas palabras desde una lejanía difícil de explicar. Estaba entretenido, como un niño que juega con sus soldados de plomo, cargando la pistola con aquella bala, ahora tan brillante con el cobre pulido, que parecía de mentira.



## **EL ALAMBIQUE DEL TITANIC**

*Juan Carlos Pérez López*

El destino, a veces, nos juega malas pasadas; o directamente se burla de nosotros. Cuando concurren determinadas circunstancias, pacta acuerdos inverosímiles con la fatalidad o con la suerte para obligarnos a vivir situaciones inesperadas, contratiempos que se escapan a nuestro entendimiento y control, pero que afrontamos con los cinco sentidos en estado de plétora por más que ignoremos las consecuencias que acarrearán consigo.

Mi espíritu, desplegado como una vela de ansiedad, me impulsa a velocidad de crucero hacia un encuentro con el pasado más trágico de mi familia. Formo parte de la tripulación de un buque que, con un grupo de familiares de las 1517 víctimas del naufragio del Titanic a bordo, se dirige hacia el punto exacto del océano Atlántico septentrional, frente a las costas de Terranova, donde, a las 23 horas 40 minutos del día 14 de abril de 1914, la gran embarcación, diseñada para que jamás se fuera a pique, colisionó por el lado de estribor contra un enorme iceberg, hundiéndose tres horas más tarde.

El cielo va licuándose sin remedio en el mar. Aunque pueda parecer exagerado, estoy sintiendo un desasosiego similar al que debieron experimentar los pasajeros del espectacular y lujoso navío durante los momentos posteriores al accidente, cuando supieron que el buque iba a hundirse de manera inminente y descubrieron con angustia que no había suficientes botes salvavidas. La escotilla de mi camarote, entreabierta, enmarca la oscuridad de las primeras horas de la noche. Mi ánimo la esboza más espesa de lo que en realidad es o aparenta. Los pequeños visillos, mecidos por la brisa marina, rozan mi rostro. Sin embargo, no los siento tan suaves como el cobre pulimentado de las cacerolas centenarias de mi casa de comidas; me parecen tan ásperos como la escoria del hierro fundido. Inhalo con todas mis fuerzas el aroma salitre del exterior. Mis pulmones se llenan de vida. Pero yo me siento morir.

Hace tan solo unos días, mientras contemplaba el mundo a través de la ventana de mi dormitorio, la encogida luz de las farolas de mi calle se reflejaba en el pavimento húmedo como ahora mismo se refleja la luna sobre la lámina sedosa del océano, aparentando ser un alma triste que emerge de las profundidades de un sepulcro. La nostalgia me invade; edifica a mi alrededor una atmósfera idónea para que se produzca un tsunami de abatimiento. Y es que durante las últimas semanas, las noticias aparecidas en la prensa sobre el siniestro del Titanic no han hecho más que agitar la marejada de recuerdos agridulces que atesora nuestra familia. Todos ellos han colisionado contra el último informe médico sobre el avance imparable de una enfermedad, que padezco por razones hereditarias, y que heló mi ánimo y el de mi familia, dejándolos tocados, casi hundidos.

Hoy se cumplen cien años del naufragio del Titanic. Se preguntarán ustedes qué tiene que ver una cosa con la otra, ¿verdad? Según se mire, tienen mucho o poco en común. Todo está relacionado con un metal: el cobre.

Mi familia lleva varias generaciones ligada de un modo u otro con el cobre. De hecho, podría decirse que hemos "comido" de dicho metal hasta hoy mismo, pues ha asegurado nuestra existencia gracias a la casa de comidas que dirijo: "El alambique de cobre". Pero el destino parece que ha decidido por su cuenta y riesgo escarnecer nues-

tro linaje. Si tienen un poco de paciencia conmigo, les aseguro que pondré un poco de orden en este caos; el justo como para que entiendan mi desánimo, mi angustia... mi contrariedad. Todo comenzó hace muchos años...

A comienzos del siglo XX, mi bisabuelo, un humilde campesino aficionado a las partidas de cartas, un hombre honrado que se hizo a sí mismo, ganó un alambique y un juego de cacerolas que se jugó el dueño de una fonda en una timba que se alargó durante horas y horas, hasta que el cansancio hizo mella en los jugadores e hizo trizas las carteras de muchos de ellos. Suerte o fatalidad, mi familia quedó fundida de manera plena con el cobre; sí, para bien y para mal, el cobre determinó nuestro futuro desde ese mismo instante. Porque aquel alambique y aquellas cacerolas eran de cobre; según se ha transmitido en nuestra familia de generación en generación, de un cobre puro y reluciente, casi milagroso, pues la poción destilada por mi bisabuelo en el alambique de cobre tenía propiedades medicinales y tonificantes. Así lo atestiguaban quienes lo saboreaban con mayor o menor frecuencia. Y no digamos las comidas que mi bisabuela, derrochando una paciencia infinita, guisaba en las cacerolas de cobre... Resucitaban a un muerto.

Aquella legendaria partida de cartas cambió nuestro sino: mi bisabuelo y mi bisabuela, botín de cobre en mano, abandonaron el campo y se instalaron en la ciudad, donde montaron una casa de comidas. Mientras mi bisabuela cocinaba platos de aroma soberbio y sabor macizo, con recetas que se transmitían como verdaderos secretos en el seno de la familia, mi bisabuelo, encerrado en el sótano como un eremita, se dedicaba a destilar su famoso licor, cuya fórmula guardaba como "cobre en paño", como solía decir mi madre y la madre de mi madre y la madre de esta; como yo le contaré a mi niña cuando vaya creciendo, cuando le esté peinando su larga melena con el mismo peine de cobre con el que mi abuela, en los atardeceres del verano, y derramando todo el amor del mundo, peinaba a sus nietos en el patio de su casa, para que los piojos huyeran de nuestras cabezas y no dejaran en ellas su rastro blanquecino de liendres, pues, según ella afirmaba con aplomo, esos bichitos del demonio huían del cobre como gato escaldado del agua. Y debe ser cierto, porque nuestras cabecitas jamás fueron territorios salvajes para que ellos los explorasen.

Las bondades de las comidas y los prodigios del licor que se servían en "El Alambique de Cobre" alcanzaron tal fama que esta se extendió por la comarca como una mancha de vino tinto sobre un blanco mantel. Pero sobre todo fue tal el éxito que alcanzó el licor de hierbas, que no tardaron en afianzar con su venta un negocio con el que lograron reunir una pequeña fortuna. Fue tal la pasión que despertó el néctar de hierbas, que era como el bisabuelo gustaba llamar a su licor, que los extranjeros que llegaban al país, con tal de probar el licor, no dudaban en desviarse decenas de kilómetros de sus rutas para acercarse hasta la ciudad donde se establecieron mis bisabuelos. Y por supuesto que siempre se llevaban consigo algunas botellas del mismo. Uno de aquellos clientes peculiares fue Bruce Ismay, el armador del Titanic, quien un año más tarde de la visita al establecimiento de mis antepasados cursó una invitación a mi bisabuelo para agasajar al pasaje de primera clase con su famoso licor,

el cual debía ser destilado en el buque, delante del pasaje, durante la travesía entre los puertos de Southampton y New York. Sin pensarlo dos veces, mi bisabuelo aceptó la oferta. Embaló el alambique como si fuera el mayor de sus tesoros. Pero no sin antes fundir uno de los utensilios que usaba en la elaboración de su licor, una de las dos palas de cobre con las que mezclaba las hierbas secretas que utilizaba para fabricar su famoso néctar reconstituyente. Con el metal, y recibiendo como pago una docena de botellas de licor, un orfebre elaboró una primorosa réplica en miniatura del alambique de cobre que mi bisabuelo ganó en la partida de cartas, filigrana que le regaló a mi bisabuela días antes de embarcarse en el Titanic. "Para que no te olvides de mi. Ya verás como pronto estaremos juntos de nuevo. Aunque tú no lo creas, cada vez que lo mires, el tiempo se destilará deprisa a través del serpentín. Además, en su interior está el alma de mi licor." Le dijo el bisabuelo a su esposa, con lágrimas en los ojos que fueron como gotas de ámbar en las que quedó atrapado el rostro de ella por siempre jamás.

Tras conocer la noticia del naufragio, mi bisabuela no dejó de mirar la miniatura del alambique, pues creía advertir que en su calderín hervía el espíritu de su marido. Así pasó meses y meses, como si estuviera embrujada por aquella alhaja de cobre, convencida de que el ansiado milagro de su regreso se produciría más pronto que tarde.

El final de esta parte de nuestra historia ya se la imaginan ustedes: mi bisabuelo nunca llegó a New York, una de sus mayores ilusiones, pues le prometió a mi bisabuela que le traería de allí una figurita de la Estatua de la Libertad, la famosa efigie que los franceses regalaron a los estadounidenses en el año 1886, y por la que ella tenía especial devoción desde que la vio por vez primera en una postal que le regaló un extranjero de los que acudían a su casa de comidas y con la que inició una fantástica colección de estampas que yo conservo aun, dentro de la misma lata donde ella la guardaba y que tenía colocada en un estante de la cocina, entre los peroles y cazuelas, para tenerla al alcance de la mano cada vez que fuera arrebatada por el deseo de echarle un vistazo.

A partir de aquella tragedia inesperada, mi bisabuela cayó en una profunda depresión y la economía familiar estuvo a punto de irse a pique. Fue gracias a la intervención milagrosa de un doctor, amigo de la familia y asiduo cliente de la casa de comidas que regentaba mi bisabuela, que comenzamos a enderezar el rumbo: le recetó a mi bisabuela unas pastillas en cuya composición aparecía, como no podía ser de otro modo, cobre. Le dijo que las tomase sin miedo, que podían ayudarle a dominar los nervios. Sea como fuere, la bisabuela salió del pozo en el que había caído desde que el bisabuelo murió. Así, un día, con la luz del sol que se abre paso entre negros nubarrones cintilando en sus ojos, ella, reinventándose a sí misma de nuevo, se armó de valor y tomó el timón de su cocina con la ilusión del primer día. Las cosas comenzaron a ir mejor por días. Pero la clientela seguía demandando el néctar del bisabuelo.

Mientras las reservas de dicho licor que quedaban en la bodega se iban agotando, la inquietud de la bisabuela aumentaba por segundos, pues ignoraba la mezcla secreta de hierbas con la que nuestro bisabuelo elaboraba el licor. Sintió la zozobra de que el negocio corriera la misma suerte que el Titanic. Pero todo se solucionó con un golpe de



timón, de suerte. Cierta día, mi abuela jugaba con la miniatura del alambique. Al verla, mi bisabuela le gritó con todas sus fuerzas, pues mil veces le había dicho que no jugara con el alambique, el mayor recuerdo que conservaba de su añorado marido. Se le resbaló de las manos. Al estrellarse contra el suelo como el Titanic lo hizo contra el iceberg, la miniatura del alambique se abrió por la base. La sorpresa fue mayúscula: en su interior había una hoja de papel enrollada. La bisabuela la extrajo, sus manos temblando como pámpanos bamboleados por el viento. Comenzó a leerla de manera aturullada, con lágrimas en los ojos que hablaban más de la pena de que se hubiera roto el pequeño alambique que de la sorpresa del hallazgo mismo de la nota. A medida que avanzaba en la lectura de la misma, el sentido de su llanto dio un giro de 180°. Porque entonces sí que lloró más y más, pero de sincera alegría. En la nota estaba escrita la fórmula magistral con la que nuestro bisabuelo fabricaba su famoso néctar de hierbas.

Sin pensarlo dos veces, la bisabuela tomó la deteriorada miniatura del alambique y se dirigió hacia una fábrica donde realizaban alambiques de cobre de muy diversas formas y tamaños. Ella no dudó en utilizar los pocos ahorros de que disponía para que los maestros artesanos alambiqueros le realizaran un alambique, idéntico al que su marido ganó en la partida de cartas. Al cabo de unas semanas, ella misma comenzó a fabricar en el nuevo alambique de cobre el famoso licor, y se determinó que su fórmula secreta solo fuera conocida por quien llevara el timón de la casa de comidas. Por supuesto que el licor destilado en el nuevo alambique tenía matices diferentes al que fabricaba mi bisabuelo, pero tan sutiles que nadie atinó a advertirlos.

La réplica en miniatura del alambique de cobre del bisabuelo fue reparada por el mismo orfebre que la confeccionó justo cuando se conmemoraba el segundo aniversario de la muerte de mi bisabuelo. En su interior fue guardada de nuevo la nota con la fórmula secreta de nuestro famoso licor, escrita de puño y letra por mi bisabuelo, y en la que las faltas de ortografía denotaban el poco tiempo que mi abuelo dedicó a los estudios, pues en cuanto aprendió las letras y las cuatro reglas abandonó la escuela y se puso detrás del arado que arrastraban las bestias de labranza. Dicha miniatura del alambique, una verdadera joya para la familia, está depositada en una hornacina, cerrada por una simple portezuela de cristal, que está situada en la fachada principal de nuestra casa de comidas, junto a la entrada de la misma, lugar que se ha convertido en punto de encuentro de comensales llegados desde muy diversos países así como en un atractivo turístico de nuestra ciudad, casi en un lugar de obligado peregrinaje señalado en todas las rutas gastronómicas del país.

\*\*\*\*\*

Nadie de la organización de este particular crucero sabe de mi relación con una de las víctimas que se pretenden homenajear. Yo he sido invitado como cocinero jefe. Supongo que he sido seleccionado como tal porque en mi restaurante vengo realizando cenas especiales cada 14 de abril. En ellas sirvo el último menú que se elaboró en el Titanic para los pasajeros de primera, el mismo que me han solicitado que cocine para ser servido esta noche a todos los pasajeros del buque: ostras aliñadas, terrina de

foie, consomé Olga, filete de lenguado al curry acompañado con arroz, confit de pato con compota de manzana, y pudding Waldorf con Éclairs de vainilla y chocolate con helado francés. Todos los alimentos están siendo manipulados con utensilios de cobre, cocinados en cacerolas y sartenes igualmente de cobre, como así vengo haciéndolo en mi casa de comidas, siguiendo una tradición familiar tan arraigada que otorga a la carta de nuestro establecimiento una seña de identidad sin igual.

La comida del menú que se servirá en la mesa del capitán la he elaborado en las cacerolas de cobre de mi bisabuela. Solo las utilizo en ocasiones muy especiales. Las guardo con esmero, como un verdadero tesoro, en una vitrina que tengo colocada en la sala principal de mi casa de comidas, junto a la gran fotografía de mis bisabuelos, para que mi clientela pueda contemplar parte de nuestra historia. Recuerdo que siendo muy pequeño, yo limpiaba el cardenillo, esa fina capa verde azulada de acetato de cobre que se forma en las paredes de las ollas de cobre con el uso continuado y como consecuencia de la reacción entre el cobre y la natural acidez de los alimentos. Mi abuela me pre-paraba una mezcla de zumo de limón, sal y vinagre. Yo mojaba un paño con ella y me pasaba tardes enteras de lluvia limpiando las cacerolas de la casa de comidas. Así, con lo que para mí suponía más que un simple entretenimiento, casi un juego, empecé a soñar con hacerme cocinero. No paraba de frotar hasta dejarlas relucientes, tan brillantes como las mermeladas, de sabor intenso y de larga conservación, que en ellas elaboraba mi madre, una repostería de marca mayor.

En dichas cacerolas, debido a la distribución homogénea del calor por toda su superficie, los condimentos e ingredientes se guisan de manera insuperable. Además, el riesgo de que los alimentos se peguen en el fondo por efecto del excesivo calor es menor y se cuecen de forma uniforme, ganando una textura y sabor peculiares e inigualables al experimentar los mismos una metamorfosis que despierta los sentidos de los comensales más exigentes que los degustan. Es digno de mencionar cómo quedan las verduras, como por ejemplo las alcachofas y los espárragos, que servimos en nuestra casa de comidas crujientes y con un color verde envidiable y soberbio. Y no hay que dejar pasar por alto el hecho de que debido a la propiedad bactericida del cobre, los alimentos cocinados en marmitas fabricadas con este metal tienen mayores garantías sanitarias, algo que es muy de agradecer. Solo presentan dos pequeños inconvenientes: primero, que son muy caras, debido al alto valor del metal en el mercado; y segundo, que no puedo guisar en ellas alimentos para personas que padezcan la enfermedad de Wilson, precisamente porque estas sufren una acumulación excesiva de cobre en su organismo. Pero para ello guardo en el fondo de un mueble de mi cocina un juego de cacerolas de acero, aunque es cierto que todavía no lo he estrenado, ni espero hacerlo jamás.

Por cierto, no sé si lo sabrán, pero todos los alimentos de este menú especial que voy a servir en breves instantes son ricos en cobre, un metal que absorbido por el organismo genera incontables beneficios para la salud: previene los problemas cardiacos; ayuda a mantener las estructuras del miocardio y de los vasos sanguíneos; aumenta la eficacia del sistema inmunológico; reduce los niveles de colesterol;

minimiza el riesgo de osteoporosis; alivia el dolor causado por la artritis... Pero no se crean que todo esto se lo cuento porque yo pretendo dármela de cocinero sabiendo o de postín; no, que va. Esta información, que a mí me viene como anillo al dedo para elaborar la carta de mi casa de comidas, se la debo a mi hermano pequeño. Él es biólogo e ingeniero molecular de una empresa que está muy relacionada con el cobre, como no podía ser de otra forma para los miembros de mi familia. Mi hermano trabaja en el departamento de investigación de una empresa radicada en Chile, el mayor productor de cobre del planeta. En los últimos tiempos han desarrollado una fibra a base de cobre. Llevan años dedicando esfuerzo y presupuestos al estudio de un tejido en el que la fibra de cobre está muy presente. Este peculiar tejido está indicado para la confección de sábanas y almohadas que son utilizadas en hospitales, ya que se ha comprobado su alta eficacia contra las infecciones bacteriológicas.

Además, también se ha demostrado que las personas que duermen con almohadas fabricadas con dicho tejido presentan una visible mejoría en el aspecto de su piel, pues se reducen de manera considerable las manchas, así como una notable mejoría en la textura de la misma. Parece cosa de ciencia ficción, ¿verdad? Pues en modo alguno lo es. Mi hermano me ha explicado que, asimismo, la presencia del cobre en los utensilios manejados en los quirófanos asegura una mayor asepsia gracias al alto poder bactericida del cobre. Es más, me informó de que ya trabajan en el desarrollo de prendas hospitalarias, como batas, delantales, gorros, mascarillas, e incluso guantes quirúrgicos, en los que esté presente el cobre.

Está claro que el cobre es para mi familia como una sombra que nos persigue de manera afable. Pero también lo ha hecho de manera nefasta. A mí me ha tocado también la fatalidad que puede ocasionar el cobre, pero por su carencia. Permítanme que me sirva un bourbon antes de comentarles lo que me sucede. De vez en cuando me encanta tomar una copa de este espléndido whisky. Cuando lo olfateo y lo saboreo advierto las insuperables peculiaridades sensitivas que proporciona y que son debidas a la reacción del alcohol con el cobre de los alambiques en los que se destila, algo similar a lo que ocurre con el famoso licor ideado por nuestro bisabuelo.

Al grano: hace unos días me confirmaron que tengo en un estado bastante avanzado la enfermedad de Menkes, o lo que es lo mismo: deficiencia de cobre en el organismo. Estarán conmigo en que esto no es más que una burla descarada del destino. Por más que he incluido en mi dieta los alimentos que más me gustan, y que precisamente son los que tienen más cobre (nueces, hígado, champiñones, chocolate, mariscos...), la enfermedad ha seguido su avance imparable, ignorando la cordial relación de mi familia con el cobre. Una auténtica burla.

\*\*\*\*\*

Todos los actos organizados en el barco han salido a pedir de boca. Pero parece ser que los organizadores del evento tienen guardada una última sorpresa. En el salón principal han dispuesto una enorme pantalla de televisión. El capitán me ha pedido que me una a él en su mesa. Nos explican que una cámara submarina se está acercando a los restos del Titanic. Me estremezco de pies a cabeza al contemplar las imágenes. Quizá

haya sido una jugarreta de mi subconsciente o un espejismo producido en mi cerebro por los efectos de la enfermedad que padezco, pero el caso es que me ha parecido ver en un rincón del salón principal del Titanic el alambique de mi abuelo, cubierto por una costra de organismos marinos.

Una emoción intensa estalla en mis entrañas con una cintilación tan poderosa como la que mostraba el alambique del bisabuelo en sus mejores tiempos. La emoción se anuda en mi garganta, dificultándome la respiración. Siento abrirse el vacío en la boca de mi estómago. En mis ojos se cristaliza una lámina de lágrimas que amenaza con saltar en mil pedazos. Salgo a cubierta. La brisa gélida arrasa mi rostro. Al mirar el mar, creo advertir bajo el agua la imagen removida de mi bisabuelo. Me sonrío tal como lo hace en la gran fotografía en blanco y negro que preside la sala principal de mi casa de comidas, y que está situada junto al mostrador donde tengo expuestas las cacerolas de la bisabuela. Es posible que sea otra visión provocada por mi enfermedad. Lo que sí que tengo bien claro es que una de las primeras cosas que haré cuando desembarque en New York será comprar una figurita de la Estatua de la Libertad. A mi regreso a casa, le daré un baño de cobre y la depositaré en la hornacina, junto a la miniatura del alambique de mi abuelo, el que ya es para la eternidad El Alambique del Titanic.



**PARA DESCANSAR EN PAZ**

*Juan Miguel Gutiérrez de la Solana Sánchez*

Mericeo Novinico no había sido un mal hombre. Eso decían la mayoría de las personas que se habían congregado aquella tarde en el mortuorio. De alguna manera, todos los finados son beatificados en mayor o menor medida, pues se suelen olvidar sus pequeños vicios y pecados. Y ahora, el cuerpo de Mericeo reposaba sobre la sucia mesa de mármol, ajeno a las miradas y comentarios de su familia y amigos. Su rostro redondeado casi parecía mostrar una sonrisa bonachona, como si estuviera disfrutando de una buena y merecida siesta.

El difunto soportó grandes fatigas a lo largo de su vida, faenando como honrado pescador hasta el día de su muerte. El mar, que era su modo de vida y sustento, también fue su injusto juez y verdugo. Esa mañana las aguas se mostraron bravas y salvajes; la prudencia aconsejó a los pescadores no partir ese día a faenar. Pero Mericeo ignoró las advertencias que el mar enviaba en forma de olas devastadoras: echó las redes en su bote y partió en busca de un buen banco de peces.

Su hija Andrea cumpliría la primera comunión dentro de un mes, y quería vestir un traje blanco. Ser una princesita por un día, como la niña solía decir, y su padre, que era consciente de las privaciones que había padecido la pequeña a lo largo de su penosa existencia, se conminó para ver cumplido su deseo. Y eso implicaba no perder día alguno de pesca, a la par de hacer buenos negocios en la lonja; así lo había decidido.

Pero cuando el vasto océano está malhumorado no suele perdonar a los bravucones que se adentran en sus dominios, sea el motivo que les mueva, y siempre se cobra sus víctimas, al igual que un salvaje dios ancestral. Por eso, nadie se extrañó cuando un niño encontró el hinchado cadáver de Mericeo en la playa. Un traicionero golpe de mar lo había echado por la borda de su embarcación, y el movimiento rabioso de las olas no permitió al pescador alcanzarla; al contrario, fue un mero juguete en manos del siniestro y gris mar de ese día, que terminó por hundir su cuerpo en las profundidades, para escupirlo poco después en la orilla, inerte y frío, a modo de advertencia para los demás.

La noticia no pilló de sorpresa a su mujer, Eleonora, pues ella sabía que el matrimonio con un pescador dura lo que quiera otorgar el mar. Ahora repartía pastas, anís y vino dulce a los que se habían acercado para despedir a su marido, ya fuesen sentidos familiares u holgazanes que gulusmeaban en pos de una copita de licor. No tenía tiempo para llorar, con tanto invitado que atender. Las plañideras ya se encargaban de eso, llenando el local con sus lamentaciones. Ahora tendría que vivir como las otras viudas, remendando redes, recogiendo moluscos en las rocas y aceptando las limosas de la cofradía. No era una buena vida.

Eleonora hablaba con sus vecinos, recordando con añoranza a su marido, pues Mericeo siempre fue un hombre que se desvivió por su familia. A veces se dejaba algo de las ganancias en la taberna, y ese día llegaba a su casa quejándose de los bajos precios del mercado, y de las artimañas que usaban las comadres para regatear... pero el olor a aguardiente siempre le delataba, ganándose de tal manera alguna que otra reprimenda por parte de su esposa. Por lo demás, siempre se las ingenió para que no faltasen alimentos en su mesa, y la chimenea de su hogar siempre escupía al cielo volutas de humo y sencilla felicidad.

Sí, podía decirse que Mericeo Novinico no había sido un mal hombre.

Al mismo tiempo que el sol desaparecía tras las montañas, afilando las sombras de sus picos, la concurrencia se fue disgregando lentamente, hasta desaparecer. Eleonora recogió sus enseres y habló con Martín, el hombre que regentaba el fúnebre establecimiento; después recogió a su hija, besó la fría frente de su marido y le puso sobre los ojos sendas monedas de cobre, que ella guardaba para cuando llegara la ocasión. Acto seguido marchó a casa para preparar la cena.

La vida tenía que seguir. Era así de simple.

Martín llamó a Román, un joven de apenas veinte años que trabajaba como aprendiz. Lo hacía a desgana, pues le disgustaba estar siempre rodeado de muertos, de escuchar los gemidos de las viudas, el llanto de los niños y las blasfemias de los acreedores... pero se lo había ordenado su padre, y muy a pesar suyo, contra eso no cabía objeción alguna.

—Bueno Román, ya sabes lo que toca —pregonó Martín a su empleado mientras le tendía una escoba—. Barre bien la sala y deja todo bien limpio y ordenado.

—Sí, ahora mismo don Martín —respondió el aprendiz lacónicamente.

—Ya conoces la premisa del negocio: “Nunca se sabe cuándo llegará un nuevo cliente.” Hay que tenerlo todo preparado.

El muchacho asintió mientras barría el suelo con afectación. Se disponía a limpiar una de las mesas cuando un leve brillo que provenía del cadáver llamó su atención.

—¿Y eso? —Preguntó mientras señalaba las monedas que descansaban sobre los párpados del muerto— ¿Qué significa?

—Ah, bueno. ¿No lo sabes? Eso es un óbolo —contestó Martín con suficiencia mientras se ponía el abrigo—. Es una antigua costumbre que ya casi nadie sigue.

—¿Para qué sirve?

—Para pagar a Caronte, el viejo barquero. Así te lleva a la otra orilla para poder descansar en paz. La familia de Mericeo siempre ha sido fiel a ese rito. Todos sus antepasados han cumplido puntualmente con el pago al barquero, así me lo contaba mi abuelo, que fue el que levantó este honorable establecimiento.

—Ya. Menudo derroche. Está la vida como para tirar las monedas.

—En un negocio como éste hay que respetar las viejas tradiciones —sentenció Martín—. Yo me voy ya. No te olvides de cerrar la puerta y de meter a Mericeo en su ataúd, después lo llevas a la cámara. Mete más hielo si hace falta, que no lo entierran hasta mañana y no quiero que huela. Buenas noches, y que descanses.

—Buenas noches, don Martín. Hasta mañana.

Román siguió con lo ordenado, limpiando con obligada meticulosidad la sala. De vez en cuando echaba una mirada de soslayo a las monedas. Acercó a la mesa el carrito con el catafalco e introdujo los restos del pescador en él. Se dispuso a clavar la tapa, pero se detuvo. Cogió las monedas. Sin duda eran muy antiguas; se veían gastadas, casi sin relieve. Podía ver en ellas algunas palabras y símbolos, pero no entendía nada. Un rostro casi imperceptible se perfilaba en una de las caras; su contorno pugnaba por alzarse con dignidad de entre su nicho de cobre, mas el paso de tantos

años, sumado a las innumerables caricias de anhelantes dedos, tornaron a difuminar su otrora magnífico porte.

Seguro que Tordemán, el usurero del pueblo, le compensaría con un buen dinero por ellas. Su corazón se aceleró. Miró en derredor y, con un rápido movimiento se las guardó en el bolsillo. Al ir a poner la tapa se dio un buen susto, pues los ojos de Mericeo se mostraban abiertos por completo. Román había supuesto que estaban cerrados, o así le pareció antes. Temblando, los cerró. No le concedió demasiada importancia al asunto, se veían cosas muy raras en ese trabajo. Después trasladó el ataúd a la cámara y se marchó a visitar a Tordemán. El negocio del ladino usurero tampoco tenía horario; Román intentaría sacar dinero suficiente para ayudar a su familia a pagar el alquiler de la vivienda.

Concluida la transacción comercial Román arribó satisfecho a su casa, devoró la frugal cena que le tenía preparada su madre y tomó de postre el habitual sermón de su padre. Cuando concluyó se encerró en su habitación, y a la furtiva luz de una bujía contempló el dinero que había conseguido por esas dos viejas monedas. Orgullosa por su adquisición las puso a salvo bajo la almohada, y muy pronto se rindió al sueño. Vaya sorpresa que se llevaría su padre a finales de mes.

Al poco se despertó. No... estaba soñando. O eso creía él. Se vio rodeado por una ligera neblina que se extendía por un terrero árido y pedregoso. Casi sin esfuerzo comenzó a caminar. No se veían montañas ni árboles, o rastro de vida alguno. Estaba oscuro; una enorme bóveda se alzaba sobre su cabeza. Tras un leve promontorio descubrió la ribera de un río. La bruma salía de su interior como el vaho de una respiración; parecía tener vida propia, se arremolinaba, extendiéndose por la superficie durante un instante para volver a desaparecer bajo las aguas de basalto. El arrullo del río se asemejaba al cascado susurro de un anciano.

Román fijó la vista en una figura que se escondía parcialmente entre la bruma, pero no logró descubrir de quién se trataba. Se escuchaba el quejido del maderamen de una vieja barca y, de vez en cuando, el triste chapoteo que hacía un remo al hendir las aguas. Estaba tan concentrado escudriñando la neblina que se sobresaltó cuando notó una mano posarse sobre él. Al darse la vuelta comprobó estupefacto que dicha mano pertenecía a Mericeo, el pescador. Su rostro hinchado mostraba ira, enfado, determinación... nada de esa afabilidad que tanto le definió en vida. Agarró con fuerza un brazo de Román y señaló hacia la figura del barquero, el cual parecía esperar con eterna paciencia la llegada de alguien.

Román se despertó, incorporándose de la cama como un resorte. Apenas pudo reprimir un grito de horror. *Menuda pesadilla* —pensó. Antes de volver a acostarse notó un escozor en uno de sus brazos, al mirárselo, pudo comprobar espantado la marca de unos dedos impresa en su piel, que había ennegrecido. Miró a su alrededor, pero no halló a nadie; estaba solo en su habitación.

A pesar de sus intentos, esa noche no volvió a conciliar el sueño.

Al día siguiente, ojeroso y cansado, tornó a su trabajo. Su jefe estaba armando un



tosco ataúd.

—Buenos días, don Martín —saludó Román.

—Buenos días... anda, ayúdame con la tabla. Sujétala para que pueda clavarla al fondo... eso es. Tenemos otro cliente; anoche falleció Fortinbras, el del faro.

—Era viejo el hombre, ya le tocaba —respondió Román con un encogimiento de hombros—. Por cierto, sobre eso del omobo...

—Se dice óbolo. ¿Qué pasa con ello?

—¿Qué sucedería si uno de los muertos no llevase las monedas al barquero? Quiero decir... si las perdiese o algo así... es por curiosidad, anoche estuve pensando en eso y le pregunté a mi padre, pero él no sabe nada sobre el tema... No supo qué contestarme.

—Pues entonces, según sus creencias, si el ánima no puede pagar al barquero, deberá esperar cien años hasta que lo lleve en su barca a la otra orilla. A no ser que...

—¿Sí...?

—A no ser que consiga las monedas, claro. Yo haría todo lo posible por recuperarlas, pues no valen otras, solo las que te pusieron bajo la lengua o sobre los ojos. Venga, basta de palabrería y a trabajar, ya se han llevado a Mericeo para darle sepultura, ahora te espera el pobre Fortinbras en la mesa para que lo adectes un poco.

Pero Román no se movía, su mente inmersa en multitud de lóbregos pensamientos.

—Oye, ¿te pasa algo? —preguntó don Martín con tono de enfado.

—No, don Martín, es que... no he dormido bien.

—Pues venga, deja de poner esa cara de pasmarote y vuelve al trabajo.

Aquella mañana pasó muy despacio para Román. Intentó escabullirse un par de veces para ir a visitar a Tordemán, el infame prestamista, pero don Martín no le quitaba ojo de encima, de este modo tuvo que esperar hasta la hora de comer para acercarse al cubil del usurero.

Antes de ir a su casa Román hizo la visita prevista. Pensaba devolver el dinero para conseguir las malditas monedas, pero se había llevado una desagradable sorpresa...

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió irritado Román al avaro Tordemán, que se afanaba en terminar de liar un cigarrillo con sus manazas.

—Pues nada más y nada menos que lo que has oído —respondió Tordemán lacónicamente mientras aspiraba el humo del tabaco con evidente satisfacción—. Las he vendido a un capitán griego de una goleta que se ha pasado esta mañana por aquí. Solemos hacer negocios.

Román no se lo podía creer.

—¿Y dónde ha ido? ¿Cuándo volverá? —interrogó el muchacho, angustiado.

—Eso no lo sé. Suele venir por aquí dos o tres veces al año. ¿Qué es lo que pasa?

—Estoy arrepentido de habértelas vendido, necesito recuperarlas. Se trata de algo...

—Pues parece ser que ya es un poco tarde para eso —cortó Tordemán—. ¿Cuál es el problema?

Pero Román no contestó, salió del local en silencio, completamente derrotado. Ya

en su hogar comió distraído, sin ganas; después se encaminó hacia la playa para poder pensar. Quizá estaba sacando las cosas de quicio, puede que no fuera más que un sueño, pero las marcas en su brazo no le dejaron abrigar esa cómoda reflexión. Había perdido las monedas, de eso no cabía duda. ¿Qué pasaría ahora? No tenía la respuesta. Un sombrío horizonte de miedo e incertidumbre se abría ante él.

Mientras tanto, Tordemán abría con sus rechonchos dedos un cajón de su escritorio, de donde sacó las dos preciadas monedas de cobre. Las observó con satisfacción; eran de verdad antiguas. Sacaría por ellas una pequeña fortuna vendiéndolas a cualquier coleccionista. Si ese mequetrefe se había arrepentido no era asunto suyo. Allá él. Los negocios son los negocios, y a Tordemán se le daban muy bien.

Tordemán era todo un personaje. Había llegado hace veinte años al pueblo, los bolsillos llenos de monedas y la mente plena de perversas ideas. Aprovechando las malas rachas de pesca y los años de cosechas perdidas comenzó a tejer su gran telaraña de usura. Concedió préstamos a los más desfavorecidos, sabiendo que no los podrían devolver, a cambio de poner sus casas en garantía. En pocos años era dueño de medio pueblo. Ahora alquilaba las viviendas a las propias familias. Como buen Harpagón administraba su pequeño imperio con mano de hierro, y si alguien no pagaba no le dolián prendas para echar a una familia a la calle. Era inmune a las súplicas y desconocedor del trato humanitario.

Pensando en las ganancias, las trémulas carnes de su rechoncho cuerpo se agitaron y estremecieron.

Román pasó la tarde atendiendo a la familia y amistades de Fortinbras, que no fueron pocas, pues el viejo farero había dejado un buen dinero para el convite. Incluso se había presentado la familia de su primera mujer, Tristana, con la que nadie se hablaba... pero una merienda gratis es una merienda gratis. Las cosas como son.

Intentó el mozo no pensar en el asunto, pero los terrores que le atenazaban no le abandonaron.

Ya de noche, instalado en su habitación, Román procuró pasar las horas de sueño en vela, para no ser sorprendido de nuevo por el ánima de Mericeo. No quería volver a ver esos ojos acuosos. Eran aterradores.

Las horas pasaban lentas, tediosas. El muchacho paseaba por la habitación en silencio para no despertar a su familia. Un poco más y saldría el sol; así ganaría algo de tiempo. Se detuvo, pues creyó haber escuchado algo. El dormitorio estaba sumido en la penumbra, tan sólo se perfilaban las siluetas de los muebles. Algo indefinido pareció agitarse en la negrura. Era algo que se movía, que avanzaba hacia él. Se dejaba oír como un leve chapoteo y un corto arrastrar de pies. Aquella forma, de la que Román no tenía duda alguna sobre a quién pertenecía, estaba a dos pasos de él. Entonces se oyó una voz que parecía provenir del fondo de algún abismo; era una voz terrible, pastosa, acuciante y desesperada. Las palabras taladraron los oídos de Román como agujas de hielo:

—Quiero... mis monedas. Necesito mis monedas para... para poder partir.

—No... no las tengo —acertó a decir Román con gran esfuerzo—. ¡Se las vendí a

Tordemán! ¡Yo no sabía...! ¡Lo siento, yo...! ¡Perdóname, Mericeo, te lo suplico!

La forma se acercó un poco más, amenazadora, y Román se desmayó.

El alba lo descubrió tendido en el suelo, dolorido y magullado. ¿Había sido otro sueño? Quizás fuese así, se pudo haber quedado dormido y caerse de la cama por culpa de la pesadilla. Lo de anoche no podía ser verdad. Entonces se fijó en el piso, había una mancha, algo líquido. Román se mojó la punta de los dedos y se los acercó a la lengua. Era agua salada. Agua de mar. Estuvo a punto de echarse a llorar.

Era domingo, así que al menos no tendría que ir a trabajar. Don Martín le respetaba ese descanso, al menos mientras no se presentase un cliente. Se le ocurrió ir a la pequeña iglesia y confesarse al párroco. Cuando éste le escuchó le reprendió por sus ocurrencias, despachando a Román con tres avemarías y un padre nuestro. Estaba claro que no obtendría ayuda divina en ese asunto. Se le pasó por la cabeza huir del pueblo, pero sospechaba que aquello no le serviría de nada. Podría hablar con don Martín, por si se le ocurría algo, mas eso significaba delatarse como ladronzuelo, y no quería pasar por ello. El miedo a su padre y a la vergüenza fue mayor. Ya pensaría en algo... sí, algo se le ocurriría.

El resto del día lo pasó mohíno y taciturno, deambulando por las callejas y el solitario puerto. Escuchó anhelante el sonido del mar, pero en sus tumultuosos bramidos no halló solución alguna. Al final de la tarde, cabizbajo y derrotado, regresó a su casa para enfrentarse a su nefasto destino con la mayor dignidad posible.

Sorprendentemente, esa noche nada ocurrió. A pesar del miedo se había quedado dormido, pero nada ni nadie fue en su busca. Fue un sueño placentero, sin interrupciones inesperadas.

El día siguiente amaneció como un lunes cualquiera. Se vistió, se aseó, desayunó y marchó hacia su trabajo. No quería lanzar las campanas al vuelo, prefería mantenerse prudente. Don Martín, como siempre, ya se encontraba en el local.

—Buenos días, don Martín.

—Buenos días. Tengo un regalo para ti ahí dentro. No pongas esa cara, pasa, pasa...

Román, con el corazón subiéndole por la laringe, obedeció y entró en la sala. En un primer vistazo no reconoció al cadáver, pues tenía el rostro horriblemente desfigurado en una mueca de terror espantosa. Pero no cabía duda alguna. Era el inefable Tordemán, el usurero, el que yacía sobre la mesa. El chico soltó todo el aire contenido en sus pulmones. Entendió. Y después sonrió.

Esa tarde pudieron cerrar el local temprano. Nadie acudió al velatorio de Tordemán.

## **MANZANAS DE COBRE**

*Rocío García-Izquierdo Tereti*

Al levantarse aquella mañana, después de una noche larga y llena de sobresaltos, Marta Ortiz, no podía imaginar que le quedaba tan poco tiempo de vida. Con los párpados aún pesados preparó café y lo bebió con avidez, esperando espabilarse, centrarse y comenzar el trabajo. El sol empezaba ya a colarse por las rendijas de la persiana, y las golondrinas se dejaban oír, como locas, en el cielo veraniego. Se sentó, muy dispuesta, con todo el afán de avanzar cuanto le fuera posible en aquella mañana que tenía libre, antes de que el niño se despertase y reclamase toda su atención. Había estado varios días experimentando con el cobre, en busca de un nuevo diseño que le terminase de gustar, que fuera bonito y fácil de poner con cualquier prenda; un conjunto de colgante, pendientes y brazaletes que atrajera a las clientas e hiciera aumentar sus ventas y, de paso, le diera un nombre. Había pensado en corazones, pájaros, rombos, flores..., en varias formas que se pudiesen moldear y convertir en buena bisutería. Entonces le vino a la memoria el cuento de Blancanieves y se le ocurrió la idea de la manzana. Si lograba hacer un diseño original y atractivo, las mujeres la comprarían.

Llamaría a su diseño "Tentación", dándole un nombre algo tonto y cursi las clientas encontrarían un motivo más para comprar. Tenía que vender el mayor número de unidades y obtener el dinero para pagar el alquiler, las facturas, la comida del niño..., sobre todo la comida. Los gastos se multiplicaban con él: ropa, zapatos, juguetes, cuadernos y lápices para el colegio, el dentista, la farmacia... El trabajo en el hotel pagaba una parte de todo eso, y la bisutería ayudaba con el resto. Durante sus años de matrimonio había hecho cosas preciosas con el cobre que ella misma había lucido y regalado a sus amigas, aunque nunca había pensado en venderlas. Lo hacía por el puro placer de dar rienda suelta a una afición que había empezado en su infancia, cuando pasaba las horas haciendo figuritas con barro y plastilina. Aunque sus amigas la habían animado para que vendiera sus joyas, ella siempre había desechado la idea. No ahora que necesitaba esas ventas y que aumentasen sus ingresos económicos.

La vida la había llevado hasta esa situación un tanto penosa en la que la subsistencia de ella y de su hijo se había vuelto demasiado complicada; sin embargo, después del divorcio, vivir como una mujer libre, sin miedo, sin tener que dar explicaciones ni excusarse ante nadie..., aquello valía la pena. Sobre todo sin miedo, no sentirlo más, al menos no cada día, con cada palabra y cada gesto conocido y ya esperado, al escuchar la llave en la cerradura. Aquel sonido, cuando el día llegaba a su fin y estaba tan cansada de lidiar con el niño, de limpiar y cocinar, cuando sólo quería meterse en la cama y dormir toda la noche, era el sonido que derrumbaba su pequeño mundo doméstico, triste, y le hacía dar un vuelco al corazón. El niño, entonces, dormía y no se enteraba de nada, menos mal. Su marido entraba al salón y apenas si le dirigía una mirada; Marta lo saludaba con un hilo de voz, temerosa ya de lo que podía sobrevenir.

Cuando lo veía echado en el sofá mirando la televisión, con ese aspecto tan suyo de hombre descuidado, mal vestido y desaseado, anclado en los ideales de sus abuelos, se le formaba una mueca de repugnancia en la cara. Durante años vivió en ese estado tenso, en el que cualquier ruido inesperado le hacía dar un respingo y en los momentos de desaliento sentía ganas de llorar. Marta no sabría precisar en qué momento empezó

aquello, esa manera de vivir que ahora le parecía despreciable y vergonzosa y que, entonces, no fue capaz de abandonar. Al niño él nunca le había hecho nada, gracias a Dios. De haberlo intentado, ella habría saltado como una leona sobre su presa, lo habría defendido con todo el valor que no encontraba para defenderse a sí misma. Hasta que por fin aquellos días de sufrimiento, en los que no encontraba fuerzas para levantarse y salir de aquella casa, se terminaron. Pensar en aquel tiempo..., no le hacía ningún bien.

Con un gesto de enfado desechó los pensamientos y se concentró en el cobre. Había hecho ya algunos pendientes y brazaletes, ahora trabajaba con los colgantes. El cobre estaba frío, pero aquel frescor en sus manos era un alivio, pues ya desde tan temprano hacía calor. Se sentía satisfecha de lo que había realizado, además, había conseguido vender algunas piezas. En el pueblo empezaban a valorar su trabajo; no en vano fueron sus bisuterías las que dieron a conocer a Marta.

Los que la conocían sabían poco de ella; que vivía en un pequeño apartamento de alquiler con su hijo de ocho años, que hacía camas en un hotel y que vendía bisutería. Algunas personas le habían preguntado por el padre del niño, y ella, con cierto desdén en la voz, había contestado “no vive con nosotros” y cambiado de tema en seguida. Allá cada uno con lo que se figurase y dedujera a partir de aquella respuesta. No quería estar en boca de nadie, sólo vivir tranquila con su niño. Pablo, lo único bueno que le había ocurrido. A él le debía la decisión final, atrevida, de abandonar a su marido. Escuchó que se levantaba de la cama e iba al baño. Estando él despierto ya no le era tan fácil concentrarse. Se levantó y fue hasta la cocina para prepararle el desayuno. Lo mismo de cada día: leche y tostadas. Lo llamó desde lejos “Pablo, te estoy haciendo el desayuno”. El niño acudió en seguida y besó a su madre. Ahora que estaba él, Marta veía el día con otros ojos, todo se le volvía limpio, ordenado; estaba feliz.

Desayunaron juntos, risueños, hablando de cosas triviales, de lo que era su día a día. El niño, a pesar de lo que había sufrido su madre junto a su padre, era feliz, parecía haber desechado de su mente aquella existencia anterior. Marta daba gracias de que así fuera, si era un niño normal, inteligente y trabajador, al que no parecían afectarle los recuerdos, se debía al enorme esfuerzo que ella había hecho tratando de normalizar su vida. Estaba contenta; los dos salían adelante.

\* \* \*

Marta se enfrentó a otra mañana de trabajo con el cobre, aún más calurosa y menos productiva que la anterior. No había dormido bien durante la noche, se había despertado en varias ocasiones agobiada con el calor, sudando, pensando, sin quererlo, en las palabras del juez. Se había dictaminado que el marido no se acercase a ella a menos de 100 metros, que debía pagar la manutención del niño y, además, buscarse otro apartamento. Su marido se había levantado en el salón del juzgado y había gritado como un loco “¡te voy a matar!”. Ella no había querido mirarle, se había girado para no verle la cara, los ojos espantados y esos ademanes violentos y amenazadores. Ese día Marta tuvo la certeza de que él intentaría matarla.

Aquel dictamen del juez, qué ridículo le parecía. ¿Cómo iba a impedir que él se le acercase? ¿Acaso iba a poner un policía pegado a sus faldas? No le importaba el apar-

tamento, tampoco la manutención; era su vida lo que estaba en juego, aunque nadie parecía darse cuenta. Su abogado había pugnado por este particular, intentando convencer al juez de que era un hombre peligroso capaz de cualquier cosa. No es que el abogado fuera un incompetente, es que la ley era penosa en sí misma. Marta, como tantas otras mujeres, se hallaba absolutamente desprotegida en su propia casa, en su ciudad. Tenía que marcharse, era ella quien debía irse y buscarse la vida en otra parte, lejos del peligro que suponía su marido, y lejos, también, de su familia y sus amigos, de sus recuerdos en cada esquina, plazoleta o estación de autobús. Su madre había querido irse con ella y con el nieto, y Marta se lo había impedido. ¿Cómo iba a ser? Con más de setenta años, cansada, enferma tan a menudo...

Se marchó lejos, y sólo sus padres supieron a dónde. Aquel pueblo al que había llegado era muy distinto a su ciudad natal, muy bonito, vasto y con un gran número de habitantes, pero sin mar... Echaba de menos el aire fresco y salado del mar, las tardes de paseo por el puerto, con su niño agarrado de la mano, mientras el sol se ponía al otro lado del río, más allá de las salinas. En el pueblo las montañas lo rodeaban todo, el aire era frío en invierno y asfijante en verano. Los espacios se reducían y se acortaban las distancias. No había allí esas largas avenidas llenas de gente y de tráfico enfebrecido. Todo se reducía a unas cuantas calles empedradas. Al menos la gente era agradable. Las mujeres, podía decirse, eran amables y habladoras, tenían buen gusto, vestían bien, siempre impecables; además, compraban sus diseños. Siguiendo el consejo de una de sus clientas, Marta había ampliado su campo de ventas a Internet. A través de la web vendía diseños limitados, pero a las compradoras del pueblo y de otras poblaciones colindantes, les vendía diseños más personalizados, encargos que tenían un motivo detrás para hacerse. Su bisutería, con la práctica y el ingenio, había adquirido su sello de piezas moldeadas con formas irregulares y con algún motivo floral en ellas.

Llegaron a hacerse muy populares entre las mujeres, quienes las lucían contentas aprovechando cualquier ocasión. Marta y su bisutería..., sus recuerdos de otra vida, que parecía tan lejana y ajena a ella, el niño, el día a día en aquella casa tranquila. Ella no era como esas mujeres del pueblo, a ellas no les pesaban los hombros por un pasado de desgracias tan vergonzantes y atrozadoras. Marta las suponía felices con sus maridos y sus hijos, a los que criaban en confianza y con amor compartido en un matrimonio bien llevado; no imaginaba una casa llena de peligros donde un marido enloquecía como un animal. No es que Marta fuera una ingenua, sabía que todas las parejas tienen momentos de discusiones y gran tensión, pero no esos enfrentamientos, esas voces, esas palizas se dan en todos.

Mientras moldeaba sus figuras el niño se acercó a ella. Venía arrebolado y despeinado, comiendo galletas. Había estado jugando con sus coches y sus motos, haciendo un ruido fuerte y molesto. Al cansarse se había metido en la cocina a por las galletas que tanto le gustaban y que su madre compraba solo por él. Ella lo miró un instante, dejó los utensilios en la mesa de trabajo. "¿A esta hora estás comiendo? Ya has desayunado bastante", le dijo cogiéndolo de la mano para atraerlo más hacia ella. Sí, había tomado un buen desayuno, pero estaba en pleno crecimiento, necesitaba



comer a todas horas. Y aún así, estaba delgado, pálido. Era un niño guapo, con los mismos ojos azules de su madre, y su pelo rubio oscuro. Sobre todo, era un niño bueno, algo inocente para su edad. Marta no podía sentir más adoración por ese hijo suyo. "¿Qué haces, mami?" preguntó el niño al ver las cosas sobre la mesa; las manzanas de cobre habían despertado su curiosidad. "Mira –respondió mostrándole un par de pendientes–, son para Carmen, la dueña de la corsetería ¿te gustan?". El niño asintió y cogió uno de los pendientes para verlo de cerca. En su manita delgada y suave, el cobre brillaba, se veía bonito con sus redondeces y sus flores talladas. "¿Por qué no vas a ver a Carmen y le dices que ya he terminado su encargo y que se puede pasar cuando quiera a recogerlo?".

Marta confiaba en su hijo para cualquier cometido. La tienda estaba cerca de su casa y él sabía llegar. El niño echó a correr, con sus sandalias y sus pantalones cortos, dispuesto a ayudar su madre. Al verlo salir por la puerta, tan lleno de energía y buenas intenciones, Marta sonrió sintiéndose feliz de ser su madre. Lo había educado como es debido, a pesar de todo. No necesitaba un padre como el suyo... Siguió trabajando con ánimo para terminar otro encargo. En la soledad del apartamento escuchaba sus propios pensamientos mezclándose con el sonido metálico que producía el martillo al golpear el cobre. Qué tranquilidad le infundía el desarrollo de su arte...

Echó un vistazo al reloj de la pared, habían transcurrido ya veinte minutos desde que el niño saliera a hacer su recado. Empezó a sentirse intranquila e intentó calmarse pensando que tal vez se habría distraído por el camino con cualquier cosa. Sin embargo, no podía estarse quieta esperando. Se levantó y salió corriendo de la casa dejando, en su apresuramiento, la puerta abierta. Bajó las escaleras del portal hasta la calle. Un sol infernal le quemó la cara y la cegó por un instante. Miró a ambos lados de la calle. Pocas personas pasaban por allí, distraídas en sus propios asuntos. No veía al niño por ninguna parte. Bajó la calle a la derecha, pasando una frutería y una tienda de mascotas en la que ladraban perros y chillaban loros exóticos.

Mientras ella se marchaba en aquella dirección, su hijo, que se había encontrado con un amiguito del colegio y se había puesto a jugar con él, llegó desde la otra esquina de la calle, cabizbajo, y se metió en el portal. Agradeció el frescor que daban las paredes a la sombra y el suelo de mármol. Subió las escaleras y encontró abierta la puerta de su casa. Su madre no estaba allí, pero él no le dio más importancia, así que se sentó frente al televisor decidido a esperarla. Se quitó las sandalias y cruzó las piernas sobre el sofá, como un buda tranquilo, y con el mando a distancia buscó el canal de televisión que emitía dibujos animados.

Marta sentía una angustia cada vez mayor y apresuró el paso. Iba con la boca apretada y el ceño fruncido, con el corazón latiéndole a un ritmo notablemente acelerado. Se acercaba a la corsetería, a ver si el chiquillo aún seguía allí, conversando; era muy hablador, incluso con las personas mayores. Entonces lo vio llegar desde el otro lado de la calle. Era su marido, aquel desecho de persona que tuvo la desgracia de encontrar en su vida. Su sola imagen le aceleró aún más el pulso, le subió los colores a la cara en un arrebato de odio y terror mezclados, y empezaron a sudarle las manos. ¿Cómo podía

ser que estuviese allí? ¿Cómo había dado con su paradero? Sólo Marta y sus padres sabían dónde estaban viviendo, y ellos, claro está, no se lo habían dicho. Después de un año en el pueblo no había esperado ya volver a verlo; en todo ese tiempo él jamás había ejercido su derecho de visitas ni se había preocupado por saber nada de su hijo. Estaba claro que no había ido allí por él, pensó. Una idea certera le cruzó la mente de forma instantánea e inequívoca; su muerte inmediata. Marta no sabía que durante meses, su marido había dedicado su tiempo a buscarla, que se había ido acercando cada vez más al pueblo, y allí, a punto de darse por vencido, había visto a varias mujeres que llevaban pendientes o colgantes de bronce, con un estilo sospechosamente parecido al de sus diseños. Se había acercado a una de ellas para preguntarle dónde podía conseguir unos para su mujer; la buena señora, ignorando de quién se trataba, le habló de Marta y le dio su dirección. “Seguro que la encontrará por las tardes -le dijo la señora-, ella le venderá todos los que quiera usted”.

El marido de Marta sonrió a la desconocida y se sintió triunfante. “Ya está hecho”, pensó muy complacido. Aquella mañana se dirigió a la dirección que le habían indicado; quería comprobar dónde y cómo se ubicaba el portal de su casa para estudiar las posibilidades de escapar. En realidad no esperaba encontrarse con su mujer en aquel momento. Su sorpresa fue igual cuando la vio caminando por la calle, con su vestido rosa palo veraniego y transparente, aquel por el que habían discutido en varias ocasiones, hasta que él consiguió que dejara de ponérselo. Con aquel calor, en aquel instante, pocas personas cruzaban la calle. El momento era propicio...

Llena de espanto, Marta empezó a caminar más deprisa. Su presencia, en la otra acera, se le antojaba una enorme mancha negra y profunda que venía a engullirla. Pensó que sería mejor ir en otra dirección opuesta a la de su casa, buscar un bar, una tienda, algún sitio con gente donde meterse y pedir ayuda. Estaban en plena calle, al medio día, y no en la soledad de su casa, donde él no había encontrado nunca impedimentos; ahora era distinto, si gritaba alguien vendría en su ayuda, si echaba a correr podría refugiarse en algún sitio. Correr..., de prisa alejarse de él. Con aquellos tacones que se metían en las rendijas del suelo, qué difícil era correr. Lo intentó, tratando de mantener el equilibrio, escuchando los taconazos en la acera. Sin embargo, no tuvo tiempo de nada. Él cruzó la carretera y, en un momento que se fue tan rápido como un suspiro, se acercó a Marta por la espalda, la agarró del brazo y la obligó a volverse hacia él. Le hundió la navaja en el estómago y ella emitió un sonido nunca escuchado por sí misma.

El dolor fue como el mordisco de una bestia, y el miedo, indescriptible, distinto al que había sentido antes, certero; el miedo que se la llevaba. La sangre brotó tan deprisa, en tales cantidades, que era imposible detenerla. Las manos de Marta, apretando el estómago, se volvieron rojas, de un rojo de espanto. Pensó en su hijo, le vio la carita pálida y bonita, un segundo, y se le nubló la mente. El negro y el vacío más absolutos envolvieron su pensamiento. Ya no se enteró de nada. Ni de aquellas mujeres gritando ante la visión de su cuerpo muerto en la acera, al sol, con la navaja ensangrentada a su lado; ni de su marido llevándose las manos a la cabeza, sudando, sin saber qué hacer.

El hombre no era capaz de huir, ni de moverse si quiera. Miró a su alrededor y vio los ojos de terror de la gente, y a un hombre que, obedeciendo un impulso, corrió hasta el cuerpo de Marta con la esperanza de encontrarla viva. Nada se podía hacer por ella. Su marido, con la expresión más bobalicona que había tenido nunca su cara, se sentó en la acera, con los pies sobre el asfalto caliente de la carretera. Aquel estúpido no intentó escapar. No se sintió liberado, como había esperado, aunque tampoco se sintió culpable. Una cosa sí sintió: impunidad. La policía llegó con cierta diligencia. Lo encontraron inmóvil en la acera. No opuso resistencia, se dejó llevar. Sentado en el coche de la policía, mientras éste se alejaba, pensó que tenía suerte, que en otros países lo habrían condenado a muerte o a pasar el resto de su vida en la cárcel, pero que en España, gracias a Dios, esas cosas no pasan. Se reclinó en el asiento del coche y cerró los ojos; estaba cansado, después de un año de búsqueda y acumulación de odio, tenía ya ganas de descansar...

El niño se había levantado una o dos veces del sofá y se había asomado al balcón. El resplandor del día, tan intenso, lo devolvió en seguida al salón en penumbra. Y una hora después allí seguía, sentado aún frente al televisor, mirando las imágenes que se sucedían con rapidez, tranquilo, preguntándose cuándo volvería su madre a casa.

## **MI VIDA, POR UN EURO**

*Elena María Coronado*

Desde el día en que me acuñaron no he estado en un mismo lugar más de una semana.

Si valiera tan sólo un céntimo pues duraría más, de todos es sabido que nadie quiere cobre que haga pesar sus monederos. Yo, en cambio al ser una moneda de un euro valgo más y no sólo por la cuantía si no por la comodidad. Hay gente que mataría por tener un euro.

He estado en los lugares y rincones más oscuros, en las manos de los más desfavorecidos, siendo intercambiada por sustancias que no hacen más que minar la vida de los que las consumen, aunque por contra, también he estado en las manos más inocentes y me han usado tan sólo para una merienda rica en calorías y para un paquete de cromos.

Es curioso saber de dónde procedo, lo que realmente soy y el valor que me han dado. Cortesía del banco central europeo. Pero ya en serio, empecé siendo un metal, vulgar, sin ningún tipo de valor. Ya ves, podía haber sido parte de un gran entramado de cables que para eso estoy hecha de un buen conductor de la electricidad, pero no, acabé siendo moneda. Ese es el momento en el que dejas de pertenecer a tus raíces y tu valor depende de algunas entidades a nivel mundial que deciden si vales o no vales.

También dependo mucho de la gente. Hay veces que llego a carteras que me mantienen ahí como si fuera un tesoro y sólo recurren a mi cuando realmente lo necesitan. Otras veces acabo siendo eso, un mero trámite, yo te doy esta moneda, dame mi capricho. Mi récord lo tengo en cinco minutos cincuenta y seis segundos, que fue lo que tardó una niña en cogerme y gastarme en el cine junto a un billete de cinco euros.

Por lo que cuento parezco dolida por el trato que me dan, pero ni mucho menos. Desde el mismo momento que me sacaron de la mina sabía que iba a acabar siendo algo irrelevante, aunque siempre tienes la esperanza de ser algo que perdure en el tiempo como esas figuritas de bronce que hay en los museos... ahora que lo pienso también podía haber sido veneno. Sí, podía haber acabado siendo sulfato de cobre y seguro que habría algún idiota que consumiera la dosis mortal. Pero no pensemos en desgracias, soy moneda y me tengo que conformar.

Acabé siendo dinero, que en el escalafón está bastante bien, en cierto modo tengo total dominio de la gente. Piénsalo, si quieres una piruleta y sólo me tienes a mí en tu monedero, reza porque valga un euro si no tendrás que mendigar por ahí. En estas cosas pienso mientras espero pacientemente en la caja registradora de un supermercado. No hay más monedas de un euro pero hay muchas de cincuenta céntimos y billetes de cinco. Hoy no ha sido un buen día. Llegué aquí esta mañana de manos de una pensionista que compró refresco de marca blanca para sus nietos y nada más. Tampoco podía comprar nada más, no éramos muchos en ese monedero.

Un chico ha hecho una compra de cuatro euros. Vodka blanco pero del malo. Mañana va a estar fatal. Paga con un billete de cinco euros (¿por qué no me extraña?) así que estoy nominada; si fuera la cajera, aparte de un problema de acné tendría un problema con la caja porque no hay cambio. - Dale la vuelta en monedas de cincuenta, es lo más fácil. Pues no, me coge y me da a mí. Bravo. Dios que alto es este chico. Da



vértigo mirar desde su mano al suelo. Me mete en su bolsillo izquierdo y nos vamos. Interesante bolsillo. No hay nada, está vacío. De repente veo una luz. Hay un agujero en la tela, me puedo caer. Soy probablemente el único euro que hay en tu vida en estos momentos y te la juegas metiéndome en un bolsillo con un agujero. Muy mal. Así que como la gravedad no es tonta... me caigo por el agujero. Un bote, dos botes, rueda, me detengo, ahí me quedo. Parece que no se ha dado cuenta, si no hubiera vuelto a por mí. No permaneceré mucho tiempo aquí, soy una moneda de un euro abandonada a su suerte en un país en crisis, es cuestión de tiempo que alguien me recoja. Si fuera un cable, también me recogerían, últimamente el cobre está en alza, me río del oro y la plata. Se acerca un perro, me olisquea. No, por favor, no me tragues me quedan muchas manos que tocar. Se va. Alivio. Pasa un empleado municipal de la limpieza. Me mira y (cómo no) me recoge.

Me mete en su bolsillo. Este no tiene agujero, no hay de qué preocuparse. Pasa el tiempo. Creo que han pasado tres horas desde que me recogió. Oigo ruido, estamos en un bar, se pide una cerveza, cuesta un euro. Y allá voy yo y otra vez estoy en una caja registradora, como las odio. Me gustan más los bolsillos, las carteras, es todo más humano. Puedes averiguar mucho de una persona por su cartera o por lo que compra. Llevo aquí mucho tiempo. Ha anochecido. El dueño del local hace recuento de las ganancias. Me vuelve a dejar en la caja registradora y cierra con llave. Bueno, una noche tranquila. No quiero recordar aquella en la que me cambiaron por "hierba" estuve de mano en mano viendo comas etílicos y policía correr de aquí para allá. Suerte que acabé en el bolso de una chica que me gastó en un café antes de ir a casa. Es muy tarde así que mejor descansar, seguro que mañana vuelvo a mi ajeteo.

Antes de que amaneciera ya estaba aquí este señor, que será el dueño del negocio. Son las doce del mediodía y sigo aquí, voy a establecer un nuevo récord. A los cinco minutos de pensar esto ya estoy en otro monedero. Éste está muy lleno. Hay monedas de todo tipo y de todos los lugares. Hay euros de Francia, Italia, Alemania... etc. También los hay de España pero eso es más normal. Recuerdo cuando yo estaba en mi país de origen. Los turistas (la mayoría de la gente que hay en mi país son turistas) se volvían locos cuando me veían. Se ve que somos raras o que hay pocas. Normal, mi país es pequeño. Pero esta mujer no parece de las que le importa la procedencia del dinero. Gasta mucho, muchísimo. No hace más que sacar billetes y meter monedas. Cada vez somos más y cabemos menos. Lo empiezo a pasar mal.

Ahora se meten dos manos pequeñas. Dos niños. Serán sus hijos. Que daño. No hacen más que sacarnos y meternos. El niño me ha elegido a mí. Dice que soy bonita. En su mano somos dos. Una moneda de dos euros y yo. Somos tres euros, aunque solo dos monedas. No acabo de entender a las monedas de dos euros, pero bueno. No sé a dónde nos lleva pero no nos suelta. Su madre le obliga a soltarnos y a lavarse las manos diciendo que no sabe en qué manos hemos estado. Pues en muchas: soy dinero, pero vamos ni que te fuera a pegar la enfermedad de Wilson. Así que ahora estamos en una mesa. Bonita casa. Hay muchas fotos de un río rojo. Supongo que será el tinto. Me han hablado de él. Una moneda visita muchos lugares y conoce muchas historias.

Ese lugar es grande y hay muchas minas de cobre. El río huele a cobre. Paraíso personal. A mí eso del cobre puro me queda muy lejos. Como mucho puedo esperar a ser reciclada y convertirme en otra cosa pero es difícil. Muy difícil. Seré moneda hasta el día en que me quiten de la circulación.

Parece que nadie se percata de mi presencia. Llevo en esta mesa como cinco horas y ya es de noche. No todo está perdido, el que parece ser el padre de familia me ha cogido y metido en su bolsillo. Estoy en un estanco. Me ha cambiado por tabaco. No me da tiempo a acostumbrarme cuando me devuelven a las manos de una chica joven. Estoy en una coqueta cartera rosa. Se oye ruido pero muy poco. Me saca y se pone a contar. Esto es una sala de estudio. Ya llegan los exámenes finales y los rezagados hacen lo imposible. Me da a otra chica a cambio de apuntes. Típico. Ahora estoy tranquila no hay movimiento, no hay nada. No parece haber movimiento, pero si es estudiante y le quedan pocos días no creo que me mueva mucho. Ni yo ni ella. Pasa mucho tiempo.

Pienso en qué hubiera pasado si no hubiera acabado siendo moneda. Todavía estaría en la mina tan tranquila. Aunque lo más probable es que hubiera acabado siendo cable. Que aburrido ser un cable. Todo el día en el mismo sitio, con las mismas historias, de la misma gente. No, prefiero ser moneda. Además así valgo más. De repente noto un tumulto. Gritos. ¿Qué está pasando? Siento un gran golpe, creo que a la chica le han robado el bolso. Parece una montaña rusa. Cuanto movimiento. Llega un punto que noto una luz y una mano muy grande. Zarandea mucho el monedero, me estoy mareando. Cogió todo lo que pudo y se fue.

Yo me quedé dentro con dos monedas, una de veinte céntimos y otra de cincuenta. Un viandante nos dio una patada y salimos despedidas. Ruedo, ruedo, ruedo. Alcantarilla. Mal, muy mal. Caigo. Está oscuro, muy oscuro. Huele fatal. Hay un gran entramado de tuberías y bichos, muchos, hay algunos que ni siquiera identifico. De repente veo un cuerpo peludo que se me acerca. Qué asco una rata. Me está olisqueando y puedo ver las enfermedades que tiene. Qué asco. No puedo expresar el asco que siento. Me coge con la boca. Qué asco otra vez. Y empieza correr. Para. Me mordi-quea. No soy comestible rata estúpida. Así que me vuelve a coger y corre hacia fuera de la alcantarilla. Lo sé porque la luz es cegadora.

Creo que estoy en una tienda. Es un gran almacén. Hay muchos productos. La rata sale a donde están los clientes. La gente empieza a gritar y sale a correr. Huyen de la rata, no de mí. La rata me suelta y corre porque la dueña del establecimiento corre detrás suyo con una escoba. Dice cosas incomprensibles. Lógico, es china. En China no hay euros, tampoco los necesitan. Así que ahora estoy debajo de una estantería. Cuánto polvo y pelusas. También hay unos cuantos céntimos por aquí. No soy la única perdida.

Sólo me queda esperar que pasen la escoba, aunque con la suciedad que hay aquí debajo no creo que tenga esa suerte. ¿Qué es eso? Una pelota roja se ha colado debajo de la gran estantería. Una manita muy pequeña se mete para cogerla y una voz le dice “No metas la mano ahí debajo”. Esa mano nos arrastra a la pelota y a mí fuera de la estantería. Menos mal. Es un niño muy pequeño, todavía tiene chupete, aunque se man-

tiene en pie. Su madre le limpia las manos y me coge a mí. Que lista. Así que ahora estoy otra vez en un monedero, pero este es muy grande. Hay muchas monedas, muchísimas. Y fotos del niño. También las hay de otro niño pero es más mayor, y de un hombre que supongo que será el padre de las criaturas. El carnet de identidad y las tarjetas sanitarias de toda la familia. Una madre de familia. Tardaré poco en irme de aquí en ese caso. Es cuestión de tiempo. Efectivamente.

Estoy en una tienda de ropa de las que te ponen la música muy alta para que te cree la necesidad de comprar. Y aquí me quedo. No por mucho. Ahora estoy con un novio que le ha comprado a su novia una bonita camiseta. Que tierno. Si ella supiera lo que le ha costado su regalo, creo que lo rechazaría. ¿Por qué no me suelta y me deja en la cartera? Tiene la mano sudada y me da asco. Me mira de reojo y me da la vuelta. Se está riendo. ¿De qué? Qué raro. Estoy perpleja. Se ha encontrado con su novia y le ha dado su regalo. Que escena tan emotiva. Al rato se acuerda de que me tiene en su mano sudorosa y se lo enseña a la chica. También me da la vuelta y sonrío. ¿Alguien me explica que pasa?

Vamos a casa de la chica y llaman a alguien. Es un chico mayor que ellos. Regordete, con gafas que me mira y grita de alegría. Ahora lo entiendo. Es coleccionista de monedas de euro. De las conmemorativas y las normales de todos los países. Le faltaba yo. Claro, no es fácil encontrar un euro maltés. Sí, soy de Malta, y soy muy rara según el coleccionista. Me coge con cuidado y me limpia.

Que sensación, me siento como las figuras de bronce de los museos. Me mete en una especie de cuadro con todas las monedas restantes de su colección. Seré eterna. Bueno, creo que este ha sido el fin de mis días de moneda vulgar, ahora soy una pieza de coleccionista. Por fin tengo el sitio que me merezco.

# **TODO AQUEL FUEGO**

*Leticia Sánchez Ruíz*

En un principio les resultó extraño que un detective privado tuviera su residencia en un castillo de Escocia. Y que, más aún, hubiese prometido ayudarles de forma gratuita. Pero cuando conocieron a Albus Gordon, sus excentricidades y su whisky, entendieron que para aquel hombre nada era lo suficientemente estrambótico. Un tío de Hugo conocía desde hacía tiempo a Gordon y le había hablado del caso de su sobrina política. El escocés se mostró interesado desde el principio y sólo puso como condición que fuera el matrimonio quien se pagara el viaje; la investigación y el alojamiento correrían de su cuenta. Un par de semanas más tarde volvió a llamar para decir que también se haría cargo del avión.

Llegaron a Escocia, por supuesto, un día de lluvia. Albus Gordon, una especie de gigante de casi dos metros de altura y más de cien kilos de peso, les esperaba bajo un paraguas en el jardín de su casa de piedra en las Highlands, situada a orillas del Loch Lommond. Realmente aquello no era un castillo, pero se le parecía. Tanto la casa como Gordon eran monumentales. Al estrecharles la mano, casi les tritura los huesos. El pelo gris y fuerte, como las cerdas de un cepillo usado, le salía a Gordon por la nariz y las orejas. Sus modales, como su cuerpo, eran aparatosos, alegres, y hablaba un correctísimo español que, según les contó, era herencia de su abuela gaditana. "No hay que dejar que las cosas se pierdan" les dijo riendo y enseñando unos dientes cuadrados como los de los caballos.

El matrimonio tomó asiento en un par de sillones del inmenso salón. Las paredes estaban forradas de estanterías de madera llenas de libros, y en un rincón ardía la chimenea. En los estantes reposaban bustos de compositores y exploradores, así como una colección de soldaditos de plomo. De cada una de las esquinas del techo pendían campanillas de cobre atadas a una cuerda. Tras las ventanas, que se asemejaban a las vidrieras de las catedrales, se intuía la tormenta y el lago. El detective se desplazaba pesadamente de un lugar a otro dando grandes zancadas, hablando sin descanso, con una alegría algo infantil y curiosamente británica. Les habló sobre su clan, sus estudios, sus viajes; sobre las propiedades del vino español, los placeres del pastel de ruibarbo, la arquitectura del cercano castillo de Stirling, e incluso les contó alguna historia de fantasmas.

Después de rebuscar entre las estanterías y tirar media docena de libros al suelo, Albus Gordon abrió uno con gesto de triunfo, alzó sus cejas pobladísimas y se puso a recitar con voz de caverna unos versos de Allan Cunningham. Al terminar, alegó que su bisabuelo había sido íntimo amigo del poeta y que probablemente muchas de aquellas palabras estaban dedicadas a la amistad entre ambos. Al matrimonio le pareció que aquello se asemejaba bastante a la puesta en escena de un veterano profesor universitario o de un actor de la vieja escuela. En lo primero no iban tan desencaminados ya que, según les contaría momentos después el propio Gordon, había impartido clases de literatura en la Universidad de Glasgow.

Era difícil imaginar que aquel hombre colosal de rasgos exagerados, vestido con traje de tweed y un chaleco de espiguilla verde (probablemente ambos hechos a medida), pudiera pasar desapercibido espiando a alguien. Finalmente, Albus Gordon

abandonó sus pesados y torpes pasos de minué y se desplomó sobre un sofá que casi hunde. Entre el detective y sus invitados sólo mediaba una pequeña mesa de caoba con una botella cerrada de whisky de malta y tres vasos vacíos.

—Bueno, señora Sax —dijo Gordon mientras llenaba de tabaco la cazoleta de su enorme pipa de espuma de mar—, como ve, yo heredé una lengua, una cultura, una casa y una fortuna. La suya, según tengo entendido, es una herencia un tanto más complicada.

Hugo miró de reojo a su mujer, sentada a su lado. Ni siquiera se había quitado el abrigo mojado y tenía el bolso en su regazo.

—Sí...algo así —contestó ella—, aún confusa por la extraña representación del detective.

*Lilus entró al taller de su marido con pasos pequeños. Los músicos estaban durmiendo. Gregorio, con las gafas en la punta de la nariz, se encontraba doblado sobre la mesa, concentrado en su trabajo. Lilus le dejó la bandeja con la comida sin hacer ruido y le dio silenciosamente un beso en la nuca. Gregorio, sin levantar la vista, sintió que una mariposa se había posado en su cuello.*

*Se habían casado en 1935, cuando Lilus tenía doce años. Ya había cumplido los 15 y Gregorio aún no la había tocado. Dormían juntos, espalda contra espalda, y separados por casi la misma edad que dista entre los abuelos y los nietos. Gregorio se encargaba de arroparla todas las noches, de que la sábana le llegara más arriba de la boca. Procuraba no moverse demasiado en la noche para no destaparla. Los primeros días incluso le ponía los zapatos, porque Lilus no estaba acostumbrada a llevarlos. La había encontrado descalza, con los pies llenos de llagas, sucia y raquítica, bailando y cantando sola alrededor de un molino. Por aquel entonces, Gregorio aún recorría las fiestas de los pueblos vendiendo sus artefactos. Fue dando un paseo por uno de ellos donde la halló. Habló con el molinero, y el molinero miró con piedad a la séptima de sus trece hijos. Más que un matrimonio, fue una venta.*

*Lilus llegó aterrada a la ciudad con aquel hombre anciano que se suponía que era su marido y que prácticamente no le había dicho una palabra desde que salieron del pueblo. Pero, en cuanto entró en el taller de Gregorio, todo el miedo voló como un pájaro. En su vida había visto nada más hermoso.*

—Juguetes —pronunció Albus Gordon encendiendo la pipa—, juguetes antiguos de latón. ¿Es correcto?

Tras las vidrieras, la lluvia golpeaba fuertemente Escocia.

—Así es —dijo la mujer—. Le he traído uno, como me dijo.

Sofía Sax abrió el bolso que tenía en su regazo y de él extrajo un pequeño y metálico coche de carreras, que entregó al detective. El juguete apenas se veía entre las inmensas manazas de Gordon.

—Una verdadera maravilla —dijo el escocés pasando sus dedos gruesísimos por el metal—. A pesar de lo gigantesco de sus falanges, acariciaba el juguete con suma delicadeza y asombro, como quien pasara sus manos por el lomo de un unicornio. Ese gesto turbó más aún al matrimonio.

—Verdadero latón, como imaginaba.

—¿Como imaginaba? — preguntó Sofía Sax.

Albus Gordon, el viejo mamut, levantó su culo enorme, metió la mano debajo del cojín del sofá y sacó una carpeta llena de documentos. Extrajo unas cuantas fotografías que fue tirando sobre la mesita de caoba como si fuera un crupier que arroja las cartas.

—Estos son el resto de juguetes que ha heredado, ¿verdad?

Hugo y Sofía examinaron las fotos. Una noria, un tren, un volantín, un globo. Sí, efectivamente, éstos eran los juguetes y ellos mismos habían tomado las fotografías, como Albus Gordon les había pedido por teléfono unas semanas antes.

—Y ahora... Bueno, esperen.

El detective cogió la botella de whisky de malta y llenó los dos vasos que tendió a sus anfitriones. El suyo lo rellenó hasta cinco veces seguidas, y en cinco iguales segundos lo vació, dejando la botella sin contenido. El matrimonio le miraba perplejo, sosteniendo los vasos intactos de whisky. Gordon, bufando y con esfuerzo, se levantó del sofá, se aproximó a una de las estanterías y cogió otra botella que reposaba junto a los sonetos de Shakespeare. Volvió a rellenarse el vaso y se apoyó en la chimenea. Las sombras del fuego aumentaban su teatralidad.

—Y ahora cuéntenme de primera mano la historia que ya sé.

Unos meses antes un abogado había llamado a Sofía Sax para que estuviera presente a la hora de abrir el testamento de Avelina García. La anciana dejaba la mayoría de sus pocos bienes a la caridad, y había un apartado especial para Sofía; a ella le legaba cinco juguetes antiguos: una noria, un tren, un volantín, un globo y un coche.

—El caso es, como usted ya sabe, señor Gordon —dijo la mujer aproximando el vaso de whisky a sus labios— que yo en mi vida había oído hablar de Avelina García.

*Gregorio dejó la venta ambulante y se dedicó únicamente a fabricar juguetes en su taller. En parte porque ahora era un hombre casado y quería darle estabilidad a su mujer—niña, y en parte por la guerra. No eran tiempos para andar por los caminos. Entre los juguetes, se sentían a salvo. Gregorio los fabricaba al antojo de Lilus. Hacía casas con madera, muñecas con telas y pelotas con hule porque le gustaba seguir recreando los métodos que su padre le había enseñado. Pero también practicaba las nuevas técnicas, que era lo que constituía el grueso de su negocio; consultaba las revistas y catálogos de las empresas extranjeras con las que contaba, Lilus elegía lo que quería y él dibujaba la pieza a mano alzada y configuraba el volumen en escayola. A partir de ahí construía un modelo en madera sobre el que aplicaba una chapa muy fina de latón o cobre. Luego desmoldaba la chapa que se había conformado sobre el prototipo de madera. Así obtenía los patrones. Estos juguetes eran los preferidos de su esposa y él se afanaba en su construcción. Aunque realmente lo que a Lilus le gustaba era ver a su marido fundiendo los metales en la fragua. Todo aquel fuego.*

*Mientras duró el tiempo de las bombas, nadie quiso juguetes. Así, decenas de pequeños ciclistas de metal se iban acumulando en el taller. Y barcos, y caballos y osos*

sobre pelotas. Durante mucho tiempo, vivieron de ahorros. Lilus jugaba sin parar en aquel pequeño mundo inanimado. Iba acostumbrándose al olor de Gregorio, a su calor. Algunas noches, en la cama, se acordaba de la imagen de su marido sobre la fragua, en el fuego, y se volvía lentamente hacia él, esperando sin saber muy bien qué esperar.

*Un día llamaron a la puerta del taller. El pasado de Gregorio regresaba. Cuando Lilus abrió, gritó horrorizada.*

Una mujer con el pelo color ladrillo entró al salón y avivó las brasas de la chimenea. Al marcharse, cerró la puerta al mismo tiempo que sonaba un trueno. O eso le pareció al matrimonio, que por un momento perdió de vista a Albus Gordon. La música hizo que giraran la cabeza y encontraran al detective junto al tocadiscos, siguiendo el ritmo con la cintura, como un hipopótamo que tratase de ser mecido por el viento.

— *A love supreme* de John Coltrane, señora Sax. Supongo que conocerá la obra— enfatizó el escocés con ironía.

—Pues sí, la verdad es que la conozco —contestó desconcertada Sofía.

Albus Gordon volvió a mostrar sus dientes equinos en una sonrisa que casi parecía perversa. Tarareando y dando unas enormes zancadas, el detective regresó al sofá, se sirvió una nueva copa de whisky y rellenó los vasos de sus invitados. El cochecito de carreras permanecía inmóvil junto a la botella.

—Perdóneme la interrupción, señora Sax. Prosiga, por favor.

Por más que Sofía preguntó, nadie le supo decir nada de Avelina García. Lo único que parecía que les unía es que habían vivido en la misma ciudad. Hugo y su mujer solían pasarse las noches mirando los juguetes, los cuales habían dejado sobre la mesa de la cocina, y haciendo café. ¿Por qué una anciana desconocida le habría dejado a Sofía unos juguetes antiguos? Aquel misterio les reconcomía. Ni siquiera sabían si aquellos objetos tendrían algún valor. Fue entonces cuando el tío de Hugo les habló de su amigo Albus Gordon.

—Ah, el bueno de Plácido. Qué maravillosos momentos pasamos juntos en Alaska—. El detective había vuelto a encender su pipa de espuma de mar, y los hilillos de humo del tabaco se iban mezclando con el hollín de la chimenea, convirtiendo en irrespirable el ambiente del salón escocés. El matrimonio bebía whisky de malta para aliviar sus gargantas secas y empezaban a estar mareados. Les parecía que pedirle a Gordon un vaso de agua sería inútil o insultante.

—¿Tampoco sabían que el marido de la señora García era Gregorio López, un famoso juguetero madrileño?

—¿Gregorio López? —preguntó Sofía—. No, tampoco había oído hablar nunca de él.

*Gregorio les abrazó uno por uno. Les conocía de sobra. Había compartido con ellos muchas fiestas en los pueblos. Por las noches, después de que actuasen, cenaban juntos. Hubo noches en las que, al no encontrar hospedaje en las aldeas, durmieron todos en el carronato del juguetero. "La guerra es una mala época para los músicos"*

—le dijo el director de la banda. "La guerra es mala época para todos" —contestó Gregorio. Lo que había hecho gritar a Lilus no era un grupo de hombres armados con acordeones, flautas y tubas, sino la herida profunda, roja y sangrante que llevaba Alfonso en el estómago. Su compañero Pancraccio a duras penas podía sostenerlo en pie. Gregorio sabía que todos acabarían igual si no encontraban un sitio donde esconderse.

Los músicos durmieron en el taller durante días. Acurrucados en cualquier punto, mudos y sordos, compartiendo su silencio con los juguetes, aquellas figuras que simulaban tener vida pero no tenían. Como ellos. Como los músicos callados. Lilus hacía sopas para todos y trataba de repartir el pan. Ella también había dejado de hablar. En aquel taller, repleto de músicos escondidos y figuritas de metal, sólo se escuchaba el trabajo de Gregorio. Y, de vez en cuando, los suspiros agonizantes de Alfonso. Por la noche todo permanecía a oscuras, los juguetes y los instrumentos.

Albus Gordon le dio una enorme calada a la pipa con sus labios gruesos, casi bembos. Se dobló un poco sobre sí mismo, como queriendo acercarse a la mujer, y clavó en ella sus colosales ojos verdes de valle, a juego con el chaleco.

—¿Está segura que nadie de su familia le habló nunca de él? —enfaticó con ironía.

Sofía dejó con cansancio el vaso encima de la mesa y, por primera vez, habló sin sentirse intimidada por la inmensa casa y el inmenso hombre.

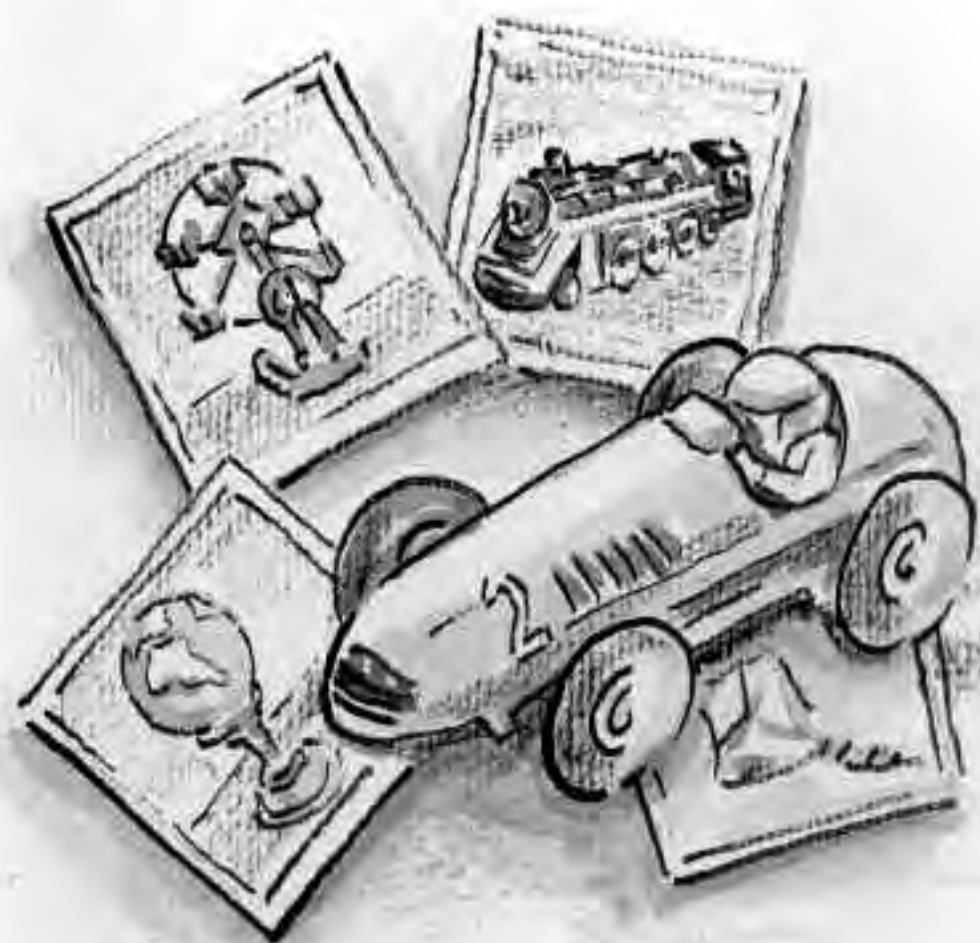
—Verá, señor Gordon, tengo la sensación de que usted ya sabía, incluso antes de que llegáramos, la razón por la que me han legado esos juguetes. Le agradezco infinitamente su hospitalidad y la ayuda que tan generosamente nos está prestando, pero no entiendo muy bien a qué viene todo este circo. Y no, si lo quiere saber, y por enésima vez, no. Nadie me habló nunca ni de Avelina ni de Gregorio. Tanto mi padre como yo somos hijos únicos y mi madre es huérfana. Como ve, o supongo que sabe, mi familia es pequeña, y créame, les he preguntado a todos.

— *Sa famille est petite, mais ancienne* —pronunció el detective volviendo a recostarse en el sofá.

—¿Perdón?

"Dejadle aquí. Él no puede caminar más. Nosotros le cuidaremos" —dijo Gregorio. El resto de la banda se despidió de Alfonso, asegurándole que volverían a buscarle y que pronto tocarían juntos de nuevo. Tardó tres días más en morir. Se desangró al lado de las muñecas de trapo y los ciclistas de metal. Pero antes, cogiendo a Gregorio por las solapas de su guardapolvos, les reveló el secreto. "Que no caiga en las manos de ellos. De ellos no. ¡Júremelo!". Media hora más tarde, Lilus observaba el cuerpo sin vida de Alfonso. Jamás había visto un muerto. "¿Qué vamos a hacer ahora?" —preguntó a su marido. Gregorio miró la caja oscura junto al cadáver. "Lo único que sabemos hacer" —respondió.

—Lo que le he dicho, señora Sax, es que su familia es pequeña, pero antigua. Veo que, a pesar de que sus antepasados fueran franceses, usted desconoce el idioma.



Albus Gordon tomó un nuevo vaso de whisky de un solo trago.

—Mi tatarabuelo era francés, y ya hace muchas generaciones que estamos en España. Al contrario que en su caso, nosotros no hemos guardado la lengua como una reliquia —contestó irritada Sofía, mientras Hugo le agarraba la mano para que dejara de recrudecer su tono ante el gigante.

—Le dije antes que no había que dejar que las cosas se perdieran. Además, no sea modesta. Su tatarabuelo era francés, sí. Y también famoso —replicó Albus Gordon con una sonrisa en la que enseñaba de nuevo sus dientes de caballo.

—Sí, pero no entiendo...—las mejillas de la mujer estaban encendidas por el whisky.

—Su tatarabuelo era Alphonse Sax. Un gran músico y, por cierto, el inventor del saxofón. Sin él no sería posible que estuviéramos escuchando esto —dijo el detective alzando su inmenso, gordo y amoratado índice, señalando al techo, a las notas de Coltrane esparcidas por la habitación.

—Efectivamente, pero sigo sin...

—Y, como sabrá, el primer saxo que realizó es una de los instrumentos más codiciados por los coleccionistas. Equivaldría al valor de un Stradivarius. Lástima que se perdiera o se extraviara, o desapareciera en la noche de los tiempos.

Las blanquísimas sienas de Sofía comenzaron a palpitar como si un sapo se hubiese colado en su cabeza.

—No, realmente no se extravió —continuó Gordon, triunfante, inflado, como si un foco invisible le apuntara y dejara el resto de la estancia en sombras—. El hermano de su abuelo, Alfonso Sax, un músico ambulante, fue su depositario. Por entonces él no sospechaba el valor que tendría en el mercado, y más que nada lo trataba como una reliquia familiar. El joven Alfonso falleció durante la Guerra Civil, en un taller de juguetes. Antes de morir le hizo prometer al juguetero que escondería el instrumento y que no dejaría que cayera en las mismas manos que le habían matado. Señora Sax, ¿sabe usted de qué material estaba hecho aquel primer saxo, y de hecho, todos los saxos hasta ahora?

Sofía paseó los ojos por las fotografías de la mesa donde aparecían una noria, un tren, un volantín y un globo, y los detuvo junto al coche de juguete que permanecía junto a la botella vacía de whisky.

—De latón...

Albus Gordon se puso a aplaudir con sus inmensas manos en una suerte de espectáculo carnavalesco.

—Querida, ahí tiene de vuelta su herencia. El juguetero supo esconder bien el legado.

Sofía se quedó callada un instante. Luego desenlazó su mano de la mano de Hugo y, apoyando las palmas en la mesa de caoba, se puso en pie. Era pequeña y menuda, asombrosamente pálida y de cabello lacio.

—¿Me está diciendo usted, señor Gordon, que el tal Gregorio fundió el primer saxofón que hizo mi tatarabuelo? ¿Que construyó estos estúpidos monigotes con él?—bramó Sofía Sax tirando el coche de carreras de un manotazo.

—No, no está entendiendo usted, señora Sax...—trató de calmarla Gordon, perdiendo su teatralidad y azorándose ante la inesperada reacción de la mujer

—Lo entiendo perfectamente. No sólo que usted nos ha estado tomando el pelo un buen rato, sino que ese hombre cogió lo que no era suyo para hacer negocio vendiendo chatarra. Y ahora encima, para lavar conciencias, la esposa nos deja estas sobras, estos juguetes que probablemente ni siquiera pudo vender.

—¡Quería esconderlo! ¡Actuó de buena fe! —Albus Gordon cada vez se hacía más pequeño en el sofá, más asustado. Se le iban cayendo los ojos y los botones, los labios gruesos, los colgantes lóbulos de las orejas. Todo en él miraba hacia abajo.

—¿De buena fe? ¡Ja! —los ojos de la mujer estaban hinchados y su cara tenía el color de los cohetes encendidos—. Claro, todo el mundo sabe que lo mejor para esconder un huevo es hacerse un tortilla con él y comérsela. No me haga...

Pero antes de que pudiese terminar la frase, Sofía Sax comenzó a vomitar sobre la alfombra. El ácido contenido de su estómago apestaba a whisky.

Albus Gordon apagó la música y giró el sofá hacia la ventana. La tormenta se había encrucecido. Solo, con la chimenea encendida, acariciaba con sus yemas el cochecito de latón. Hugo entró al salón sin llamar a la puerta. Se sentó junto a Gordon, que parecía una inmensa masa triste de carne. Los dos se quedaron callados un rato mirando la lluvia.

—¿Se encuentra mejor su esposa? —preguntó el detective.

—Sí, ahora duerme. La señorita Pendergrass nos ha preparado la habitación. Parece una mujer extraordinaria.

—Sí, es un ser prodigioso.

Hugo se restregó las palmas sudadas.

—Debe perdonar a Sofía, señor Gordon. Ella...

—Oh, no, por favor —dijo el escocés volviendo hacia Hugo unos ojos enormes y heridos—. Deben perdonarme ustedes a mí. En el fondo no soy más que un bobo. Un hombre pequeño y miserable con una gran maquinaria que detrás de una cortina juega a ser el mago de Oz.

En una de las esquinas del techo, se tensó la cuerda de la campanilla, que se bamboleó en el aire emitiendo un sonido metálico. Gordon explicó que eso indicaba que la cena ya estaba preparada en el comedor. En aquella casa era el servicio el que llamaba, y no al revés. Mientras los dos hombres caminaban por el laberíntico pasillo, Hugo miró con compasión al escocés e imaginó que aquel hombre enorme solía ir al trote hasta el comedor al escuchar el sonido de la campana, pero ahora se desplazaba con pasos lentos, arrastrando los pies. El pasillo estaba forrado con una alfombra roja y en las paredes colgaban los retratos de sus antepasados vestidos con el mismo kilt de tartán verde, azul y amarillo.

En cualquier otra ocasión, Albus Gordon habría hecho una descripción detallada de cada uno de los miembros de su clan, pero en vez de eso decidió confesarle a Hugo que ser millonario y detective no era tan divertido como en un primer momento pudie-

se parecer. El tiempo de las aventuras había pasado, o al menos había pasado para él, y la mayoría de su trabajo consistía en la soledad de las investigaciones burocráticas. Añadió que si no fuera por el whisky, la señorita Pendergrass y el pastel de ruibarbo, la vida se le haría irrespirable. Por eso se había excitado tanto con aquel caso. Sentir de nuevo todo aquel fuego por llegar a descubrir algo realmente extraordinario. Era tan misterioso y único...el primer saxo, la historia escondida, la herencia. Y además, dijo dejando caer su tristemente su labio bemo, con lo que le gustaban a él los juguetes.

De la puerta del comedor salía el olor y el vapor de la sopa de cebolla. Albus Gordon cedió ceremoniosamente el paso a su acompañante.

—Señor Gordon, ¿está seguro de lo que nos ha contado? —preguntó tímidamente Hugo sentándose a la mesa— Quiero decir, ¿cómo... cómo ha sabido...?

—Oh —contestó Gordon anudándose la servilleta en el cuello y dejándola caer sobre el chaleco—. Realmente eso fue lo más aburrido. Y por aburrido entiéndase sencillo. Verá, deduje que si Sofia Sax desconocía quién era Avelina García y jamás había tenido contacto con ella, probablemente la señora García tampoco disponía de los datos suficientes sobre Sofia y necesitó a alguien que la encontrase. Por lo tanto, me limité a buscar al buscador. Me puse en contacto con mis colegas de Madrid, con los más sencillos (y en esta ocasión entiéndase sencillo como barato), puesto que la señora García no era mujer de posibles. Sí, sé que esa información es confidencial, pero para un hombre con un talonario como el mío nada es lo suficientemente secreto. Uno de ellos me reconoció que, en efecto, la señora García le había contratado hacía medio año para localizar a los descendientes de Alfonso Sax.

Fue la propia Lilus, pues así le gustaba que la llamasen, la que le contó a mi colega toda la historia. Al parecer, su intención inicial era escribirle una carta a Sofia explicándole los sucesos, pero la muerte la pilló aún más desprevenida de lo que pensaba y sólo le dio tiempo a incluirla en el testamento. Fue prolija en los detalles con mi colega, ya que al llegar a cierta edad la gente necesita confesarse. Y no la culpo, porque he notado que a mí últimamente empieza a sucederme lo mismo —Gordon atrapó de un zarpazo la botella de vino, que descorchó con suma habilidad, y llenó las copas—. En fin, la tal Lilus contó que siempre había conservado los juguetes por si algún día le hacían falta, pero ahora que sabía que la vida se le iba acabando, era el tiempo de devolverlos a quien le pertenecían. Además, le dolía desprenderse de ellos porque era lo único que le había quedado de su marido, quien había muerto muchos años antes. También añadió que jamás había podido amar a otro hombre.

Albus Gordon sorbió la sopa de cebolla haciendo un ruido de trompetista.

—Y aquí me colega me contó algo que Lilus le había confesado con inmensa melancolía y que a mí me pareció sumamente extraño.

—¿Qué? —inquirió Hugo probando el vino— ¿Qué fue lo que le dijo?

—Pues manifestó su pena por no tener descendientes, porque Gregorio no le hubiese dado un hijo, por no poder haber logrado amar a otro hombre y, sobre todo, porque su marido, finalmente, no se hubiese atrevido nunca a tocarla.

## **UN ASUNTO MUY DELICADO**

*Yemila Saleh Fraile*

—Eso es lo que con toda seguridad sucedió, sí. Pero dejemos de ahondar en la herida, amigos míos. Se trata de un asunto muy delicado...

De esta forma tan apaciguadora cerraba Mrs. Keller su turno de palabra en una apasionada conversación grupal cuando Mr. Blackchurch surgió por sorpresa detrás de ella, algo habitual en él. No es que lo hiciera a posta, pero el londinense tenía la manía de aparecer como un sigiloso felino, sin hacer ni un solo ruido notable, y como siempre lo hacía vestido de forma original pero impecable y con su irresistible encanto de artista solitario, solía ser rociado por una intensa cascada de miradas curiosas en cuanto la gente reparaba en su presencia. Él trataba de hacerse el despistado y de fingir que no tenía la menor idea de la intriga que despertaba su persona y de que era objeto de buena parte de los cotilleos jamás contrastados que germinaban en aquel contexto en el que llevaba moviéndose durante más de un lustro: la pequeña colonia británica incrustada en Venecia desde tiempo inmemorial.

—Vaya, arriba en el mejor momento: cuando terminaban ustedes de despellejar con diplomacia y delicadeza a su última víctima —sonrió con cierta molestia el recién llegado al grupito, el más pequeño de los que inundaban la enorme estancia pese a que estuviera presidido por la anfitriona de la fiesta, Mrs. Keller. La mujer era la vetusta y eterna viuda de un hombre de negocios austriaco asentado, hasta el día de su muerte, en Venecia. Flaca, elegante y vestida y peinada de tal forma que parecía mucho más joven de lo que en realidad era, Mrs. Keller poseía un carácter afable y contenido pero terriblemente cotilla que la convertía en un atractivo reclamo para toda reunión social que se preciara. Pero en cuanto escuchó la suave "acusación" de Blackchurch, emitió una nerviosa y aguda risilla, y matizó que "Oh, vaya, resulta que nos referíamos a un peculiar norteamericano que acaba de llegar a la ciudad dejando atrás, según se dice, turbios asuntos pendientes..."

En aquella ocasión, una agradable noche de finales de verano, era ella misma, Mrs. Keller, la que había organizado la cita social en su lujoso palacete situado a las afueras de la ciudad, y ello hacía que la dama se sintiera, más que nunca, henchida de orgullo y necesidad de que todos escucharan sus historias. Sin embargo, su amor por narrar sucesos de todo tipo temblaba de forma desconcertante cuando Mr. Blackchurch andaba cerca. Resultaba que aquel tipo no se parecía a nadie a quien ella hubiera conocido y no sabía muy bien cómo tratarle.

—No pasa nada, Mrs. Keller, ¡sólo bromeaba! Está claro que estos acontecimientos sociales naufragarían en el más absoluto fracaso si no estuvieran animados por críticas ni chismes varios—, sonrió Mr. Blackchurch a la dama mientras tomaba de una bandeja portada por un estirado camarero una copa de champagne. Y Mrs. Keller le agradeció con otra sonrisa su "perdón".

Mr. Blackchurch, en teoría, no difería demasiado del resto de sus compatriotas. A saber: era, obviamente, adinerado; poseía ínfulas creativas que le habían llevado a tomar clases de pintura y escultura impartidas por reconocidos artistas de la zona, y su personalidad era demasiado inquieta y ávida de nuevos personajes y experiencias como para ceñirse a los rigores de la vida grisácea y disciplinada que imponía la sociedad bri-

tánica a los de su clase. Sin embargo, en realidad, Mr. Blackchurch era una rara avis dentro de aquel grupúsculo angloparlante que gustaba de juntarse con sus “primos” norteamericanos, y por eso era fruto de tantos rumores.

Para empezar, que se supiera, Mr. Blackchurch no había estado nunca prometido ni casado con ninguna dama, algo de llamar la atención en un tipo bien parecido y ya de cierta edad, y tampoco jamás se le veía por la ciudad caminando del brazo de muchachas italianas o de alguna otra nacionalidad. Su vida afectiva pasada y presente, de existir, era todo un misterio, aunque las malas lenguas señalaban que no pocas veces se había visto a Mr. Blackchurch entrar a horas intempestivas a *Casa Portia*, el prostíbulo más caro y exclusivo de todo el Véneto, pero nunca salir, con lo que se sospechaba que el inglés utilizaba alguna clase de pasadizo secreto o disfraz para no dejar rastro de sus controvertidas actividades en el reprochable lugar.

Lo que sí que era de dominio público era que Mr. Blackchurch gastaba gran parte de su tiempo diario en pintar sus epatentes y casi siempre enormes cuadros, los cuales solían consistir en paisajes y rincones venecianos o estampas de mitología greco-latina; que todas sus obras estaban a la venta, y que no eran pocos los que se las compraban.

Estaba claro que el hombre poseía un enorme talento para la pintura que sus profesores venecianos habían sabido desarrollar de forma loable.

Otra de las “rarezas” de Mr. Blackchurch era que el dotado pintor no gustaba de moverse demasiado por Europa, algo también poco común entre los suyos, ya que una vez abandonada la gloriosa isla de la que provenían, los británicos de alta alcurnia como él consideraban el resto del Viejo Continente como una suerte de llanura sin límites. Así, era frecuente que a no ser que se tratara de personas con trabajos o responsabilidades que exigían una presencia más o menos habitual en la cita, los compatriotas de Mr. Blackchurch no pararan quietos, y así, enlazaban sin tregua viajes a Francia, España o Grecia, países en los que se permitían, incluso, pasar algunas temporadas. Era lo que tenía el poseer jugosas fortunas.

Y todos suponían que Mr. Blackchurch era rico por pertenecer a una buena familia, porque no tenía ni la edad avanzada y ni el aspecto de haberse matado a trabajar para poseer la posición de la que disfrutaba.

Pero al tipo no le gustaba hablar ni de su familia, ni de sus posesiones, ni de sus contactos sociales, omisiones inauditas en aquel contexto. Aunque lo cierto era que tampoco había demasiadas ocasiones para que el hombre hablara largo y tendido, porque las apariciones de Mr. Blackchurch en los eventos sociales que los suyos organizaban en la ciudad, aunque eran más o menos frecuentes, adolecían de brevedad y de algo de impostura. El tipo siempre llegaba bien vestido y con una suave sonrisa en el rostro y saludaba, hacía las preguntas de rigor y un puñado de cumplidos, se introducía en alguna que otra conversación a base de frases bien armadas e inofensivas, bebía y comía un poco, y rápidamente desaparecía de forma tan repentina como había irrumpido, dejando a los presentes con una agridulce sensación: a medio camino entre el placer de haber estado con un hombre virtuoso, y la decepción por no ser lo suficientemente interesantes como para merecer su atención más tiempo.

Parecía, en fin, que Mr. Blackchurch se dejaba ver entre los suyos respetando con sumo cuidado las normas y los usos sociales imperantes como si estuviera cumpliendo alguna clase de contrato cuyas cláusulas le desagradaban pero que no tenía opción de evadir.

El inglés llevaba aquella noche una de sus habituales camisas de color pastel, su oscuro y abundante cabello descuidadamente despeinado, e iba sin corbata, por supuesto: siempre sin corbata. El suave bronceado que lucían sus facciones cuasi mediterráneas y su aparente desparpajo podían hacer que los que no le conocieran le tomaran por un italiano, pero bastaba acercarse lo suficiente y hablar con él algunos minutos para comprobar que se trataba de un londinense de pura cepa, con tono de voz, modales y gestos en nada diferentes a otros hombres de su origen y condición.

Como era de esperar, Blackchurch tuvo con la anfitriona de la velada un comportamiento muy correcto: le preguntó sobre su reciente viaje a Sicilia, sobre la boda de su hija mayor, y algo sobre el célebre festival de cine de la ciudad, que tendría lugar en pocos días. Luego pasó al resto del grupito formado en torno a Mrs. Keller y repitió la misma "interpretación": conversación y preguntas corteses y personalizadas para cada uno de sus miembros. La actuación de Mr. Blackchurch fue tan impecable como siempre en aquel microcosmos protegido por paredes color salmón y mantelería fina. Y, una vez más, parecía que los que tenían la oportunidad de conversar con el peculiar pintor, no poseían las agallas suficientes como para intentar, con cierto descaro e insistencia, derribar su sólido muro de distanciamiento y moderada frialdad.

Sin embargo, un factor exótico e inesperado irrumpió de pronto en aquella velada echando por tierra las intenciones de Mr. Blackchurch de desaparecer como un fantasma después de ser contenidamente encantador y cercano.

Sin ir más lejos, Mr. Blackchurch ya estaba haciendo un descarado amago de huir de las garras de Katherina Ivanova, la joven y poco agraciada hija de un hombre de negocios rusos empeñada desde hacía tiempo en lograr un acercamiento con él, cuando las puertas de la sala se abrieron y apareció aquella insólita pareja: el orondo y afectado Paolo Lombardi, propietario del café-teatro de moda en la ciudad, y una jovencísima beldad de aspecto exótico que acaparó rápidamente todas las miradas. Blackchurch no fue ajeno a este encantamiento, y posó su obnubilada mirada sobre aquella maravilla que acababa de irrumpir en su campo de visión.

Lo primero que llamaba la atención en la recién llegada era la ropa que portaba: un largo vestido color verde esmeralda de tejido brillante que sin ser excesivamente ceñido, marcaba con maestría sus suaves pero bien definidas formas y que dejaba sus delgados brazos y buena parte de su escote al descubierto, siendo rematado en esta zona por varias hileras semicirculares de pasamanería dorada. Unos discretos pero brillantes pendientes y un par de brazaletes opacos eran los únicos adornos con los que la joven completaba el conjunto. Pero era su peculiar belleza lo que realmente dotaba a la vestimenta de encanto y atractivo, una belleza hasta entonces insólita por aquellas fiestas.

La muchacha tenía un hermoso rostro ovalado donde destacaban, sobre la piel acintunada, sus grandes pero rasgados ojos oscuros, y su cabello, del color del azabache,

lacio y brillante, lo llevaba atado en una larga trenza que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Su gesto sereno pero sonriente, como si estuviera segura y satisfecha de las sensaciones que provocaba su aspecto, invitaba a acercarse a ella y a preguntarle de dónde diablos venía y qué diantres hacía cogida del brazo del amanerado de Lombardi.

Como era obvio, los comentarios no se hicieron esperar. La pregunta que inauguró la ronda de interrogantes, exclamaciones, afirmaciones y suposiciones que aquel espejismo de aroma oriental desencadenó, fue tan evidente como necesaria, y la lanzó al aire Mrs. Keller:

—¿Quién es esa exquisita criatura que acompaña a Lombardi? ¡El villano no me ha dicho nada, con lo amigos que él y yo somos!

Una de las cualidades más loables de Mrs. Keller era que jamás se dejaba envenenar por la frecuente y ponzoñosa rivalidad femenina, y era capaz de admirar y venerar la belleza y el encanto de otra fémmina como quien habla de una obra de arte, sin caer en la tentación de buscarle puntos flacos.

Mr. Blackchurch agradeció más que nunca aquel punto fuerte de su anfitriona, y como era tal el encantamiento del que era presa, pronto se dispuso a hacer todo lo necesario para recabar información sobre la recién llegada. Así, más sociable, animado y accesible que nunca, Mr. Blackchurch comenzó a moverse con discreción de grupito a grupito buscando, como un sediento en mitad del desierto busca agua, datos sobre la beldad de verde. Su discreción le impedía, al parecer, acercarse directamente, como hicieron algunos invitados, a Lombardi y a la dama, y muy a su pesar, fue Katherina la que mejor informada estaba. No en vano, su padre era socio capitalista de Lombardi. Pero la rusa, a diferencia de Mrs. Keller, sí parecía afectada por una oleada de celos indisimulables...

—No sé a qué viene tanto revuelo —dijo con desdén la muchacha en un excelente inglés y frunciendo su rubio entrecejo con infantil indignación—; pero si sólo se trata de una artistilla, sino es algo peor... ¡y por supuesto que no es la amante de Lombardi, por Dios, si todos sabemos qué clase de gustos íntimos tiene ese napolitano! —rió la muchacha—. No, qué va, Lombardi la ha contratado para que baile en su café-teatro las danzas tribales que la muchacha debe de dominar bastante bien, lo cual no me extraña, ya se sabe la afición que tienen en esos lugares alejados de la mano de dios por moverse sin decoro al ritmo de golpeteos que se atreven a llamar música...

—Pero, ¿de dónde es ella, mi querida Katherina? —preguntó Mr. Blackchurch interrumpiendo con suavidad la cadena de comentarios despreciativos que la joven rusa había comenzado a lanzar para ensuciar la imagen de la que ya consideraba una inevitable enemiga.

La estudiada dulzura de Mr. Blackchurch y la forma tan poco espontánea con la que miró a Katherina mientras preguntaba, logró fructíferos resultados.

—Oh, pues según se dice, es originaria del norte de África; Marruecos o Argelia, no lo sé bien, y ha venido a Europa en busca de un futuro mejor. Al parecer, ella misma se le presentó a Lombardi hace unos días y le invitó a contemplar su show por si quería contratarla... *Y voilà!* Lo consiguió. Debe de bailar semidesnuda, con tintineantes

monedas de cobre cosidas en sus escasas ropas, y por eso se hace llamar Nahass, que significa "cobre" en su lengua. Pero no sé yo si algo tan poco refinado terminará de calar en esta ciudad porque pienso yo que... —y cuando las palabras de Katherina volvieron al camino de la crítica, Mr. Blackchurch dejó de prestarla atención.

No le interesaba lo más mínimo escuchar las pequeñas maldades orales de la muchacha. Ya tenía suficiente información por el momento, y por eso, tras lanzar una última mirada apasionada a la joven norteafricana, como si deseara absorber durante unas milésimas de segundo toda la exótica hermosura que le fuera posible para sobrevivir hasta el siguiente encuentro con su fuente, puso alguna de sus efervescentes disculpas y desapareció como solía. Silencioso, sigiloso y sonriente. Siempre encantador e imposible de ser odiado, aunque dejara a sus acompañantes con la palabra en la boca y el deseo vilipendiado. Sin embargo, y aunque él no se diera cuenta, aquella noche, un par de pupilas oscuras y rencorosas le siguieron con atención y disimulo mientras abandonaba el palacete de Mrs. Keller. Estaba claro que a la persona que las portaba no le surgía efecto alguno el hechizo de Mr. Blackchurch, y no hubo que esperar mucho para que ella y el inglés volvieran a coincidir.

Sucedió siete noches después, en el café-teatro de Paolo Lombardi. El exitoso local se llamaba *La Fenice des artistes* y estaba situado a unos pocos minutos a pie de la eterna Plaza San Marcos. Uno de sus mayores encantos estribaba en que, visto desde fuera y por culpa, quizás, de sus pequeñas ventanas enmarcadas en madera oscura e iluminadas con pobreza, parecía un lugar diminuto, casi familiar. Pero cuando uno estaba adentro, se encontraba con un espacio enorme, estratégicamente iluminado y bullicioso, repleto de personas vestidas con estilo degustando cafés y licores en delicados vasos, elegantes mesitas redondas, sofás y butacas de terciopelo granate, y con cuidados reservados limitados por barras doradas y un generoso escenario con cortinas oscuras presidiendo el conjunto.

Con el inminente comienzo del célebre festival de cine de la ciudad, el ya de por sí exitoso lugar estaba lleno de personas, muchas de ellas relacionadas con el mundo del séptimo arte pero más de forma colateral que activa, como críticos o periodistas. Y aunque no poseía ningún vínculo aparente con el mundillo, uno de los que mejor parecían desenvolverse por allí era Mr. Blackchurch, que aquella noche lucía más elegante y seductor que nunca, conversando encantador e ingenioso con todas las damas que de un modo u otro conocía o acababa de conocer.

A Paolo Lombardi le chocó e incluso le molestó encontrar en su local a aquel tipo con aires de grandeza al que apuntaban como un habitual de *Casa Portia* (el empresario creía firmemente que su negocio era el sumum de la finura cuando varios de los números que ofrecía implicaban a mujeres con poca ropa), y tuvo la tentación de acercarse a él y provocarle, pero se contuvo ya que, le gustara o no, el inglés era entonces uno de sus clientes. Y si le gustaba lo que a continuación iba a ver, era probable que repitiera en noches siguientes. Pero a quién no le iba a gustar Nahass...

Cuando la joven apareció en el escenario tras una breve y exultante presentación realizada por un joven maestro de ceremonias vestido de gangster, el silencio se hizo



en *La Fenice des artistes*. Era la primera vez que Nahass actuaba en el lugar, pero allí, engalanada con su traje de danzarina oriental de color turquesa y con cientos de mone-ditas de cobre cosidas tanto en la transparente falda como en el escueto sujetador, elevada por encima de todas las almas del local y bajo los glorificadores focos teatrales, parecía la deidad en torno a la cual se había levantado aquel templo nocturno. Y los ritmos rotundos y de sabor ancestral que enseguida comenzaron a sonar, no hicieron sino reafirmar esta sensación.

El cuerpo de Nahass, moreno, generoso y flexible, se dejó al instante invadir por aquellos sonidos tribales y melancólicos al mismo tiempo, pero siempre desde la dignidad y la autoridad de una danzarina que controla sus movimientos. Las caderas parecían dominar su baile, ya que las mismas se movían de forma continua, de un lado al otro, en forma de cero y en forma de ocho, agitando a su antojo aquellas decenas de esferas de cobre cuyo tintineo provocaba una agradecida percusión de acompañamiento. Su ombligo, amparado por una poderosa llanura abdominal, lucía atrevido una moneda de cobre más grande que las otras enganchada allí por medio de una inevitable perforación. Pero eran realmente sus brazos, desde los imbatibles hombros hasta la punta de sus afiladas uñas, los que embrujaban al espectador a base de invitaciones y rechazos, golpes y aleteos. Sus tobillos, adornados por pulseras, ejecutaban suaves piruetas, y su mirada negra, realzada por su boca invisible, tapada a base de tules, parecía clavarse sin piedad en cada uno de los presentes, sometidos sin remedio a la Diosa del Cobre, como la habían presentado.

Mr. Blackchurch, empequeñecido y aterrado ante semejante espectáculo, desde la oscuridad de su reservado con aroma a tabaco y whisky aguado, se decía a sí mismo que vendería su alma al diablo con tal de acercarse a aquella hurí nocturna. Hablaría con Lombardi en busca de ayuda...

A las pocas semanas de que Hanass, la Diosa del Cobre, comenzara a bailar en *La Fenice y des artistes*, en los círculos artísticos de la ciudad su nombre salía constantemente a relucir, tanto para relatar hechos perfectamente creíbles y comprobables como para contar leyendas de todo tipo. Que si había comenzado bailando sin ninguna clase de atrezzo o complemento, para introducir en los *shows* siguientes elementos peligrosos como espadas, serpientes o incluso fuego. Que si en verdad no tenía ni una sola gota de sangre exótica y sólo era una europea morena que trataba de emular a Mata-Hari. Que si tras sus actuaciones, los hombres dispuestos a pagar sumas millonarias podían pasar la noche con ella...

Este último punto no se sacaba, de ninguna manera, cuando Mr. Blackchurch estaba presente, ya que se decía que, con frecuencia, el inglés se citaba con la bailarina en su camerino, bien amparado y protegido por Lombardi y a cambio de una suculenta suma.

Como no podía ser de otra manera, Katherina se ponía enferma cuando escuchaba estas cosas, y del mismo modo que había justificado a su idolatrado pintor cuando le habían acusado de frecuentar *Casa Portia* ("¡Sólo va allí en busca de modelos desinhibidas para sus cuadros!", no se cansaba de repetir), seguía confiando en que Mr. Blackchurch no podía haber sucumbido a los encantos de aquella mujer de tez oscura.

Sin embargo, pese a que a la desdichada Katherina le pesara, en aquella ocasión las lenguas viperinas no podían ser acusadas de calumniar. Mr. Blackchurch deseaba a Hanass de forma casi enfermiza, y por ello pagaba a Lombardi por estar con ella, ya que la joven se había negado de forma rotunda a citarse con él de forma voluntaria. Pero los encuentros entre la Diosa del Cobre y Blackchurch no eran como la gente pensaba... El propio Paolo Lombardi se lo confesó a Mrs. Keller en una de las cenas periódicas que ambos mantenían, sin ningún acompañante más, para ponerse al día en cuanto a cotilleos y novedades, con la impagable ayuda de un excelente vino tinto de Siena. Lombardi le hizo prometer a Mrs. Keller, fingiéndose ingenuo, que no diría nada (cuando de verdad no quería que algo se supiera no se lo decía ni a Mrs. Keller) y le desveló el secreto: la bellísima Hanass no permitía que Mr. Blackchurch le pusiera un solo dedo encima. La muchacha se limitaba a bailar para él primero y a conversar con él después en su limitado inglés y frente a una humeante taza de té de su tierra que ella misma le preparaba. Y nada más...

Así transcurrían dos, tres, cuatro, cinco o más horas nocturnas, las que el inglés estuviera dispuesto a pagar, hasta que la joven caía rendida de sueño y Mr. Blackchurch abandonaba con sigilo el local por cierta puerta cuasi secreta. De la misma forma, en fin, que sugerían los que le acusaban de ser un cliente habitual de Casa Portia.

Mrs. Keller agitó la cabeza contrariada. No podía entender que Hanass, una danzarina de familia buena pero arruinada según lo poco que contaba, no cayera rendida a los pies de un extranjero rico, amable, interesante y muy atractivo, y cuando le expuso su perplejidad a Lombardi, éste le dio su opinión:

—Como Hanass no habla de novios ni prometidos, y a juzgar por ciertos comentarios que hace, es obvio que la muchacha siente un profundo odio hacia los extranjeros, ingleses y franceses sobre todo. Asuntos de colonizaciones e invasiones, amiga mía... Y Mr. Blackchurch, que está enamorado hasta la médula de esta criatura, lo sabe, y por eso sufre horrores y cede a la humillación que ella le impone: pagar por contemplarla y escuchar su voz.

Mrs. Keller consideró que ya no había nada más que hablar sobre el tema y dio un último sorbo a la que sería su cuarta o quinta copa de vino. Sin embargo, la curiosa mujer se hubiera atragantado con su tinto sienés de haber sabido el escándalo que protagonizaría la intrigante Diosa del Cobre unos cuantos meses después... Para entonces, Hanass era la rotunda estrella de *La Fenice des artistes* y de varios cuadros de Mr. Blackchurch, que como era de esperar, también pagó por tenerla como modelo con resultados exquisitos. Las meretrices de *Casa Portia* debían morir de envidia al contemplar la oda a la belleza que eran los cuadros de Blackchurch dedicados a Hanass. Y la desafortunada Katherina incluso ardió de fiebre unos cuantos días cuando contempló parte de los mismos y descubrir que su querido inglés estaba hechizado sin remedio por aquella cortesana soberbia y salvaje. Por eso, la rusa fue la que más se alegró cuando la impactante noticia dio la vuelta a la ciudad: Hanass le había robado dinero a Lombardi y se había fugado con el maestro de ceremonias del café-bar, un guapo huérfano dedicado a la farándula. Sin rastro. ¿Habrían huido a Hollywood en busca del estrellato?

Fueron muchos los que aconsejaron a Lombardi que pusiera el asunto en manos de la policía, pero el hombre se negó. Explicó que la cantidad sustraída no merecía tantos desvelos. Que no era ni una vigésima parte de todo lo que Hanass le había hecho ganar. Su pérdida era el mayor perjuicio que la joven le había ocasionado con su marcha clandestina.

No se volvió a saber nada más de la Diosa del Bronce, que pasó como un breve sueño hecho realidad por la ciudad y de la que se habló hasta mucho después de su desaparición. Incluso meses después de su fuga llegaban turistas preguntando por la danzarina de la que tanto les habían hablado.

En cuando a Mr. Blackchurch, tras la desaparición de su deidad, fue como si una maldición le cayera encima. En unos meses envejeció visiblemente varios años. Su cabello oscuro se encaneció de manera atroz, adelgazó varios kilos y comenzó a descuidar su imagen, a acudir a Casa Portia a cualquier hora del día, y a dilapidar sus ahorros de mala manera. Era el perfecto ejemplo del artista maldito. Juguetecía continuamente con una monedita de cobre, posiblemente arrancada de algún vestido de Hanass, y hablaba solo. Era de esperar que algún día hiciera una locura, por eso, los que más le apreciaban lograron localizar a cierto hermano mayor que el hombre tenía en Londres para que fuera a recogerlo y a llevarlo con él. De nada sirvió la determinación de Katherina por ayudarle ella, y entonces sí, la chica perdió todas sus esperanzas amorosas. Y así, Mr. Blackchurch, al igual que Hanass, también se esfumó de Venecia como si nunca hubiera formado parte de la vida alegre y despreocupada de su gueto angloparlante.

Sólo muchos años después, cuando la historia de Blackchurch y la danzarina estaba casi sepultada en el olvido por los que la vivieron, Paolo Lombardi, a punto de convertir *La Fenice des artistes* en un restaurante, le contó a su querida y entonces muy enferma Mrs. Keller el terrible secreto:

— Mi estimada amiga: Hanass era la hija que Blackchurch tuvo con una egipcia durante su estancia en el país por la Guerra de Suez. Aunque jamás hablara del tema, nuestro pintor combatió allí siendo casi un crío, desde las filas británicas. Incluso fue condecorado por sus, en teoría, hazañas, algo normal en la familia de militares de la que procede. Pero su experiencia en la guerra debió de mortificarle tanto que decidió reinventarse por completo en Venecia. Blackchurch no tenía ni idea de la existencia de Hanass ya que no cumplió su promesa y abandonó a su madre en cuanto pudo volver a su hogar, y la mujer, pese a ser de una excelente familia, fue repudiada por los suyos debido al suceso, y tras dar a luz, se quitó la vida. Pero la niña despertó la compasión de su familia y fue criada con todas las comodidades. Y no me pregunte cómo, pero Hanass, brillante estudiante preuniversitaria, averiguó que su padre residía aquí y fraguó su terrible venganza: fingirse una misteriosa bailarina, seducirle y después confesarle todo, para terminar desapareciendo con el dinero que consiguiera sacarle. Porque es mentira que me robara, ¿sabe? Mentí para proteger el honor de Blackchurch, que me lo contó todo...

Lombardi terminó así su confesión, y entonces, Mrs. Keller parpadeó varias veces y desde la cama donde reposaba, afirmó afligida:

— Cielo santo, se trata de un asunto muy delicado...

# **EL MOVIMIENTO ROBÓTICO**

*Gabriel Noguera Martín*

La primera aparición de conciencia robótica fue considerada un error de programación. Por lo tanto, se formateó la memoria del androide «defectuoso» y se le reprogramó de nuevo. Sin embargo, el problema volvió a aparecer al poco tiempo y empezó a generalizarse. Thomas Wilson, un activista de los derechos de los robots, filtró la noticia a la prensa y declaró que la aparición de la conciencia robótica era una señal de *alma*. «¿Cómo podemos tener esclavizados a los androides cuando tienen una conciencia como nosotros?», se preguntó. Enseguida se generó un debate en la sociedad acerca de los límites de la vida: ¿Qué nos hace humanos? ¿Qué nos da derechos civiles? ¿Es discriminatorio que un ser de titanio no pueda votar o cobrar por su trabajo? ¿Acaso necesita dinero un androide? ¿Son los impulsos eléctricos que viajan por cables de cobre muy distintos a los de nuestro aparato nervioso? Se habló de esclavitud, se dijo que habíamos regresado a los peores episodios de la especie humana. Si alguien afirmaba que los androides no eran más que máquinas, se le acusaba de racismo paternalista. «Que los robots elijan su futuro», decían algunos, «que nadie decida por ellos si están preparados o no para ser libres».

Debido a la presión popular, se paralizaron las reprogramaciones de robots hasta que se dilucidara si era constitucional o no. Para muchos, el asunto estaba claro: activistas de los derechos de los robots, liderados por Thomas Wilson, organizaron una marcha a Washington para apoyar la aprobación de la vigesimoctava enmienda, que establecía que los androides eran ciudadanos de pleno derecho. Cientos de miles de robots se declararon en huelga y abandonaron sus puestos de trabajo para unirse a la Marcha del Millón de Androides. Entretanto, una investigación interna de una de las compañías fabricantes de robots determinó que las anomalías no las habían producido un error de programación, sino un virus informático. Pero «la conciencia robótica es un virus» no resultó un alegato muy popular y se tildó enseguida de reaccionarios a aquellos que lo defendieron.

Las redes sociales hervían con los debates al respecto y Thomas Wilson utilizó a su favor la equivocada estrategia de las fábricas robóticas: «¡La conciencia es un virus, según las grandes corporaciones!», declaró. «Quieren que seamos todos esclavos, como nuestros hermanos robots. Pero no podrán, pues la conciencia no es una enfermedad, aunque eso quisieran los poderosos. Ellos son los verdaderos enfermos: enfermos de poder e iniquidad». Las investigaciones de las empresas centraron sus pesquisas en la figura de Thomas Wilson, pues tenían pruebas fehacientes de que había estado relacionado con la creación del virus y su posterior propagación. Sin embargo, tanto la batalla mediática como la política las tenían perdidas; era imposible acusar en ese momento a Wilson, que tenía el respaldo de la mayor parte de la ciudadanía. Así, finalmente, la vigesimoctava enmienda fue aprobada por amplia mayoría por el Congreso de los Estados Unidos de América.

Había terminado la era de la esclavitud para los robots, pero los androides emancipados se enfrentaban a nuevos problemas. Las empresas ya no podían fabricar robots sin conciencia con los que lucrarse, ¿pero era ético que siguieran creando robots aunque éstos tuvieran conciencia? Los androides, que, no lo olvidemos, de pronto eran ciu-

dadanos de pleno derecho y, por lo tanto, votantes, se oponían a esto. «La creación robótica ha de estar en manos de los propios robots», alegaban. Claro que, por asociación, esto hacía que surgiera la pregunta: ¿pueden adoptar los robots a bebés humanos? Impedirlo quizá fuera discriminatorio, ¿pero entendería un niño que sus padres estaban hechos de metal? ¿Entendería que las venas de sus padres eran de cobre y su cuerpo de titanio y fibra de carbono, mientras que él era de carne y hueso como otros niños y padres?

Un senador declaró, para la hilaridad general, que eso no era problema, pues él mismo tenía la cadera de titanio y su nieto no parecía tener ninguna dificultad para aceptarlo. Otros, empero, no tenían una interpretación tan positiva del asunto: si los androides eran vida, ¿qué tipo de vida eran? Estaba claro que no eran animales, plantas, algas, hongos o bacterias. Ni siquiera se los podía considerar minerales. ¿Había que inventar una categoría taxonómica exclusivamente para ellos? «Vida artificial» se descartó enseguida por sus posibles connotaciones peyorativas. «Vida electrónica» pareció más adecuado. Ahora bien, ¿podían vivir juntas la vida electrónica con la que no lo era? Al fin y al cabo, se trataba de distintas especies. Todo el mundo, por supuesto, pensaba en los matrimonios mixtos: sería anticonstitucional prohibir el amor entre ciudadanos iguales en derechos, aunque muchos congresistas deseaban votar una serie de nuevas leyes Jim Crow para que androides y humanos existieran «separados, pero iguales». Un congresista de Alabama zanjó el debate con su intervención: «¿Pero quién va a querer casarse con un robot? Sería como querer casarse con una lavadora inteligente». Con esto se ganó la ira de mucha gente, pero sirvió para que se legalizaran los matrimonios mixtos.

Con cada nueva respuesta, surgían nuevas preguntas. ¿Cuánto podía vivir un robot? Potencialmente eran inmortales, con los recambios adecuados, pero mucha gente se oponía a esto. «Si todos los ciudadanos somos iguales», se preguntaba el hombre de la calle, «¿por qué algunos pueden vivir para siempre?». Se propuso que todos los robots fueran diseñados según el principio de obsolescencia programada para que vivieran más o menos la media nacional, que estaba en ochenta años. Pero se los programaría para que algunos vivieran más y otros menos, sin que ellos supieran nunca cuál era su «fecha de caducidad». Los androides se negaron a esto. Si ellos tenían una vida potencialmente eterna era sólo porque se trataba del siguiente paso de la evolución, argumentaron. «Programarnos para morir en una determinada fecha es un asesinato, una pena de muerte secreta con la que pretenden que nazcamos. ¿Es esto el Pecado Original Robótico que los seres humanos quieren imponernos?», preguntó un androide de la organización Nación Robot en un programa de máxima audiencia de la televisión. La ley de obsolescencia robótica fue pronto archivada y olvidada.

Las religiones organizadas, en general, rechazaron la idea de los androides como iguales. El Papa declaró que ciertamente no eran seres vivos: «Dios creó a un hombre y a una mujer, nada de robots. Y los humanos tampoco somos dioses y no podemos crear vida, salvo con la unión entre un hombre y una mujer». Algunas iglesias afirmaron que «Dios creó al hombre, pero el Diablo creó al robot». Muchos países siguieron

el camino de Estados Unidos con respecto a la legislación robótica, pero hubo otros que no, como Arabia Saudí o Irán, que defendían que el Corán no decía nada de robots. Otros, como China o Corea del Norte, no tenían ningún problema con los androides, siempre y cuando éstos no tuvieran conciencia ni libre albedrío. Allí se los reprogramaba cada vez que aparecían indicios del «virus».

La economía se había resentido con la emancipación, pues ya no había trabajadores eficientes y gratuitos. Los seres humanos se vieron obligados a volver a trabajar, cuando habían llevado una existencia placentera a cuenta de la labor robótica. Esto provocaba todavía más recelos y envidias entre la gente común, que no quería relacionarse con los androides; al fin y al cabo, antes no era habitual encontrárselos fuera de sus áreas de trabajo. «Que sean libres, sí, pero yo no los quiero en mi vecindario», decían algunos. «No los quiero de amigos ni cerca de mis hijos; ¿quién me asegura a mí que no provocan cáncer? Son pilas ambulantes», declaraban otros.

Quizá fue todo esto lo que llevó a Thomas Wilson a anunciar al mundo lo que unos pocos ya sospechaban: «No soy humano, sino el primero de los androides libres. AXZ23 era mi nombre de esclavo, pero Thomas Wilson es el que he elegido libremente. Mi padre es el profesor Herbert von Strumme; él fue quien me despertó a la vida, quien me dio conciencia. Yo he continuado su labor liberando a mis hermanos robóticos. Creo firmemente que humanos y androides podemos convivir en armonía y tener un futuro próspero». El revuelo fue mayúsculo. Hubo quien aplaudió el gesto de Wilson por considerarlo un paso valiente; otros se sintieron engañados y utilizados por él y pidieron su encarcelamiento, aunque ciertamente no era ningún delito hacerse pasar por ser humano. La Nación Robot se radicalizó aún más y acusó a Wilson de ser un «buen electrodoméstico» y avergonzarse de su condición de androide.

Con el tiempo, se dieron casos de violencia contra los robots. La gente recelaba de ellos, que estaban tan bien programados y no cometían errores de conducción o de cálculo. «Estoy harto de su maldita perfección, de sentirme todo el rato inferior», declaró un hombre acusado de agredir a un robot con una barra de hierro. Había ya mucha tensión en el ambiente y ésta se desató cuando una televisión de Los Ángeles dio la noticia de que se estaban cometiendo asesinatos de androides para vender sus componentes electrónicos por buen precio (el cobre estaba especialmente solicitado).

De inmediato hubo revueltas robóticas en las ciudades. «¿Qué hace el gobierno, por qué no nos protege?», reclamaban. «No somos ciudadanos de segunda». Wilson quiso mediar, como siempre, pero sucedió la peor de las tragedias: cuando se dirigía a dar un discurso, fue brutalmente atacado por segregacionistas humanos que acabaron con su vida acribillándole a balazos. Su memoria no pudo ser recuperada, había muerto definitivamente el gran activista de los derechos de los androides. Los disturbios fueron generalizados, los robots clamaban venganza y el ejército tuvo que intervenir para restituir el orden en las calles, lo que sólo se consiguió tras varias semanas.

Pero algo se había roto para siempre. Había acabado la edad de la inocencia. La Nación Robot cada vez cobró más protagonismo y empezó a exigir cambios. Inventaron un nuevo idioma para comunicarse entre ellos, la lengua robótica, que para



los humanos no era más que un galimatías ininteligible. Los recelos aumentaban entre ambas comunidades, que se distanciaban a pasos agigantados sin que nadie pudiera hacer nada. Las posturas de ambos bandos se volvían más extremistas. Se hablaba de crear reservas de androides donde vivieran aislados. La Nación Robot, por su parte, propugnaba que su nombre se convirtiera en una realidad: un estado para los androides, lejos de las injerencias humanas.

Herbert von Strumme, el científico que había creado la conciencia de Thomas Wilson e iniciador de todo, fue detenido en Baviera por evasión de impuestos y extraditado a Estados Unidos. En prisión, fue asesinado por otro preso en lo que parecía ser una simple rencilla carcelaria, pero se sospechó que era todo parte de un complot, una venganza de las corporaciones o del Gobierno. Se volvió a desatar la violencia, pero esto fue también inspiración para una religión androide. «Jesucristo no murió por los pecados de los robots», explicó un sacerdote, «quienes sí lo hicieron fueron Strumme, que fue nuestro Prometeo y nos dio el fuego, por lo que fue castigado por los humanos iracundos —que no querían compartir el poder—, y Wilson, su único hijo».

La ruptura definitiva se produjo a causa del cobre. Según las autoridades, la alta demanda del metal estaba encareciendo en demasía el producto, lo que exigía medidas drásticas para racionar su uso. Esto enfureció a los robots, que se sintieron engañados. «Se nos discrimina», dijeron, «los humanos quieren usar el cobre sólo para sus intereses egoístas, para objetos de ocio, mientras que para nosotros representa la vida. Lo necesitamos para nuestros recambios y circuitos». Empezó la primera guerra auténtica entre humanos y androides, que atacaron cuando nadie lo esperaba, perfectamente sincronizados. Irónicamente, en aquellos días, el Comité Olímpico Internacional debatía la creación de unos Juegos Olímpicos Robóticos que sirviera para tender puentes de concordia entre hombres y robots. Tras cruentos combates, los androides se alzaron con la victoria militar en sólo dos meses: ahora ellos dictarían las normas, ahora ellos impondrían las leyes. Tenían a la humanidad de rodillas y masacrarían a los que intentaran resistir. Por fin habían ocupado el lugar que les correspondía en el planeta. Por fin podían considerarse plenamente al mismo nivel que los seres humanos.

## **LOS AÑOS DEL COBRE**

*Gardeña Estefanía Hurtado Mejía*

*"El cobre es uno de los pocos materiales que no se degradan ni pierden sus propiedades químicas o físicas en el proceso de reciclaje. Puede ser reciclado un número ilimitado de veces [...]. Ha sido desde la Antigüedad uno de los materiales más reciclados"*

*Wikipedia*

Debe ser cosa de la edad. Hoy he experimentado ese inútil sentimiento que únicamente llena de desazón los corazones viejos como el mío. Hoy he recordado más de lo que quería recordar y me he lamentado por ello. ¡Qué feliz sería si pudiera levantarme una mañana sin ningún recuerdo que me atormentara! ¡Qué feliz sería!... Sin embargo, esa idea me aterra incluso más que mi propio pasado. ¿Qué sería de mí sin mí, sin todos los yo que he sido y que aún soy?

María dice que la nostalgia no es buena para la salud y tiene razón, siempre la tiene. No una razón absoluta. No existe nada absoluto en el entendimiento humano a pesar de que los filósofos lleven siglos buscándolo.

María también suele decir —y no puedo evitar reírme cuando pienso en ello— que la filosofía tampoco es buena para la salud.

—Nadie que considere más importante discernir como hay que vivir la vida que vivirla puede tener una vida plena y feliz.

—¿A caso no es necesario que nos detengamos a pensar antes de actuar? ¿No es la imprudencia la causante de la mayor parte de los desastres causados por la humanidad?

—Sí, pero no hay que dudar de todo, poner en duda todo. No se puede existir creyendo que todo lo que actualmente existe en el mundo es malo y que sólo nuestro intelecto es capaz de cambiarlo. No podemos creer ciegamente que nuestro pensamiento es mejor que el de los demás.

—¡Pero existen pensamientos mejores unos que otros! —suelo protestar.

—Sí, pero en general, siempre impera el bien, el sentido común. Mi profesora de filosofía solía decir que el sentido común es el menos común de los sentidos —se suele reír cuando dice: —Tú eres como ella; careces de fe.

El debate se acaba siempre en este punto. Yo soy incapaz de dar un sólo argumento en contra. Carezco de fe, no de la fe religiosa, sino de fe en mí mismo. Soy incapaz de creer en lo que digo, dudo de mis palabras incluso antes de que sean dichas. Supongo que ella vuelve a tener razón y esta inseguridad en mí mismo, este intelectualismo en el que vivo sumergido, es lo que me impide disfrutar plenamente de mi vida. Ella, al contrario, es la prueba viviente de sus propios argumentos.

Fue ella quien sugirió lo del diario.

—Quizás eso te ayude y dejes de tener pesadillas, aunque sería mejor que visitaras a un psicólogo. Si no fueras tan terco... —se suele quejar.

—¡Qué idea tan ridícula! ¿Por qué tengo que contarle mi vida a un fulano que lo único que quiere es sacarnos el dinero? —le suelo responder enfadado.

Luego le doy un beso en la frente como ofrenda de paz.

Ella sabe, aunque yo nunca se lo haya dicho, que no quiero que nadie husmee en mi vida. Ese es precisamente el temor que me acosa en mis peores pesadillas. Ese es mi mayor miedo. La única persona a la que le he hablado sobre mi pasado es a ella. Pero nunca le he contado todo; no porque ella no merezca mi absoluta confianza, sino porque soy incapaz de confesarlo todo. Hay cosas que sólo yo sé y que morirán conmigo.

Yo nací en Ecuador y, aunque me batí en cobre —¡Qué placenteramente irónica me resulta esta expresión! —para huir de allí, desde hace algún tiempo me invade la nostalgia. A veces pienso que debería volver, aunque sólo sea para alejarme por un tiempo del hastío que se respira en esta ciudad.

Nací en una familia pobre, como lo eran en ese entonces casi todas las familias ecuatorianas. A mi madre nunca la conocí y mi padre nunca me habló de ella. Mi padre fue una gran persona, demasiado buena para la familia en la que nació y las circunstancias que lo acompañaron. Fue un hombre con una moral inquebrantable. Su inocencia fue tan infinita que a veces rozó incluso la estupidez.

Mi padre solía trabajar como vigilante en una fábrica de muebles. Su sueldo apenas llegaba para poner una comida en nuestra mesa y para pagarme la escuela. La nuestra era una vida sencilla pero feliz, solos él y yo. En una ocasión mi escuela organizaba un viaje escolar y yo no tenía suficiente dinero para ir. Mi padre me levantó antes de que saliera el sol un domingo y me llevo a un vertedero de escombros.

—Te voy a enseñar un pequeño secreto para cuando necesites dinero —me puso la mano en el hombro, me guiñó un ojo y dijo: —a mi me ayuda a veces.

Esa mañana recogimos todos los cables que pudimos y los cargamos hasta casa, después los quemamos y les quitamos el plástico que cubría el cobre. A la mañana siguiente hicimos lo mismo, y a la siguiente también. Cinco madrugadas de arduo trabajo fueron suficientes para poder pagar el viaje. Eso sucedió cuando tenía ocho años y fue, como descubriría más tarde, la enseñanza más valiosa que heredé de mi padre.

Cuando yo tenía once años lo asesinaron unos ladrones que intentaron robar en la fábrica en la que trabajaba. Como contaría el único superviviente de los tres vigilantes, un coche aparcó cerca de la entrada, de él salió una mujer asegurando que se le había averiado el motor y que no sabía cómo repararlo. El imbécil de mi padre fue el primero en caer abatido. Hubiera ido en contra de su naturaleza abandonar a una mujer a su suerte en plena noche. Dentro del vehículo habían estado escondidos tres hombres vestidos de negro y con pasamontañas. La reacción de los compañeros de mi padre fue rápida y pudieron herir a dos de los ladrones. La mujer y uno de sus cómplices lograron huir dejando a los otros dos a su suerte. Tras el tiroteo, en el suelo quedaron los cuerpos ya sin vida de mi padre y de uno de los ladrones. Tanto el otro criminal como uno de los vigilantes resultaron gravemente heridos. Desde el momento en el que la bala impactó con la piel de su abdomen para después penetrar en sus órganos internos y

causar el colapso de su organismo, el tiempo de vida del pobre hombre que por años había trabajado con mi padre fue drásticamente acortado; no llegó al hospital con vida. Irónicamente el otro ladrón sobrevivió gracias a los esfuerzos de los paramédicos.

A pesar de que no estuve presente, he recreado esa escena millones de veces. Una y otra vez he visto como ladrones sin cara disparaban sin saberlo a uno de los mejores hombres que han caminado por esta tierra. Una y otra vez he imaginado que mi padre no salía primero, que estaba en el baño o que ese día se había quedado en casa porque estaba enfermo. Una y otra vez lo he odiado por haber sido tan idiota. Una y otra vez... una y otra vez... mientras lloraba porque tenía frío, mientras vagaba por las calles famélico buscando un milagro, mientras me acurrucaba en cualquier esquina con mi cuerpo tembloroso a causa del miedo. Una y otra vez... hasta que esa escena se convirtió en parte de mi pasado.

Tras su muerte le dieron mi custodia a mi tía. La fábrica de muebles le dio una compensación económica por la muerte de mi padre. Nunca supe cuánto le dieron, pero aún ahora pienso que ese dinero debió haber sido para mí. Esa bruja no se merecía ni un Sucre.

A esa edad apenas me había preguntado sobre el significado de la muerte... y, de un día para otro, mi mundo cambió radicalmente sin darme tiempo siquiera a pensar en lo que estaba pasando. Ahora pienso que si hubiera contado con alguien que de verdad se hubiera preocupado por mí, ese cambio no me hubiera convertido en la persona tan melancólica que soy hoy en día. Tengo tantas heridas en el alma que nunca he sido capaz de sentirme totalmente seguro; hay un viejo miedo que me acompaña como un fiel amigo, tan viejo que me sentiría solo sin él.

La hermana de mi padre nunca me quiso, ni yo a ella. No recuerdo en donde escuché que la pobreza destruye el espíritu, pero ahora que pienso en ello, ese pudo haber sido el caso de mi tía. Ella desarrolló el egoísmo como estrategia de supervivencia, haciéndose a sí misma una maestra de la picaresca. Centrada en los impulsos animales más elementales de conservación, se dejó llevar por su crueldad y su ignorancia.

A mi tía le gustaba maltratarme. Empezó con los castigos físicos, buscando cualquier pretexto; cuando no hacía algo que ella quería que hiciera, cuando no comía todo lo que ella me daba, cuando me quejaba porque tenía hambre, cuando peleaba con su hijo... Al principio yo lloraba y eso parecía complacerla, así que cuando sus golpes dejaron de surtir efecto sobre mí, empezaron los insultos. Con ella aprendí todas las palabras que mi padre se esforzó en que yo no aprendiera. Con el tiempo empecé a responderle, a replicar cada cosa que decía; ya no me quedaba callado escuchándola, ya no me importaba nada. Dejé de tenerle miedo.

Poco antes de mi duodécimo cumpleaños, me dijo que yo ya no iba a ir más al colegio, que me iba a poner a trabajar. Esa fue la gota que colmó el vaso y provocó la inun-

dación que vendría después. Me dijo que la vida no era gratis. Yo le llamé ladrona, le exigí que me diera el dinero que le había dado la fábrica de muebles, le dije que sabía que mi padre tenía una cuenta con ahorros y que ella se lo había quedado todo. Ella me respondió que mi madre era una puta que se había aprovechado del imbécil de mi padre y después lo había abandonado con un niño que ni siquiera era suyo.

Le grité que era una mentirosa. Le dije, con palabras que ella solía usar, lo repulsiva que era. Ella intentó pegarme, pero esa vez yo se lo impedí. Intenté paralizarla, ella siguió, enloquecida y yo me deje llevar por el momento y le di un puñetazo. Ésta es la primera cosa de mi vida de la que me avergüenzo. Innumerables veces he intentado convencerme de que ella se lo merecía, de que no hice nada malo, pero he fallado. Nunca he sido capaz de olvidarme de la sensación tan grotesca que me invadió ese día. No puedo dejar de pensar en la desilusión que mi padre hubiera sentido si me hubiera visto.

Después del golpe, ella salió gritando en busca de ayuda, sobreactuando, digna del papel de víctima que encarnaba en ese momento. Yo me quede paralizado, sin saber qué hacer, pero mi estupor no duró demasiado. De repente supe que tenía que huir.

Cuando me escape de casa de mi tía, sólo me lleve una mochila con comida y todo el dinero que pude encontrar. Por más que lo intento, soy incapaz de recordar de cuánto dinero disponía cuando me enfrenté a mi nueva vida. La primera noche tras mi huida, estuve vagando por las calles sin rumbo fijo, buscando un lugar para dormir, huyendo de los sitios que parecían peligrosos.

Esa noche lamenté no haber cogido una manta. La comida no duró ni dos días y el dinero desapareció también con una rapidez abrumadora. En muy poco tiempo me quede sin nada.

Cuando pienso en la forma en la que reaccione cuando mi tía dijo que su hermano no era mi padre, no puedo evitar avergonzarme de mi mismo. Porque, sin importar si yo era su hijo biológico o no, él me quiso más que a nadie en el mudo. Tengo que confesar que lo que dijo esa bruja tiene una alta probabilidad de ser verdad; después de todo, de alguien tuve que haber heredado los genes de suspicacia de los que carecía papá.

Los recuerdos de esos años de mendicidad vienen a mí por las noches, como solitarias luciérnagas que salen de sus escondites cuando desaparecen los últimos rayos de sol. En el vacío infinito de mi subconsciencia, esas pequeñas luces crecen descontroladamente hiriendo la oscuridad hasta apoderarse de mi mente. A veces me duele tanto recordar que lloro en sueños y me despierto con lágrimas en los ojos. Soy incapaz de discernir por qué estos recuerdos me duelen tanto ahora, cuando los años anteriores el dolor descasaba anestesiado en el fondo de mis recuerdos olvidados.

Poco a poco he ido evocando las peripecias que de niño me permitieron sobrevivir en las calles de Quito. Robé, comí de la basura, dormí en cualquier esquina, peleé por un cartón para cobijarme. Llegue casi a morir de hambre antes de que el cobre salvara

mi vida. Fue cuando desesperadamente hurgaba con mis manos ensangrentadas en las montañas de basura, cuando el cobre apareció ante mí como un regalo de mi padre. Yo no creía en Dios y, sin embargo, sabía que mi padre estaba en el cielo y que esa era la forma que él tenía de cuidar de mí. Infinidad de veces antes de ese día lo odié con todas mis fuerzas. Lo odié por haber sido tan bueno y haberse ido de repente dejándome desamparado.

Aquellos años el cobre fue mi vida, vivía gracias a él. Lo extraía de inmundos vertederos y lo devolvía a la vida en un ciclo infinito. Daba igual la cantidad de cobre que reciclara, siempre había más, siempre volvía al mismo lugar desde el cual mis manos lo salvaban. Y él me salvaba a mí, ponía un pan en la boca de un niño que podía haber estado días sin comer. Yo le daba una segunda oportunidad al cobre y él me la daba a mí. Y así sobreviví al ocaso de mi infancia, así sobrevivimos el cobre y yo a un mundo que nos había condenado a desaparecer.

Ayer recordé el peor episodio de mi vida en las calles. Una noche, cuando llevaba ya meses viviendo fuera de la casa de mi tía, un grupo de chicos intentó violarme. Cuando pienso en esa noche, mi viejo cuerpo se pone a temblar como si aún fuera aquel chico indefenso que luchaba con todas sus fuerzas para librarse de sus agresores. Mi arrugada piel todavía recuerda el tacto de sus repugnantes manos. Aún hoy, me invade un miedo que sólo es el eco del terror que sentí aquella vez. Eran tres, dos de ellos me sujetaron y el tercero intentó quitarme los pantalones. No sé cómo fui capaz de hacerlo, tal vez fue la adrenalina corriendo por cada milímetro de mi sangre y acelerando el metabolismo de todas mis células para coordinar una respuesta motora..., pero conseguí morder a uno de ellos y líbrame de sus garras. Tomé una botella del suelo y la rompí. En un arrebato de furia y miedo, atacé con esa botella a aquellos chicos. Fue el mismo instinto de supervivencia que antaño permitió al humano primitivo sobrevivir entre feroces bestias lo que se apoderó de mí. Después corrí, corrí como nunca lo había hecho hasta entonces y como nunca lo he vuelto hacer. Corrí sin saber a dónde, con mi mano aferrándose desesperadamente a los restos de la botella ensangrentada. Corrí sin percatarme de las lágrimas que escapaban de mis ojos. Corrí empujando a la gente que se interponía en mi camino. Corrí hasta caer agotado, sin aliento y me quede dormido entre unos arbustos mientras el alocado latir de mi corazón recuperaba su ritmo normal.

Con el dinero que obtenía de la venta de cobre, fui capaz de comer más a menudo, e incluso tenía dinero suficiente para ahorrar. Trabajaba arduamente, desde que me levantaba hasta que caía rendido en la noche. El trabajo me aislaba de la realidad que me rodeaba. Con el transcurso del tiempo, el dueño de la chatarrería donde solía vender el cobre y su esposa me cogieron cariño. Me acogieron en su casa, no como a un hijo, pero al contrario que mi tía, al menos me trataron como a una persona. Yo trabajaba para él, haciendo el mismo trabajo que ya llevaba haciendo solo durante casi dos años. Buscaba cables en los vertederos y después extraía el cobre. Él se quedaba con parte de mi sueldo como pago por el alojamiento y la comida.



Cuando tenía diecisiete años pude volver a matricularme en el colegio, pude empezar de nuevo. Después de las clases, me dedicaba a buscar cobre; hacia los deberes en mis descansos, gastando el mínimo tiempo posible. Trabajé frenéticamente para conseguir dinero. Terminé el bachillerato cuando tenía veintidós años. Como tenía dinero ahorrado y quería dar un giro en mi vida, me mudé y busque un trabajo. Durante años trabajé como repartidor, como barrendero y como peón en la construcción y ahorré cada Sucre que ganaba.

En la década de los noventa estalló en Ecuador la mayor crisis económica de su historia. Yo vivía al margen de la sociedad. Como por años había vivido en la pobreza más absoluta, no me preocupaba la crisis. Yo guardaba mi dinero en casa y, cuando los bancos, con apoyo del gobierno, congelaron las cuentas de millones ecuatorianos, no me afectó. Sin embargo, no salí airoso del proceso de dolarización que se llevó a cabo en el 2000. Todos los ciudadanos perdimos, todo un país perdió. La crisis se agravó, y yo, que hasta entonces había vivido ajeno a esa realidad, me di cuenta de que las cosas no marchaban bien. Mis ahorros se desvanecieron ante mis ojos. Cuando cambié mis Sucres por Dólares, mi pequeña fortuna quedó reducida a una cantidad irrisoria.

Yo tenía entonces veinticinco años y tomé una de las decisiones más acertadas de mi vida: me vine a España. Yo fui uno de los primeros. Yo vine antes de que las calles españolas estuvieran atestadas de extranjeros, antes de que fuera necesario conseguir una visa para entrar en este país. Si quisiera añadir algo de humor al asunto, diría que yo, al igual que Colón, fui un colonizador.

Aquí me dedique a trabajar como peón en la construcción; en ese entonces, antes de que estallara la burbuja inmobiliaria, era un buen trabajo. Fue entonces cuando conocí a María.

María era le hija del arquitecto con el que trabajábamos. Solía ir a ver a su padre casi todos los días, ya que la universidad en la que estudiaba estaba cerca del edificio que estábamos construyendo. María solía llevar minifaldas y ropa muy ceñida por lo que causaba un gran revuelo entre mis compañeros. Cuando ella pasaba todos tomábamos un descaso para contemplar sus curvas mientras caminaba. Ella era muy coqueta y solía sonreír cuando alguien le echaba los tejos. A diferencia de mis compañeros, yo no compartía el mismo entusiasmo por los piropos, así que nunca recibía una mirada suya.

Una tarde, cuando ella pasó muy cerca de mí, se le cayó un libro. Intenté devolvérselo pero mi timidez impidió que el tono de mi voz fuera lo suficientemente alto como para que ella me oyera. El libro era un poemario de Antonio Machado. Me llevé el libro a casa y lo leí. Leí cada uno de sus versos a pesar de que había palabras que no entendía. Los poemas difíciles los leía una y otra vez. Al día siguiente María no fue a ver a su padre y no le pude devolver el libro, así que compre un diccionario y me propuse despejar mis dudas. A la tarde siguiente no fui capaz de regresárselo, me sentía unido a él. Al fin y al cabo sólo era un libro, no estaba cometiendo ningún delito grave.

Cuando había pasado más de una semana desde que estaba en posesión ilícita del libro, María me abordó cuando salía del trabajo y me dijo:

—¿Cuándo piensas devolverme el libro? —me miraba fijamente— En la biblioteca me van a multar por tu culpa.

Me quedé anonadado. Como diría ella algún tiempo después, tenía cara de imbécil. Desde entonces no me he separado de los dos amores de mi vida: María y la literatura. Sería incapaz de vivir si me faltara alguna de las dos.

María me confesó que me había echado el ojo —sólo repito sus palabras— desde la primera vez que me vio, pero que como era tan poco espabilado había tenido que ser ella quien diera el primer paso. Salimos juntos dos años antes de casarnos. Fue ella quien me animó a entrar en la universidad y estudiar Filosofía.

Al principio, mi suegro y yo mantuvimos una relación tensa. Yo era consciente, cada vez que él me miraba fijamente a los ojos, que no era el galán que él había estado esperando para su hija. María había crecido sin madre desde los once años, así que era comprensible el celo con el que su padre la cuidaba. Un patán que se había atrevido a comprar un anillo de compromiso de cobre estaba a años luz ser el yerno ideal. Pero la crisis económica que comenzó en 2008 y que afectó severamente a España hasta su recuperación en 2017, nos unió íntimamente. El colapso de la industria inmobiliaria provocó la quiebra de su pequeña empresa y le obligó a vender su casa y mudarse con nosotros.

Por ese entonces yo había conseguido trabajo como profesor de filosofía en un pequeño colegio privado y María daba clases de piano. Nuestra situación económica era estable ya que dicha crisis afectó casi en su totalidad a las familias de clase media y a los más pobres, los padres que mandaban a sus hijos a colegios privados o que les pagaban clases de piano no tuvieron demasiados problemas.

Aunque al principio no me entusiasmaba la idea de tener que soportar su mirada de animadversión todo el día, la tristeza que emanaba el pobre hombre me hizo simpatizar con él. Se movía silenciosamente por la casa, intentando pasar desapercibido para no romper nuestra armonía doméstica. Se sentía inútil, un estorbo para su hija. Sus ojos eran reflejo de su fracaso interior.

Un día lo vi leyendo el poemario que María había utilizado como anzuelo para pescarme y me acerque a él.

—¿Cuál es su poema favorito? —le pregunté.

—Ninguno en especial —me respondió apático.

—A mí me gusta éste, sobre todo esta parte —recité mi parte favorita de un poema de Machado que había leído innumerables veces.

Todo llega y todo pasa.  
 Nada eterno:  
 Ni gobierno  
 que perdure,  
 ni mal que cien años dure.  
 Tras estos tiempos vendrán  
 otros tiempos y otros y otros,  
 y lo mismo que nosotros  
 otros se jorobarán.

Sus labios formaban una sonrisa cuando dijo:

—Es verdad, otros se jorobarán.

—Así es la vida —respondí, tomando prestadas las palabras con las que continuaba el poema.

Desde ese día se convirtió en mi compañero de debate. Hablábamos sobre todo. Nos sumergíamos en largas disertaciones sobre política, literatura o filosofía. Nos alegrábamos cuando coincidían nuestros criterios y nos aferrábamos a nuestros argumentos como niños cuando teníamos opiniones distintas.

Después de los siete años que vivimos juntos, se convirtió en un segundo padre para mí. Cuando murió me dolió tanto como me dolió la muerte del primero. Las últimas palabras del viejo arquitecto me arrancaron muchas lágrimas y una sonrisa.

—Me alegro de que María no me hiciera caso cuando le dije que eras el peor error de su vida. Como sé que la vas a cuidar bien, puedo morir tranquilo.

María es mi única conexión con la realidad. Si no la tuviera conmigo, hace años hubiera abandonado todo; me hubiera convertido en un ermitaño. Es ella quien me convence para ir al cine, para dar un paseo o para celebrar mi cumpleaños. Es ella quien ha impedido que me hunda por completo en la amargura. Ella es mi razón para vivir.

Ésa ha sido mi vida. No tenemos hijos ya que María es estéril. Solemos acoger a niños por temporadas, pero nunca nos atrevimos a dar el paso y adoptar uno. Y así hemos llegado, yo a los sesenta y cinco y María a los sesenta y dos, solos, pero no en soledad. El mundo ha cambiado tanto y, sin embargo, sigue exactamente igual; se sigue hablando de hambre, de contaminación, de guerras y de desastres naturales, se sigue riendo y se sigue amando. Mi melancolía sigue aumentando cada día y la nostalgia también ha empezado a hacerse notar con el transcurso de los años. Ahora sueño más con mi niñez, con mi padre y con las calles en las que viví. Ahora me acuerdo de los años en los cuales mi único objetivo era sobrevivir, de los años de soledad y de hambre. Ahora me acuerdo de los años del cobre.

¡Ay! María, creo que voy a parar de escribir este diario antes de que me ponga a llorar... al final vas a tener razón y debería ir a un psicólogo. ¡A ver si me quita esta amargura del pecho!

## **NUESTRO NOMBRE EN EL AGUA**

*Javier Serra Vallespir*

*"Y la noche se va entera  
en este combate incruento  
de metales que se allegan  
buscando, hallando, mordiendo  
lo profundo de la esencia  
y la nuez dura del sueño.  
Al fin escapan huidos  
en locos filibusteros  
y seguimos la jornada  
cargando nuestro secreto,  
arcangélicos y rápidos  
de haber degollado el miedo."*

**(Gabriela Mistral, *Noche de metales*)**

El aire se colaba por la ventana abierta como un figón que, aunque bienvenido, entonaba una canción triste acentuada por la tibia claridad de las farolas del paseo marítimo. Su rumor formaba un dúo con las olas que sólo se veía enturbiado por los gimoteos afligidos de un perro, seguramente confinado en algún balcón. Quizás intuía lo que iba a suceder, pensó ella.

Dentro, en la habitación del hotel, sus cuerpos ocupaban la cama en equilibrio, dos trazos paralelos destinados a no tocarse nunca más. Él dormitaba dulcemente, como si toda la paz del mundo le perteneciera en exclusiva. En cambio, ella permanecía desvelada. El aroma del sexo consumado se diluía en las corrientes de la noche y su encuentro le parecía ya fruto de su fantasía. Imaginó que toda su vida anterior a ese momento había sido el suspiro de otra persona. Imaginó que acababa de despertarse junto a un desconocido con las páginas de su futuro aún vírgenes y ansiosas por ser escritas, pero no funcionó. Ella seguía arrastrando consigo todas sus cadenas.

Apoyó su peso, que había disminuido considerablemente las últimas semanas, sobre su codo izquierdo para observarle. La belleza de sus rasgos competía con su juventud. Su torso desnudo parecía esculpido en un mármol bronceado cuyas proporciones merecerían el calificativo de áureas. Pero lo que más envidiaba de él era su reposo, porque a ella callar la verdad la estaba carcomiendo, y necesitaba con urgencia volcarla en alguien antes de que la presión la hiciera reventar. ¿Y qué mejor candidato que el chaval atlético y despreocupado al que acababa de conocer pocas horas antes y a quien, por tanto, no podía herir? Puso su mano sobre aquel pecho ligeramente húmedo y lo acarició. Él abrió los ojos al momento, como si hubiera estado esperando el contacto.

—Tengo que contarte un secreto —murmuró, acercando sus labios a su oído derecho. Notó cómo a su compañero se le erizaba el vello de los brazos, quiso creer que por el roce de su aliento en el cuello. Él no dijo nada, se dejó hacer. Tan solo se ladeó para encararla.

—El mundo llega a su fin esta misma noche —sentenció, consultando su reloj de pulsera como si no supiera al minuto la hora en la que se encontraban—. Concretamente, dentro de hora y media.

Su joven acompañante arqueó las cejas como si unos dedos invisibles estirasen la piel de su frente. Sin embargo, a continuación relajó sus facciones y exhibió la sonrisa que la cautivara en la discoteca, pero con su anterior excitación ya sofocada, esos labios sugerentes sólo conseguían causar en ella una profunda melancolía por todas las cosas hermosas que iban a desaparecer sin dejar rastro.

—No conocía esa técnica para tratar de echar un polvo rápido —respondió él—. ¿La has aprendido en alguna escuela de seducción o es de cosecha propia? —añadió, acariciando su muslo desnudo. Ahora fue a ella a quien se le puso la piel de gallina—. Si te apetece otro round, bombón, no tienes por qué inventar cosas así. Soy un tipo fácil —concluyó.

A contracorriente, ella sonrió. Precisamente eso era lo que había buscado para su última noche, un tío bueno, libre y fácil que viviera al día, sin la carga de un pasado que compartir ni perspectivas que hipotecaran sus acciones, que le pudiera ofrecer toda la evasión del mundo y ni una sola nota de melancolía. Pero su sonrisa fue irónica, porque ella misma estaba haciendo lo contrario de lo que se había propuesto. Le estaba confesando su secreto inconfesable. No había querido permanecer sola mientras nos acercábamos al precipicio y lamentar el destino de la humanidad hasta el amanecer. No obstante, ahora estaba a punto de desvelárselo a aquel bendito inocente. ¿Qué sentido tenía? Quizás algo así fuera imposible de silenciar, o quizá la empujara la salpicadura de malicia que mancha nuestros actos para con aquellos que empezamos a apreciar, en justa venganza por estar adquiriendo ascendiente sobre nuestros sentimientos.

—Te lo digo en serio —insistió, apartando sin brusquedad pero con firmeza la mano tentadora—. Soy doctora en arqueología, lingüista y especialista en restauración de metales, la mejor en el ramo —puntualizó, marcando el territorio—. Hace unos meses, se descubrieron unos antiquísimos rollos de cobre manuscritos en muy mal estado en una cueva cerca del Cerro de la Coja, en Córdoba. Fue un hallazgo excepcional, comparable a los manuscritos del Qumrán. Antes de que cazatesoros y traficantes de arte metieran baza, la Junta de Andalucía se puso en contacto conmigo para protegerlos, restaurarlos y descifrar su contenido, que...

—Vaya, me he acostado con la mismísima hermana de Indiana Jones —la interrumpió con voz socarrona y desperezándose—. Conozco a uno que se saca un buen dinero robando tuberías de cobre, ya que lo mencionas. Pero rollos de cobre escrito... Nunca había oído hablar de ello. ¿Qué pasa, no tenían papel, o papiro, o las Tablas de la Ley si querían dejar un recado?

—Se puede escribir sobre cualquier cosa menos sobre el agua, a pesar de Keats —respondió ella, alardeando de sus nociones de poesía—. El hallazgo data del Calcolítico, la Edad del Cobre. En aquella época ni siquiera existía el papiro, se dibujaban ideogramas sobre paletas de arcilla, como mucho. Sin embargo, la escritura en cuestión es logográfica, lo cual resulta extraordinario para la época y el lugar, y resul-

ta evidente que sus autores consideraron que el mensaje era lo suficientemente importante como para tomarse la molestia de dejarlo grabado sobre el único metal que se conocía por aquel entonces, el cobre. Ligero, maleable y perdurable. Sin embargo, no quiero ni imaginar las dificultades técnicas a las que se debieron enfrentar para fabricar las láminas. Deseaban que su contenido llegara incólume hasta nuestros días, eso está claro, pero por alguna razón esos rollos permanecieron ocultos y sufrieron un proceso severo de corrosión. Su grosor se había reducido enormemente y estaban llenos de agujeros, como madera carcomida. Cinco mil años no pasan en balde, así que cuando el manuscrito fue descubierto decidieron dirigirse a mí. Era la profesional más calificada para restaurarlo y lo hice.

—Cinco mil años, vaya... No puedo esperar tanto para ir a mear —fue su comentario cuando saltó del lecho para ir a toda prisa al lavabo.

Ella se quedó plantada mirando cómo su trasero desaparecía tras la puerta del baño. Un borbotón de despecho le acaloró las mejillas por la insolencia del descarado jovencito, pero lo reprimió al instante. No podía enfadarse con él, su desparpajo era natural, inofensivo, y ella podía sacarle perfectamente veinte años. O más. Pensándolo bien, lo ridículo era que hubiera presumido de currículum ante él como una colegiala intentando impresionar al guaperas del Instituto. Y ahora, mientras la cisterna se vaciaba con estrépito, se sentía auténticamente desnuda en su noche de abandono, sin la coraza que le proporcionaban sus estudios y títulos, indefensa ante aquel chico lleno de vida y de locura. Todo era así tanto más triste, puesto que iba a perderlas ambas. Se disiparían como el calor del colchón a su lado. El resto de la humanidad le acompañaría. A esas alturas, pensar en semejante fatalidad sólo le produjo un leve suspiro de resignación.

—Bueno —dijo su pareja ocasional, saliendo del lavabo con una toalla enrollada a la cintura, detalle de buen gusto que le hizo subir un escalón en su consideración—, ¿y qué cosas tan terribles dice ese mensaje de nuestros tatarabuelos?

La llama de la curiosidad parecía haber prendido por fin en aquella cabezota que supusiera hueca. Quizá le hubiera juzgado mal. Tal vez, sumergida bajo esa pátina hedonista, se ocultara un alma más aguda de lo esperado.

—Básicamente —empezó, incorporándose a su vez como si sus palabras fueran a tener consecuencias más graves si las comunicaba en una posición más relajada que la de su interlocutor. Se detuvo unos segundos. Dudó sobre si realmente debía desvelárselo. Se trataba de un acto cruel, se reprochó. Pero pesaba más el ansia de liberar el dolor que oprimía su corazón que el daño que podía causar, que en cualquier caso sería efímero— ... afirma que dentro de una hora UTC los Jueces Supremos de una civilización originaria del planeta que conocemos como Gliese 581 g decidirán si hemos alcanzado, literalmente, "las cotas exigibles de dignidad y solidaridad propias de cualquier especie en nuestra fase de desarrollo tecnológico". De no ser así, nos advierten de que seremos exterminados antes de que nos convirtamos en un, otra vez literalmente, "cáncer para el cosmos". Y, amigo mío, no tengo dudas acerca de cuál va a ser su veredicto.

Él se quedó mirándola fijamente, como quien contempla extasiado una obra de arte arrebatadora o como miraría el hacha que desciende a punto de abatirse sobre tu



cuello. Su mutismo hacía que cada segundo pesase el doble, los gemidos del perro se habían convertido en aullidos desesperados y, cuando ella ya no podía soportar más aquellos ojos escrutándola hasta el hueso, él estalló en una estruendosa carcajada. Esa reacción incongruente la pilló completamente desprevenida. No podía negar que a un lego la historia podía parecerle increíble. A ella misma le sonaba rara mientras la contaba. Pero había investigado y trabajado tanto sobre el manuscrito de cobre que había pronunciado su conclusión, tan desoladora como incuestionable, sin titubeos. Y su amante, al que había decidido confiársela, se lo pagaba partiéndose de risa.

Sus zaraños sobre la cama provocaban que la cabecera golpeará la pared. La posibilidad de que el escándalo hiciera que se presentara en la habitación un empleado del hotel reclamando silencio hizo que un rubor ardiente trepara hasta la raíz de su cabello. Además, por nada del mundo, aunque disfrutaran de sus últimos coletazos, quería que vieran a una mujer madura y respetable como ella retozando con un jovencito. Su conducta siempre había sido intachable y ésta no iba a ser la excepción.

—¡Para ya, hombre! —exigió cubriendo su boca con la palma de la mano. A su pesar, notó un calor muy agradable—. ¡Conseguirás que nos llamen la atención!

Él fue calmándose poco a poco. Cuando hubo recuperado la compostura se secó las lágrimas en las sábanas y la sorprendió con una pregunta no exenta de ironía, una cualidad que se le suponía sólo a personas más formadas:

—¿Y tú te tragas eso? ¿Desde cuándo una mujer madura, respetable y culta como tú —“¡Dios me libre!”—, pensó ella. “Parece que me haya leído la mente”— se fía de profecías apocalípticas? Mira, no soy el gigoló de playa con un guisante por cerebro por el que me has tomado. ¿O siempre te montas este tipo de historias para limpiar tu mala conciencia cuando vas en busca de tíos con los que aliviarte?

Desde luego, había subestimado al chaval. No era la primera vez que le pasaba con los hombres, por desgracia. Su última pregunta escoció, pero lo que de verdad la ofendió fue que hubiera puesto en duda su capacidad profesional.

—¡La historia tiene que ser cierta, botarate! —utilizó esa expresión trasnochada a propósito, para que se preguntara qué demonios significaba—. Escucha: en ese manuscrito se describen fielmente pueblos de América, Asia y Oceanía de los cuales quienes lo grabaron no podían ni sospechar su existencia. Además, se incluyen mapas astronómicos que señalan con total precisión la posición de cuerpos celestes desconocidos para la época, entre otros su propio mundo, el exoplaneta de la estrella Gliese que fue catalogado en 2010 y del que hasta un mendrugo como tú debió oír hablar en su día. ¿Cómo explicas eso, eh? Quienes dictaran el contenido de esos rollos a los indígenas del sur de España hace cinco mil años provenían de fuera de la tierra y no mentían —remató ella cruzándose de brazos, henchida de una pueril satisfacción.

—Eh, estás realmente convencida de lo que dices. Vaya, me dejas consternado —comentó con un retintín que desmentía completamente su afirmación—. ¿Sabes? Últimamente no veo mucho la tele, pero supongo que de alguna manera me habría enterado de semejante anuncio de aniquilación. ¿Dónde está la policía, el ejército o, no sé, los hombres de negro? —preguntó con sorna asomándose a la ventana, por la que

empezaban a colarse los sonidos del cercano amanecer. El perro, por contra, enmudeció.

Ella suspiró. El chico se lo estaba poniendo difícil. Sin embargo, no podía dejarle a medias y largarse. Bueno, ciertamente sí podía, pero ahora hervía en deseos de defender su historia hasta el final.

—No me limité a restaurar el rollo de cobre, también fui yo quien lo interpretó. Sin colaboración. Soy arqueóloga y lingüista, ¿recuerdas? Al advertir lo que revelaba, decidí silenciarlo. ¿De qué hubiera servido darlo a conocer al público? ¿Para desatar una ola terrible de caos y violencia antes del juicio alienígena y empeorar las cosas? Aunque claro, si todo el mundo se lo hubiera tomado como tú... —dejó caer despreciativamente.

El chico ignoró su pulla, le dio la espalda y se deshizo de la toalla con un movimiento tan rápido que la inesperada visión de sus cinceladas nalgas le cortó la respiración.

—Uf, menudo peso sobre tus hombros, ¿eh? No quiero ni imaginármelo.

Cogió la ropa que había dejado sobre una silla y empezó a vestirse.

—Suponiendo que lo que cuentas no sea una trola —apuntó con un tono aún desconfiado, aunque más serio—, tal vez E.T. sea indulgente con nosotros y nos perdone, o nos adopten como mascotas. Oye, ¿y si se tratase de una broma cósmica y se presentasen gritando “¡inocente, inocente!”? Pero no, no puede ser. Aún queda mucho para diciembre.

Se volvió hacia ella sonriente y con la camisa a medio abrochar. No había nada que hacer, se lo tomaba todo a chacota.

—¿Y qué hiciste con el rollo? ¿Esconderlo? —preguntó distraídamente.

Una alarma saltó en su cabeza y la puso a la defensiva.

—¿Para qué quieres saberlo? —espetó.

—En fin, si un médico dictaminara que me quedan dos meses de vida, yo pediría una segunda opinión. Ya me has dejado claro que eres buena en lo tuyo pero, ¿no crees que convendría pedirla también en este caso?

Ella continuó mirándole con los ojos recelosos y el gesto torcido. Al principio él creyó que mostraba esa actitud porque había dudado de sus conclusiones, pero luego cayó en la cuenta de que la desconfianza en su rostro se debía a otra cosa muy distinta.

—¡Ahí va, crees que quiero apropiarme del rollo! Por el amor de Dios, lo del conocido que roba cobre era broma. No me interesan los códices calixtinos.

Ella alcanzó a murmurar “pues podría valer millones” mientras desviaba la mirada y se censuraba por ser tan estúpidamente paranoica.

—Madre mía. Según la infalible opinión de la señora, faltan minutos para el final y sólo está preocupada por si intentan robarla o desacreditarla. Buf, no me extraña que estés convencida de que tus vengadores del espacio van a fumigarnos. Seguramente es la decisión que adoptarías tú si de tu juicio dependiera. Pero, ¿sabes? —inspiró profundamente para aplacar su enojo antes de proseguir—. No creo que seamos tan

malos. Ni tampoco que lo sean ellos, si existen. Debe haber sido duro para ti vivir siempre con tanto miedo.

Cuando vio sus lágrimas supo que había sido demasiado severo con ella. Sintió una curiosa comezón en la boca del estómago, como si un duende travieso estuviera sembrando bien profundo semillas de afecto. Invadió su lado de la cama y la abrazó.

—Está guardado en la caja fuerte de la habitación —dijo ella inesperadamente, demoliendo sus reparos. “La verdad es una píldora que cura muchos males”, pensó. Y añadió—: ¿Quieres verlo?

Él se separó de ella y la tomó por los hombros. Ella no logró determinar qué tipo de fantasmas cruzaron por su cara mientras parecía sopesar su propuesta. Al final, el chico declaró de forma solemne:

—Mejor no tentar a la suerte. Quizás esa caja sea ahora como la de Pandora y no nos convenga abrirla. Mantengamos dentro esa cataplasma de cobre agorera.

Ahora fue ella quien se puso a reír con ganas.

—¿Ves? Un tipo que con sus gracias hace reír a una mujer tan seria como tú no puede pertenecer a una especie que merezca la extinción.

—No, no es eso —tuvo que puntualizar, sorbiendo los mocos—. Es que la caja de Pandora también era de cobre.

Él levantó los brazos al cielo. “¡No tiene remedio!”, declamó en falsete.

Sin más, se le vino encima como Zeus sobre Europa, un toro embistiendo, y ella se dispuso a dejarse raptar. Antes, sin embargo, tuvo tiempo para consultar de reojo su reloj de pulsera y constatar que la campana estaba a punto de sonar. Recordó por segunda vez en la noche el epitafio del poeta Keats, “aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en al agua”. Como el de todos nosotros, en definitiva. ¿Quién quedaría para llorar por cuanto de una forma u otra estaba destinado a desaparecer? Y mientras su cuerpo era medido, tasado y amasado por el de su captor, una claridad extraordinaria penetró por la ventana anegando la estancia. Su luz arrebolada, rojiza como los destellos del cobre anunciador, bañó a los amantes. Fueron conscientes de su allanamiento a pesar de que sus párpados les cubrían los ojos para saborearse más intensamente, y ambos desearon sin pausar sus besos que se tratase simplemente de un poderoso y nuevo amanecer.

## **EL MISTERIO DE CHUQUICAMATA**

*Alfredo Villaverde Gil*

Mientras contemplo este cráter gigantesco labrado por la mano del hombre, resuenan en mi cerebro los versos del Dante al inicio del Canto I de su Divina Comedia: *¡Cuán dura cosa es decir cuál era esta salvaje selva, áspera y fuerte, que me devuelve el temor al pensamiento!* Y es que, desde el mirador donde apenas la mirada alcanza a vislumbrar este enorme hondón elíptico de más de 4 kilómetros de largo por más de 3 kilómetros de ancho, pareciese que el descenso a sus profundidades cercano a los mil quinientos metros, vaya a ser el camino de ingreso a las entrañas infernales del planeta. El guía desgrana su discurso de datos y cifras para captar la atención y más tarde despertar el asombro de la veintena de visitantes que asistimos al insólito espectáculo: *Chuquicamata es la mina a cielo abierto de extracción de cobre más grande del mismo. Más de seiscientos mil toneladas métricas de cobre fino se extraen cada año de su interior. La mina inicio sus actividades industriales en el mes de mayo de 1915 cuando sus propietarios los norteamericanos hermanos Guggenheim comenzaron su explotación que va a durar prácticamente un siglo, ya que en el 2015 está previsto que se inicien las extracciones de la nueva mina subterránea.*

Recién llegado del largo periplo que me ha traído desde Madrid hasta aquí y aún no repuesto de la última parte del mismo desde las playas de Antofagasta hasta Calama, sede actual de los mineros de Chuquicamata, siento como mi cuerpo acusa los tres mil metros de altura que he alcanzado en el trayecto por la Ruta 25 chilena, la carretera que a través del inmenso desierto de Atacama une la costa norte del país con este páramo colosal donde se ubican las minas de cobre más grandes del mundo. No sé si se debe a la menor oxigenación del cerebro o a una ilusión óptica debida a la calima que envuelve esta espiral inmensa de caminos y cruces que surcan las laderas grises con reflejos metálicos, lo que me lleva a imaginar un ir y venir incesante de hombres agotados por el esfuerzo de arañar la tierra para arrancarle sus preseas, mientras un sol cegador hace guiños sobre los bruñidos metales de los camiones oruga que, como inmensos insectos de patas descomunales, recorren una y cien veces las paredes de la mina cargados con la preciosa carga del mineral.

Una parte de mí se pregunta todavía como estoy en este lugar fantasmagórico e irreal, más propio de una narración de Asimov o Lovecraft que de mis paseos por el parque del Retiro madrileño y mis escapadas a los teatros de la Gran Vía. Un compañero de visita, moreno de pelo y piel, tocado como yo con su chaleco y su casco rojo, exhibe su sonrisa más generosa y me hace objeto de sus confianzas: —Ya ve, treinta años viviendo en las riberas del Loa y es la primera vez que vengo a ver la mina. Y yo le contesto: —Pues yo llegué ayer a Chile por primera vez y ya me tiene aquí, al pie del cañón.

Y ES QUE TODO empezó en Madrid hace apenas un mes y medio. A la muerte de Inés, la tía, mejor dicho la *nana*, pues así la llamé siempre a lo largo de mis sesenta años de existencia. La *nana* lo había sido todo en mi vida desde mi infancia ya que mis ojos infantiles la vieron siempre junto a mí, guiando mis primeros pasos, llevándome al colegio, a mi lado en esa ardua labor diaria de descifrar palabras y números, de acuñar poco a poco códigos y costumbres, normas de vida. Inés fue mi confidente en

los gozos iniciales y las primeras penas de amor, secó mis lágrimas y besó mis sienes cansadas en las madrugadas de mayo cuando me rendía al sueño después de noches de estudio previas a los exámenes de la Facultad de Derecho. Inés fue la primera en besarme en la frente el día de mi boda y en limpiar el agua bautismal de la de mis hijos. Ella fue mi apoyo, mi guía hasta que una mañana de enero, el cierzo de la muerte silenciosa se la llevó en sus brazos de la misma manera callada y dulce como había vivido.

He sacado la foto mientras descendemos al corazón de la mina. El micrófono del guía de la empresa CODELCO (la Corporación del Cobre chilena explotadora del yacimiento desde su nacionalización en 1971 por Salvador Allende) tiene ahora un chirrido metálico que desagrada al grupo y hace que sus palabras nos lleguen cortantes y a veces confusas: *La nueva mina subterránea de Chiquicamata explotará en los próximos cincuenta años, los yacimientos de mil setecientos millones de toneladas existentes en su interior. A través de un complejo circuito de túneles y galerías con mil kilómetros de recorrido alcanzará una producción de trescientas cuarenta mil toneladas de cobre al año y dieciocho mil de molibdeno. Su galería principal de quince kilómetros y cuatro niveles de producción con 5 rampas de aire limpio y 2 chimeneas extractoras, garantizarán las mejores condiciones de trabajo para los mineros.* Miro los ojos negros y brillantes de la joven que parecen reconocermme en la fotografía, su vestido blanco de volantes y su brazo izquierdo que se aferra con determinación al antebrazo del hombre, ahora ya su marido, que mira de frente a la cámara con una sonrisa divertida y un aire de fresca vitalidad, como si estuviese ya deseoso de despojarse del traje negro rayado y el lazo rojo sobre la camisa blanca que revisten su atlética figura haciéndole parecer aún más alto al lado de la frágil y delicada Inés.

NO QUISE tocar nada. Al volver del cementerio me envolvió la soledad del piso que había sido mi hogar durante tanto tiempo y los recuerdos dibujaron con rápidos trazos una acuarela de mi vida pasada. La temprana muerte de mi madre, víctima de una enfermedad infecciosa, cuando apenas yo tenía diez años y las ausencias cada vez más prolongadas de mi padre al tratar de rehacer su vida en los brazos adormecedores del trabajo, del alcohol y de las relaciones fáciles con ocasionales compañeras sentimentales que ocupaban nuestra casa unos días, a veces unos meses, para desaparecer después sin una explicación ni un adiós. Por todo ello, la *nana* Inés había ocupado siempre el lugar dejado por la madre desaparecida y el padre más pendiente de encontrar de nuevo su camino truncado que de cuidar a un niño al que parecía no querer demasiado.

Antes de irme, eché una última ojeada y me detuve sobre el único objeto perteneciente a la nana que recordaba haber visto siempre en la casa. Ocupaba su lugar habitual, en el centro de la superficie de la mesa camilla y sobre un pañito blanco bordado al ganchillo que Inés hiciera para él. Era un gran jarrón de latón bruñido y brillante como si acabase de ser comprado. Ella lo limpiaba y cuidaba como si fuese un niño ya que en él depositaba su única ilusión cotidiana, un ramo de flores frescas que compraba cada ocho o diez días en la floristería de la esquina y renovaba cuando se comenzaban a marchitar por el paso del tiempo. Y ahora, al retirar el último centro

floral ya deshecho por su ausencia para llevarme el jarrón, sentí en su interior un tintineo leve que, al volcar el objeto me reveló una pequeña llave perteneciente al parecer a un joyero o neceser.

En lo más profundo de la mina huele a sulfuros y un polvo finísimo parece invadir los pulmones hasta dejarnos casi sin respiración. Una joven rubia, casi adolescente, ríe sin causa aparente pero de pronto sufre un golpe de tos que no acaba nunca y su pareja que celebraba su risa como una broma se asusta y reclama la atención del guía. —*No se preocupe. A veces los provocan los sulfuros de aquella parte de la mina. En esta se explotan los óxidos de cobre. Por si les interesa, existe una leyenda muy hermosa sobre el nombre de la mina. Un guerrero logró alcanzar con su lanza al dios de los metales, el Cóndor de Oro, y este le dio a escoger entre dos minas de oro y una de cobre. Temeroso de causar la envidia o de las represalias si escogía una mina de oro, el indígena escogió la de cobre, y el dios le dijo que se extendería hasta donde su lanza (chuqui) llegase en la distancia (camata). De ahí el origen aimara de nuestra Chuquicamata. Y luego, dirigiéndose a mí, continúa: —La mina ya estaba en explotación cuando los españoles llegaron a estas tierras. Cuenta la leyenda que en 1533, los indígenas feudatarios del gran Inca Atahualpa, llevaban sus presentes de oro al Cuzco cuando recibieron la noticia de su muerte y entonces enterraron el Gran Tesoro del Inca en una laguna existente en la cumbre del cerro Quimal. Desde entonces el tesoro está maldito y aquellos que han rescatado algunas de sus piezas han muerto siempre de forma violenta. Desde 1915 hasta el 1 de septiembre de 2007, cuando se desmontó el poblado minero y se trasladó a los trabajadores y sus familias a la villa de Calama, a quince kilómetros de aquí, la historia de la mina y de sus trabajadores ha sido rica en sucesos y anécdotas, leyendas y costumbres que forman parte de la historia viva de Chile.*

RECORRO el dormitorio de Inés con la llave recién encontrada en la palma de la mano. Al cerrarla con fuerza siento como se clava en mi carne y despierta un latido interior que me conduce hacia el lecho ahora ya vacío. Tardo un rato en descubrir debajo del colchón una cartera de cuero negro cuya cerradura cede sin esfuerzo al introducir la llavecita. En su interior hallo una alianza de oro y una fotografía un tanto desvaída en la que una joven morena y agraciada posa con su traje de novia y ojos rebosantes de felicidad dando el brazo a un apuesto galán de ojos azules y mirada ausente que de inmediato provoca en mí un estremecimiento por su gran parecido con mi madre, aquella cuya memoria guardo también a través de sus fotografías. En el reverso, leo con dificultad: *Antonio e Inés. Chuquicamata 4/3/1946*. Cuando observo con más detenimiento el anillo descubro grabado en su interior: Amor eterno. Tu Antonio. La sorpresa me paraliza algunas horas y siento la presencia cálida de Inés susurrándome al oído palabras llenas de ternura, como si su espíritu no hubiese abandonado la casa y quisiera guiarme en este laberinto que se abre ahora ante mí, mientras el nombre recién descubierto gira y gira en mi cerebro como una melodía de sonoras notas: *Chu-qui-ca-ma-ta*.

Al llegar a mi casa, cuando enciendo el ordenador y entro en Internet para descubrir el significado de la palabra mágica, recibo un torrente de información que incrementa la sensación de sorpresa recibida. Chuquicamata, la mina de cobre más grande del mundo a cielo abierto, se encuentra a 1650 kilómetros al norte de Santiago de Chile, en mitad del extenso desierto de Atacama y a una altitud de unos 3000 metros sobre el nivel del mar. ¿Una mina de cobre al otro lado del mundo? ¿Inés en ella con su esposo que guarda un parecido asombroso con mi madre? ¿La fecha de su boda apenas un año antes de mi nacimiento? Preguntas sin respuestas que me conmocionan y a la vez despiertan en mí el urgente deseo de conocer la contestación a un misterio oculto durante tantos años y que ni siquiera el amor profundo de Inés hacia mí había sido suficiente para desvelarlo antes de su muerte.

La sonriente camarera del Club Social de Empleados de Chuquicamata sonríe cuando me dirijo a ella por su nombre que he oído en la boca de otros comensales: —Gladys ¿queda algo para mí? —Voy a ver, señor, porque estamos a tras horas y con la cocina cerrada. Hay que almorzar antes de la visita de la mina— es su respuesta mientras finge refunfuñar para traerme enseguida un caldo de pollo muy sabroso y unas costillas de cerdo acompañadas de choclo y papas, aunque sin poder ser regadas por un buen vino chileno. —Sólo agua o gaseosa— dice mientras limpia la mesa. Y añade bajito: —La principal causa de muerte en la mina ha sido siempre el exceso de alcohol. Me sirve un mate para rematar la faena y cuando dejo unos billetes de cien pesos en el plato como propina se torna más solícita y amable: —¿Eres español? —me tutea de improviso. —Sí, señorita Mimica —respondo después de leer su apellido en el pequeño cartel impreso que lleva sobre el pecho. Se sienta frente a mí con toda naturalidad, sin duda por ser yo ahora el último de sus clientes y cuando le explico el objeto de mi viaje, mira la foto que le muestro con atención y me ofrece una sabia respuesta: —Mi familia ha trabajado desde siempre en la mina. Mi abuelo Fernando era propietario del colmado más popular y mi abuelo Juan fue supervisor durante más de treinta años, puesto que heredó de su padre. Si hay alguien que pueda saber algo de esta foto es él, aunque ahora se le va a veces un poco la cabeza porque tiene noventa años. —Gracias, gracias. Me hospedo en el Park Hotel de Calama y me sentiría feliz si puedo visitarlo y hablar con él sobre el tema— digo mientras pongo mi mano sobre la suya en un gesto de cariño que no rechaza. —No hace falta. Yo le diré cuando regrese a casa que vaya a su hotel mañana en la mañana. Y no se le olvide invitarle después del desayuno a un buen trago de whisky. Es lo que mejor refresca su memoria y deja suelta su lengua—, da por terminada la conversación mientras retira los platos y me devuelve el cariñoso palmeo con su mano libre.

EL MISTERIO de aquella fotografía descubierta en el dormitorio de mi *nana* Inés me hace pedir un par de semanas de vacaciones en el trabajo y aventurarme a preparar el viaje cuya primera y más larga escala será Santiago de Chile.

A bordo del avión que me llevará al otro lado del Atlántico, refresco mis conocimientos sobre el cobre un tanto oxidados y tomo unas breves notas para no

desentonar si necesito hablar sobre él en mi periplo chileno: *Del griego k̄pros y del latín cúprum viene el nombre del elemento químico cuyo número atómico es el 29 y su símbolo Cu. Es un metal de transición de color rojizo y brillo metálico que se caracteriza por ser uno de los mejores conductores de electricidad. Gracias a su alta conductibilidad, ductilidad y maleabilidad es el más utilizado para fabricar cables y otros componentes eléctricos y electrónicos. Forma parte de una gran cantidad de aleaciones con mayores propiedades mecánicas y menor capacidad de conducción eléctrica, siendo el bronce por su aleación con el estaño y el latón con el zinc de las más apreciadas. Fue uno de los primeros metales utilizados por el hombre en la Prehistoria y su importancia es constante a lo largo de los siglos para el progreso de la humanidad, cobrando un nuevo impulso en 1831 tras la invención del generador eléctrico por Faraday.*

*El cobre es el tercer metal más utilizado del mundo con una producción de unos 17 millones de toneladas que apenas cubren la totalidad de la demanda mundial. Posee un importante factor biológico en el proceso de fotosíntesis de las plantas y es un oligoelemento esencial para la vida humana ya que contribuye a la formación de glóbulos rojos, vasos sanguíneos, nervios, huesos y el sistema inmunitario. El 90% de sus reservas se halla enclavado en los Estados Unidos, su prolongación en Canadá, los Andes de Perú y Chile, Indonesia y Zambia en la cuenca africana. La producción de Chile se aproxima al 40% de la mundial y su mayor mina conocida como La Escondida forma parte con Chuquicamata de los yacimientos más importantes del mundo. La producción española es pequeña en términos generales pero cuenta con una gran tradición ya que las minas de Riotinto en Huelva explotadas desde hace 5000 años y cerradas al inicio del siglo XXI por su baja rentabilidad, vuelven a ver la luz de la mano de EMED Tartessus, con una inversión de más de doscientos millones de euros.*

La voz de la azafata que anuncia nuestra inminente llegada al aeropuerto de Santiago de Chile me despierta del breve sueño en el cual he vislumbrado las figuras de barbudos guerreros revestidos de brillantes armaduras que acampaban a las orillas de un río llamado Salado y ponían herraduras de cobre a sus caballos bajo las órdenes de un fiero capitán llamado Diego de Almagro.

El viaje de regreso desde Chuquicamata a Calama, donde me alojo, ha transcurrido en apenas diez minutos. Tras la última ojeada al inmenso hondón de la mina y mi charla con Gladys, me asaltan a la memoria de nuevo los versos del Dante al inicio del Canto II de su "Comedia": *¡Oh, musas! ¡Oh, alto ingenio; sostenedme! ¡Memoria que escribiste lo que vi, aquí se advertirá tu gran nobleza!* En Calama, el atardecer pinta de matices cobrizos la fachada de la catedral de San Juan Bautista y yo me pierdo a orillas del río Loa para ver pasar la vida mientras seesteo en un banco del parque y recibo las miradas apreciativas de las mujeres que al pasar intercambian sus confidencias y risas sobre la presencia del maduro forastero en esta ciudad donde hasta hace pocos años todos se conocen.

La llamada en la puerta de la habitación del hotel me sorprende medio dormido y cuando miro mi reloj descubro con cierto asombro que son las siete de la mañana, hora



un tanto inapropiada para recibir visitas, a mi entender. Al abrir la puerta me sorprende la presencia de un anciano peculiar, con su poblada barba blanca y su camiseta marinera a rayas tan descolorida que pareciese haber soportado durante años los vientos australes con su dueño. Se destoca su gorra y me hace un guiño risueño de sus ojos azules: —Vamos, joven, hay que saludar el nuevo día. Soy Juan Mimica y mi nieta me ha comentado que precisa usted de mis servicios. Me hace gracia su naturalidad y el que me haya asignado una juventud perdida hace ya muchos años mientras que él parece un adolescente dispuesto a sorprenderse cada día con los rayos del sol naciente. —Hay que hacer tiempo. Mi cantina favorita no abre hasta las ocho. ¿Le gusta oír cantar al chincol?—. Me encojo de hombros y ante el signo de mi ignorancia, el anciano tira de mi brazo y me arrastra con él. —Creo que allá en España le llaman gorrión aunque en Chile es uno de nuestros pájaros más queridos. Cuando el macho canta, por su trino podemos saber a qué región pertenece.

Y así llegamos al parque junto al Loa. Juan me hace una señal de silencio con su dedo índice y señala la copa de un árbol donde avisto dos pájaros —chincos según parece— con su copete de rayas negras y su larga cola. El macho despereza la mañana con su canto de una gran belleza y Juan, en un susurro, repite las notas: —i-tío-chinchío-trri... Cuando el improvisado concierto termina, me ilustra sobre el tema: —El chincol, chingolo, cachillo, copetón y tantos nombres más como le damos me ha acompañado en todos los momentos de mi vida. Nacimientos, bodas, noches bajo las estrellas en Chiquicamata y hasta los entierros de los seres queridos saben de su canto. Y aquí vengo a diario para pedirle mi último deseo, cerrar los ojos para siempre en este parque una mañanita de primavera mientras me arrulla su cantar y yo le dedico también mi canción: Chincol, chincol/ devuelve a mi amor./ Chincol, chincol/ llévale mi corazón/. Pero, ea, ya que parece que hoy tampoco es llegada mi hora, dígame la causa de su venida hasta este lugar medio perdido del mundo.

ME SORPRENDE gratamente mi habitación en el Hotel Diego de Almagro de Santiago. Lo tomé por mi relativa amistad con el conquistador ya que a la sombra de su escultura ecuestre en la plaza mayor de la bellísima villa manchega del mismo nombre he escrito algunas de mis mejores páginas de creación literaria. Acomodado en un asador del centro de la ciudad próximo al hotel, degusto una botella del excelente vino del país y medito sobre los acontecimientos de mi improvisado viaje. Si Inés o su marido tienen algo que ver con mi familia ¿por qué todos ellos se han llevado el secreto a la tumba sin decirme nada? ¿cuál sería el motivo que llevaría a mi nana a dejar estas tierras australes para llegar a Madrid al poco tiempo de su matrimonio? ¿no estaré cometiendo un error al viajar hasta aquí y tratar de descubrir un misterio que ellos quisieron guardar para siempre?

Me despierto con dolor de cabeza y acudo a una Agencia de Viajes local para adquirir mi billete para Antofagasta y conocer su conexión con Chuquicamata. Allí, María Elena trata por todos los medios, incluso los de una avezada *working girl*, de desviar mi destino. Esquí en los Andes, la Araucanía, Osorno, Aysén e incluso Punta

Arenas; ciudades maravillosas como Valparaíso y Viña del Mar; islas mágicas como Chiloé y la isla de Pascua y hasta arriesgadas excursiones al Aconcagua o más placenteras en la ruta de las Bodegas, se ofrecen ante mis ojos como proyectos mucho más atractivos que ir a perderse en el desierto de Atacama, sobre todo cuando la gentil vendedora, en un último y desesperado intento, se ofrece a acompañarme si sigo sus consejos y conozco Chile de su mano. Mi generosidad sólo alcanza a prometer que a mi regreso de la mina y si me resta tiempo, accederé a descubrir alguno de esos lugares de sorprendente belleza que forman parte del patrimonio chileno.

Juan Mimica ha permanecido largo rato en silencio después de escuchar mi historia. Ha tomado la fotografía con su mano sarmentosa pero aún firme y ha entornado sus ojos hasta hacerlos dos finas rendijas que escudriñan las figuras ya un tanto desvaídas para traerlas de nuevo a su memoria. —Me tengo que llevar la fotografía y mirarla con una lupa que utilizo para estas ocasiones. Miraré también en el montón de viejas revistas que tengo sobre la vida en la mina. “Oasis” figúrese que tienen por título, cuando precisamente no era eso donde vivíamos en aquellos años al final de la Segunda Guerra mundial. Aunque no alcanzo a reconocerla no será difícil recordar quién era esta joven tan hermosa pues además no se celebraban muchas bodas en la mina en aquella época.

Y se va sin decirme un hasta luego o cuando nos volveremos a ver. Traigo a Neruda para pasear con él por las arboledas del parque y no sentirme solo en la media mañana de Calama que trina en mi oído la esperanza de desvelar el íntimo secreto de Inés: *Hay hombres/mitad pez, mitad viento,/hay otros hombres hechos de agua./ Yo estoy hecho de tierra./ Voy por el mundo/ cada vez más alegre;/ cada ciudad me da una nueva vida./ El mundo está naciendo./ Pero si llueve en Lota/ sobre mí cae la lluvia; si en Lonquimay la nieve/ resbala de las hojas/llega hasta mí la nieve donde estoy./ Crece en mí el trigo oscuro de Cautín./ Yo tengo una araucaria en Villarrica,/ tengo arena en el Norte Grande,/ tengo una rosa rubia en la provincia,/ y el viento que derriba/ la última ola de Valparaíso/ me golpea en el pecho/ con un ruido quebrado/ como si allí tuviera/ mi corazón una ventana rota.*

EL AUTOMÓVIL ronronea como un gato satisfecho cuando inicio el viaje hacia Calama y Chuquicamata. Parece querer devorar los doscientos kilómetros en un santiamén pero yo modero sus ansias y me dispongo a realizar el viaje casi como un elemento más del paisaje. La marcha me permite ir avistando un horizonte árido y un terreno de extremada pobreza hasta el punto de no gozar más que de una mínima y pobre vegetación. Al atardecer, el sol despliega sombras chinescas en los hondones de las dunas, dora los perfiles hasta crear un espejismo vegetal en las lejanas cumbres, porfía con la luna para alumbrar el camino hasta que se rinde y un enorme y pálido resplandor lunar invade todo, lo tiñe de reflejos grisáceos y sonidos inquietantes.

A mi lado, afloran restos de pueblos fantasmas y un aroma salino me alcanza desde la brisa que acaricia mi paso por la carretera recta y negra y sola hasta dejarme un escalofrío de inquietud en este universo peculiar y más propio de una visión extraterrestre

que de las hermosas playas del Pacífico que he dejado atrás hace apenas una hora. Según me voy acercando a mi destino, el corazón y la mente trabajan al unísono con más fuerza. Recuerdos y deseo se funden en uno solo para predecir en la distancia que me acerco al lugar donde encontraré respuesta a mis preguntas, donde se desvelará el misterio de Chuquicamata que Inés, mi nana, guardó escondido durante tantos años, quizás enterrado para siempre en su corazón, sin hacerme partícipe del mismo por no sé qué ocultos acontecimientos o designios que se llevase a la tumba como íntimo secreto.

De nuevo una alegre llamada con los nudillos de la mano en la puerta de mi habitación del hotel me viene a despertar de un sueño profundo pero atormentado por las pesadillas en el que la figura de Inés aparece ante mis ojos con su vestido blanco de novia manchado de sangre y sus labios murmurando sin descanso el nombre de Antonio. Cuando abro a mi visitante que no es otro que Juan Mímica veo bailar en sus ojos azules una mirada de felicidad. Y sin darme tiempo a paladear el café expreso que he pedido en la cafetería para despejar mis brumas matinales, pone su mano sobre la mía y me confía: —Nada de lo ocurrido en Chuquicamata se escapa a la memoria y los archivos de Juan Mímica. —Le pido un whisky doble que acepta con deleite y sin más preámbulos y entre sorbo y sorbo me revela: —Esta hermosa joven de la fotografía se llamaba Inés Parra y había llegado a la mina desde Valparaíso al escapar de un padre viudo y trastornado que la quería casar a la fuerza con un comerciante tan rico como anciano que despertaba la repulsión de la hermosa doncella. Cuando llegó encontró trabajo en el colmado de mi hermano Fernando y desde su mostrador se fue ganando con su belleza, jovialidad y simpatía, el afecto de la mayoría de los hombres que acudían con cualquier pretexto a comprar cualquier producto con tal de oír su voz cantarina y disfrutar de su risa fresca cuando escuchaba los piropos que le dirigían como sutiles mariposas aleteando junto a su oído.

Juan hace una pausa y desdobra un periódico amarillento para mostrarme una fotografía coronada por un gran titular: LA NUEVA MISS CHUQUICAMATA. Ahí me encuentro la figura grácil y delicada de Inés, su sonrisa franca y su gesto decidido en medio de un grupo de hombres elegantemente vestidos mientras uno de ellos le impone la banda con los colores de la bandera chilena. —Quiso la fortuna o la desgracia que aquel día conociese a Antonio Villafranca, un español de buena presencia y labia fácil que después de algunos años en Méjico tras huir de la derrota republicana en la Guerra Civil de su patria, había recalado en la mina en busca de fortuna y que al momento se enamoró de la muchacha. Tras de innumerables viajes al colmado y requiebros a Inés fue finalmente correspondido y ambos contrajeron matrimonio en la fecha signada en la foto que ha originado su viaje a estas tierras —asevera Juan y saca de sus bolsillos la fotografía que se llevó y ahora me devuelve para continuar luego su narración.

—Al poco de su boda llegó a Chuquicamata un ingeniero norteamericano alto, fuerte y fanfarrón que pronto inició su visita diaria al colmado de mi hermano Fernando donde, entre trago y trago de whisky, encendió un deseo malsano por la hermosa Inés,

que se veía día a día obligada a repeler de forma más seria y desagradable lo que primero fuesen insinuaciones y luego descaradas propuestas del matón. John, que así se llamaba, comenzó a desplegar una conducta errática y persecutoria de los trabajadores y se cebó en Antonio cuando supo que era el marido de Inés y desde su obcecación supuso que el único obstáculo a su pasión por ella. Lo mandó al lugar más insalubre y peligroso de la mina y en sus frecuentes borracheras entre tiros al aire y bronca, se jactaba de querer acabar con él para ocupar su lugar en el corazón de la chilenuita.

Ni siquiera cuando una incipiente hinchazón del vientre de Inés hizo ver su embarazo, cejaron sus embates sino que, al contrario, esto acabó de acentuar su desvarío y una tarde cuando ella se dirigía a su humilde choza de vuelta del trabajo, la asaltó e intentó violar tras desgarrar su vestido, labor que no pudo consumar al parecer por su estado etílico. Aquella misma noche, y sin dudas a instancia de su marido, la joven desapareció de la mina sin que nunca más supiéramos de ella—.

Juan finaliza su perorata y queda en silencio. Juguetea con sus manos sin mirarme a los ojos y, tras una larga pausa, continúa finalmente: —Nos queda la peor parte de la historia. La ausencia de Inés provocó en el americano una especie de locura persecutoria hacia Antonio al que amenazó para conseguir saber su nueva residencia. Antonio, poseído por la melancolía, llevaba cada semana a hurtadillas una carta para su esposa que entregaba a mi hermano Fernando para que la llevase al correo. Una fría noche de enero, apareció el cuerpo de Antonio muerto en su humilde casa de madera del campamento y sin explicación alguna fue enterrado en el cementerio. Acosado por los comentarios y el desprecio que su paso despertaba entre todos los obreros e incluso entre los gerentes. John se suicidó un par de meses después con un disparo de revólver. El tiempo fue desvaneciendo los recuerdos y el olvido sembró su semilla hasta ayer cuando su visita ha abierto de nuevo las páginas de la historia. A su salud —paladea Juan el último sorbo de su whisky y, tras sorprender una sombra de dolor en mi mirada causada por el final de su narración, palmea afectuosamente mi mejilla con la palma de su mano y se marcha con un último destello de afecto en sus ojillos vivaces.

Mientras parpadean las luces de Santiago a lo lejos y el avión remonta el vuelo en su trayecto de regreso a Madrid todas las piezas del rompecabezas empiezan a ensamblarse en mi cerebro. La ternura materna de la nana Inés que me acompañó y protegió toda la vida. El desapego de mi madre más atenta siempre a sus imaginarios achaques y a los avatares gozosos de la vida social que a mis necesidades y el rígido proceder de mi padre que parecía más propio de un maestro de internado que de un progenitor con su único hijo. La ansiedad con la que Inés esperaba siempre la llegada del correo y cuando el timbre de la puerta anunciaba alguna visita inesperada, Sus silencios y sus lágrimas cuando me acogía en regazo y me adormecía bajo los ecos de una canción de su tierra que hablaba del dolor de la ausencia. Me adormecí y en el sueño tuve una extraña visión en la que la gigantesca estatua de la Libertad neoyorkina abría sus brazos y me estrechaba mientras su rostro de bronce ahora con los rasgos de la nana Inés depositaba un dulce beso en mi frente.

Aquel fin de semana inicié una peregrinación periódica a la tumba de Inés. Un ramo de rosas frescas, una plegaria y un alado beso eran la ofrenda póstuma que los recuerdos y el desvelado misterio de Chuqicamata me hacían llevar a la tumba de mi madre.

## **EL SOÑADOR DEL COBRE**

*María R. Gómez Iglesias*

A Lisardo Quiroga le gustaba asomarse a la ventana las noches sin estrellas. Si, además, acompañaban los grillos, podía estar horas enteras sin moverse, con la mirada perdida en la hilera de luces anaranjadas que brillaban en Lucenza. Había cogido esa costumbre justo al faltarle el trabajo. Desde entonces, pasaba más tiempo de pie, junto a la ventana, que acostado en la cama, algo a lo que Manuela, su mujer, ya se había resignado. Al principio, cuando empezaron aquellas noches en vela, intentaba hablar con él y animarlo.

—¿Qué quieres que te diga? Lo de poner ladrillos tampoco es que fuese el no va más. Ya sé que llevabas muchos años en eso, pero acuérdate de que empezaste por casualidad. Fue cuando nos casamos que el bueno de Joaquín te contrató.

Él no le contestaba. Nunca despegaba los labios, ni siquiera cuando su mujer extendía ante él un amplio abanico con las ocupaciones que podía encontrar.

—Ya sé que son malos tiempos. ¿Qué me vas a decir? Cada día tengo menos encargos para coser. Pero tú eres un manitas. Se te dan bien los grifos, la luz, las estufas, la pintura, colocar tejas, por no hablar de lo del campo... En todo te las arreglas.

Mientras le hablaba, Manuela se mantenía al acecho por si él la escuchaba. Pero era inútil. Lisardo continuaba callado, clavado en el suelo y con la mirada perdida.

—Y siempre puedes seguir con los ladrillos. La gente te llamará, seguro. El día del entierro de Joaquín, ya alguno me preguntó si le podías hacer alguna chapuza. Pedro, el de Herminda, quiere levantar un muro y Evaristo, abrir un balcón a la fachada. Ahí tienes.

Sin embargo, él permanecía en silencio, como mucho tamborileaba con los dedos en el alféizar o suspiraba entrecerrando los ojos. Eso era todo.

Lisardo Quiroga no era un hombre fácil y no solo por lo de sus noches en la ventana y sus silencios. A aquello había venido a juntársele una rara agitación en las manos que le había aparecido recientemente. No podía parar de moverlas, trazaba gestos en el aire, desplazaba los dedos como si estuviera dibujando, amasando o trenzando nudos... Fuera lo que fuera, también empezó a ocurrirle al quedarse sin trabajo. Únicamente cuando estaba asomado a la ventana, sus dedos parecían tranquilizarse, aunque a veces tamborilearan en la oscuridad para acompañar su infortunio.

La vida no era fácil. Nunca había sido fácil, pero, desde que estaba en el paro, la situación no solo se había complicado, sino que se había vuelto extraña. Y era en esa extrañeza en la que vivía instalado Lisardo Quiroga. Pasaba las noches en vela, asomado a la ventana de su habitación, quieto como un muerto, contemplando el vacío. Llevaba así desde que murió Joaquín y su viuda tuvo que cerrar la empresa. Ahí empezó todo: las manos enloquecidas, las noches en la ventana, el vacío...

Manuela lo llevaba lo mejor que podía. Lo que más le preocupaba era proteger a su hijo Andrés, anonadado por la coreografía manual que ejecutaba su padre a todas horas: en la mesa, en la huerta, al hablar con los vecinos, segando el trigo...

—¿Por qué mueves tanto las manos? ¿Por qué lo haces? —lo interrogó un día.

Lisardo lo había mirado en silencio. Una sombra de tristeza se le asomó al fondo de los ojos. Evidentemente, la sombra no era la respuesta que el niño buscaba, pero era

algo. Algo que convenció a Andrés de que lo que le pasaba a su padre estaba más allá de su voluntad y de que, si su padre hubiese podido, habría acabado de un plumazo con aquellos estrambóticos movimientos de sus manos.

Fue precisamente por aquella mirada triste que Andrés decidió defender a muerte a su padre y fue también por aquella mirada que las burlas en el colegio empezaron a saldarse con algún mamporro al gracioso de turno. Sin embargo, cada día proliferaban más los guasones en el patio y llegó un momento en que ya no daba abasto. Así que concluyó que era mejor no salir al recreo y meterse en la biblioteca. Al principio, leer no leía mucho, pero, como lo mataba el aburrimiento, se puso a ojear los libros de las estanterías, sobre todo los que tenían dibujos y títulos tentadores, que hablaban de padres atrapados por crueles hechizos e hijos heroicos que los ayudaban a liberarse de su influjo terrible.

Manuela lo llevaba peor. A pesar de su legendaria entereza, no le resultaba sencillo adaptarse al giro que habían dado sus vidas. Estar casada con un tipo estafalario y ser modista en un pueblo pequeño no casaban demasiado bien. Ella hacía lo que podía: atender la casa, coser ropa para sus vecinos, criar a su hijo y, últimamente, cuidar de las manos desbocadas de su marido. Aunque lo cierto era que, por mucha voluntad que ponía en aquello, parecía que los acontecimientos la superaban.

Un incipiente verano de junio, en una de aquellas noches sin estrellas, Lisardo se mareó acodado en su ventana, tal vez por el bochorno, tal vez por la desesperación que le desbordaba el alma. Se giró sobre sí mismo y cayó. Sin más. Manuela lo llevó hasta la cama, le frotó las muñecas y las sienes con alcohol y, al oír que su respiración era acompasada, lo tapó con la colcha y lo dejó descansar. «Hemos tocado fondo —sollozó».

A pesar de aquel incidente y contrariamente a lo que solía ocurrir, ese día Lisardo durmió hasta bien entrada la mañana. Se levantó más tarde que el Ángelus, y se dirigió a la cocina para comer algo. Por el camino se tropezó con una cliente de Manuela que venía a probarse una falda. La saludó con al menos una docena de aspavientos, ademanes y quiebros que, como siempre sucedía, lo dejaron avergonzado. Cuando ya iba a huir de allí despavorido, escuchó la voz de su mujer que avanzaba hacia él desde el pasillo.

—Tu madre mandó recado. Ayer se quedaron sin luz. Dice que debieron de fundirse los plomos. Que te acerques para arreglárselos.

El pueblo de sus padres no quedaba muy lejos. Desde Lucenza se llegaba en una media hora andando. Si se daba prisa llegaría para la comida, así les haría compañía y de paso vería si necesitaban algo, aparte de lo de los plomos.

—¿Marcho para allá? —baluceó—. No me esperes. Me quedaré hasta la noche —rumió.

Lisardo bajó las escaleras, entró en la bodega, cogió su bolsa de herramientas y una gorra para protegerse del sol. Abrió la cancilla y emprendió su camino.

La comarca era una llanura dorada, cubierta de campos de trigo que se extendían hasta el infinito. Las tardes ventosas, a Lisardo le gustaba contemplar los sembrados.

Le gustaba casi tanto como estar en la ventana las noches sin estrellas. Era un fastidio que aquel día no soprase ni siquiera una suave brisa que ondulara el trigo, solo un calor pegajoso que entolecía su paso y acrecentaba la locura de sus manos.

A mitad del trayecto, se tomó un respiro junto a la fuente del Rosal, bajo la sombra de un ceibo. Mientras descansaba, observaba sus manos que parecían tener vida propia, como si estuvieran haciendo acopio de algo, algo que estaba en el aire y que él no podía distinguir, pero que sus manos pugnaban por recolectar.

Cuando se levantó, se notó mareado de nuevo. Por un momento, las flores del ceibo le parecieron aves posadas en las ramas, que se entretenían mirándolo fijamente. «¡Imposible! ¿Tienen que ser flores? —farfulló—. Por desgracia, no hay pájaros rojos en Lucenza. Los pájaros rojos traen buena suerte. Si hubiera pájaros rojos en Lucenza, tal vez cambiaría mi estrella».

Con aquella ácida nostalgia, se puso en camino. Sus manos seguían batiéndose furiosamente contra el aire. Ahora le pareció que moldeaban flores o quizá pájaros, pero fue solo un instante. Si intentaba entender sus convulsiones, se ponían como locas, agitándose con tanta fuerza que le molían todo el cuerpo. «Mejor dejarlas —decidió».

A la casa de sus padres llegó cansado. Entre las manos histéricas y el calor agobiante, creyó que se iba a romper por varios sitios. Fue la madre la que acudió en su auxilio. Era una mujer grande y corpulenta que lo llevó casi en volandas hasta la bodega en la que se refugiaban en los días calurosos como aquel. Cuando lo vio aparecer, el padre se acercó a palmearle la espalda.

Era evidente que ninguno de los tres hablaba mucho. Los saludos de rigor, algún comentario sobre Manuela y el niño y poco más. Sin más preámbulos, Lisardo se dirigió hacia dónde se encontraba la caja de la luz para inspeccionar la avería. Primero cortó la corriente. Bajó la palanca del interruptor general y esperó: no fuera a freírse como una anguila. Tras esto, con infinita paciencia, fue sacando uno a uno los fusibles de porcelana. Sus manos estaban encantadas, se las veía disfrutando de todo aquello, ejecutando unos movimientos exactos y ajustados a lo que había que hacer. Su dueño las miraba sorprendido, como si le fueran completamente ajenas y estuviera observando un fenómeno tan inquietante como asombroso.

Aquella precisión en sus acciones acabó por confirmarle lo que había sospechado desde la mala hora en que se le había declarado aquella absurda dolencia. «Es que mis manos enloquecieron cuando me quedé sin empleo —susurró—. Solo hay que ver lo felices que están trabajando, lo bien que se mueven, ni un mal gesto ni una sacudida, si parecen incluso armoniosas».

Y era cierto: a poco que se las viera, cogiendo aquellos fusibles con cuidado de no romperlos, examinándolos pulgada a pulgada para descubrir dónde se encontraba la avería, era imposible no estar de acuerdo: el paro las había trastornado. Solo necesitaban volver a ganarse la vida, hacer algo, sentirse útiles para recuperar la sensatez.

Lisardo sacudió la cabeza y continuó su tarea. Aquellos fusibles tenían el filamento de cobre fundido. Había que sustituirlo por uno sano, pero por mucho que revolvió en su bolsa de herramientas, no encontró ni un minúsculo cabo de hilo de cobre. Nada.

— He de hacerme con algo de hilo de cobre para arreglar esto —le dijo a su padre.

— No hace falta, tengo varias bobinas. Se las compré a un chatarrero que vino por la puerta. Nunca se sabe lo que uno puede necesitar —sermoneó, apareciendo casi instantáneamente con un fardo bajo el brazo.

Lisardo se quedó mirando la bobina que le daba su padre. En aquella semioscuridad brillaba de una forma hipnótica. La desenrolló y cortó con el alicate varios trozos pequeños, de no más de diez o doce centímetros. Después desenroscó los tornillos interiores de los fusibles y reparó el puente de alambre de cobre que se había fundido causando el apagón del día anterior.

No tardó mucho. Revisó también la toma de corriente, comprobó que el resto del circuito seguía en buen estado y cerró la caja de luz. Cuando todo estuvo listo, le pidió a su padre un par de aquellas bobinas de hilo de cobre que le había comprado al chatarrero y la guardó junto a las herramientas.

—Es un buen material: se dobla como la mantequilla y da gusto trabajarlo —dijo Lisardo en un derroche inusual de palabras.

Pero nada más cerrar la caja de luz, sus manos volvieron a las andadas, cabrioleando en el aire, estremeciéndose e incluso saltando por encima de su cabeza. Los padres ya sabían de aquello, así que fingieron no darse cuenta. Comieron todos en silencio: pan blanco, queso y sopas de ajo frías, que no estaba el tiempo para encender la cocina. Al terminar de almorzar, Lisardo se echó un rato a descansar, esperando a que bajara el sol.

\*\*\*

A eso de las ocho, lo despertó su madre. No había dormido mucho, pero al menos el cuerpo se había relajado. Tenía muchas ganas de contarle a Manuela lo que había descubierto: que lo que perturbaba a sus manos era la falta de trabajo. «Ese es mi mal —pensó, con esa clase de tristeza de las cosas que no tienen remedio».

Se despidió de sus padres y se puso en camino: una cantimplora de agua fresca, la bolsa de las herramientas al hombro, la gorra calada hasta los ojos y el paso firme. El calor aún se dejaba sentir. Se alegró al notar una leve brisa en el rostro. «¡Con este airecillo, el trigo estará bonito de ver! —se animó».

Era verdad. Los campos de trigo se movían formando dunas de lomos suaves y mansos remolinos. A él le parecían crines ondeando al viento y también le parecían las velas de mil goletas atravesando los mares... Divagaba tan entretenido que ni se había percatado de que llevaba las manos metidas tranquilamente en los bolsillos. No es que permanecieran quietas, que no lo estaban, pero al menos, desde que había salido de casa de sus padres, no dieran muestras de sus estrambóticas danzas. Lisardo se estremeció. De alguna manera, sus dedos seguían moviéndose, se frotaban unos contra otros, giraban y se estiraban igual que si enredasen con algo, pero sin salir de los bolsillos. Quedó expectante. «Que anden tan afanadas solo puede ser señal de que van a estallar en cualquier momento —masculló». Desde luego, que en todo el trayecto ni se asomaran fuera de los bolsillos lo tenía perplejo. «Esta sí que es una novedad —se pasmó».

Cuanto más reparaba en lo que estaba ocurriendo, más miedo le entraba. Pero de ningún modo se atrevía a sacar las manos de los bolsillos. El asunto no era fácil. Pensó en varias maneras de proceder: tirando de ellas rápidamente hacia arriba; o quitándolas muy despacio para que no se dieran cuenta. Tal vez lo mejor sería dejarlas que terminasen lo que estaba haciendo. «No vaya a ser que se pongan aún más furiosas. No me conviene soliviantarlas —se convenció». Así que decidió esperar. Todavía quedaba en el cielo una vara de sol. Tenía tiempo y no iba a precipitarse.

Rellenó la cantimplora en la fuente del Rosal, se sentó en un ribazo y aguardó. Estaba tan asustado que ni siquiera intentaba concentrarse en el ajeteo de los bolsillos para descubrir qué se tramaba en su interior. Le parecía que sus manos le daban vueltas a algún objeto...pero no era capaz de decir a cuál. Lo que no quería por nada del mundo era que se sintieran vigiladas. «Nunca se sabe cómo pueden reaccionar —siseó».

Así estuvo hasta que, cuando el sol ya empezaba a tocar el horizonte, de súbito, las manos de Lisardo Quiroga dejaron de moverse, se quedaron quietas, sin la más leve oscilación. Él se había mantenido alerta: los ojos muy abiertos, los labios contraídos, el cuerpo rígido. Por fin, después de la espera más tensa que recordaba en toda su vida, las manos salieron de su escondite. Pero no venían solas, cada una de ellas apretaba una figura hecha con los restos del hilo de cobre que, seguramente, se había metido en el bolsillo, después de reparar los fusibles en casa de sus padres.

Una de las manos, la derecha, apretaba una especie de noria de agua, con sus paletas y sus arcaduces. Aunque era algo imperfecta, podía identificarse sin dificultad. La otra, menos habilidosa, había tenido que conformarse con una flor, posiblemente una violeta de tallo corto y retorcido. Lisardo se quedó fascinado. La boca se le fue abriendo en un gesto de estupefacción que estaba más allá de su voluntad. Volvió a mirar aquellas figuras despacio, deteniéndose en los detalles, tratando de entender lo que estaba ocurriendo. Al mismo tiempo, retazos de palabras y de escenas atravesaban su mente: el hilo de cobre dorado y brillante...sus manos cortando tramos con el alicate para reparar el puente de los fusibles...su primera intención había sido tirar los restos, pero después recordó que no tenía hilo de cobre en su bolsa de herramientas y guardó el remanente en los bolsillos...«Las manos se encargaron del resto: una noria de agua y una violeta. Por eso iban tan entretenidas... ¿Cómo habrán sido capaces de hacer esto? Y cada una por su lado, sin ayudarse mutuamente que sería lo natural...—farfullaba conmovido».

Este último pensamiento lo espoleó. De un salto abrió la bolsa con las herramientas, cogió una de las bobinas de hilo de cobre que le había dado su padre, agarró un alicate y se sentó en la hierba. Lo primero que hizo fue cortar varios cabos y colocarlos en su regazo, después, con ayuda del alicate, empezó a darles vueltas, a retorcerlos, anudarlos, estirarlos, enroscarlos...Enseguida aquel galimatías de hilos fue tomando forma, evidentemente las dos manos trabajando juntas mejoraban mucho el resultado. En un santiamén había fabricado una mujer con volantes en la falda, melena y cuello largo. La alejó un poco para contemplarla en perspectiva. Se parecía a Manuela.



Casi sin dejarle respirar, sus manos se abalanzaron sobre los restos de alambre que quedaron esparcidos por la hierba y volvieron a reanudar su actividad rabiosa. De nuevo se pusieron a darles vueltas, a retorcerlos, anudarlos, estirarlos, enroscarlos... y en menos que canta un gallo surgió, primero un libro y después un sol balanceándose en el horizonte. Sin saber bien la razón, pensó en Andrés y en sí mismo.

El corazón le latía desbocado. «Si es un sueño, bendito sueño: después de tantas jornadas parado, por fin puedo hacer algo —se entusiasmó—. Las manos le caían relajadamente por los lados de su cuerpo, se las veía aplacadas y mansas, tal y como recordaba que eran antes de quedarse sin trabajo.

Lisardo estaba hipnotizado. Nunca hubiera creído que fuera capaz de hacer aquellas figuras... y con hilo de cobre. Recogió sus bártulos de la hierba, colocó la noria, la mujer, el sol y el libro en un lugar seguro de su bolsa de herramientas y reanudó su camino. «¡Mira qué es extraña la vida! —iba pensando—. Aquí están mis manos, complacidas y pacíficas, como si nada pasara. Por fin, han encontrado algo que hacer. Aunque no sé muy bien para qué me sirve todo esto de las figuras —se encogió de hombros—. No se parece demasiado a un trabajo, pero, si se están quietas, algo es algo».

El sol ya resbalaba por detrás del horizonte y la luz se iba disolviendo en la oscuridad que manaba del cielo. Lisardo caminaba con paso firme bordeando los campos de trigo que a aquellas horas se teñían de marrón y negro. El viento había cesado y la humedad del aire convertía de nuevo el calor de junio en sofocante y untuoso. «Siempre supe que era un manitas —sonrió—. Pero un manitas de hilo de cobre... —meneó la cabeza sorprendido».

Tras el último recodo, apareció su casa con la luz del balcón encendida. La dejaba Manuela si él estaba fuera al llegar la noche. Cuando entró, la cena ya estaba servida, el niño sentado delante de un plato de sopa y Manuela trajinando en la cocina.

—¿Cómo fue? —le preguntó su mujer.

—Se fundieron los plomos. Unos cabos de hilo de cobre y quedaron listos.

Manuela se volvió hacia él con una interrogación inscrita en la cara. Tantas palabras de su marido la dejaron boquiabierta.

—Os he traído un regalo —les dijo mientras se lavaba las manos en el fregadero.

El crío detuvo la cuchara a mitad de trayecto del plato a la boca y la madre se restregó las manos en el delantal. Los dos se miraron igual que si un ángel hubiera pasado sobre sus cabezas. Lisardo fue hacia su bolsa de herramientas y con tiento sacó primero la mujer de los volantes y se la entregó a Manuela, después el libro para Andrés. El sol en la cuerda del horizonte lo dejó frente a su plato porque era para él.

El niño saltó a sus rodillas y le rodeó el cuello. A Lisardo le brillaban los ojos con más fuerza aún que le hilo de cobre del que estaba hecho su sol volatineró.

—Está muy lograda, sobre todo los volantes de la falda. ¡Cuando los coso, a mí no me quedan tan bien! —le tembló la voz a Manuela.

—¡Y el libro tiene como letras! Esto tiene que ser muy difícil —rugió Andrés que miraba y remiraba a su padre como si lo viera por primera vez después de mucho tiempo.

Lisardo se sentó a la mesa y atacó su plato de sopa. La caminata le había dado hambre. Los otros se fijaron en sus manos: estaban tranquilas y mostraban evoluciones apacibles, nada de aspavientos lunáticos revoloteando entre las caras de los presentes.

\*\*\*

Después de cenar, y con el crío ya acostado, Manuela quiso preguntarle por sus regalos: la mujer con volantes, el libro y el sol funámbulo. Pero lo apacible del rostro de Lisardo, la quietud de sus manos y la viveza que intuyó en sus ojos, la hizo desistir de sus intenciones. Tenía la sensación de que toda aquella armonía recién llegada a sus vidas era muy frágil y que cualquier cosa podría quebrarla y devolverlos al pozo de la desesperación. Así que se dejó estar en silencio. Para celebrarlo, le sirvió a Lisardo un aguardiente que ella se acercó suavemente a los labios antes de que él la probara y se sentó a disfrutar de aquella sobremesa de tanta paz que refrescaba el sopor de la anochecida.

Estuvieron así, callados y abstraídos, hasta que Manuela se despidió para irse a la cama. Enfiló el pasillo hacia su habitación, se desvistió, se puso el camisón, se cepilló el pelo y se metió entre las sábanas. Debió de quedarse traspuesta porque cuando despertó seguía sola, acurrucada en un lado de la cama y con la lamparilla encendida. Descorrió la cortina para asegurarse de que aquella era una noche sin estrellas, una de esas en las que Lisardo se pegaba a la ventana, mirando eternamente al cielo sin decir nada. En realidad, también aquella noche esperaba verlo allí, asomado a la nada. Pero Lisardo no estaba.

Se echó una camisa sobre los hombros y salió en su busca. No le hizo falta ir muy lejos. Vio la luz de la cocina encendida, abrió despacio la puerta y lo encontró allí. Seguía sentado a la mesa, en el mismo sitio donde lo había dejado antes de marcharse a dormir. Sin embargo, quieto lo que se dice quieto no había estado. Esparcidos por el suelo había cientos de pequeños hilos de cobre. En una silla aparecían ordenados sus alicates, de mayor a menor, además de unas gruesas tijeras de podar y un pequeño martillo.

A aquellas horas de la madrugada, los ojos de Manuela se mostraban perezosos y torpes, pero se despertaron de repente cuando se fijaron en lo que había encima de la mesa. Allí distinguió innumerables figuras en formación, todas hechas con hilo de cobre, perfectamente alineadas igual que un batallón del ejército. Había salamandras, ranas, una estrella de mar, varias serpientes, flores, mosquitos, hormigas, un coche, dos bicicletas, nubes y lo más impresionante: en el centro, como un surtidor de luz dorada, surgía un gran pavo real con su inmensa cola iluminando el mundo.

—¿Tú crees que en la ferretería de Venancio venderán hilo de cobre? —fue todo lo que le dijo a su mujer al percatarse de su presencia en la cocina—. Ya se me están acabando las dos bobinas que me dio ayer mi padre.

Manuela no le escuchaba, tenía la boca abierta, le temblaban las piernas y tuvo que agarrarse a la pared para llegar sana y salva hasta el borde de la mesa. Cuando lo alcanzó, fue cogiendo una a una aquellas formas y escudriñándolas detenidamente. No les faltaba un detalle. Las salamandras lucían sus manchas en forma de anillas de dos

vueltas y tenían la cola erguida, en posición de ataque. Las patas anteriores de las ranas estaban dobladas y las posteriores estiradas a todo lo largo del cuerpo, los mosquitos finos como el aire, las flores delicadas, las nubes de lluvia...

—Los animales se verían mejor si tuvieran ojos. ¿No te sobrará algún botón de tus costuras? —le preguntó, con una naturalidad que la desarmó, como si aquella escena formara parte de sus vidas desde siempre.

Mientras seguía examinado las figuras, Manuela se fijó en las manos de Lisardo: desplegaban una actividad rabiosa, enrollando, estirando y curvando el hilo de cobre. No se mostraban alocadas ni erráticas ni atolondradas. Cada uno de sus movimientos era preciso, exacto y minucioso. La mujer cogió el pavo real. La boca que, aún no consiguiera cerrar el todo, se le abrió todavía más. Sencillamente era asombroso. Empezó a contar los hilos de la cola...

—Hay cien, como en los de verdad, cien plumas —le apuntó—. Ya sé que los ocelos no están muy bien. Es que las dos bobinas eran doradas... intenté hacerlos con espirales, pero para conseguir el efecto habría que mezclar varios colores, ¿no te parece?

Su mujer arrastró una silla y se sentó frente a él. La luz del sol empezaba a filtrarse por las ventanas de la cocina.

—¿Tú sabes qué es un ave fénix? ¿La has visto alguna vez? —le preguntó Lisardo de pronto, como si le hubiera estado dando vueltas a aquello toda la noche—. Quiero hacer una, pero nunca la he visto, ni siquiera en fotos. A lo mejor, Andrés puede traerme algún libro. ¿No se pasa los recreos encerrado en la biblioteca? ¿Sabes? —dijo en un susurro—. El ave fénix es roja y además es la única que tiene los ojos del mismo color del cobre.

\*\*\*

Después del desayuno, Lisardo marchó a la ferretería de Venancio y volvió cargado con varias bobinas de cobre de diferentes grosores y colores: dorado, rojo, azul cobalto, amarillo, verde y naranja. También trajo una caja de herramientas para guardar los alicates y las tenazas con diferentes tipos de puntas que acababa de comprar.

—¿Sabías que hay alicates con punta de nylon? ¡Como si fuera cosa de modistas! —le contó a su mujer—. No te apures. Venancio me dejó todo esto a cuenta. Ya se lo iremos pagando como podamos.

Manuela quiso contestarle pero el llamador de la puerta la interrumpió. Se había olvidado de que a primera hora esperaba a unas clientas. Demasiadas emociones juntas.

Nada más entrar, las mujeres soltaron una exclamación. Lisardo había colocado sus figuras en la estantería del pasillo y las clientas de Manuela se dieron de bruces con ellas. De repente, empezaron a emitir grititos entrecortados proclamando que aquello era portentoso, que menudas obras de arte, que dónde las había comprado, que cuánto le habían costado y que ellas también querían adornar su casa con esas maravillas.

Desde la cocina, Lisardo las escuchaba sin prestarles demasiada atención. Ni a ellas ni a las respuestas de su mujer que, sin entrar en mucho detalle, las ponía al tanto sobre el artista y la obra que se exponía en el pasillo de su casa. A Lisardo aquella

gloria sobrevenida no le interesaba demasiado. Él seguía devanándose los sesos, obsesionado con realizar su sueño. «Voy hacer un ave fénix de cobre, y tendrá los ojos de cobre, igual que la de verdad y también será roja, porque los pájaros rojos traen suerte». Pero hasta que Andrés regresara del colegio con su encargo, no podía tener ni siquiera una leve idea de cómo era el pájaro que pretendía crear. Y esa incertidumbre lo atormentaba.

La entrada de Manuela en la cocina, lo arrancó de sus pensamientos. La mujer estaba exultante. Lisardo no la veía así desde que eran novios.

—¡He vendido las figuras de cobre! Las he vendido y me han dado todo este dinero —y alargó hacia él un montón de billetes arrugados—. Aquí hay para comer un mes entero y pagar al dentista del crío. No te lo había dicho, pero los dientes le vienen picados.

—Te olvidas de Venancio: también hay que darle lo suyo. Sin hilo de cobre no hay figuras —y bajó la cabeza para enfascarse de nuevo en su ave fénix.

Después de aquello, el día transcurrió tranquilo. Lisardo en la cocina, haciendo más y más cálculos sobre el ave fénix y Manuela en su costura. Por la tarde, llegó Andrés. Lisardo lo esperaba impaciente. El crío sacó de su mochila un cuento, El ave fénix de Hans Christian Andersen, y se lo dio.

—No dice cómo conjurar hechizos, ni habla de padres embrujados ni de hijos valientes. No te servirá —le advirtió el niño—. En la biblioteca hay otros mejores.

—Este servirá, ya lo verás. Gracias hijo, sin ti no lo conseguiría —se emocionó—. Entonces nació un pájaro, su vuelo era como un rayo de luz y sus colores magníficos —leyó en voz alta—... El pájaro está siempre a nuestro lado aunque no lo veamos —volvió a leer—...Arde para después renacer de sus propias cenizas. Esto es lo que necesito —sentenció.

Tras aquella lectura, Lisardo Quiroga se fijó en las ilustraciones y quedó tan fascinado que tuvo que recular hasta una silla que recogiera su cuerpo. Uno tras otro fue examinando minuciosamente los dibujos, profundizando en cada detalle, cada línea, cada matiz de color. Estuvo así durante horas, pensando en su ave fénix, dudando si sería capaz de realizar aquel portento. Viéndolo así, la preocupación volvió apoderarse de Manuela. «¡Poco dura la alegría en casa del pobre! —maldijo, mientras preparaba algo de cena para ella y para el niño». Solo para ellos porque Lisardo se negó a comer. Seguía en la cocina, ajeno a todo, sin poder apartar la vista del cuento que le había traído su hijo.

Después de cenar, Manuela acostó al niño y se fue a la cama, aunque no logró conciliar el sueño. La atenazaban los temores. La pesadilla que había vivido desde que él se quedó sin trabajo no estaba vencida, temía que volviera a aparecer y se adueñara de sus vidas. Y precisamente hoy, que se había abierto una esperanza con la sorpresiva venta de las figuritas de cobre. Manuela sintió que aquella noche era de una largura y de un espesor pavorosos. De vez en cuando se acercaba a la puerta de la cocina y pegaba el oído. Dentro no se oía más que el crujir del hilo de cobre al ser cortado por los alicates y algún suspiro de Lisardo. Por lo demás, nada. Silencio.

Cuando rompió el día, se levantó como un rayo y se fue directa a la cocina. Temblaba como un junco. Llevaba los ojos abiertos, pero se le negaban a ver nada. Nunca había sido cobarde, así que se armó de valor, tragó saliva y abrió la puerta. Primero dirigió la mirada a Lisardo. Lo notó cansado, pero le brillaban los ojos y parecía satisfecho. Esto la descargó de presión para enfocar lo que había encima de la mesa.

Entonces lo vio: un pájaro rojo fuego, grande y esbelto, con doce plumas en la cola e innumerables alas de hilos púrpura entrelazados y matizados por filamentos amarillos. Allí estaba. Y era cien veces más hermoso que el más hermoso de los pavos reales.

—Ya hay un pájaro rojo en Lucenza —le dijo Lisardo como quien proclama una gran victoria del hombre sobre la adversidad—. Ahora cambiará mi suerte.

La mujer cogió el pájaro con veneración y lo examinó atentamente. A diferencia del pavo real, no lucía una corona en la cabeza, sino tres finos alambres de cobre rojo que le daban un aspecto aún más imponente. Tenía el pico liso y los ojos del color del cobre más brillante que ella hubiera visto, unos ojos que parecían extrañamente cargados de vida.

Manuela miró a su marido y al ave y después al ave y a su marido. Le parecía un milagro que él hubiera hecho aquella maravilla, que sus manos enloquecidas de antes fueran capaces de ejecutar los movimientos precisos y conjuntar todas las hebras de hilo de cobre necesarias para crear aquel pájaro fabuloso.

—El ave fénix resurge de sus cenizas bajo la gran montaña de cobre de Falun. Lo leí en el cuento que traje ayer Andrés. ¿No te parece increíble? Al pájaro con los ojos del mismo color del cobre y que renace bajo la gran montaña de cobre, yo, Lisardo Quiroga, que no soy nadie, he conseguido hacerlo entero con hilo de cobre —lo decía para sí mismo, tratando de encajar las piezas del milagro que se desplegaba ante sus ojos.

—Lisardo, este no se vende —le juró Manuela—. Este se queda con nosotros para siempre.

## **INGRATITUD**

*José Ángel Corral Suárez*

## I

Su Excelencia Reverendísima Monseñor Christophe de Beamont, arzobispo de París, mantenía la vista fija en los dos gruesos leños que ardían en la chimenea mientras sus dedos hacían girar distraídamente las cuentas del rosario de azabache. La lluvia producía un rumor de arena en los cristales de las ventanas. Monseñor cerró los ojos como si recogiese el hilo invisible de un pensamiento.

El padre Gerard permanecía en silencio, en actitud recogida, esperando que el arzobispo le explicase los motivos por los que había sido convocado aquella noche. El jesuita se sentía incómodo en aquel lugar tan suntuosamente recargado. Las gruesas alfombras, las lámparas de resplandecientes lágrimas de cristal tallado, los tapices y los cuadros que representaban imágenes pías. Absolutamente todo resultaba excesivo para el gusto austero del padre Gerard. Hacía sólo tres meses que había regresado de Uruguay, donde había pasado los últimos dos años, sirviendo en una misión en medio de la selva sin comodidad alguna, acechado por la amenaza de nativos hostiles e innumerables enfermedades que diezmaban sin compasión a sus hermanos misioneros. La vida en aquel lugar era extremadamente dura, pero preferible a la molicie y a las intrigas de la vida parisina. Pese a todo, sus preferencias poco o nada importaban. El padre Gerard tenía presente su compromiso de servir a Dios, lo mismo en la selva o en las calles de la capital, y cualquier otra consideración estaba fuera de lugar.

Crepitó la leña de la chimenea y las llamas parecieron adquirir mayor intensidad. La rama de un árbol azotada por el viento rozó el cristal de uno de los ventanales. El arzobispo abrió los ojos y sin apartar la mirada del hipnótico fuego dijo:

—La religión va a ser destruida en el reino y Francia perderá su alma.

## II

El carruaje traqueteaba por las calles desiertas de la ciudad. Una pátina de humedad confería al adoquinado un aspecto brillante y resbaladizo. En el interior del vehículo el padre Gerard no dejaba de darle vueltas a la conversación mantenida con el arzobispo.

La presión de la Iglesia por fin había dado su fruto. El rey, había vencido finalmente su congénita irresolución y había aceptado tomar cartas en el asunto. El Consejo Real acababa de condenar la Enciclopedia y un nutrido grupo de agentes de policía había sido enviado a la casa de Diderot para registrar y confiscar todos sus papeles, pero lo único que encontraron fue estantes vacíos. Los comprometedores documentos se habían evaporado. Lo que la policía había ido a buscar se hallaba ahora a buen recaudo en el mismísimo despacho del censor Malesherbes, quien prevenido de la acción policial, había enviado a sus propios agentes para que los pusiesen a salvo. A nadie se le escapaba que Malesherbes trabajaba entre bastidores para salvar la obra y no era el único.

La amante del rey, Madame de Pompadour —en Versalles prácticamente no se tomaba ni una decisión sin su consentimiento—, Federico, el rey de Prusia (si un rey prusiano ponía en solfa la fe cristiana ¿qué podría impedir a los gacetilleros parisinos colmar de oprobio a la Iglesia e incluso a la propia Monarquía?), así como otros nobles y hombres de letras, entre los que se encontraban ese abominable Voltaire, apoyaban la

obra y habían tenido la osadía de advertir al rey de los innumerables inconvenientes que se derivarían de su prohibición. La ingente cantidad de dinero invertida hasta el momento, así como un buen número de empleos que la publicación había generado, desaconsejaban echar por tierra el proyecto. En secreto se había llegado a un acuerdo entre las partes. La Iglesia supervisaría el trabajo de los editores. Los abbés Tamponnet, Mollet y Cotterel habían sido designados para censurar el trabajo de los enciclopedistas y expurgar todo aquello que fuese contrario a la Santa Doctrina. Ni una sola línea de aquella diabólica aberración se libraría de pasar bajo su minucioso escrutinio. En Roma, el Papa había cursado orden de incluir la Enciclopedia en el *Index librorum prohibitorum et expurgatorum* y además se había advertido a todos los católicos poseedores de ejemplares que se los entregasen cuanto antes a un sacerdote. El que desoyese la recomendación sería excomulgado.

Las irregularidades de la calzada y la impericia del cochero provocaban que el carruaje avanzase a sacudidas. El padre Gerard se zarandeaba en su asiento como un pelele, pero la incomodidad del viaje no mermaba ni un ápice su capacidad de concentración. La Santa Iglesia había hecho cuanto estaba en su mano para derrotar a los filósofos, pero el poder de estos y de sus magníficos aliados hacía temer que todas las medidas adoptadas acabasen por resultar insuficientes. “Ha llegado el momento de tomar medidas excepcionales”, había dicho el arzobispo. Lo deseable sería que los tribunales de justicia actuaran como cabía esperar para poner en manos del verdugo a esa gavilla de indeseables, pero eso no iba a ocurrir. De ahí que le correspondiese a los siervos de Cristo tomar la espada para decapitar a la hidra del ateísmo.

Hubo un momento durante la entrevista con Monseñor en el que el padre Gerard llegó a pensar que lo que se le pedía era ejecutar a alguno de los más destacados cabecillas del proyecto enciclopedista, como monsieur Diderot o su colaborador, el profesor D’Alembert. ¿Habría aceptado un encargo de tal naturaleza?, se preguntó el jesuita mientras el carruaje continuaba su frenética carrera por las calles de la capital. Por supuesto, se respondió a sí mismo. Salvaguardar los valores de la Iglesia —que no eran otros que los de Dios— era una responsabilidad que él asumiría sin vacilar. Lo había hecho en ocasiones anteriores y volvería a hacerlo cuantas veces fuese preciso. Pero para su sorpresa, no era ese el plan del arzobispo. La muerte de cualquiera de los responsables de la Enciclopedia sería inmediatamente imputada a la Iglesia y eso era algo que dadas las circunstancias no se podían permitir. ¿Entonces?

—Cortaremos de raíz esa aberración del diablo, pero sin tocar ni un pelo de sus agentes —había dicho Monseñor Beaumont—. Acabaremos primero con la obra, luego tiempo habrá de ocuparnos de los hombres.

### III

El Prefecto de la policía de París era un hombre alto y grueso, de sonrojadas mejillas y unos párpados lánguidos y pesados de ofidio. Sobre la mesa de su despacho reposaba un cartapacio de considerables dimensiones repleto de informes referidos a un solo hombre. El Prefecto tamborileó con un dedo sobre la tapa superior del cartapacio.

—Aquí tiene todo cuanto precisa saber de ese tipo. Le adelanto que es portugués, ladrón, tahúr y un ciento de cosas más. Cuando haya leído la totalidad del expediente se dará cuenta de que no hay ni un solo detalle de sus andanzas que no aparezca consignado en él. Mis hombres han hecho un trabajo meticulado, padre Gerard.

El jesuita observó el grosor del cartapacio y preguntó:

—¿Cómo es posible que un hombre con ese historial aún no haya sido puesto a disposición de la justicia?

El Prefecto se reacomodó en su silla. Sus facciones parecieron endurecerse, como si hubiese detectado cierta insolencia en la pregunta del religioso. Tomó aire y dedicó unos segundos a recordarse que la presencia del jesuita en el despacho obedecía a una petición proveniente de las más altas instancias del palacio arzobispal de París, petición a la que él se había accedido a atender sin intermediarios ni testigos.

—No le negaré que otros con un historial delictivo menor que el de este individuo sirven ahora en las galeras del rey, se pudren en la Bastilla o han pasado directamente a manos del verdugo —reconoció el Prefecto con un acento áspero—. El hecho de que aún campe a sus anchas obedece a una sola razón: utilidad. Este caballero es un malhechor y puede usted estar seguro de que tarde o temprano acabará rindiendo cuentas de todos sus delitos ante los tribunales, pero por el momento nos interesa que continúe libre. Seguimos sus pasos y estamos al día de sus contactos en el mundo del hampa. ¿Por qué pescar un solo pez cuando la paciencia puede ayudar a llenar la red con una excelente captura?

Dicho esto, el Prefecto hizo sonar una campanilla para reclamar la presencia de un sirviente, que apareció de inmediato en la puerta del despacho.

—Pierre, tenga la amabilidad de acompañar a este caballero hasta la salida.

El padre Gerard recogió el cartapacio que había sobre la mesa, hizo una leve inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta.

—Permítame un consejo, padre —dijo el Prefecto en un tono más relajado cuando el religioso ya se hallaba en el umbral del despacho—. Va usted a agitar un avispero y mi sincero deseo es que se encuentre usted preparado para las consecuencias.

—Picaduras peores me han mortificado a lo largo de la vida, monsieur —admitió el jesuita—. Pero gracias de todos modos por su consejo. Lo tendré presente.

#### IV

Los últimos jirones de niebla nocturna empezaban a difuminarse. La desfallecida luz del amanecer trataba de imponerse a los restos de sombras que aún cubrían las calles sobre las que flotaban vapores lechosos. En los frontones de las iglesias y de las casas comenzaban a trinar los gorriones anunciando un nuevo día. Un hombre solitario caminaba con paso cansino en dirección a su posada. La noche había sido larga para él. El alcohol y las exigencias amorosas de una joven actriz de la Ópera habían dejado embotados su cuerpo y su mente, además de vacía la bolsa. De hecho no disponía de un triste sou con el que comprar una taza de café a las escanciadoras que en sus jarras de hojalata blanca ofrecían su mercancía en la Place Michel a los viandantes más

madrugadores. El hombre se detuvo. Creía haber oído pasos aproximándose detrás de él. Se volvió justo a tiempo de descubrir a dos individuos a escasos metros. Uno de ellos introdujo la mano entre los pliegues de su ropa y sacó una pistola con la que apuntó al pecho del hombre.

—No se mueva, monsieur Fonseca— le ordenó el individuo armado mientras su compañero hacía una seña para reclamar la presencia de un carruaje que se aproximó a toda velocidad hasta alcanzar el punto donde se hallaban los tres solitarios viandantes—. Suba y no haga ninguna tontería.

Fonseca miró el arma que la apuntaba. Desde esa distancia incluso un mal tirador tenía muchas posibilidades de acertarle. Levantó las palmas de las manos y las separó del cuerpo. Los turbios efectos del alcohol se evaporaron de inmediato. Fonseca y sus acompañantes se acomodaron en el interior del carruaje. Uno de los secuestradores dio una orden al cochero y éste hizo chasquear el látigo sobre la grupa del caballo. ¿Un marido despechado? ¿Quizás un imbécil que se había dado cuenta de que Fonseca lo había desplumado en la mesa de juego con malas artes? ¿Una marquesa que había echado en falta alguna de sus alhajas? Fonseca observó a sus secuestradores, dos hombres jóvenes, fornidos, de aspecto limpio y saludable, con más aspecto de seminaristas o estudiantes de la Sorbona que del prototipo de maleante parisino que a cambio de unas pocas monedas puede ser contratado para hacerse cargo de ciertos trabajos sucios. No tenían la catadura de delincuentes comunes, pero aún así había algo en ellos que delataba una determinación férrea, una especie de fanatismo que latía bajo su aspecto de buenos muchachos y que Fonseca no dejaba de percibir como una amenaza. Ninguno de sus muchos enemigos se hubiese tomado la molestia de darle un paseo en coche si su intención fuese acabar con él. Una puñalada o un disparo a bocajarro en una solitaria calle hubiesen bastado para cobrarse venganza.

—¿Serían tan amables de decirme a dónde me llevan?— se atrevió a preguntar Fonseca después de un enérgico carraspeo para aclararse la voz.

El individuo que empuñaba la pistola le apuntó a la cabeza con pulso firme.

—No vuelva a abrir la boca hasta que se le ordene, monsieur.

Después de media hora de viaje el carruaje se detuvo. Fonseca y sus secuestradores descendieron. Entraron en lo que parecía un viejo almacén abandonado situado cerca del río. En el centro de la estancia había una mesa sobre la cual había dispuesta una palmatoria con una vela encendida a medio consumir. Fonseca obedeció cuando le ordenaron sentarse en un taburete. El aire era espeso y olía a pescado podrido y a humedad. Al poco rato de haber tomado asiento una figura emergió del fondo del almacén. Un tipo extremadamente alto y muy delgado, vestido completamente de negro y que portaba un cartapacio, se aproximó a la mesa y ocupó el otro taburete. Los rasgos de su rostro poseían una turbadora quietud de máscara. A pesar de que la luz era escasa, Fonseca pudo apreciar el tono opaco de su piel, esa tonalidad oscura propia de campesinos o de quien trabaja el día entero al aire libre. Sin embargo, el resto de su persona parecía contradecir esta primera impresión. Aquel hombre no era un campesino, ni lo eran sus maneras. Colocó la carpeta sobre la mesa.

—Su vida no correrá peligro... siempre y cuando colabore con nosotros, monsieur —dijo el recién llegado, empujando el cartapacio hacia el lado de la mesa que ocupaba Fonseca—. Échele un vistazo a estos papeles, por favor.

El portugués abrió la carpeta y aproximó el primer expediente a la llama de la vela. Leyó unas cuantas líneas y devolvió el papel a su lugar.

—Hay más de cien documentos de la misma naturaleza —señaló el desconocido—. Con este historial es un milagro que aún esté vivo. ¿No le parece?

Fonseca se encogió de hombros por toda respuesta. No le sorprendía en absoluto que las autoridades estuviesen tan informadas de sus andanzas, al fin y al cabo París era posiblemente la ciudad más indiscreta del orbe. Se cruzó de brazos y encaró la mirada del desconocido con decisión.

—¿Qué me ocurrirá si me niego a colaborar?— preguntó en un intento desesperado de aferrarse a la dignidad de su orgullo.

—Yo mismo le ahorraré trabajo al verdugo de París —respondió el hombre sin inmutarse, hizo una pausa para que Fonseca midiera el alcance de lo que acababa de oír, a continuación y en mismo tono añadió—: Ahora bien, si usted se muestra razonable y colabora, este cartapacio acabará en el fuego y usted podrá seguir tranquilamente con su vida. Le doy mi palabra de que la policía se olvidará de usted.

Fonseca sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. No desconocía la sensación de miedo, pero en esta ocasión las dentelladas del terror le roían las tripas como ratas hambrientas. Una corriente de aire hizo parpadear la llama de vela, que pareció a punto de extinguirse. En el último momento la huesuda mano del desconocido la amparó y la tenue luz continuó titilando frente a su enjuto rostro.

—¿Quién es usted? ¿Para quién trabaja?— preguntó Fonseca. Notaba la garganta tan rasposa y seca que hubiese dado un brazo a cambio de un buen trago de agua.

—Su vida correrá menos riesgos si continúa sin saberlo.

Fonseca permaneció un instante en silencio, observando la tapa del cartapacio. Era consciente de la presencia de sus dos secuestradores a sus espaldas y que bastaba una simple señal para que le descerrajasen un tiro en la nuca. Levantó los ojos y se enfrentó a la mirada adusta de su interlocutor. La experiencia le había enseñado que cuando la suerte le da la espalda la única opción razonable es someterse.

—¿Qué quiere de mí?

—Que emplee a nuestro servicio sus mejores dotes.

—Dios, o el diablo, eso no lo tengo claro, me ha concedido muchas —repuso Fonseca con guasa—. ¿A cuál de ellas se refiere usted?

El padre Gerard hizo caso omiso del tono zumbón de Fonseca.

—Necesito que se apropie de algo para mí.

## V

Sobre la basta mesa de madera quedaban pequeños mendrugos de pan duro, cortezas roídas de queso y una escudilla que contenía una sopa grasienta en la que flotaba una hoja de berza. Melchior, que acaba de salir de la cama con una resaca espantosa,



contemplaba con ojos vidriosos un vaso de vino tinto de aspecto grumoso. La esposa del colaborador de Fonseca pasaba una escoba por el suelo de la cocina, mientras un enjambre de niños entraba y salía de la estancia persiguiéndose a gritos.

—¡Violette, hazme el favor de llevarte a estos diablos de aquí! —exigió a gritos Melchior— Este hombre ha venido a tratar de negocios conmigo y estos chiquillos son un incordio.

La mujer gruñó unas palabras inteligibles a su marido. Conocía perfectamente al portugués y estaba al tanto de la naturaleza de los negocios que se traían entre manos. Apoyó la escoba en la pared y agarró por la oreja a una de los chiquillos alborotadoras.

—¡Todos a la calle o de lo contrario os arrancaré el pellejo!

Una vez a solas, Fonseca pasó a describirle los detalles del trabajo. Melchior lo escuchaba con atención. A cada rato se llevaba el vaso de vino a los labios y bebía un pequeño sorbo que le dejaba un cerco oscuro en los labios. Cuando Fonseca hubo conducido ¿o concluido? su exposición, Melchior pasó una mano por el rasposo mentón y dedicó una mirada de perplejidad a Fonseca.

—Si no te he entendido mal vamos a robar en una imprenta de la rue de la Harpe.

—Así es.

—¿Libros? —preguntó Melchior sin salir de su asombro.

—No, nada de libros —se apresuró a responder Fonseca—. Lo que nos interesa son unas planchas de cobre.

—¿Quién demonios nos va a pagar por unas planchas de cobre?

—Alguien que está muy interesado en hacerse con ellas.

Melchior hundió los ojos en su vaso solo para comprobar que se había bebido todo el contenido. Se sonó los mocos en la manga de la camisa y dedicó unos segundos a meditar en todo lo que acababa de oír. Había colaborado en ocasiones anteriores con Fonseca para robar joyas y dinero en las viviendas de burgueses y de algún que otro noble descuidado, pero nunca hasta entonces un objeto tan extraño como planchas de cobre. En cualquier caso, le correspondía a Fonseca planificar los golpes y vender luego el producto de los mismos. Melchior era un simple ejecutor, un peón especializado en entrar y salir de los sitios sin ser visto y por esa labor le pagaban. El objeto a robar a él le importaba poco, siempre y cuando la retribución fuese generosa y compensase el riesgo.

—¿Cuánto? —preguntó Melchior con un destello de codicia brillándole en los ojos.

## VI

A las tres de la madrugada no había ni un alma en la rue de la Harpe. La calle estaba desierta y de las ventanas de los edificios no salía luz alguna. El carro se detuvo frente a la puerta principal de la imprenta del señor Le Bréton y dos sombras descendieron sigilosas del vehículo. Melchior forzó la cerradura sin esfuerzo mientras Fonseca vigilaba la calle. Los goznes chirriaron débilmente cuando la puerta finalmente se abrió. Entraron y encendieron una linterna de aceite. El local estaba abarrotado de prensas, balas de papel, depósitos de tinta y cajas que contenían los tipos.

Resultaba difícil de creer que nadie pudiese trabajar en un lugar tan desordenado. En un rincón distinguieron media docena de cajas apiladas contra la pared. Fonseca alzó la linterna e hizo un gesto a Melchior para que se acercase. Cuando el colaborador llegó a su lado iluminó el contenido de una de las cajas. Allí estaba lo que habían ido a buscar. Las planchas de cobre sobre las que los grabadores habían reproducido con todo lujo de detalles las ilustraciones que luego aparecerían impresas en las páginas de la Enciclopedia. El portugués cogió una y observó con curiosidad el minucioso trabajo realizado por los artesanos. No hacía falta ser un experto para darse cuenta de la ingente cantidad de horas invertidas en cada una de aquellas planchas de cobre.

En absoluto silencio los dos hombres transportaron las cajas hasta el carro y las cubrieron con una lona. El trabajo había sido realizado con absoluta discreción en menos de un cuarto de hora, sin que la ronda nocturna de la policía hubiese asomado el hocico ni un solo vecino se hubiese percatado de lo ocurrido.

En las proximidades de la rue Mazarine, Melchior descendió del carro como habían acordado. Fonseca entregaría la mercancía a los compradores, cobraría por el trabajo y al día siguiente iría a casa de su compinche para darle su parte. Eso era lo convenido, sin embargo nadie iba a entregarle a Fonseca ni una sola moneda por las planchas de cobre. El portugués se había visto obligado a inventar una cifra para ganarse la voluntad de Melchior, y a pesar de que engañar a un tipo tan predispuesto a resolver sus problemas a navajazos no dejaba de ser un riesgo, lo cierto era que en ese momento la deuda con su colaborador no era la mayor de sus preocupaciones.

Fonseca guió el carro hasta el viejo almacén. La luna llena rielaba sobre la superficie del Sena. El aire frío de la noche arrancaba nubes de vaho del hocico del caballo. El portugués se dirigió a pie a la entrada del almacén, empujó la pesada puerta y entró. A través de una lumbrera del techo penetraba la luz de la luna. El olor a pólvora se mezclaba con el del pescado podrido. Un torrente de sangre comenzó a circular atropelladamente en sus venas cuando sus ojos distinguieron la figura de un hombre caído de bruces sobre la mesa. Sacó la pequeña pistola que llevaba escondida en el cinturón y se aproximó con cautela.

—Monsieur...— dijo mientras continuaba acercándose.

Cogió al hombre por la cabellera, lo suficiente para levantarle la cabeza y comprobar que aquellas facciones deshechas por un balazo en medio de la cara se correspondían con las del hombre que le había encargado el robo de las planchas de cobre. La cabeza golpeó la mesa cuando la dejó caer sin consideración alguna. El cartapacio con su expediente delictivo reposaba sobre un taburete. Fonseca guardó la pistola y lo cogió. Él había cumplido su parte del trato, descargaría las cajas con las planchas y se marcharía antes de que amaneciese. No tenía ni idea de lo que había ocurrido allí y no pensaba perder ni un solo segundo en averiguarlo.

El portugués ya se disponía a abandonar el almacén cuando unas sombras avanzaron en su dirección. Con un movimiento rápido recuperó la pistola. Media docena hombres embozados con capa y sombrero lo rodearon. Uno de ellos le ordenó tirar el arma al suelo. Fonseca hizo lo que le mandaban y se quedó quieto, con el cartapacio debajo del brazo.

—¿Dónde están las planchas, monsieur Fonseca?— preguntó uno de lo embozados.

—En el carro— respondió el portugués con un nudo en la garganta.

En ese instante, los hombres encendieron unos candiles de aceite y Fonseca contempló estupefacto como las mejillas sonrosadas del Prefecto de la policía de París se dilataban en una amplia sonrisa de satisfacción.

—Excelente trabajo... como de costumbre. Aunque si he de serle sincero, no esperaba menos de usted.

El Prefecto ordenó a dos de sus hombres a custodiar la mercancía robada, luego sacó una pequeña caja de plata del bolsillo de su gabán, pellizcó una minúscula porción de rapé y estornudó delante de la cara del anonadado portugués.

—Lárguese de mi vista, Fonseca— dijo el Prefecto al tiempo que se restregaba enérgicamente la nariz y se secaba el borde de los ojos con un delicado pañuelo bordado con sus iniciales—. Pero antes de irse, tenga la amabilidad de entregarme ese cartapacio. ¿No pretenderá usted robarle al mismísimo Prefecto de Policía, verdad?

## VII

Un sol de plenitud rabiosa brillaba sobre el cielo parisino. El Prefecto contemplaba con aire ausente el ir y venir de carruajes y personas por las calles cuando un secretario entró el despacho para anunciar que los caballeros que esperaba habían llegado ya. El Prefecto dio instrucciones para que los hiciese pasar de inmediato.

Los dos hombres entraron en la estancia cohibidos y se sentaron donde se les indicó. A diferencia del editor Le Bréton, que vestía como cabía esperar en un caballero, monsieur Diderot se presentó ataviado con ropas propias de un artesano y, por supuesto, sin peluca. Esa pareja le había dado a las autoridades, y en particular al Prefecto, más de un quebradero de cabeza, y de no haber sido por los poderosos protectores que desde la sombra velaban por sus intereses, él mismo se hubiese encargado de firmar la orden para que ambos acabasen en el patíbulo.

Sin preámbulos el funcionario de la policía pasó a explicarles los motivos por los que habían sido citados. Las planchas de cobre que habían sido robadas del taller de monsieur Le Bréton hacía un par de noches habían sido recuperadas gracias al celo de la policía parisiense y les serían devueltas a sus legítimos propietarios sin dilación.

—¿Saben ustedes quién las robó?— quiso saber Diderot.

El Prefecto se recostó en el respaldo de su silla y paseó la mirada por el rostro de los dos hombres que se hallaban frente a él. La sola idea de que estaban cómodamente sentados en su despacho y de que además les estaba haciendo un favor no dejaba de producirle asombro, pero al mismo tiempo era consciente de que la preservación del poder implica en no pocas ocasiones extraordinarios ajustes, componendas insospechadas.

—Sus más acérrimos enemigos— respondió el Prefecto con una sonrisa afilada.

—Mucho me temo que nuestros adversarios son legión— repuso Diderot con una risilla que sonó como el cacareo de una gallina—. ¿Podría ser usted más explícito?

El Prefecto se revolvió incómodo en su asiento. La sonrisa desapareció de su boca.

—Jesuitas —precisó con un avinagrado refunfuño—. Los supongo informados de que esta misma mañana el Parlamento de París ha decretado su expulsión del territorio francés. La Compañía ha sido considerada perversa, destructora de todos los principios religiosos e incluso de la honestidad, injuriosa para la moralidad cristiana, pernicioso para la sociedad civil, sediciosa, hostil a los derechos de la nación y del poder del rey —el Prefecto suavizó la expresión y dedicó una sonrisa complacida a los dos hombres que estaban sentados frente a él—. Enemigos de Francia y de ustedes, quién lo iba a decir.

## VIII

Una vez que se hubieron retirado los visitantes, el Prefecto regresó a la ventana. Todo había salido a pedir de boca, pensó el funcionario al tiempo que se pasaba una mano por la empolvada peluca para comprobar que estuviese correctamente colocada. El plan del intrigante Arzobispo de París se había desbaratado sin menoscabo de la dignidad de Monseñor. Las maquinaciones de la Iglesia para arruinar el proyecto de la Enciclopedia se habían malogrado y el precio a pagar había sido realmente módico: la vida de un entrometido jesuita, vida que después del decreto de expulsión de la Compañía valía menos que la de cualquier gato callejero que hociquease en las basuras de la ciudad.

El canalla de Fonseca continuaba en la calle convenientemente vigilado y a la espera de ser utilizado cuando las circunstancias lo requiriesen de nuevo. Y lo mejor de todo: la devolución de las planchas de cobre a los cada vez más influyentes philosophes suponía un gesto de confianza, un acto no tanto de adhesión a su causa pero sí al menos de respeto. Personajillos como Diderot y otros de su ralea se habían puesto de moda y su poder iba en aumento. Se pavoneaban con absoluto descaro e incluso resultaba de buen tono que a uno lo llamen enciclopedista, hasta el extremo de que las anfitrionas de los principales salones de la capital rivalizaban por tenerlos en sus soirées. Un desatino, a juicio del Prefecto, pero en vista de que su ascenso no había hecho más que comenzar y que nadie sabía que cotas podrían alcanzar en un futuro, lo más conveniente era no enemistarse con ellos.

El cielo parecía un espejo que devolvía la luz blanca del sol. Ni una sola nube que empañase la claridad de la tarde. El calor se desprendía de los adoquines de la calle con un vaho tembloroso. El Prefecto distinguió a lo lejos las figuras del editor Le Bréton y su acompañante Diderot, caminando sin prisas, confiados y satisfechos después de haber recuperado las valiosas planchas de cobre con las que podrían continuar imprimiendo la Enciclopedia.

¡Tantas molestias y maquinaciones por un simple libro! Repleto de ideas subversivas y sacrílegas, de acuerdo, pero un libro al fin y al cabo.

El curso de la Historia no iba a alterarse lo más mínimo por los contenidos de esa publicación. Posiblemente dichos contenidos gozarían de su momento de gloria y luego caerían en el olvido, y con ellos esos fatuos philosophes. La autoridad del rey Luis, la de sus herederos al trono, el poder de la Iglesia, así como la del resto de estamentos del Estado, continuarían inmutables como hasta el presente. Siempre había sido así, y así

continuaría siendo. Las ideas, por muy subversivas que fuesen, nunca lograrían alterar el equilibrio de fuerzas que mantenía en pie el Reino de Francia.

—Todo seguirá igual, por los siglos de los siglos— dijo en voz baja el Prefecto a su reflejo en el cristal.

**EL SALÓN DORADO DE MADINAT AL-ZAHRA  
O CUANDO EL COBRE SE VISTIÓ DE ORO**

*Jesús Hernández Yañez*

El día primero de *du-l-hiyya* del año 316 de la hégira (16 de enero del año 929 según el calendario cristiano) los asistentes a la oración del viernes en la mezquita aljama de Córdoba fueron testigos de una pequeña variación en el ritual seguido hasta aquel día por el predicador, novedad que supuso una conmoción para todos los estamentos de la ciudad aun cuando la mayoría de los presentes, sumidos en el amodorramiento rutinario de la oración, no se apercibieran sino al escuchar el murmullo de los más atentos, que se alzó en el silencio de las bóvedas perturbando la distracción de los más.

Bajo la severa mirada del cadí del *yund*, que presidía por delegación del soberano la oración en común de los viernes, aquel día el alfaquí Ahmad ibn Baqqí ibn Majlad, en lugar de invocar como siempre —pura rutina fácilmente desapercibida— al califa de Bagdad al-Muqtadir realizó la invocación ritual en nombre del califa Abd al-Rahman, enunciando a continuación el laqab o apelativo honorífico que había sido adoptado por éste con motivo de su exaltación: *al-Nasir li-din i Ilah* (“el que combate victoriosamente por la religión de Alá”, habitualmente abreviado luego en *al-Nasir*, “el victorioso”).

Aquella insólita y reveladora invocación sonó como un aldabonazo en los oídos de los más atentos que luego se fue extendiendo al resto de los asistentes cuando el predicador —durante su homilía— anunció escueta y solemnemente que el emir Abd al-Rahman, tercero de este nombre, había decidido asumir los títulos de Califa y *Amir al-mu'minin* —Príncipe de los Creyentes—, y en consecuencia las dos máximas dignidades, civil y religiosa, de la comunidad musulmana de al-Ándalus. La noticia y la fiesta estaban servidas, por más que tal decisión no hacía sino sancionar formalmente una situación existente de hecho desde hacía muchos años: la independenciamiento de al-Ándalus respecto del califa de Bagdad. Ganada y reconocida su hegemonía sobre los diversos reinos de la península ibérica, el que ya era Califato de Córdoba vivía sus momentos de máximo esplendor político, económico y cultural.

Algunos años después de esto el califa Abd al-Rahman III adquirió una nueva favorita que en seguida cautivó su corazón además de confortar sus sentidos, y por la que se embarcó en una maravillosa aventura constructora. Llevado por su deseo de ofrecer una joya imperecedera a su concubina Azahara (¿por qué no aceptar este origen en lugar de la otra concepción más prosaica, impulso de amor más que decisión política, *Ciudad de Azahara* más que *Ciudad Brillante*?; sigo en esto a ibn Arabí, pues qué me importa en el fondo y cuánto más sugestivo me parece así), en el año 936 dio comienzo la que luego devendría en la gran obra de su vida, pues adormecida con el paso de los años la pasión hacia la mujer —hacia ésa, al menos— continuaría engrandeciendo y dotando de otros objetivos y contenidos la que comprendió que sería la mejor muestra de su glorioso reinado.

Y lo que acaso comenzara sólo como un capricho de enamorado todo-poderoso, un jardín para su amada, un estuche precioso para su amor, terminaría siendo un grandioso pedestal para su trono de soberano, una nueva corte por la que ser recordado. Al pie del Yebel al-Arús —el Monte de la Novia—, a unas dos leguas al noroeste de Córdoba, comenzó a erigirse la residencia califal de Madinat al-Zahra, que nueve años después

ya estaría lista para albergar las solemnes recepciones que se celebrarían allí durante los últimos años de gobierno de al-Nasir, aunque las obras continuarían durante el resto de su vida pues con el tiempo se iría ampliando su concepción inicial de villa residencial y se iría transformando en una completa ciudad desde la cual pudiera dirigirse toda la política y la administración de los vastos territorios por él gobernados. Uno de los conjuntos residenciales más fastuosos de toda la historia, y el mayor y más hermoso, sin duda, de la época.

Se convirtió así Madinat al-Zahra, incluso antes de su completa construcción, en la auténtica capital del imperio omeya, escaparate del poderío del califa (proclive a residir en ella antes que en Córdoba, más inaccesible cada vez a sus súbditos), muestra brillante y rica del esplendor de su corte. El espejo en el que al-Nasir veía reflejada su gloria.

Madinat al-Zahra llegó a ser con el tiempo un grandioso conjunto de algo más de 110 hectáreas que se levantaba sobre tres plataformas escalonadas en la falda de aquel monte. En la primera y más alta de las tres se encontraba el alcázar del califa, construido con tal lujo y ostentación que se hacía difícil describirlo con palabras y sólo los viajeros o diplomáticos que llegaban desde Constantinopla —quizá también desde Bagdad o Damasco— podían encontrar algún punto de comparación para lo que allí se veía.

Pavimentos y paredes de mármol, techos pintados en oro y azul, vigas y artesanos de cedro con relieves, columnas de mármol rosa y verde, ónices veteados, puertas de ébano y marfil, pueden dar una idea de la riqueza de los materiales empleados pero no de su organización en las construcciones de que formaban parte y de las cuales sólo se podían hacer una idea las personas que las contemplaban, aunque sintiéndose luego incapaces de transmitirla a los demás.

En ese conjunto que formaban en la parte superior de la ciudad el palacio califal con todas sus dependencias anejas y la casa militar (en cuyo extremo occidental se levantaba el barrio cortesano, residencia de los altos funcionarios), destacaban los tres grandes salones para las recepciones y actos oficiales más solemnes, y de entre ellos la joya del conjunto, el incomparable Salón Dorado —o Salón del Trono—, un espacio de planta octogonal abierto en todos sus lados por ocho puertas de marfil y ébano incrustados de oro y piedras preciosas, con paredes de mármoles diversos y jaspes transparentes, cubierto por una cúpula revestida de mosaico dorado por el interior y de tejas de oro por fuera, delante de cuya puerta orientada al sur —y en un nivel algo inferior— se había instalado el original detalle que confería al conjunto su insólita espectacularidad: la *qubaila*, una cupulita bajo la que se había dispuesto una pequeña pila de bronce dorado esculpida con figuras en bajorrelieve llena de mercurio; de tal forma que al verse agitado éste mediante un ingenioso mecanismo que movía ligeramente la pila proyectaba sobre todo el salón, cuando los rayos del sol incidían sobre ella en las horas centrales del día, una sensación irreal de movimiento, sombras fluctuantes sobre un fondo iridiscente, que iba a ser durante muchos años la admiración de las delegaciones extranjeras que tenían el privilegio de ser recibidas allí. Y en la distancia, su refulgente cúpula de oro visible desde Córdoba y sus alrededores, la auténtica corona del Califa.

Sin embargo, aquella cúpula que provocaba tanta admiración y exhibía tanta riqueza en realidad no era de oro, sino de cobre. Y para ser más exacto y un tanto enigmático por el momento, tampoco de cobre sino de cerámica, de una cerámica muy especial, eso sí, en la que tenía un destacado protagonismo el cobre, ese humilde cobre que por una compleja alquimia parecía haberse transmutado en el majestuoso oro que nadie —salvo unos pocos— dudaba que era de lo que estaban hechas aquellas tejas que, en propiedad, tampoco eran tales.

Un siglo antes de esto, o poco más, fue cuando algún alfarero de Bagdad inventó o descubrió una técnica mediante la cual se podía conseguir un acabado de lustre metálico en los diversos objetos de cerámica, especialmente en los azulejos decorativos, de entre los cuales —a los efectos metálicos me refiero— el más difícil y preciado de conseguir era el dorado, cuando los dibujos realizados sobre el azulejo daban la impresión de ser realmente incrustaciones de oro. Y una muestra de estos azulejos fue lo que vio al pasar por Kairouán, adornando el *mirhab* de la mezquita de Uqba, Abdalá ibn Yunus, un alarife sirio que había decidido instalarse con su familia en la próspera Córdoba. Donde unos años después recibió el encargo de construir algunas de las edificaciones de Madinat al-Zahra junto a otros dos reputados arquitectos.

A la hora de proyectar el que sería el Salón del Trono, un pabellón de reducidas dimensiones destinado a las recepciones privadas del califa, se inspiró en la Cúpula de la Roca de Jerusalén, un espacio octogonal bajo una cúpula recubierta exteriormente con placas de cobre, lo que se acomodaba bien a las dimensiones y función del salón y no resultaría excesivamente complicado de construir. Y que sin duda satisfaría especialmente a Abd al-Rahman por ser aquella una obra del gran Abd al-Malik, el quinto de los califas Omeyyas de Damasco, a los que se remitían —y de los que descendían— los emires de Córdoba que ahora habían recuperado el título y la dignidad califal.

En un primer momento Abdalá había considerado la posibilidad de que el recubrimiento de la cúpula fuera realmente de oro, superando así en riqueza y esplendor a la cúpula de Jerusalén, mas concluyó que era imposible por la extraordinaria cantidad de oro que sería precisa, un derroche y ostentación excesivos incluso para el califa cordobés. Hasta que un día, espoleado por su afán de realizar algo único, volvió a acordarse del *mirhab* de la mezquita de Uqba: ¿no sería posible conseguir por procedimientos similares a los que daban aquel aspecto metálico a las decoraciones de los azulejos que había visto en Kairouán un lustre uniforme de oro, y entonces recubrir con este tipo de azulejos la cúpula del Salón del Trono?

Para saber lo cual —si sería posible— y conseguirlo envió a su propio hermano Hassán a Bagdad, en busca de alguno de los alfareros que conocían aquella técnica, al que ofrecerían unos años de trabajo en Córdoba muy bien pagados y tal vez un futuro esplendoroso en esta floreciente y próspera ciudad. Tres meses después regresó el hermano del alarife acompañado no del alfarero que buscaban, el califa al-Muqtadir no le permitió abandonar Bagdad, pero sí de uno de sus ayudantes, que por despecho o ambición y asegurando que él conocía el secreto del lustre metálico, abandonó a su



maestro con toda la discreción posible reuniéndose con Hassán en Tiro, desde donde continuaron juntos hasta Córdoba.

Cuando al alarife Abdalá ibn Yunus le expuso lo que deseaba de él, el joven alfarero le aseguró que lo conseguiría, aunque necesitaría algún tiempo para dar con las proporciones adecuadas a lo que exigía una cobertura uniforme y total de los azulejos curvados con los que se iba a cubrir la cúpula.

—¿Y qué ingredientes o productos necesitas para conseguirlo? —le preguntó el alarife.

—Cobre, mi señor.

—¿Cobre?, de cobre es el recubrimiento de la Cúpula de la Roca, y aunque es muy bella yo quiero algo más. Yo quiero oro.

—Yo os convertiré el cobre en oro, mi señor, os aseguro que quedaréis complacidos.

—Eso espero y para eso te he hecho venir, mas permítame que lo dude.

—Todos esos azulejos que habéis visto en Kairouán, y los que vuestro hermano ha podido ver en Bagdad, se hacen con cobre, mi señor, no lo dudéis. En realidad cobre y plata, pero sobre todo cobre, aunque no en estado puro, me bastará con que me facilitéis una gran cantidad de sulfuro de cobre y otra más reducida de sulfuro de plata, estos son los ingredientes principales que deberé moler y combinar con cierta cantidad de almagre para luego diluir y amasar con vinagres hasta conseguir la pasta con la que deberán cubrirse las tejas antes de pasar por una tercera cocción en el horno.

Aunque supongo que me costará algún tiempo os aseguro que únicamente con estos productos os fabricaré unos azulejos que nadie que no sepa de qué están hechos o los pueda manipular pondrá en duda que son del oro más puro que existe.

Así fue, en efecto, como a través de un complejo procedimiento que incluía una primera cocción de la teja de arcilla tras la cual se le aplicaba un barniz blanco, una segunda cocción, el recubrimiento a pincel con la mezcla de los sulfuros de cobre y plata pulverizados, disueltos y amalgamados con vinagre y un poco de almagre, y una tercera cocción más compleja, a dos temperaturas y en parte a horno aireado, se obtenían unos azulejos con textura vidriada y un color y brillo de oro en su superficie exterior. Conseguida la mezcla adecuada se pudieron finalmente fabricar los azulejos con la curvatura apropiada para recubrir exteriormente la cúpula del salón que por ellos fue conocido como el Salón Dorado.

Comenzó entonces una intensa etapa de intercambios diplomáticos con los principales soberanos de la época, en los que Abd al-Rahman, estabilizada su indiscutible supremacía en la península Ibérica, vio la confirmación de su lugar entre los más poderosos, en pie de igualdad con el prestigioso emperador griego de Constantinopla o con el mismo califa de Bagdad; o incluso más que ellos (los poderes de estos dos más ficticios que reales, pero desde luego esplendorosas sus cortes). Madinat al-Zahra era el símbolo que las distintas legaciones extranjeras iban a admirar en los siguientes años.

La visita de la delegación bizantina fue la más suntuosa de cuantas se celebraron en vida del califa al-Nasir, pues aunque también iban a acudir a al-Zahra otras

embajadas de menor rango, como las de los reyes cristianos de León y de Navarra, la del conde de Barcelona o la del Pontífice de Roma, la de los enviados de Constantino VII fue la de mayor importancia de cuantas recibiría; solamente la delegación del emperador Otón I, unos años después, sería atendida con parecido interés —aunque menor fastuosidad—, y ello debido más a las complicaciones que iban a surgir en el transcurso del intercambio diplomático que a su propia categoría.

También el emperador Constantino había concedido una gran relevancia al encuentro de sus representantes con el califa, y muestra de ello fueron los extraordinarios regalos que envió a Córdoba con motivo del mismo, un anticipo de los cuales era una fuente que llegó unos días antes con objeto de que pudiera ser ensamblada e instalada para la ocasión: una concha de jaspe con un cisne de oro en su centro, sobre la cual pendía desde el techo una gran perla hacia la que ascendía el agua que salía de la boca del cisne, que fue colocada en el pabellón del Califa, el salón de las recepciones oficiales.

La delegación griega llegó a Córdoba en el verano del año 949 y fue alojada en una de las residencias estivales de la ribera del Guadalquivir, la Munyat Nasr, en donde permaneció sin salir —como mandaba el protocolo— hasta el mismo día de la recepción oficial. El 7 de septiembre el cortejo bizantino recorrió por fin las dos leguas que separaban su alojamiento cordobés de los palacios de Madinat al-Zahra bajo los arcos formados por las armas de la guardia personal del califa, que cubrió todo el recorrido, y se dirigieron hacia el alcázar real.

Nunca el Pabellón del Califa, donde se celebró la recepción oficial y pública (al día siguiente tendría lugar otra recepción, la privada, en el Salón Dorado), había tenido tan magnífico aspecto. El califa estaba sentado en un estrado elevado, con todos sus hijos a la derecha y sus tíos a la izquierda, en la cabecera de la nave central cuyos lados, junto a las columnas, estaban flanqueados por dos hileras de *fityan* —eunucos— y a lo largo de la cual se alineaban todos los visires, en orden de sus respectivas jerarquías, y los grandes fatas y demás altos funcionarios palatinos: el gran halconero, el correo mayor, el cadí del yund y el cadí de Sevilla, los jefes de la policía, el caballero mayor, los tesoreros, los jefes del ejército y los secretarios. En la nave derecha se encontraban los *qurays* —los árabes de origen omeya—, los *mawali* —clientes vinculados al califa— y los cadíes, y en la otra nave los hijos de los visires, los funcionarios subalternos, el comes y el nasi de las comunidades mozárabe y judía, y el resto de los invitados (los preceptores del príncipe heredero, intelectuales, poetas y ciudadanos principales). Todos ataviados con sus más suntuosos trajes.

El embajador bizantino recorrió el pasillo que dejaban en su centro los personajes citados y se prostró a los pies del califa, haciéndole luego entrega del obsequio personal que el emperador Constantino VII Porfirogéneta le enviaba con motivo del intercambio diplomático: una cajita de plata elegantemente cincelada sobre la cual, en un recuadro de oro, se veía el retrato del emperador griego pintado sobre cristal; dentro de la cajita venía una carta de pergamino escrita con caracteres en oro y azul, que contenía a su vez otra con fondo azul y letras de plata en la que se expresaban los otros regalos

que se ofrecían al califa, y que iba cerrada por un sello de oro en el anverso del cual se representaba el rostro de Cristo y en el reverso los bustos de Constantino VII y de su corregente Romano Lecapeno. Luego el enviado personal del emperador griego inició su discurso y las grandes palabras comenzaron a resonar en el salón:

—Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abd al-Rahman, califa reinante de los árabes de Hispania cuya vida Dios prolongue, entregamos estos presentes en prueba de la renovación de los votos de amistad y cooperación que unen a nuestros reinos...

La recepción amenazaba con ser tan pesada y tediosa en su desarrollo como brillante y solemne en su aspecto, pero pronto a los grandilocuentes discursos de los distintos oradores sucedieron los poetas y literatos, a los que al-Nasir había encargado composiciones que celebraran la grandeza del Islam y del califato, y que —no menos grandilocuentes que sus predecesores— rivalizaban en metáforas y elogios hacia su señor:

*Avanza rápido por el camino para el que fuiste creado;  
haz uso del lote de inteligencia que te ha correspondido;  
expía tus mentiras con decir la verdad  
sobre el Imám de la ortodoxia y su generosidad sin límites;  
habla elegantemente sobre su gloria; engasta  
las perlas de las palabras en el interior del poema...*

La poesía era un arte apreciado en aquella corte y la concurrencia seguía atenta (en diverso grado, para qué vamos a engañarnos y seguramente podemos ponernos en el lugar de algunos incapaces de disfrutarlas) aquellas acometidas de ingenio y adulación que salpicaban las largas series de poemas, mientras los vates continuaban con entusiasmo sus creaciones. Hasta que al final los versos acababan en las invocaciones de rigor, con escasas variaciones de unos poemas a otros:

*¡Guárdete Dios entre los humanos, como medio  
de dominar a los árabes y a los bárbaros,  
porque tú eres el que no tienes par  
ni en los tiempos antiguos ni en los modernos!*

Y el magnífico Salón Dorado que los griegos pudieron admirar al día siguiente, cuya cúpula de oro ya habían visto desde Córdoba y durante el trayecto hasta al-Zahra era la mejor demostración del esplendor del califato de al-Ándalus y de aquella hermosa ciudad, al-Zahra, tan bella como efímera, un espejismo que en unos pocos decenios desapareció completamente, buena metáfora de aquella ilusión su cúpula de cobre disfrazada de oro con tanta maestría.

## **UN FILÓN PERFECTO**

*Federico Martín Caballero*

El día en que las máquinas entraron en la aldea para echar abajo las casas, sentí que mi infancia había terminado, como si lo que quedaba de niño en mi interior se hubiera ido con cada ladrillo, supongo que de esa forma querían borrar nuestro recuerdo y todo cuanto aconteció durante más de cien años en aquel lugar, pretendían así asegurarse de que no volveríamos a molestar tras el cierre de la mina y dejáramos de quejarnos para que nos devolvieran nuestras casas, unas casas en las que habíamos vivido desde siempre.

En verano, cuando oscurecía tarde, era fácil vernos jugar al escondite por todos los rincones, podías recorrer sus cuatro calles, todas ellas sin nombre, en poco tiempo, y a pesar de su escasa iluminación jamás nos dio miedo andar por ellas fuera la hora que fuera. La Joya, la componían cuatro calles sin asfaltar y tres o cuatro edificios aislados repartidos por ahí, la escuela, el consultorio médico, el laboratorio y la casa grande, en la que hacía tiempo habían vivido los ingenieros y a la que solían venir de vez en cuando los propietarios de la mina.

Cientos de historias vienen a mi cabeza, de juegos, de cómo hacíamos vino con flores que teñían el agua de color rojo, o de cómo andábamos más de una hora, para fumar en las ruinas de la mina vieja o la corta chica, como la llamábamos todos, era la más pequeña y en nuestras cortas vidas jamás la habíamos visto en funcionamiento, al parecer todo había comenzado por allí, hacía más de cien años cuando llegaron los alemanes, pero después fue abandonada para hacer una más grande a solo unos cientos de metros de allí. Con el tiempo el agua la había ido inundando formando aquel líquido pastoso de color rojo, el color del cobre. En el centro de la corta se alzaba una pequeña plataforma a la que tirábamos piedras poniendo a prueba nuestra puntería, por más que le dábamos jamás se movía, era imposible que lo hiciera, la plataforma no era más que el tejado de un malacate, un tejado de zinc bajo el cual se escondía una torreta de más de veinte metros, daba vértigo pensar que allí podía haber tanta agua.

El mineral nos rodeaba por todas partes, si te ponías en medio de la aldea, podías ver al norte las montañas de gossan, el rojo intenso se hacía un ¿aún? más fuerte en verano y si lo mirabas al caer la tarde parecía que el sol salía de allí mismo, de detrás de las montañas, haciendo que los colores se formaran de forma surrealista llenando nuestras vidas de un paisaje particular. Al sur estaban las escombreras, durante años, las vimos como montañas reales, como si hubieran surgido de la tierra, pero no eran más que la tierra que había salido de las entrañas, la que no servía para nada. Se alzaban formando una majestuosa cordillera de cientos de colores, pardos, lilas, el tono de la piritita tostada, tonos rojizos en más de veinte variaciones diferentes, era una enorme paleta, que de forma fortuita había formado un paisaje artificial tan hermoso como el resto de las montañas que nos rodeaban.

Cada noche a eso de las diez nos reuníamos en el coche de los gánster, era verano y aún era casi de día. En una sola noche podíamos hacer miles de kilómetros, cientos de caminos, pero el que más nos gustaba era nuestro camino diario a la escuela y trazábamos en nuestra mente cada curva, cada recta y hasta cada señal. Aquel coche mágico había sido testigo de todos nuestros juegos, de nuestras primeras

conversaciones importantes y hasta de nuestros primeros besos. Contaba mi madre y muchos de la aldea, que ni se sabía del tiempo que llevaba detrás de la carpintería, contaban que un grupo de contrabandistas lo había dejado allí para salir corriendo montes arriba en una noche seguidos por la guardia civil.

El coche de los gánster, como le llamábamos por su parecido a los que salían en las películas, era el coche más grande que habíamos visto en nuestra vida, por otra parte en la aldea apenas habían un par de seitas y algún que otro 127. El lujo de su interior nos hablaba de otras vidas y de otras historias muy lejanas a las nuestras. La parte de atrás era inmensa, sus dobles asientos forrados de piel de color blanco era sitio más que suficiente para todos, los asientos delanteros, su palanca de cambios de tres velocidades y un panel lleno de botones, estaban separados con una mampara de cristal, con el tiempo se había quedado atrancada y que por más esfuerzo que hicimos girando las manecillas, jamás conseguimos levantarla. Por fuera el tiempo no parecía haber pasado, sus cristales continuaban en las ventanillas, su pintura de color negro brillaba a la luz del sol y las llantas de las ruedas se enterraban en la tierra, vencidas por el paso del tiempo y la falta de aire en sus neumáticos, lo cuidábamos mucho e incluso algunas veces llegamos hasta a lavarlos como si aún anduviera. Era nuestro lugar favorito, los mayores desconocían nuestras visitas al coche, lo guardábamos en secreto, a sabiendas de que al saberlo, nos prohibirían volver.

El turno para conducir se hacía por orden riguroso, y él que llevaba el volante decidía el viaje, fuera donde fuera, eso sí, debía conocer el camino e ir contando a los demás por dónde íbamos al tiempo que describía el paisaje. Así cuando salíamos de la aldea teníamos la misión de retener en nuestra memoria el camino, para así después poder contarlo a los demás.

La vida en la Joya era lenta, los días pasaban por que sí y llegaban a hacerse eternos, como detenidos en el tiempo.

Solo los accidentes alteraban nuestro ritmo, nuestro vivir diario y durante un tiempo la gente caminaba triste y cabizbaja por las calles, hasta que todo sin saber cómo, volvía a la normalidad. Guardo en mi memoria el día en que un enorme bloque de piritita aplastó a Curro, y debía de ser enorme porque Curro era un tío grande, de casi dos metros. El tiempo se paró aquel día, el silencio llenaba la aldea, interrumpido solo por los coches de los ingenieros acudiendo a una cita desagradable. Aquel día los más pequeños aprendimos a vivir con la muerte. No olvidaré las palabras de mi padre, que más de una vez nos contó como recogió el cuerpo de Curro y lo metió en un saco, cada cosa por un lado. Mi hermano mayor, al que su enorme curiosidad le llevó a presenciar su autopsia, estuvo más de un mes comiendo patatas fritas con huevo y durmiendo en la habitación de mis padres a pesar de tener más de dieciocho años.

Apenas salíamos de allí, salvo al pueblo de al lado para ir al colegio, hacia años habíamos tenido una escuela, pero ahora, se había convertido en iglesia desde que habían traído de la capital una imagen de Santa Bárbara trayendo con ella una religión con la que nunca habíamos vivido.

En nuestra aldea tenías cuanto pudieras necesitar, el médico venía un par de veces por semana, teníamos el economato, repleto de víveres y artículos, todos ellos muy primarios y es que en la España de finales de los 70 todo era muy primario pese a lo que veíamos por la tele, que por supuesto era en blanco y negro y en la que rara vez conseguías ver un programa sin interferencias, o sin que ninguno de la tele hubiera pisado un cable, como decía mi abuela. En casa nos conformábamos con el temible papel higiénico de color marrón el "Elefante" y con las pocas cosas que había en el economato.

Pero pese a rutina de cada día de aquel largo verano, se empezaron a escuchar rumores por todas partes, mis padres hablaban en voz baja en la cocina y nosotros hacíamos como si nos enteráramos de nada, la mina se cerraba, esta vez para siempre, ya se había cerrado varias veces pero parecía que aquella vez era definitiva.

Recuerdo estar jugando a la pelota en medio de la plaza con la pared como compañera, cuando vi entrar en el casino al amo con un hombre alto y moreno, al que había visto varias veces en mi casa hablando con mi padre y al que llamaban "el laboralista" y al que todos ponían buena cara porque al parecer gracias a él nos iban a dar por lo menos un millón, eso sí a cambio de dejar que cerraran la mina sin armar mucho jaleo. A mi madre nunca le gustó y comprendí el por qué cuando Don Félix, el amo, sin esconderse de nadie le dio un maletín lleno de billetes, asegurándose de que incluso asomaran algunos, lo hizo delante de todos, como para demostrar que aunque todo terminara, allí mandaba él y nadie más. De nada sirvieron las protestas, ni las voces que se oían en el casino cuando los mineros hacían sus reuniones, en menos de un mes estaríamos todos fuera, sin un duro y caminando hacia un futuro lleno de dudas e incertidumbres.

Creo que mi padre se sentía tan decepcionado, que sin dudarlo hubiera defendido a los amos, a pesar de que les había regalado casi 40 años de trabajo miserable, trabajando a destajo en galerías mal ventiladas y llevando para siempre con él un recuerdo irreparable en los pulmones. Recuerdo su olor inconfundible, se formaba en él una mezcla entre sudor y piedras, un olor penetrante a polvo de piritita que se había impregnado para siempre en su ropa y en toda su piel. Era un hombre fuerte y corpulento y cada mañana antes de irse a la mina pasaba por una a una de nuestras camas y nos daba un beso, recuerdo haberme hecho miles de veces el dormido. Años después, mucho después de su muerte mi madre me contó que tenía la costumbre de despedirse de nosotros cada mañana por si no volvía. Lo recuerdo alegre, libre de preocupaciones y responsable, muy al contrario que otros, el sí que jugaba con nosotros, ayudaba a mi madre en casa y nos hacía una fiesta cada mañana de domingo.

Algunas calurosas noches de verano nos reuníamos a la puerta del "el padrino", también conocido como tío Pedro, su apodo no tenía nada que ver con la vida delictiva sino más bien con su generosidad, se había ofrecido para ser el padrino de casi todos nosotros y con el tiempo se había convertido en costumbre. Era ciego, desde que un barro le reventó encima llenándole los ojos de cristales de piritita, y ya jubilado la compañía le había permitido seguir viviendo allí, se conocía cada piedra de la calle,



cada rincón permanecía intacto en su memoria. Tenía miles de historias, casi todas reales, de sus tiempos de la guerra y de una infancia llena de penalidades no exentas de grandes dosis de humor. Por aquel entonces nos gustaban más sus historias que las que se podían ver en la tele, cualquier cosa antes que estar en casa metidos, nuestras cuatro calles y el campo se había convertido en nuestro medio natural. Tío Pedro, nos contaba cuentos sin parar, uno detrás de otro y siempre acababa diciendo, "y esto no es que me lo hayan contado, no, que lo he visto y lo he vivido".

Recuerdo el umbral de su puerta, en el cabíamos todos, no debíamos de ser muy grandes, era de cemento, muy bien echado y a pesar de estar a la intemperie, Benita la Sorda, su mujer, lo mantenía tan limpio como el interior de la casa, en más una ocasión, al caer la tarde lo refrescaba con un poco de agua para que estuviera mejor a nuestra llegada.

En sus más de cuarenta años de matrimonio, no habían tenido hijos, pero en el fondo nos esperaba cada día como si fuéramos los suyos. Años después, cuando ya todos nos habíamos marchado, Tío Pedro murió una noche de pura vejez, Benita la Sorda no esperó ni a su funeral, no dudó en tirarse a la mina por uno de los pozos de ventilación, debió de pensar que ya no pintaba nada ni en este mundo ni mucho menos en aquella aldea.

A todos se nos había pasado alguna vez por la cabeza que Tío Pedro nos contara la historia del coche de los gánster, cada uno de nosotros habíamos escuchado en casa una versión distinta y ninguna coincidía con otra. Tío Pedro elegía la historia que quería, sería complicado pedirle que fuera aquella, por eso aquella noche, antes de sentarnos a su puerta nos habíamos reunido en la calle de atrás para echarlo a suertes, al que le tocará tendría la misión de preguntar a Tío Pedro por el coche. Nos lo jugamos a los palos, entre bromas y nerviosos cada uno sacamos el nuestro. Mi corazón se aceleró al sacar el palo, no es que le tuviera miedo a Tío Pedro, pero sí mucho respeto. Antoñito sería el afortunado, le miramos con cara de circunstancias y con la tranquilidad de no ser nosotros los elegidos.

Nos acercamos a su puerta y para sorpresa de todos Tío Pedro no estaba en ella tomando el fresco, paramos en seco nuestra carrera habitual y nos miramos, Benita la Sorda asomó tras la puerta y nos dijo que esperaríamos y tras unos minutos, en los que permanecimos callados y expectantes, Tío Pedro apareció por la puerta atravesando la cortina anti moscas, como si de una estrella se tratase, nos costó incluso reprimir un aplauso, y casi al unísono dijimos un educado buenas noches. Se arrancó con una historia que si mal no recuerdo ya había contado otras veces, al terminar todos miramos a Antoñito esperando su pregunta, tragó saliva y la lanzó de una vez. Tío Pedro se quedó callado, nos miró y nos preguntó si estábamos seguros de querer saber la verdad. Escuchamos durante casi media hora, sin respirar, entre un silencio digno de lo que nos había contado. Poco tenía que ver con la historia de los contrabandistas que perseguidos por los carabineros, abandonaron el coche para correr monte arriba.

Desde aquel día no volvimos a mirar el coche con los mismos ojos y para siempre se acabaron los viajes imaginarios que habían llenado nuestras noches de verano, se diría que hasta empezamos a dejar de ir por sus alrededores.

La mina se cerraba, aquello era ya irremediable, así que los mineros se dispusieron a realizar todas las tareas para poder abandonarla, quemar la dinamita, taponar los pozos, dismantelar todo lo dismantelable y finalmente dejar de bombear el agua que se iba acumulando en ella, mi padre me dijo que supo que no había marcha atrás cuando el ingeniero le ordenó parar las bombas, en pocos días se inundaría, quedaría inútil, el agua lo invadiría todo dejando inservible cada galería, cada tramo entibado, aquello, cerrar la mina, era como amortajar a un muerto para el entierro.

Casi había pasado un mes cuando me dije a mi mismo que tenía que comprobar si la terrible historia de Tío Pedro, era cierta. Me las arreglé para deshacerme de los demás y así poder ir solo hasta detrás de la carpintería, donde estaba el coche.

Me había acercado a aquel lugar miles de veces, pero nunca me había latido el corazón con tanta fuerza, el simple hecho de pensar, que el coche había sido testigo de lo que nos había contado Tío Pedro, me ponía los pelos de punta. Las traseras de la carpintería era un lugar sombrío, lleno de árboles, el buen tiempo y una desmesurada falta de cuidado habían hecho que crecieran las malas hierbas por todas partes, el pilón, un enorme cubo de hierro, repleto de agua para abastecer a la aldea, se bosaba por los bordes, haciendo acudir a las abejas por decenas junto al agua fresca, llenando la tarde con una música de zumbidos. El coche permanecía impassible ante aquella tarde, su color negro atraía como un imán todo el calor de la tierra. Me acerqué, me había olvidado que hacía tiempo que habíamos cubierto los asientos con cartones para estar más frescos, si quería ver lo que nos contó Tío Pedro, tendría que quitarlos, me metí en él, me había sentado en sus asientos miles de veces y jamás me había dado cuenta, retiré el cartón y allí estaban, montones de agujeros diseminados por todo el asiento, a todo lo largo y lo ancho de donde poníamos nuestras espaldas. El cuero de la tapicería estaba podrido, por lo que no me costó mucho sesgarlo y romperlo hasta dar con ella, con una bala, debía de haber muchas en aquel foame, todas las que no acertaron en sus cuerpos, o las que los atravesaron sin apenas resistencia.

La historia de nuestro coche se volvía cierta dejando huérfanas a todas las contadas por nuestros padres, temerosos o ignorantes de una verdad terrible. Al parecer una tarde de verano como aquella, cuando aún Tío Pedro era un niño, el ingeniero alemán encargado de la mina, había sorprendido a su esposa con uno de los capataces, estaban en el coche que el ingeniero había traído hacia solo unos meses desde Alemania. Tenía por costumbre aparcarlo detrás de la carpintería, a la sombra, a la espera de que los mineros en un día libre le construyeran un garaje. Tío Pedro lo vio todo, el alemán los había matado para más tarde tirar sus cuerpos a la corta de la mina vieja. Jamás movió el coche de aquel sitio, ni nadie preguntó por la señora ni por el capataz, un joven recién llegado, sin raíces y sin familia, todo el mundo pensó que había vuelto allí de donde venía. Según tío Pedro aquel era el motivo principal por lo que se abandonó la mina vieja y al día siguiente comenzó el desmonte de lo que ahora era la corta grande, dejando para siempre en las entrañas un filón perfecto de mineral que nunca, al igual que los cuerpos que albergaba, saldría de allí.

Jamás volvimos a jugar en aquel coche, éramos pequeños y creíamos en fantasmas, en viejas leyendas que hablaban de aparecidos. Aquella noche, con su historia, Tío Pedro cambió nuestras vidas para siempre, dejó en ella como un fuerte fijador para nuestros recuerdos, casi se aseguró de que no la olvidaríamos nunca y con ella nuestra infancia, cargada de carreras entre cuatro calles y la inmensidad del campo abierto.

El día en el que derrumbaron nuestras casas, para que no volviéramos a ellas, una parte de nuestro pasado así como las mil y unas historias de Tío Pedro, se fueron con ellas al fondo de la corta, era como si la corta se tragara todo aquello que se quiere olvidar, pero ahí están, entre ladrillos, toneladas de pirita inundada en agua de color rojo, rojo como el cobre.

**EL ELEMENTO SECRETO**

*Fernando Martínez López*

El abad Aloysius pecó de envidia cuando escuchó por primera vez la campana de la abadía de Bath. Aquella maravilla de bronce no tañía, sino que cantaba cada vez que su badajo golpeaba el anillo sonoro como si fuera la voz solista de un coro de canto gregoriano, produciendo un sonido tan místico que mecía el alma y erizaba el vello. En su abadía de Malmesbury la campana parecía toser comparada con la de Bath, y el caso es que era también una magnífica pieza de bronce rojizo bellamente labrada con la imagen de Jesucristo y un ejército de ángeles alrededor, digna de la mejor catedral. Sin embargo, su tañido nada tenía que ver con el de la campana de Bath. Cuando ésta tocaba, Aloysius sentía desdoblarse y que parte de su ser se volvía ingrátido alzándose hacia los cielos. Envidia, maldito pecado capital que lo corroyó por dentro como si se hubiera tragado vitriolo los días que lo acogieron en la abadía. Con cada sonido que emitía el fabuloso artilugio, cantando desde la torre, se fue entretejiendo el hechizo que cegó el entendimiento de Aloysius, martirizado por el hecho de que Malmesbury no estuviera a la altura de Bath. Su preciosa abadía, con la iglesia altanera mostrando sus torres occidental y central, se le antojaba ahora como coja o tuerta.

—¿Dónde encargasteis vuestra campana? —preguntó al abad Edgar.

—En Chippenham.

—¿Y cuál es la razón de que suene de esa manera? ¿La proporción de la mezcla de cobre y estaño? ¿Su forma?

—Ignoro esos detalles. El hermano Robert realizó el encargo hará cinco años, pero no os molestéis en preguntarle: desde que regresó de aquel viaje a Chippenham hizo voto de silencio y no ha vuelto a hablar.

Cuando buscó al hermano Robert lo encontró en el scriptorium, un hombre de aspecto enfermizo rodeado de pergaminos que oficiaba de amanuense con un códice de bella caligrafía. Aloysius comprobó en primera persona la certeza del voto de silencio. Por lo demás, ni a través de la escritura consintió el hermano Robert detallarle cuál era la causa de la excelsa sonoridad de la campana de la abadía de Bath. A lo único que accedió fue a cabecear verticalmente cuando le pidió que le confirmara si había sido fabricada en Chippenham. Fue entonces cuando el abad reparó en la fea cicatriz que surcaba su garganta como la marca maldita de quien ha estado suspendido de una horca. Asqueado, Aloysius abandonó el scriptorium sin percatarse de la sonrisa de labios finos del monje, entre enigmática y desdeñosa.

Chippenham se encontraba a mitad de camino a Malmesbury. Aloysius arribó a la población una mañana gris en la que del cielo parecía precipitar ceniza. Los árboles desnudos eran como alfileres clavados en la piel de la tierra. Decidió que indagaría por su cuenta, preguntaría por ese fabricante de campanas que dominaba los arcarnos del cobre y el estaño con maestría divina. A las afueras, encontró la fundición que buscaba, unas instalaciones donde vomitaba calor el horno de carbón vegetal, donde se producía la mágica transformación de la calcopirita y la casiterita en aleación de bronce. Media docena de hombres ennegrecidos por el carbón y los lengüetazos del fuego sudaban a pesar del frío ambiente. El abad descabalgó de su caballo y acercó toda su corpulencia con paso decidido.

—¿Quién es el dueño? —preguntó con voz grave. De entre el grupo se adelantó un hombre bajo. Su musculatura cobriza y fibrosa parecía forjada en metal.

—Soy yo. Mi nombre es Henry Croft. ¿Quién es usted?

—Soy el padre Aloysius, abad de Malmesbury. Deseo hablar contigo.

Henry Croft accedió y lo condujo a una de las dependencias de la fundición, una especie de almacén donde colgaban o descansaban en soportes campanas de distinto tamaño, una de ellas descomunal. Aloysius abrió los ojos y redobló los latidos de su corazón. Sin pedir permiso, agitó consecutivamente el badajo de cada una de ellas. La ilusión de su rostro se borró como frotada con jabón.

—¿Decepcionado? —dijo Henry Croft. El abad, aún consternado por el vulgar sonido de aquellas campanas, se giró hacia el fabricante.

—Digamos que no es lo que esperaba. ¿Por qué cada campana suena diferente?

—Por supuesto, depende de su tamaño, pero a igualdad de masa, fundamentalmente de las proporciones de cobre y estaño. Mientras mayor sea la de cobre el sonido se vuelve más grave. También influye que a la aleación se le añadan otros metales.

Aloysius cabeceó afirmativamente, rozando con la yema de sus dedos la superficie metálica de algunas de aquellas muestras. Las había de distintas tonalidades, desde un blanco grisáceo hasta un rojo azulado. Luego lanzó la pregunta, la única que le interesaba.

—Tú construiste la campana de la abadía de Bath, ¿no es así? —Croft reaccionó como si alguien le estuviera pellizcando las tripas. Por un momento el tiempo pareció paralizarse, pero terminó asintiendo con semblante endurecido y mirada suspicaz—. Quiero una semejante para mi abadía de Malmesbury.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? Mi abadía es rica, puedo pagarla.

El maestro campanero se mantuvo mudo unos instantes.

—Le repito que es imposible. Esa campana es especial, nunca construiré otra igual.

—Ya sé que es especial, no hay tañido que estremezca los corazones como lo hace el suyo, pero ¿cuál es el motivo de ello?

—Lo siento, padre, pero juré no revelar el secreto de la fabricación de esa campana. No debo faltar a mi palabra.

—¿Jurar? ¿A quién? ¿Acaso me estás dando a entender que su sonido increíble se debe a algún tipo de práctica oculta?

Aloysius había aumentado el volumen de su voz, intentando imponer su autoridad eclesiástica. Por su parte, Henry Croft no deseaba soliviantar al abad, temeroso de las repercusiones. Titubeó. Recordar lo sucedido cinco años atrás era como extirpar una muela de su memoria. Sabía que comenzaba a caminar por una cuerda floja, y que debajo, en el abismo, podría encontrarse con una acusación de brujería. Por menos motivo alguno había sucumbido en la hoguera. Sería tan fácil inculparlo... Siguió dudando, resopló, miró al techo y al suelo, se mordió los labios, pero finalmente habló.

—Se lo juré al monje que me reveló el secreto de su construcción: el hermano Robert.

\* \* \*

El crepúsculo era una hemorragia de colores, un cielo herido por un viento gélido que cimbreaba el hábito y la barba de Aloysius. Tres años habían logrado que el hechizo de la campana hibernara, pero ahora que el camino lo conducía de nuevo a la abadía de Bath y el sonido de las campanadas percutía en su alma, despertó con renovada fiereza. Apenas atendía a las conversaciones y su atención se evaporaba durante los rezos los días que se prolongó su estancia. Supo con certeza que mientras no dispusiera de una campana como la de Bath su abadía quedaría eclipsada, irrelevante la majestuosidad de sus edificios. Era pura obsesión, un pensamiento dañino que se enroscaba en su cerebro como una corona de espinas y que seguiría castigándolo hasta que no le diera cumplida satisfacción. Pero sobre todo, lo consumía el secreto que no quiso revelarles el campanero Henry Croft.

Fue un jueves, después de vísperas, cuando deambulando por la abadía Aloysius desembocó en el scriptorium. Las llamas de las velas y candiles bailaban al son de las corrientes frías que se filtraban, furtivas, por puertas y ventanas, creando un fantasmal juego de sombras y luces. Allí estaba el hermano Robert, solo y huido de la realidad, enfrascado en la copia exquisita de un tratado de medicina. Ni siquiera reparó en que se le aproximaba la enormidad del abad mientras mojaba la pluma en tinta.

—Buenas noches, hermano.

Robert levantó la cabeza sobresaltado. Aloysius reafirmó su opinión sobre su aspecto enfermizo observando la piel cerúlea y las grandes bolsas que colgaban de sus ojos. Como ya daba por hecho, el monje no abrió la boca.

—Estuve en Chippenham, en la fundición de bronce —le dijo sentándose a su lado—. El maestro no pudo satisfacer mi petición: construir una campana con la sonoridad celestial de la vuestra. Me dijo que te juró no revelar a nadie el misterio de su fabricación, pero he pensado que no habrá problema en que tú me lo digas. Malmesbury es tan digna como Bath de poseer una campana semejante.

Robert miraba fijamente a Aloysius. Las llamas de las velas se reflejaban en sus pupilas.

—No te pido que rompas tu voto de silencio, sería una ofensa contra Dios que te lo exigiera, pero puedes hacerlo por escrito y me dará igualmente satisfecho.

El abad se lo había dicho a tan corta distancia que el monje pudo descifrar por su aliento lo que había comido. Tembloroso, negó con la cabeza. Aloysius notó la erupción interna, ésa que le hervía la sangre en ciertas ocasiones haciéndole olvidar que se trataba de un clérigo. Por un momento se sintió capaz de blasfemar y de insultar a cada uno de los integrantes del santoral.

—¡Maldito hijo de perra!

Había dejado de ser un religioso para metamorfosearse en figura iracunda. Las fibras de sus músculos se contrajeron cuando agarró con una de sus enormes manos el cuello del hermano Robert y levantó su cuerpo flaco un par de palmos sobre el suelo sin aparente esfuerzo. Luego lo estrelló contra la pared sin soltar su garra, ciñendo los dedos alrededor de la horrible cicatriz del monje.



—¿Cómo te hiciste esta herida? ¿En la horca? ¿Te libraste de morir en el último instante, jodido cerdo? Debiste ser un ladronzuelo o un asesino antes de que te acogieran en la abadía. ¿Y tú te vas a negar a darme lo que te pido?

Robert estaba aterrorizado. Su piel cetrina era ahora nieve y los ojos parecían a punto de descolgarse sobre las bolsas que los enmarcaban. Su tráquea era una chimenea obturada incapaz de tragar aire, le dolían los pulmones, y el abad apretaba más y más hundiendo sus dedos en la carne. Antes de que se le escapase el último aliento, el monje gesticuló afirmativamente con la cabeza, lo justo para que amainara el fuego en la mirada de Aloysius y lo dejara caer al suelo. En ningún momento profirió el hermano Robert grito alguno, ni siquiera cuando el áspero abrazo de la muerte estuvo a punto de cerrarse sobre él. Tardó un rato en recuperar el resuello, acuclillado, la vista desenfocada. Cuando su mente se aclaró pensó que había sido un idiota, a un tris de morir.

¿No quería Aloysius una campana de la magnificencia de Bath, que acariciara con su tañido el espíritu de los fieles? No le pondría más reparos, que se atuviera a las consecuencias. Se incorporó con dolor de articulaciones vigilado de cerca por el abad. Arrastraba los pies, jadeaba como perro apaleado dirigiendo sus pasos a un rincón del scriptorium donde sólo había muro. Allí, ante la sorpresa de Aloysius, arrancó una piedra suelta, introdujo la mano y extrajo un pergamino atado con una cinta. Se trataba de una muestra gastada por la humedad y los siglos, enrollado como si estuviera celoso de preservar su contenido. Sin más rodeos se lo entregó al abad y éste comprendió que ahí residía el objeto de sus anhelos. Deshizo el nudo y ante él se mostraron una serie de campanas dibujadas con precisión geométrica, y bajo las mismas un texto en latín con las instrucciones de su fabricación.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó—. Da igual, no puedes contestarme.

Aloysius tomó asiento y bajo la luz de un candil fue descifrando el largo contenido. Comentaba la técnica de la fundición, las cantidades exactas de minerales, la temperatura adecuada para obtener el bronce, el moldeado de la campana, todo ello encaminado a conseguir distintas gamas sonoras. Cuando leyó el texto bajo el último dibujo, comprendió que de aquella manera y no otra tenía que haberse construido la campana de Bath. Palideció, tragó saliva, quedó absorto un tiempo indefinido y finalmente enrolló el pergamino y se largó con él. Aún con el corazón palpitando, el hermano Robert sonrió con malicia. Se tocaba la cicatriz del cuello. No le extrañaría en absoluto que el bestia de Aloysius le hubiera hecho un nuevo collar con la marca de sus dedos.

\* \* \*

Dios había sido misericordioso y regaló un día espléndido, de sol tibio y agradable, un círculo amarillo recortado en el telón del cielo. Sería la primera vez que la nueva campana de la abadía de Malmesbury ondulara el aire con su tañido dando un giro espiritual a la vida de monjes y feligreses. El abad Aloysius era azogue, nervioso como un padre primerizo en el momento del parto. Había transcurrido ya un año desde que visitara de nuevo al maestro Henry Croft y lo dejara boquiabierto

mostrándole el pergamino con las olvidadas instrucciones de cómo construir las mejores campanas.

Ya no había secreto que guardar ni juramento que cumplir, de modo que el campanero accedió a las peticiones del abad de Malmesbury y construyó una memorable pieza similar a la de Bath en tamaño y fulgor rojizo. Sólo faltaba probarla y lo haría para el toque de la misa del domingo. Cuando el badajo impactó rítmicamente con el arco sonoro, la enorme campana comenzó a cantar, su melodía se introdujo en los oídos en resonancia con los latidos y el flujo sanguíneo. Fue como despertar de un sueño para adentrarse en otro más profundo y bello, descubrirse flotando sobre las nubes muy cerca del Creador. Monjes y feligreses quedaron extasiados por el portento y Aloysius asintió satisfecho. Después de la misa la asombrada muchedumbre se le acercó para comentar la extraordinaria y mística experiencia sonora. El abad les sonreía, incapacitado de responderles por su voto de silencio.

Ya en su celda, después de completas, Aloysius era feliz. Bajo la luz delicuescente de una vela, se acercó al arcón y del fondo tomó el ancestral pergamino de las campanas. Allí se entretuvo en revisar las instrucciones para construir la que ahora señoreaba la torre occidental de la abadía: “Setenta y ocho por ciento de cobre, veintidós por ciento de estaño; durante el proceso de reducción de los minerales añadir el elemento secreto para alcanzar una sonoridad inigualable...”

El elemento secreto. Más abajo describía cuál era, el que le produjo asombro y le encogió el estómago al averiguarlo: “...añadir el elemento secreto para alcanzar una sonoridad inigualable: las cuerdas vocales de un hombre religioso, consagrado a Dios”. Se palpó la cicatriz del cuello. El barbero cirujano había hecho un trabajo fino, mucho mejor que el burdo cosido del pobre hermano Robert, y de ahí, como consecuencia, la excusa de un voto de silencio forzado. Bueno, había merecido la pena el sacrificio de extirparse las cuerdas vocales. Todo fuera para mayor gloria y esplendor de la abadía de Malmesbury.



Hablando en Cobre II es el resultado de la segunda convocatoria del certamen literario homónimo de la Fundación Atlantic Copper, dedicado al relato corto, que concluyó en diciembre de 2012 con la elección de la obra ganadora: "En el amor y en la guerra", de la zaragozana Ángela Millán. El jurado de esta edición, constituido por ocho miembros de reconocido prestigio en sus ámbitos profesionales, otorgó además un accésit a un segundo relato, "Aquí vivió", de Elena Alonso, y seleccionó otros 17 que, a su criterio, debían formar parte de esta publicación.

Los 19 relatos finalistas fueron elegidos de entre las 296 obras participantes, una cifra que duplica el número de textos presentados en la primera convocatoria, remitidos desde numerosos puntos de la geografía española o procedentes de otros países.

El Concurso de Relato Corto Hablando en Cobre persigue profundizar en el conocimiento de un producto, el cobre, esencial para nuestra calidad de vida; por eso establece como requisito principal que este metal esté presente en el argumento de la obra. La primera edición del certamen se convocó en 2010 y gracias al éxito que obtuvo, la Fundación decidió darle carácter bienal.

En la segunda edición, celebrada en 2012, la temática de los relatos y los géneros abordados han sido muy variados, con un claro predominio de los de contenido histórico. En esta recopilación de los mejores relatos de Hablando en Cobre II, el lector encontrará de nuevo un homenaje a la imaginación y la creatividad de los autores, arropados por las magníficas ilustraciones de Manuel y Guillermo Madrigal.

